This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

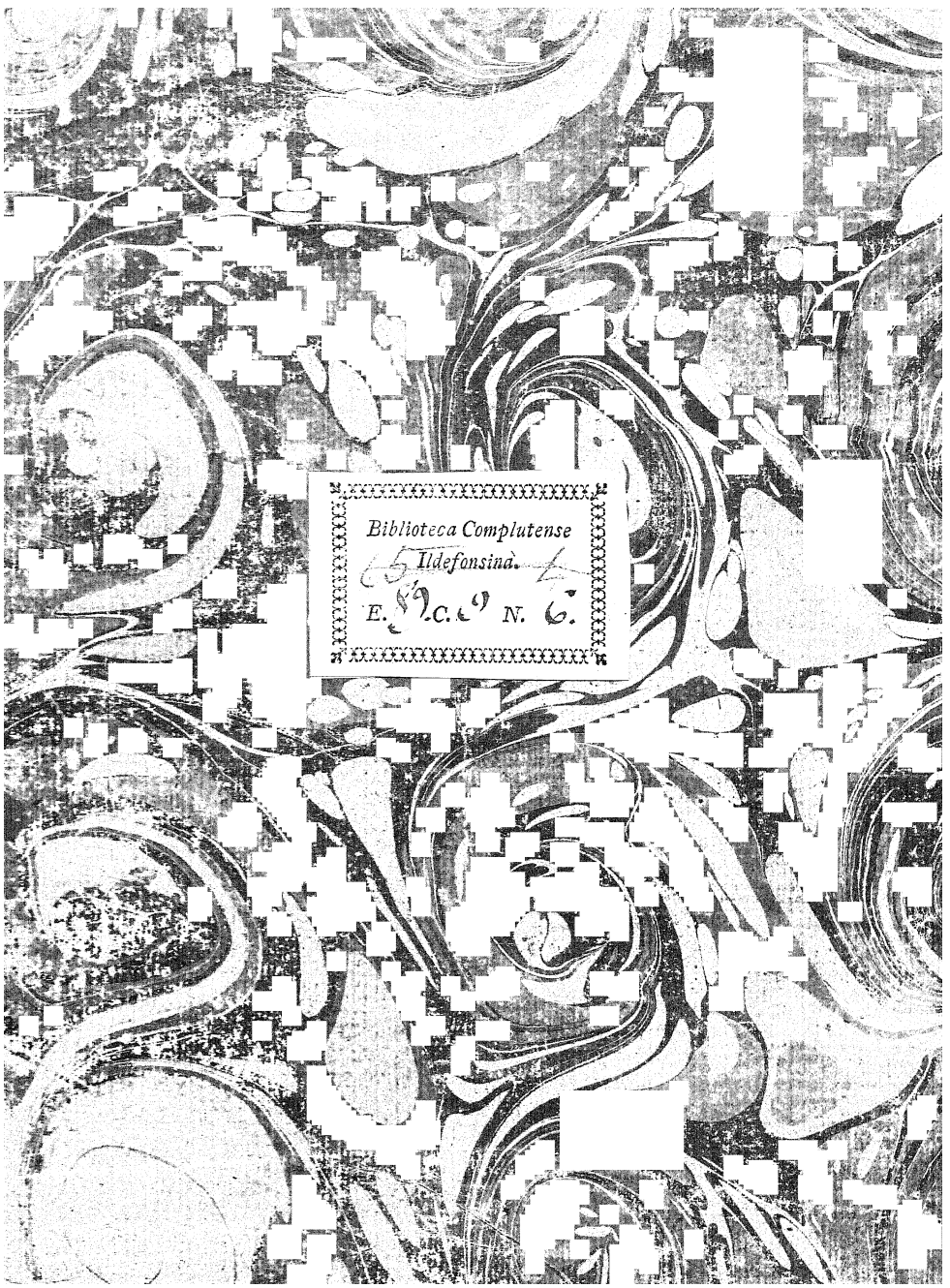
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Biblioteca Complutense
Ildefonsina.
E. 89. C. 9 N. 6.

R—166613

VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

28823

COMPUESTA POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EN QUATRO TOMOS.

PARTE PRIMERA. TOMO SEGUNDO.

EN LONDRES:

Por J. y R. TONSON.

MDCCXXXVIII.

TABLA

DE LOS

CAPITULOS.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO XXVIII.

QUE trata de la nueva y agradable aventura que al Cura, y al Barbero ſucediò en la miſma Sierra. Fol. 1.

CAP. XXIX.

Que trata de la diſcrecion de la hermoſa Dorotea con otras coſas de mucho guſto y paſſatiempo. 21

CAP. XXX.

Que trata del gracioſo artificio y orden que ſe tùvo en ſacar à nueſtro enamorado Cavallero de la aſperiſſima penitencia en que ſe avia pueſto. 36

CAP. XXXI.

De los ſabroſos razonamientos que paſsàron entre Don Quixote y Sancho Pança ſu eſcudero, con otros ſucèſſos. 49

CAP. XXXII.

Que trata de lo que ſucediò en la venta à toda la quadrilla de Don Quixote. 61

CAP.

TABLA.

CAP. XXXIII.

Donde ſe cuenta la Novela del Curioſo Impertinente. 69

CAP. XXXIV.

Donde ſe proſigue la novela del curioſo impertinente. 95

CAP. XXXV.

Donde ſe dà fin à la novela del Curioſo impertinente, y ſe cuenta la brava, y deſcomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto. 120

CAP. XXXVI.

Que trata otros raros ſuceſſos que en la venta ſucedièron. 131

CAP. XXXVII.

Donde ſe proſigue la hiſtoria de la famoſa Infanta Miconicona, con otras gracioſas aventuras. 144

CAP. XXXVIII.

Que trata del curioſo diſcurſo que hizo Don Quixote de las armas y de las letras. 157

CAP. XXXIX.

Donde el cautivo cuenta ſu vida y ſuceſſos. 163

CAP. XL.

Donde ſe proſigue la hiſtoria del cautivo. 174

CAP. XLI.

Donde toda via proſigue el cautivo ſu ſuceſſo. 190

CAP. XLII.

Que trata de lo que mas ſucediò en la venta, y de otras muchas coſas dignas de ſaberſe. 216

CAP.

TABLA.

CAP. XLIII.

Donde ſe cuenta la agradable hiſtoria del moço de mulas, con otros eſtraños acaecimientos en la vente ſucedidos. 225

CAP. XLIV.

Donde ſe proſiguen los inauditos ſuceſſos de la venta. 238

CAP. XLV.

Donde ſe acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras ſucedidas con toda verdad. 249

CAP. XLVI.

En que ſe da fin, a la notable aventura de los quadrilleros, y de la gran ferocidad de nueſtro buen Cavallero Don Quixote. 259

CAP. XLVII.

Del eſtraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famoſos ſuceſſos. 270

CAP. XLVIII.

Donde proſigue el canonigo la materia de los libros de cavallerias y otras coſas dignas de ſu ingenio. 283

CAP. XLIX.

Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Paça tuvo con ſu ſeñor Don Quixote. 293

CAP. L.

De las diſcretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvièron, con otros ſuceſſos. 302

CAP.

TABLA.

CAP. LI.

Que trata de lo que contò el cabrero à todos los que llevàvan à Don Quixote. 311

CAP. LII.

De la pendencia que Don Quixote tùvo con el cabrero, con la rara aventura de los diſciplinantes, à quien diò felize fin à coſta de ſu ſudor. 318

VIDA Y HECHOS

Del Ingenioſo Hidalgo

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura, y al Barbero ſucediò en la miſma Sierra.

FELICISSIMOS, y venturoſos fuèron los tiempos, donde ſe echò al mundo el audaciſſimo Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues por avèr tenido tan honroſa determinaciòn, como fuè el querer reſucitar, y bolver al mundo la ya perdida, y caſi muerta orden de la andante cavalleria, gozàmos aora en eſta nueſtra edad neceſſitada de alegres entretenimientos, no ſolo de la dulçura de ſu verdadèra hiſtòria, ſino de los cuentos, y episòdios della, que en parte no ſon menos agradables, y artificiòſos,

y verdadèros, que la miſma hiſtoria: La qual, proſiguièndo ſu raſtrillado, torcido, y aſpado hilo, cuenta, que aſſi como el Cura començò à prevenirſe para conſolar à Cardenio, lo impidiò una voz que llegò à ſus oydos, que con triſtes accentos dezìa deſta manera.

AY Dios, ſi ſerà poſſible, que hè yà hallado lugar, que pueda ſervir de eſcondida ſepultùra à la carga peſada deſte cuerpo, que tan contra mi voluntad ſoſtengo! Si ſerà, ſi la ſoledad, que prometen eſtas ſierras, no me miente. Ay deſdichada! Y quan mas agradable compañia haràn eſtos riſcos y malezas à mi intencion (pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi deſgracia al cielo) que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien ſe pueda eſperar conſejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males.

TODAS eſtas razones oyèron, y percibièron el Cura, y los que con èl eſtàvan; y por parecerles (como ello era) que alli junto las dezìan, ſe levantàron à buſcar el dueño; y no huvièron andado veinte paſſos, quando detras de un peñaſco vièron ſentado al piè de un freſno à un moço veſtido como labrador, al qual, por tener inclinado el roſtro, à cauſa de que ſe lavàva los pies en el arròyo que por alli corrìa, no ſe le pudièron ver por entonces; y ellos llegàron con tanto ſilencio, que dèl no fuèron ſentidos, ni èl eſtàva à otra coſa atento, que à lavarſe los pies, que eran tales, que no parecian ſino dos pedaços de blanco criſtal, que entre las otras piedras del arròyo ſe avìan nacido. Suſpendiòles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no eſtàvan hechos à piſar terrones, ni à andar tras el aràdo y los buyes, como

como moſtràva el habito de ſu dueño; y aſſi viendo que no avìan ſido ſentidos, el Cura, que iva delante, hizo ſeñas à los otros dos, que ſe agaçapàſſen, ò eſcondièſſen detràs de unos pedaços de peña que alli avìa, y aſſi lo hizièron todos, mirando con atencion lo que el moço hazìa: El qual trayà pueſto un capotillo pardo de dos haldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Trayà anſimeſmo unos calçones, y polàynas de paño pardo, y en la cabeça una montera parda. Tenìa las polàynas levantadas haſta la mitad de la pierna, que ſin duda alguna de blanco alabaſtro parecìa. Acobòſe de lavar los hermoſos piès, y luego con un paño de tocàr, que ſacò debàxo de la montera, ſe los limpiò; y al querer quitarſele, alçò el roſtro, y tuvièron lugar los que mirandole eſtàvan, de ver una hermoſura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: Eſta, ya que no es Lucinda, no es perſona humana ſino divina. El moço ſe quitò la montera, y ſacudiendo la cabeça à una y otra parte, ſe començàron à deſcoger y deſparzir unos cabellos, que pudièran los del Sol tenerles envìdia. Con eſto conocièron, que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermoſa, que haſta entonces los ojos de los dos avìan viſto, y aun los de cardenio, ſino huvièran mirado, y conocido à Lucinda, que deſpues afirmò, que ſola la belleza de Lucinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no ſolo le cubrian las eſpaldas, mas toda en torno la eſcondièron debaxo dellos, que ſino eran los piès, ninguna otra coſa de ſu cuerpo ſe parecìa: Tales y tantos eran. En eſtos les ſirvièron de peyne unas manos, que ſi los pies en el agua avìan pare-

cido pedaços de criſtàl, las manos en los cabellos ſemejavan pedaços de apretada nieve: Todo lo qual en mas admiracion, y en mas deſsèo de ſaber quien era, ponìa à los tres que la miràvan. Por eſto determinàron de moſtrarſe; y al movimiento que hizièron de ponerſe en pie, la hermoſa moça alçò la cabeça, y apartandoſe los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian; y apenas los hùvo viſto, quando ſe levantò en pie, y ſin aguardar à calçarſe, ni à recoger los cabellos, aſiò con mucha preſteza un bulto como de ropa, que junto à ſi tenìa, y quiſo ponerſe en huỳda, llena de turbacion, y ſobreſalto: Mas no hùvo dado ſeys paſſos, quando, no pudiendo ſufrir los delicados pies la aſpereza de las piedras, diò conſigo en el ſuèlo; lo qual viſto por los tres, ſalièron à ella, y el Cura fuè el primero que dixo: Detenèos, Señora quien quièra que sèays, que los que aqui vèys, ſolo tienen intencion de ſerviros. No ay para que os pongays en tan impertinente huỳda, porque ni vueſtros pies lo podràn ſufrir, ni noſotros conſentir. A todo eſto ella no reſpondiò palabra, atònita y confuſa. Llegàron, pues, à ella, y aſiendola por la mano el Cura, proſiguiò diziendo: Lo que vueſtro trage, Señora, nos niega, vueſtros cabellos nos deſcubren: Señales claras que no deven de ſer de poco momento las cauſas que han disfraçado vueſtra belleza en habito tan indigno, y traỳdola à tanta ſoledad como es eſta, en la qual ha ſido ventura el hallaros, ſino para dar remedio à vueſtros males, à lomenos para darles conſèjo, pues ningun mal puede fatigàr tanto, ni llegar tan al eſtremo de ſerlo, mientras no acaba la vida, que rehùſe de no eſcuchar, ſiquiera,

ſiquiera, el conſejo que con buena intencion ſe le dà al que lo padece. Aſſi que, Señora mia, ò Señor mio, ò lo que vos quiſièredes ſer, perded el ſobreſalto que nueſtra viſta os hà cauſado, y contadnos vueſtra buena ò mala ſuerte, que en noſotros juntos, ò en cada uno hallarèys quien os ayude à ſentir vueſtras deſgracias.

En tanto que el Cura dezia eſtas razones, eſtàva la diſfraçada moça como enveleſada mirandolos à todos ſin mover labio, ni dezir palabra alguna: bien aſſi como ruſtico aldeano, que de improviſo ſe le mueſtran coſas ràras, y dèl jamas viſtas. Mas bolviendo el Cura à dezirle otras razones al meſmo efeto encaminadas, dando ella un profundo ſuſpiro, rompiò el ſilencio, y dixo.

Pues que la ſoledad deſtas ſierras no ha ſido parte para encubrirme, ni la ſoltura de mis deſcompueſtos cabellos no ha permitìdo que ſea mentiroſa mi lengua, en valde ſerìa fingir yo de nuevo aora, lo que, ſi ſe me creyèſſe, ſerìa mas por corteſia, que por otra razon alguna. Preſupueſto eſto, digo, Señores, que os agradezco el ofrecimiento que me avèys hecho, el qual me ha pueſto en obligacion de ſatisfazèros en todo lo que me avèys pedido; pueſto que temo, que la relacion que os hizière de mis deſdichas, os ha de cauſar, al par de la compaſſion, la peſadumbre; porque no avèys de hallar remedio para remediarlas, ni conſuelo para entretenerlas: Pero con todo eſto, porque no ande vacilando mi honra en vueſtras intenciones, aviendome yà conocido por muger, y viendome moça, ſola, y en eſte trage (coſas todas juntas y cada una por ſi que pueden echar por tierra qualquier honeſto credito) os avrè de dezir lo que quiſiera,

quiſièra callar, ſi pudièra. Todo eſto dixo ſin parar la que tan hermoſa muger parecia, con tan ſuelta lengua, con voz tan ſuave, que no menos les admirò ſu diſcrecion, que ſu hermoſura: Y tornandole à hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplièſſe, ella ſin hazerſe mas de rogar, calçandoſe con toda honeſtidad, y recogièndo ſus cabellos, ſe acomodò en el aſiento de una piedra, y pueſtos los tres al rededòr della, haziendoſe fuerça para detener algunas lagrimas, que à los ojos ſe le venian, con voz repoſada y clara començò la hiſtoria de ſu vida deſta manera.

En eſta Andaluzìa ay un lugar de quien toma titulo un Duque, que le haze uno de los que llaman Grandes de Eſpaña. Eſte tiene dos hijos, el mayor, heredero de ſu eſtado, y al parecer, de ſus buenas coſtumbres; y el menor, no sè yo de que ſea heredero, ſino de las trayciones de Vellìdo, y de los embuſtes de Galalòn. Deſte Señor ſon vaſallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que ſi los bienes de ſu naturaleza igualàran à los de ſu fortuna, ni ellos tuvièran mas que deſsèar, ni yo temièra verme en la deſdicha en que me veo; porque quiçà nace mi poca ventura de la que no tuvièron ellos en no aver nacido illuſtres: Bien es verdad, que no ſon tan baxos, que puedan afrentarſe de ſu eſtado, ni tan altos, que à mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de ſu humildad viene mi deſgracia. Ellos en fin ſon labradores, gente llana, ſin mezcla de alguna raça mal ſonante, y como ſuele dezirſe, Chriſtianos viejos rancioſos; pero tan rancios, que ſu riqueza y magnìfico trato les và poco à poco adquiriendo nombre de Hidalgos,

dalgos, y aun de Cavalleros, puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciàvan, era de tenerme à mi por hija: Y assi por no tener otra ni otro que los heredàsse, como por ser padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas, que padres jamas regalàron. Era el espejo en que se miràvan, el baculo de su vejèz, y el sujeto à quien encaminàvan, midiendolos con el cielo, todos sus desèos; de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto: Y del mismo modo que yo era Señora de sus animos, assi lo era de su hazienda. Por mi se recebìan y despedìan los criados: La razon y cuenta de lo que se sembràva y cogìa, pasàva por mi mano: Los molinos de azeyte, los lagàres del vino, el numero de ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre, puede tener, y tiene, tenìa yo la cuenta, y era la mayordoma y Señora con tanta solicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertarè à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedavan (despues de aver dado lo que convenìa à los mayorales, ò capatazes, y à otros jornaleros) los entretenìa en exercicios, que son à las donzellas tan licitos, como necessarios; como son los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: Y si alguno, por recrear el animo, estos exercicios dexàva, me acogìa al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar una harpa; por que la experiencia me mostrava, que la mùsica compone los animos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta, pues, era la vida que yo tenìa en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado,

no

no ha ſido por oſtentacion, ni por dar à entender que ſoy rica, ſino porque ſe advièrta, quan ſin culpa me hè venìdo de aquel buen eſtado, que hè dicho, al infelice en que aora me hallo.

Es, pues, el caſo, que paſſando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monaſterio pudièra comparàrſe, ſin ſer viſta, à mi parecer, de otra perſona alguna que de los criados de caſa (porque los dias que iva à Miſſa era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que à penas veìan mis ojos mas tierra de aquella donde ponìa los pies :) y con todo eſto, los del amor, ò los de la ocioſidad, por mejor dezir, à quien los de Lince no pueden igualarſe, me vièron pueſtos en là ſolicitud de Don Fernando, que eſte es el nombre del hijo menor del Duque, que os hè contado.

No hùvo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contàva, quando à Cardenio ſe le mudò la color del roſtro, y començò à traſudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miràron en ello, temièron que le venìa aquel accidente de locura, que avìan oydo dezir, que de quando en quando le venìa. Mas Cardenio no hizo otra coſa que traſudar, y eſtarſe quedo, mirando de hito en hito à la labradora, imaginando quien ella era; la qual, ſin advertir en los movimientos de Cardenio, proſiguiò ſu hiſtoria diziendo.

Y no me huvièron bien viſto, quando, (ſegun èl dixo deſpues,) quedò tan preſo de mis amòres, quanto lo dièron bien à entender ſus demonſtraciones. Mas por acabar preſ-

to

to con el cuento (que no le tiene) de mis deſdichas, quièro paſsàr en ſilencio las diligencias que Don Fernando hizo para declaràrme ſu voluntad. Sobornò toda la gente de mi caſa: Diò y ofreciò dàdivas y mercedes à mis parientes: Los dìas eran todos de fieſta y de regozijo en mi calle: Las noches no dexàvan dormir à nadie las muſicas: Los billetes, que ſin ſabèr como à mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimièntos, con menos letras que promeſſas y juramentos. Todo lo qual no ſolo no me ablandava, pero me endurecia de manera como ſi fuèra mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme à ſu voluntad hazia, las hizièra para el efeto contrario: No porque à mi me parecièſſe mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuvièſſe à demasìa ſus ſolicitudes; porque me dava un no sè que de contento el vèrme tan querida, y eſtimada de un tan principal cavallero; y no me pesàva ver en ſus papèles mis alabanças (que en eſto, por fèas que ſeàmos las mugeres, me parece à mi, que ſiempre nos dà guſto el oỳr que nos llamen hermoſas.) Pero à todo eſto ſe oponia mi honeſtidad, y los conſejos continuos que mis padres me davan, que ya muy al deſcubierto ſabìan la voluntad de Don Fernando, porque yà à èl no ſe le dava nada de que todo el mundo la ſupièſſe. Dezianme mis padres, que en ſola mi virtud y bondad dexàvan y depoſitàvan ſu honra y fama; y que conſideràſſe la deſigualdad que avìa entre mi, y Don Fernando; y que por aqui echarìa de ver, que ſus penſamientos (aunque èl dixèſſe otra coſa) mas ſe encaminàvan à ſu guſto, que à mi provecho: Y que ſi yo quiſièſſe poner en alguna manera

algun inconveniente para que èl ſe dexàſſe de ſu injuſta pretenſion, que ellos me caſarìan luego con quien yo mas guſtàſſe, aſſi de los mas principales de nueſtro lugar, como de todos los circunvezinos, pues todo ſe podia eſperàr de ſu mucha hazienda, y de mi buena fama. Con eſtos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificava yo mi entereza, y jamas quiſe reſpondèr à Don Fernando palabra, que le pudièſſe moſtràr, aun de muy lexos, eſperança de alcançàr ſu deſsèo. Todos eſtos recatos mios, que èl devìa de tenèr por deſdenes, devièron de ſer cauſa de avivàr mas ſu laſcìvo apetìto (que eſte nombre quiero dar à la voluntad que me moſtràva, la qual, ſi ella fuèra como devìa, no la ſupierades voſotros aora, porque huvièra faltado la ocaſion de deziroſla.) Finalmente Don Fernando sùpo, que mis padres andavan por dàrme eſtado, por quitalle à èl la eſperança de poſſeèrme, ò àlomenos, porque yo tuvièſſe mas guardas para guardàrme. Y eſta nueva, ô ſoſpecha fuè cauſa para que hizièſſe lo que aora oyrèys: Y fuè, que una noche, eſtando yo en mi apoſento con ſola la compañia de una donzella que me ſervia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por deſcuydo mi honeſtidad no ſe vièſſe en peligro; ſin ſaber, ni imaginàr como en medio deſtos recatos y prevenciones, y en la ſoledad deſſe ſilencio y encierro, me le hallè delante, cuya viſta me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudeciò la lengua: Y aſſi no fuy poderoſa de dar vozes, ni aun èl creo que me las dexàra dar, porque luego ſe llegò à mi, y tomandome entre ſus braços (porque yo, como digo, no tùve fuerças para defendèrme, ſegun eſtava turbada) comen-

çò

ço à dezirme tales razones, que no sè como es poſſible, que tenga tanta habilidad la mentira, que las ſepa componèr de modo, que parezcan tan verdaderas. Hazìa el traydòr que ſus lagrimas acreditàſſen ſus palabras, y los ſuſpiros ſu intencion. Yo pobrecilla, ſola entre los mios, mal exercitada en caſos ſemejantes, comencè, no sè en que modo, à tener por verdaderas tantas falſedàdes, pero no de ſuerte que me movièſſen à compaſſion, menos que buena, ſus lagrimas y ſuſpiros. Y aſſi paſſandoſeme aquel ſobreſalto primero, tornè algun tanto à cobràr mis perdìdos eſpiritus, y con mas animo del que pensè, que pudièra tener, le dixe: Si como eſtoy, Señor, en tus braços, eſtuvièra entre los de un leòn fiero, y el libràrme dellos ſe me aſſeguràra con que hizièra, ò dixèra coſa, que fuèra en perjuyzio de mi honeſtidad, aſſi fuèra poſſible hazella, ò dezilla, como es poſſible dexàr de avèr ſido lo que fuè. Aſſi que ſi tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos deſsèos, que ſon tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, ſi con hazèrme fuerça, quiſières paſſar adelante en ellos. Tu vaſalla ſoy, pero no tu eſclava. Ni tiene, ni deve tener imperio la nobleza de tu ſangre para deſhonràr y tener en poco la humildad de la mia: Y en tanto me eſtimo yo villana y labradora, como tu Señor y Cavallero. Conmigo no han de ſer de ningun efecto tus fuerças, ni han de tenèr valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañàrme, ni tus ſuſpiros, y lagrimas enternecèrme. Si alguna de todas eſtas coſas, que he dicho, vièra yo en el que mis padres me dièran por eſpoſo, à ſu voluntad ſe ajuſtàra la mia, y mi voluntad de la ſuya no ſalièra; de modo,

que como quedàra con honra, aunque quedàra ſin guſto, de grado te entregàra lo que tu, Señor, aora con tanta fuerça procuras. Todo eſto hè dicho, porque no es pensàr que de mi alcance coſa alguna el que no fuère mi legitimo eſpoſo.

SINO repàras mas que en eſſo, belliſſima Dorotea (que eſte es el nombre deſta deſdichada) dixo el deſleal Cavallero, vèes, aqui te doy la mano de ſerlo tuyo, y ſean teſtigos deſta verdad los cielos, à quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta imagen de nueſtra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que ſe llamàva Dorotea, tornò de nuevo à ſus ſobreſaltos, y acabò de confirmàr por verdadera ſu primera opinion; pero no quiſo interrumpir el cuento, por ver en que venìa à paràr lo que èl ya caſi ſabia; ſolo dixo: Que Dorotea es tu nombre, ſeñora? Otra hè oydo yo dezir del meſmo, que quiçà corre parejas con tus deſdichas. Paſſa adelante, que tiempo vendrà en que te diga coſas que te eſpanten en el meſmo grado que te laſtimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en ſu eſtraño y deſaſtrado trage, y rogòle, que ſi alguna coſa de ſu negocio ſabia, ſe la dixèſſe luego; porque ſi algo le avìa dexàdo bueno la fortuna, era el animo que tenìa para ſufrir qualquier deſaſtre que le ſobrevinièſſe, ſegura de que, à ſu parecer, ninguna podia llegar, que el que tenia acrecentàſſe un punto. No le perdièra yo, Señora, reſpondiò Cardenio, en dezirte lo que pienſo, ſi fuèra verdad lo que imagino, y haſta aora no ſe pierde coyuntùra, ni à ti te importa nada el ſabèrlo. Sea lo que fuère, reſpondiò Dorotea: Que lo que en mi cuento paſſa fuè, que tomando Don

Fernando

Fernando una imagen, que en aquel apoſento eſtàva, la puſo por teſtigo de nueſtro deſpoſorio, y con palabras eficaſiſſimas, y juramentos extraordinarios me diò palabra de ſer mi marido: Pueſto que antes que acabàſſe de dezirlas, le dixe, que miràſſe bien lo que hazìa, y que conſideràſſe el enojo que ſu padre avìa de recibir de vèrle caſado con una villana vaſalla ſuya; que no le cegàſſe mi hermoſura, tal qual era, pues no era baſtante para hallar en ella diſculpa de ſu yerro; y que ſi algun bien me querìa hazèr por el amor que me tenìa, fuèſſe dexar correr mi ſuerte à lo igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan deſiguales caſamièntos ſe gozan, ni duran mucho en aquel guſto con que ſe comiençan.

Todas eſtas razones que aqui he dicho, le dixe, y otras muchas de que no me acuerdo, pero no fuèron parte para que èl dexàſſe de ſeguir ſu intento; bien aſſi como el que no pienſa pagàr, que al concertàr de la baràta, no repara en inconvenientes. Yo à eſta ſazon hize un breve diſcurſo conmigo, y me dixe à mi miſma: Si, que no ſerè yo la primera, que por via de matrimonio aya ſubido de humilde à grande eſtado, ni ſerà Don Fernando el primero, à quien hermoſura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomàr compañia deſigual à ſu grandeza. Pues ſi no hago ni mundo, ni uſo nuevo, bien es acudir à eſta honra que la ſuerte me ofrece, pueſto que en eſto no dure mas la voluntad que me mueſtra, de quanto dure el cumplimièto de ſu deſsèo; que en fin para con Dios ſerè ſu eſpoſa. Y ſi quièro con deſdenes deſpedìrle, en termino le veo, que, no uſando el que deve, uſarà el de la fuerça, y vendrè

vendrè à quedàr deſhonrada, y ſin diſculpa de la culpa, que me podrà dar el que no ſupière, quan ſin ella he venido à eſte punto. Porque que razones ſeràn baſtantes para perſuadir à mis padres, y à otros, que eſte Cavallero entrò en mi apoſento ſin conſentimiento mio? Todas eſtas demandas y reſpueſtas rebolvì en un inſtante en la imaginacion. Y ſobre todo me començàron à hazèr fuerça y à inclinàrme, à lo que fuè (ſin yo penſarlo) ſu peticiòn, los juramentos de Don Fernando, los teſtigos que ponia, las lagrimas que derramàva, y finalmente ſu diſpoſicion y gentileza, que acompañadas con tantas mueſtras de verdadero amor, pudièran rendir à otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamè à mi criada para que en la tierra acompañàſſe à los teſtigos del cielo. Tornò Don Fernando à reyteràr y confirmàr ſus juramentos: Añadiò à los primeros nuevos ſantos por teſtigos: Echòſe mil futuras maldiciones ſino cumplièſſe lo que prometia: Bolviò à humedecèr ſus ojos, y à acrecentàr ſus ſuſpiros: Apretòme mas entre ſus braços, de los quales jamas me avìa dexado: Y con eſto y con bolvèrſe à ſalir del apoſento mi donzella, yo dexè de ſerlo, y èl acabò de ſer traydor y fementido.

El dia, que ſucediò à la noche de mi deſgracia, ſe venia, aun no tan à prieſſa como yo pienſo, que Don Fernando deſèava: Porque deſpues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor guſto que puede venir, es apartàrſe de donde le alcançàron. Digo eſto porque Don Fernando diò prieſſa por partirſe de mi, y por induſtria de mi donzella, que era la miſma que alli le avìa traydo, antes que amanecièſſe, ſe viò en la calle. Y al deſpidirſe de mi (aunque

(aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino) me dixo, que eſtuvièſſe ſegura de ſu fè, y de ſer firmes y verdaderos ſus juramentos; y para mas confirmacion de ſu palabra, ſacò un rico anillo del dedo, y lo puſo en el mio. En efeto èl ſe fuè, y yo quedè, ni sè ſi triſte, ò alegre: Eſto sè bien dezir, que quedè confuſa y penſativa, y caſi fuera de mi con el nuevo acaëcimiento; y no tùve animo, ò no ſe me acordò de reñir à mi donzella por la traycion cometida de encerràr à Don Fernando en mi miſmo apoſento, porque aun no me determinava, ſi era bien ò mal el que me avìa ſucedido. Dìxele al partir à Don Fernando, que por el miſmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era ſuya haſta que, quando èl quiſièſſe, aquel hecho ſe publicàſſe. Pero no vìno otra alguna ſino fuè la ſiguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Igleſia en mas de un mes, que en vano me cansè en ſolicitallo, pueſto que ſupe, que eſtàva en la villa, y que los mas dias iva à caça: Exercicio de que èl era muy aficionado. Eſtos dias, y eſtas horas bien sè yo, que para mi fuèron aziagos y menguadas; pues que comencè à dudàr en ellos, y aun à deſcreer de la fè de Don Fernando: Y sè tambien que mi donzella oyò entonces las palabras, que en reprehenſion de ſu atrevimiento antes no avìa oydo: Y sè que me fuè forçoſo tener cuenta con mis lagrimas, y con la compoſtura de mi roſtro, por no dar ocaſion à que mis padres me preguntàſſen, que de que andava deſcontenta, y me obligàſſen à buſcàr mentiras que dezìlles. Pero todo eſto ſe acabò en un punto, llegandoſe uno, donde ſe atropellaron reſpetos, y ſe acabaron los honrados diſcurſos, y a-

donde

donde ſe perdiò la paciencia, y ſalièron à plaça mis ſecretos penſamientos. Y eſto fuè porque de alli à pocos dias ſe dixo en el lugar, como en una Ciudad alli cerca ſe avìa caſado Don Fernando con una donzella hermoſiſſima en todo eſtremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudièra aſpiràr à tan noble caſamiento. Dìxoſe, que ſe llamava Lucinda, con otras coſas que en ſus deſpoſorios ſucedièron dignas de admiracion.

Oyò Cardenio el nombre de Lucinda, y no hizo otra coſa que encogèr los hombros, mordèrſe los labios, enarcàr las cexas, y dexar de alli à poco caèr por ſus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por eſſo dexò Dorotea de ſeguir ſu cuento, diziendo: Llegò eſta triſte nueva à mis oydos, y en lugar de elarſeme el coraçon en oỳlla, fuè tanta la còlera y rabia que ſe encendiò en èl, que faltò poco para no ſalìrme por las calles dando vozes, publicando la alevoſia y traycion que ſe me avìa hecho. Mas templòſe eſta furia por entonces con pensàr de ponèr aquella meſma noche por obra lo que puſe: que fuè, ponerme en eſte habito que me diò uno de los que llaman çagales en caſa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual deſcubrì toda mi deſventura, y le roguè me acompañàſſe haſta la ciudad, donde entendì que mi enemigo eſtàva. El, deſpues que hùvo reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome reſuelta en mi parecer, ſe ofreciò à tenèrme compañia, como èl dixo, haſta el cabo del mundo. Luego al momento encerrè en una almohada de lienço un veſtido de muger, y algunas jòyas, y dineros por lo que podia ſuceder; y en el ſilencio de aquella noche, ſin dar cuenta à mi traydòra donzella,

zella, ſalì de mi caſa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me pùſe en camino de la ciudad à pie, llevada en buelo del deſsèo de llegar, ya que no à eſtorvar lo que tenìa por hecho, alomènos à dezir à Don Fernando, me dixèſſe con que alma lo avìa hecho. Lleguè en dos dias y medio donde querìa, y entrando por la ciudad, preguntè por la caſa de los padres de Lucinda; y el primero, à quien hize la pregunta, me reſpondiò mas de lo que yo quiſièra oỳr. Dixome la caſa, y todo lo que avìa ſucedido en el deſpoſorio de ſu hija: Coſa tan publica en la ciudad, que ſe hazen corrillos para contàrla por toda ella. Dìxome, que la noche que Don Fernando ſe deſposò con Lucinda, deſpues de aver ella dado el *Si* de ſer ſu eſpoſa, le avìa tomado un rezio deſmayo, y que llegando ſu eſpoſo à deſabrocharle el pecho para que le dièſſe el ayre, le hallò un papel eſcrito de la miſma letra de Lucinda, en que dezìa y declarava, que ella no podia ſer eſpoſa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, à lo que el hombre me dixo, era un Cavallero muy principal de la miſma ciudad: Y que ſi avìa dado el *Si* à Don Fernando, fuè por no ſalir de la obediencia de ſus padres. En reſolucion tales razones dixo que contenia el papel, que dava à entender, que ella avìa tenido intencion de matarſe en acabandoſe de deſpoſar, y dava alli las razones, porque ſe avìa quitado la vida: Todo lo qual, dizen que confirmò una daga, que le hallàron no sè en que parte de ſus veſtidos. Todo lo qual viſto por Don Fernando, pareciendole que Lucinda le avìa burlado, y eſcarnecido, y tenido en poco, arremetiò à ella antes que de ſu deſmàyo bolvièſſe, y con la miſma

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

daga que le hallàron, la quiſo dar de puñaladas; y lo hiziera, ſi ſus padres y los que ſe hallàron preſentes no ſe lo eſtorvàran. Dixèron mas, que luego ſe auſentò Don Fernando, y que Lucinda no avìa buelto de ſu paraſiſmo haſta otro dia, que contò à ſus padres como ella era verdadera eſpoſa de aquel Cavallero que hè dicho. Sùpe mas, que el tal Cardenio, ſegun dezian, ſe hallò preſente à los deſpoſorios, y que en viendola deſpoſada (lo qual èl jamas pensò) ſe ſaliò de la ciudad deſeſperado, dexandole primero eſcrita una carta, donde dava à entender el agravio que Lucinda le avìa hecho, y de como èl ſe iva adonde gentes no le vièſſen. Eſto todo era publico y notorio en toda la ciudad, y todos hablavan dello; y mas hablaron quando ſupièron, que Lucinda avìa faltado de caſa de ſus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio ſus padres, y no ſabìan que medio tomar para hallarla. Eſto que ſupe, puſo en vando mis eſperanças, y tùve por mejor no aver hallado à Don Fernando, que hallarle caſado, pareciendome que aun no eſtàva del todo cerrada la puerta à mi remedio; dandome yo à entender, que podrìa ſer, que el cielo huvièſſe pueſto aquel impedimento en el ſegundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero devia, y à caer en la cuenta de que era Chriſtiano, y que eſtàva mas obligado à ſu alma, que à los reſpetos humanos. Todas eſtas coſas rebolvia en mi fantaſia, y me conſolava ſin tener conſuelo, fingiendo unas eſperanças largas y deſmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

ESTANDO, pues, en la ciudad ſin ſaber que hazerme, pues à Don Fernando no hallava, llegò à mis oydos un publico pregon, donde ſe prometia grande hallazgo à quien me hallàſſe, dando las ſeñas de la edàd, y del meſmo trage que traỳa. Y oỳ dezir, que ſe dezìa, que me avìa ſacado de caſa de mis padres el moço que conmigo vìno (coſa que me llegò al alma, por ver quan decayda andava mi credito, pues no baſtava perdèrle con mi venida, ſino añadir el con quien, ſiendo ſujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos penſamientos.) Al punto que oỳ el pregon, me ſalì de la ciudad con mi criado, que ya començava à dar mueſtras de titubeàr en la fè, que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entràmos por lo eſpeſo deſta montaña con el miedo de no ſer hallados. Pero como ſuele dezirſe, que un mal llama à otro, y que el fin de una deſgracia ſuele ſer principio de otra mayor; aſſì me ſucediò à mi, porque mi buen criado haſta entonces fiel y ſeguro, aſſì como me viò en eſta ſoledad, incitado de ſu meſma vellaqueria antes que de mi hermoſura, quiſo aprovechàrſe de la ocaſion, que à ſu parecer eſtos yermos le ofrecìan; y con poca verguença y menos temor de Dios, ni reſpeto mio, me requiriò de amores; y viendo que yo con feas y juſtas palabras reſpondia à las deſverguenças de ſus propoſitos, dexò à parte los ruegos de quien primero pensò aprovechàrſe, y començò à uſar de la fuerça: Pero el juſto cielo, que pocas ò ningunas vezes dexa de mirar y favorecer à las juſtas intenciones, favoreciò las mias de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo dì con èl por un derrumbadero, donde le dexè, ni sè ſi muerto, ò ſi vivo:

Y luego con mas ligereza que mi ſobreſalto y Cansàncio pedian, me entrè por eſtas montañas, ſin llevar otro penſamiento, ni otro deſignio, que eſcondèrme en ellas, y huỳr de mi padre, y de aquellos que de ſu parte me andavan buſcando. Con eſte deſsèo, ha no sè quantos meſes que entrè en ellas, donde hallè un ganadero que me llevò por ſu criado à un lugar que eſtà en las entrañas deſta ſierra, al qual hè ſervido de çagal todo eſte tiempo, procurando eſtàr ſiempre en el campo por encubrir eſtos cabellos, que aora, tan ſin penſarlo, me han deſcubierto; Pero toda mi induſtria, y toda mi ſolicitud fuè, y ha ſido de ningun provecho, pues mi amo vìno en conocimiento de que yo no era varon, y naciò en èl el miſmo mal penſamiento que en mi criado; y como no ſiempre la fortuna con los trabajos dà los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco de donde deſpeñar y deſpenar al amo, como le hallè para el criado: Y aſſi tùve por menor inconveniente dexalle, y eſcondèrme de nuevo entre eſtas aſpereças, que provar con èl mis fuerças, ò mis diſculpas. Digo, pues, que me tornè à emboſcàr, y à buſcàr donde ſin impedimento alguno pudièſſe con ſuſpiros y lagrimas rogar al cielo, ſe duela de mi deſventura, y me dè induſtria, y favor para ſalir della, ò para dexar la vida entre eſtas ſoledades, ſin que quede memoria deſta triſte, que tan ſin culpa ſuya avrà dado materia para que della ſe hable, y murmure en la ſuya, y en las agènas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata de la diſcrecion de la hermoſa Dorotea con otras coſas de mucho guſto y paſſatiempo.

ESTA es, Señores, la verdadera hiſtoria de mi tragedia, mirad y juzgad aora, ſi los ſuſpiros que eſcuchaſtes, las palabras que oỳſtes, y las lagrimas que de mis ojos ſalian tenian ocaſion baſtante para moſtrarſe en mayor abundancia: Y conſiderada la calidad de mi deſgracia, verèys, que ſerà en vano el conſuelo, pues es impoſſible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podreys, y devèys hazèr) que me aconſejèys donde podrè paſſar la vida ſin que me acabe el temor y ſobreſalto que tengo de ſer hallada de los que me buſcan; que aunque sè, que el mucho amor, que mis padres me tienen, me aſſegura, que ſerè dellos bien recibida, es tanta la verguença que me ocupa ſolo el pensàr, que no como ellos penſavan, tengo de parecer à ſu preſencia, que tengo por mejor deſterrarme para ſiempre de ſer viſta, que no verles el roſtro con penſamiento que ellos miran el mio ageno de la honeſtidad, que de mi ſe devian de tener prometida.

CALLÒ en diziendo eſto, y el roſtro ſe le cubriò de un color, que moſtrò bien claro el ſentimiento y verguença del alma. En las ſuyas ſintièron los que eſcuchado la avìan, tanta làſtima como admiracion de ſu deſgracia; y aunque luego quiſièra el Cura conſolarla, y aconſejarla, tomò primero la mano Cardenio, diziendo: En fin, Señora, que tu eres la hermoſa Dorotea, la hija ùnica del rico Clenardo?

Admi-

Admirada quedò Dorotea quando oyò el nombre de ſu padre, y de ver, quan de poco era el que le nombrava; porque yà sè hà dicho de la mala manera, que Cardenio eſtàva veſtido; y aſſi le dixo: Y quien ſoys vos, hermano, que aſſi ſabeys el nombre de mi padre, porque yo haſta aora (ſi mal no me acuerdo) en todo el diſcurſo del cuento de mi deſdicha no le he nombrado? Soy, reſpondiò Cardenio, aquel ſin ventura, que ſegun vos, Señora, avèys dicho, Lucinda dixo, que era ſu eſpoſo. Soy el deſdichado Cardenio, à quien el mal termino de aquel que à vos os ha pueſto en el que eſtàys, me ha traydo à que me veàys qual me veys, roto, deſnudo, falto de todo humano conſuelo, y lo que es peor de todo, falto de juyzio, pues no le tengo ſino quando al cielo ſe le antoja darmele por algun breve eſpacio. Yo, Dorotea, ſoy el que me hallè preſente à las ſinrazones de Don Fernando, y el que aguardò à oyr el *Si*, que de ſer ſu eſpoſa pronunciò Lucinda. Yo ſoy el que no tùvo animo para ver en que parava ſu deſmayo, ni lo que reſultava del papel, que le fuè hallado en el pecho; porque no tùvo el alma ſufrimiento para ver tantas deſventuras juntas; y aſſi dexè la caſa, y la paciencia, y una carta que dexè à un hueſped mio, à quien roguè, que en manos de Lucinda la puſièſſe, y vìneme à eſtas ſoledades con intencion de acabàr en ellas la vida, que deſde aquel punto aborrecì como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la ſuerte quitàrmela, contentandoſe con quitàrme el juyzio, quiça por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros, pues ſiendo verdad (como creo que lo es,) lo que aqui avèys contado, aun podrià ſer, que à entrambos

nos

nos tuvièſſe el cielo guardado mejor ſuceſſo en nueſtros deſaſtres, que noſotros penſamos: Porque preſupueſto que Lucinda no puede caſarſe con Don Fernando por ſer mia, ni Don Fernando con ella por ſer vueſtro, y avèrlo ella tan manifieſtamente declarado, bien podemos eſperàr, que el cielo nos reſtituya lo que es nueſtro, pues eſtà toda via en ſer, y no ſe hà enagenado, ni deſhecho. Y pues eſte conſuelo tenèmos, nacido no de muy remota eſperança, ni fundado en deſvariadas imaginaciones; Suplìcoos, Señora, que tomèys otra reſolucion en vueſtros honrados penſamientos, pues yo la pienſo tomàr en los mios, acomodandoos à eſperàr mejor fortuna: Que yo os juro por la fè de Cavallero y de Chriſtiano, de no deſampararos haſta veros en poder de Don Fernando; y que quando con razones no le pudière atraèr à que conozca lo que os deve, de uſar entonces la libertad que me concede el ſer Cavallero, y poder con juſto tìtulo deſafialle en razon de la ſinrazon, que os haze, ſin acordàrme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra à los vueſtros.

Con lo que Cardenio dixo, ſe acabò de admiràr Dorotea, y por no ſaber que gracias bolver à tan grandes ofrecimientos, quiſo tomarle los pies para beſarſelos, mas no lo conſintiò Cardenio: Y el Licenciado reſpondiò por entrambos, y aprovò el buen diſcurſo de Cardenio; y ſobre todo les rogò, aconſejò, y perſuadiò, que ſe fuèſſen con èl à ſu aldèa, donde ſe podrìan reparàr de las coſas que les faltàvan; y que alli ſe darìa orden como buſcar à Don Fernando, ò como llevar à Dorotea à ſus padres, ò hazer lo que mas les parecièſſe conveniente. Cardenio y Dorotea ſe

lo

lo agradecièron, y acetàron la merced que ſe les ofrecia. El Barbero, que à todo avìa eſtado ſuſpenſo y callado, hizo tambien ſu buena plàtica, y ſe ofreciò con no menos voluntad que el Cura à todo aquello que fuèſſe bueno para ſervirles. Contò aſſimiſmo con brevedad la cauſa que alli los avìa traydo, con la eſtrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardavan à ſu eſcudero, que avìa ido à buſcalle. Vìnoſele à la memoria à Cardenio, como por ſueños, la pendencia que con Don Quixote avìa tenido, y contòla à los demas, mas no sùpo dezir, porque cauſa fuè ſu quiſtion.

En eſto oyèron vozes, y conociendo que el que las dava era Sancho Pança (que, por no avèrlos hallado en el lugar donde los dexò, los llamava à vozes) ſalièronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo, como le avìa hallado deſnudo en camiſa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y ſuſpirando por ſu ſeñora Dulcinea; y que pueſto que le avìa dicho, que ella le mandava que ſalièſſe de aquel lugar, y ſe fuèſſe al del Tobòſo donde le quedava eſperando, avìa reſpondido, que eſtàva determinado de no parecèr ante ſu fermoſura, faſta que ovièſſe fecho fazañas que le fizièſſen digno de ſu gracia: Y que ſi aquello paſſava adelante, corria peligro no venir à ſer Emperador, como eſtàva obligado, ni aun Arçobiſpo, que era lo menos que podrìa ſer; por eſſo que miràſſen lo que ſe avìa de hazèr para ſacàrle de alli. El Licenciado le reſpondiò, que no tuvièſſe pena, que ellos le ſacarìan de alli, mal que le pesàſſe.

Contò luego à Cardenio, y à Dorotea lo que tenian penſado para remedio de Don Quixote, àlomenos para llevarle

llevarle à ſu caſa. A lo qual dixo Dorotea, que ella harìa la donzella meneſteroſa mejor que el Barbero; y mas que tenìa alli veſtidos con que hazerlo al natural: Y que la dexàſſen el cargo de ſaber repreſentar todo aquello, que fuèſſe meneſter para llevar adelante ſu intento; porque ella avìa leydo muchos libros de cavallerias, y ſabìa bien el eſtilo que tenìan las donzellas cuytadas, quando pedian ſus dones à los andantes Cavalleros. Pues no es meneſter mas, dixo el Cura, ſino que luego ſe ponga por obra; que ſin duda la buena ſuerte ſe mueſtra en favor nueſtro, pues, tan ſin penſarlo, à voſotros, ſeñores, ſe os hà començado à abrir puerta para vueſtro remedio, y à noſotros ſe nos ha facilitado la que aviamos meneſter. Sacò luego Dorotea de ſu almohada una ſaya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra viſtoſa tela verde, y de una caxita un collar, y otras joyas, con que en un inſtante ſe adornò de manera, que una rica y gran ſeñora parecia. Todo aquello y mas, dixo, que avìa ſacado de ſu caſa para lo que ſe le ofrecièſſe, y que haſta entonces no ſe le avìa ofrecido ocaſion de averlo meneſter. A todos contentò en eſtremo ſu mucha gracia, donàyre, y hermoſura; y confirmàron à Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza deſechava. Pero el que mas ſe admirò fuè Sancho Pança, por parecerle (como era aſſi verdad) que en todos los dias de ſu vida no avìa viſto tan hermoſa criatura: Y aſſi preguntò al Cura con grande ahinco, le dixèſſe, quièn era aquella tan fermoſa ſeñora? Y que era lo que buſcava por aquellos andurriales? Eſta hermoſa ſeñora, reſpondiò el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dize nada, la heredera por li-

nea recta de Varon del gran reyno de Micomicon, la qual viene en buſca de vueſtro amo à pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ò agravio, que un mal gigante le tiene fecho: Y à la fama que de buen cavallero vueſtro amo tiene por todo lo deſcubierto de Guinea, hà venido à buſcarle eſta Princeſa. Dichoſa buſcada, y dichoſo hallazgo, dixo à eſta ſazon Sancho Pança, y mas ſi mi amo es tan venturoſo, que desfaga eſſe agravio, y enderece eſſe tuerto, matando à eſſe hideputa deſſe Gigante, que vueſtra merced dize (que ſi matarà ſi le encuentra, ſi ya no fuèſſe fantaſma, que contra las fantaſmas no tiene mi Señor poder alguno.) Pero una coſa quiero ſuplicar à vueſtra merced entre otras, ſeñor Licenciado, y es, que porque à mi amo no le tome gana de ſer Arçobiſpo (que es lo que yo temo) vueſtra merced le aconſeje, que ſe caſe luego con eſta Princeſa, y aſſi quedarà impoſſibilitado de recibir ordenes Arçobiſpales, y vendrà con facilidad à ſu imperio, y yo al fin de mis deſsèos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me eſtà bien que mi amo sèa Arçobiſpo, porque yo ſoy inùtil para la Igleſia, pues ſoy caſado; y andarme aora à traer diſpenſaciones para poder tener renta por la Igleſia, teniendo, como tengo, muger y hijos, ſerìa nunca acabar. Aſſi que, ſeñor, todo el toque eſtà, en que mi amo ſe caſe luego con eſta ſeñora, que haſta aora no sè ſu gracia, y aſſi no la llamo por ſu nombre. Llàmaſe, reſpondiò el Cura, La Princeſa Micomicona, porque llamandoſe ſu reyno Micomicon, claro eſtà, que ella ſe ha de llamar aſſi. No ay duda en eſſo, reſpondiò Sancho, que yo hè viſto à muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar

gar donde nacièron, llamandoſe Pedro de Alcalà, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid, y eſto meſmo ſe deve de uſar allà en Guinea, tomar las Reynas los nombres de ſus Reynos. Aſſi deve de ſer, dixo el Cura, y en lo del caſarſe vueſto amo yo harè en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de ſu ſimplicidad, y de ver quan encaxados tenìa en la fantaſia los meſmos diſparates que ſu amo, pues ſin alguna duda ſe dava à entender, que avìa de venir à ſer Emperador.

YA en eſto ſe avìa pueſto Dorotea ſobre la mula del Cura, y el Barbero ſe avìa acomodado al roſtro la barba de la cola de buey, y dixèron à Sancho, que los guiàſſe à donde Don Quixote eſtàva, al qual advirtièron, que no dixèſſe que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos conſiſtia todo el toque de venir à ſer Emperador ſu amo: Pueſto que ni el Cura, ni Cardenio quiſièron ir con ellos, porque no ſe le acordàſſe à Don Quixote la pendencia que con Cardenio avìa tenido; y el Cura tanpoco, porque no era meneſter por entonces ſu preſencia, y aſſi los dexàron ir delànte, y ellos los fuèron ſiguiendo à pie poco à poco. No dexò de aviſar el Cura lo que avìa de hazer Dorotea, à lo que ella dixo, que deſcuydàſſen, que todo ſe harìa ſin faltar punto, como lo pedian y pintavan los libros de Cavallerias.

TRES quartos de legua avrìan andado, quando deſcubrièron à Don Quixote entre unas intrincadas peñas, yà veſtido, aunque no armado; y aſſi como Dorotea le viò, y fuè informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, diò del

azote à ſu palafren, ſiguièndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto à èl, el eſcudero ſe arrojò de la mula, y fuè à tomar en los braços à Dorotea, la qual apeandoſe, con gran deſemboltura ſe fuè à hincar de rodillas ante las de Don Quixote; y aunque èl pugnava por levantarla, ella ſin levantarſe le fablò en eſta guiſa.

De aqui no me levantarè, ò valeroſo y eſforçado Cavallero, faſta que la vueſtra bondad y corteſia me otorgue un don, el qual redundarà en honra y prez de vueſtra perſona, y en pro de la mas deſconſolada y agraviada donzella, que el ſol ha viſto: Y ſi es que el valor de vueſtro fuerte braço correſponde à la voz de vueſtra inmortal fama, obligado eſtàys a favorecer à la ſin ventura, que de tan lueñas tierras viene al olor de vueſtro famoſo nombre, buſcandoos para remedio de ſus deſdichas. No os reſponderè palabra, fermoſa ſeñora, reſpondiò Don Quixote, ni oyrè mas coſa de vueſtra fazienda, faſta que os levantèys de tierra. No me levantarè, ſeñor, reſpondiò la afligida donzella, ſi primero por la vueſtra corteſia no me es otorgado el don que pido. Yo vos lo otorgo, y concedo, reſpondiò Don Quixote, como no ſe aya de cumplir en daño, ò mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon, y libertad tiene la llave. No ſerà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen ſeñor, replicò la doloroſa donzella. Y eſtando en eſto, ſe llegò Sancho Pança al oydo de ſu ſeñor, y muy pasìto le dixo: Bien puede vueſtra merced, ſeñor, concederle el don que pide, que no es coſa de nada, ſolo es matar à un Gigantazo, y eſta que lo pide es la alta Princeſa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon

comicon de Etiopia. Sèa quien fuère, reſpondiò Don Quixote, que yo harè lo que ſoy obligado, y lo que me dicta mi conciencia conforme à lo que profeſſado tengo: Y bolvièndoſe à la donzella, dixo: La vueſtra gran fermoſura ſe levante, que yo le otorgo el don, que pedirme quiſière. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vueſtra magnanima perſona ſe venga luego conmigo donde yo le llevàre, y me prometa, que no ſe ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, haſta darme vengança de un traydor, que contra todo derecho divino, y humano me tiene uſurpado mi Reyno. Digo que aſſi lo otorgo, reſpondiò Don Quixote; y aſſi podèys, ſeñora, deſde oy mas deſechar la melancolia que os fatiga, y hazer que cobre nuevos brios y fuerças vueſtra deſmayada eſperànça, que con el ayuda de Dios y la de mi braço, vos os verèys preſto reſtituỳda en vueſtro Reyno, y ſentada en la ſilla de vueſtro antiguo y grande eſtado, à pesàr y à deſpecho de los follones, que contradezirlo quiſièren: Y manos à la obra, que en la tardanza, dizen, que ſuele eſtar el peligro. La meneſteroſa donzella pugnò con mucha porfia por beſarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes Cavallero, jamas lo conſintiò, antes la hizo levantar, y la abraçò con mucha corteſia y comedimiento, y mandò à Sancho, que requirièſſe las cinchas à Rozinante, y le armàſſe luego al punto. Sancho deſcolgò las armas, que como trofeo de un arbol eſtàvan pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armò à ſu ſeñor, el qual viendoſe armàdo, dixo: Vamos de aqui en el nombre de Dios à favorecèr eſta gran ſeñora. Eſtàvaſe el Barbero aun de rodillas,

rodillas, teniendo gran cuenta de diſimular la riſa, y de que no ſe le cayèſſe la barba, con cuya cayda, quiça quedàran todos ſin conſeguir ſu buena intencion: Y viendo que yà el don eſtàva concedido, y con la diligencia que Don Quixote ſe aliſtàva para ir à cumplirle, ſe levantò, y tomò de la otra mano à ſu ſeñora, y entre los dos la ſubièron en ſu mula. Luego ſubiò Don Quixote ſobre Rozinante, y el Barbero ſe acomodò en ſu cavalgadura, quedandoſe Sancho Pança à pie, donde de nuevo ſe le renovò la pèrdida del ruzio con la falta que entonces le hazia: Mas todo lo llevava con guſto, por parecerle, que ya ſu ſeñor eſtàva pueſto en camino, y muy à pique de ſer Emperador; porque ſin duda alguna pensàva que ſe avìa de caſar con aquella Princeſa, y ſer por lo menos Rey de Micomicon: Solo le dava peſadumbre el penſar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por ſus vaſallos le dièſſen, avìan de ſer todos negros: A lo qual hizo luego en ſu imaginacion un buen remedio, y dìxoſe à ſi miſmo: Que ſe me dà à mi, que mis vaſallos sèan Negros? Avrà mas, que cargar con ellos, y traerlos à Eſpaña, donde los podrè vender, y à donde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun tìtulo, ò algun oficio con que vivir deſcanſado todos los dias de mi vida? No ſino dormios y no tengàys ingenio, ni habilidad para diſponer de las coſas, y para vender treynta, ò diez mil vaſallos en dàcame eſſas pajas. Por Dios que los hè de volar chico con grande, ò como pudière; y que por Negros que sèan, los he de bolver blancos, ò amarillos. Llegaos que me mamo el dedo. Con eſto andàva tan ſolicito, y tan contento, que ſe le olvidava la peſadumbre de caminar à pie. TODO

TODO eſto miravan de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no ſabian que hazerſe para juntarſe con ellos: Pero el Cura, que era gran traciſta, imaginò luego lo que harian para conſeguir lo que deſsèavan; y fuè, que con unas tixeras que traỳa en un eſtuche, quitò con mucha preſteza la barba à Cardenio, y viſtiòle un capotillo pardo, que el traỳa, y diòle un herreruelo negro; y èl ſe quedò en calças y en jubon; y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que èl miſmo no ſe conocièra, aunque à un eſpejo ſe mirara. Hecho eſto, pueſto yà que los otros avìan paſſado adelante en tanto que ellos ſe disfraçaron, con facilidad ſalièron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos paſſos de aquellos lugares no concedian que anduvièſſen tanto los de à cavallo, como los de à piè. En efeto ellos ſe puſièron en el llano à la ſalida de la ſierra; y aſſi como ſaliò della Don Quixote, y ſus camaradas, el Cura ſe le puſo à mirar de eſpacio, dando ſeñales de que le iva conociendo; y al cabo de averle una buena pieça eſtado mirando, ſe fuè à èl abiertos los braços, y diziendo à vozes: Para bien sèa hallado el eſpejo de la Cavalleria, el mi buen Compatriote Don Quixote de la Mancha, La flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los meneſterоſos, la quinta eſſencia de los Cavalleros andantes; y diziendo eſto, tenìa abraçado por la rodilla de la pierna hizquierda à Don Quixote, el qual, eſpantado de lo que veya, y oỳa dezir, y hazer à aquel hombre, ſe le puſo à mirar con atencion, y al fin le conociò, y quedò como eſpantado de verle, y hizo grande fuerça por apeàrſe, mas el Cura no lo conſintiò, por lo qual Don Quixote dezia: Dèxeme vueſtra merced, ſeñor Licenciado, que no es

razon

razon que yo eſtè à cavallo, y una tan reverenda perſona como vueſtra merced eſtè à piè. Eſſo no conſentirè yo en ningun modo, dixo el Cura, eſtèſe la vueſtra grandeza à cavallo, pues eſtando à cavallo, acaba las mayores fazañas y aventuras, que en nueſtra edad ſe han viſto, que à mi aunque indigno Sacerdote baſtaràme ſubir en las ancas de una deſtas mulas deſtos Señores, que con vueſtra merced caminan, ſi no lo han por enojo; y aun harè cuenta, que voy Cavallero ſobre el cavallo Pegaſo, ò ſobre la Cebra, ò Alfàna en que cavalgava aquel famoſo Moro Muzaraque, que aun haſta aora yaze encantado en la gran cueſta Zulèma, que diſta poco de la gran Compluto. Aun no caỳa yo en tanto, mi ſeñor Licenciado, reſpondiò Don Quixote, y yo sè que mi ſeñora la Princeſa ſerà ſervida, por mi amor, de mandar à ſu eſcudero, dè à vueſtra merced la ſilla de ſu mula, que èl podrà acomodarſe en las ancas, ſi es que ella las ſufre. Si ſufre, à lo que yo creo, reſpondiò la Princeſa; y tambien sè, que no ſerà meneſter mandarſelo al ſeñor mi eſcudero, que èl es tan cortes y tan corteſano, que no conſentirà, que una perſona eccleſiaſtica vaya à piè pudiendo ir à cavallo. Aſſi es, reſpondiò el Barbero, y apeandoſe en un punto, combidò al Cura con la ſilla, y èl la tomò ſin hazerſe mucho de rogar. Y fuè el mal, que al ſubir à las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler (que para dezir que era mala, eſto baſta) alçò un poco los quartos traſeros, y diò dos cozes en el ayre, que à darlas en el pecho de Maeſſe Nicolas, ò en la cabeça, èl diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eſſo le ſobreſaltaron de manera, que cayò en el ſuelo con tan poco

cuydado

cuydado de las barbas, que ſe le cayèron y quedàron en el ſuelo, y como ſe viò ſin ellas, no tùvo otro remedio ſino acudir à cubrirſe el roſtro con ambas manos, y à quexàrſe, que le avìan derribado las muelas. Don Quixote, como viò todo aquel maço de barbas ſin quixadas, y ſin ſangre lexos del roſtro del eſcudero cayìdo, dixo: Vive Dios, que es gran milagro eſte: Las barbas le ha derribado y arrancado del roſtro, como ſi las quitaràn à poſta. El Cura que viò el peligro que corrià ſu invencion de ſer deſcubierta, acudiò luego à las barbas, y fuèſſe con ellas à donde yazia maeſe Nicolas dando aun vozes toda via, y de un golpe, llegandole la cabeça à ſu pecho, ſe las puſo, murmurando ſobre èl unas palabras, que dixo, que era cierto enſalmo apropiado para pegar barbas, como lo verìan: Y quando ſe las tùvo pueſtas, ſe apartò y quedò el eſcudero tan bien barbado y tan ſano como de antes; de que ſe admirò Don Quixote ſobremanera, y rogò al Cura, que quando tuvièſſe lugar, le enſeñaſſe aquel enſalmo, que el entendia, que ſu virtud, à mas que à pegar barbas, ſe devia de eſtender; pues eſtàva claro, que de donde las barbas ſe quitàſſen, avìa de quedar la carne llagada, y mal trecha; y que pues todo lo ſanàva, à mas que barbas aprovechava. Aſſi es, dixo el Cura, y prometiò de enſeñarſele en la primera occaſion. Concertaronſe, que por entonces ſubièſſe el Cura, y à trechos ſe fuèſſen los tres mudando, haſta que llegàſſen à la venta, que eſtarìa haſta dos leguas de alli.

PUESTOS los tres à Cavallo, es à ſaber, Don Quixote, la Princeſa, y el Cura; y los tres à pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, Don Quixote dixo à la donzella: vueſtra

Grandeza, ſeñora mia, guie por donde mas guſto le dière. Y antes que ella reſpondièſſe, dixo el Licenciado. Hàzia que Reyno quiere guiar la vueſtra ſeñoria? Es por ventùra hàzia el de Micomicòn, que ſi deve de ſer, ò yo sè poco de Reynos? Ella que eſtàva bien en todo, entendiò, que avìa de reſponder que Si, y aſſi dixo: Si ſeñor, hàzia eſſe Reyno es mi camino. Si aſſi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de paſſar, y de alli tomarà vueſtra merced la derrota de Cartagena, donde ſe podrà embarcar con la buena ventura; y ſi ày viento pròſpero, mar tranquìlo y ſin borraſca, en poco menos de nueve años ſe podrà eſtàr à viſta de la gran laguna Meòna, digo, Meotìdes, que eſtà poco mas de cien jornadas mas acà del Reyno de vueſtra Grandeza. Vueſtra merced eſtà engañado, ſeñor mio, dixo ella, porque no hà dos años que yo parti dèl, y en verdad que nunca tùve buen tiempo, y con todo eſſo hè llegado à ver lo que tanto deſsèava, que es al Señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegàron à mis oỳdos, aſſi como pùſe los pies en Eſpaña, y ellas me movièron à buſcarle para encomendarme en ſu corteſia, y fiar mi juſticia del valor de ſu invencible braço. No mas: Cèſſen mis alabanças, dixo à eſta ſazon Don Quixote, porque ſoy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque eſta no lo sèa, toda via ofenden mis caſtas orejas ſemejantes plàticas. Lo que yo sè dezir, ſeñora mia, que ora tenga valor, ò no, el que tuvière, ò no tuvière, ſe hà de emplear en vueſtro ſervicio haſta perder la vida; y aſſi dexando eſto para ſu tiempo, ruego al ſeñor Licenciado, me diga, que es la cauſa, que le ha traỳdo por eſtas partes tan ſolo, tan ſin criados, y tan à

la

la ligèra, que me pone eſpanto? A eſſo reſponderè con brevedad, reſpondiò el Cura; porque ſabrà vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, que yo, y maeſſe Nicolas nueſtro amigo, y nueſtro Barbero, ivamos à Sevilla à cobrar cierto dinero, que un pariente mio (que hà muchos años que paſsò à Indias) me avìa embiado, y no tan pocos, que no paſſàſſen de ſeſenta mil peſos, enſayados, que es otro que tal; y paſſando ayer por eſtos lugares, nos ſalièron al encuentro quatro ſalteadores, y nos quitàron haſta las barbas, y de modo nos las quitàron, que le convìno al Barbero ponerſelas poſtizas, y aun à eſte mancebo que aqui va (ſeñalando à Cardenio) le puſièron como de nuevo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos eſtos contornos, que los que nos ſalteàron, ſon de unos galeotes que dizen, que libertò, caſi en eſte miſmo ſitio, un hombre tan valiente, que à peſar del comiſſario y de las guardas, los ſoltò à todos; y ſin duda alguna èl devia de eſtar fuèra de juyzio, ò deve de ſer tan grande vellaco, como ellos, ò algun hombre ſin alma, y ſin conciencia, pues quiſo ſoltar al lobo entre las ovejas, à la rapoſa entre las gallinas, ò à la moſca entre la mièl. Quiſo defraudar la juſticia, ir contra ſu Rey y ſeñor natural, pues fuè contra ſus juſtos mandamientos. Quiſo, digo, quitar à las galeras ſus pies, poner en alboroto à la ſanta Hermandad, que avìa muchos años que reposàva. Quiſo finalmente hazer un hecho por donde ſe pierda ſu alma, y no ſe gane ſu cuerpo. Aviales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabò ſu amo con tanta gloria ſuya; y por eſto cargava la mano el Cura, refirièndola, por ver lo que hazia, ò dezia Don Quixote, al

qual ſe le mudava la color à cada palabra, y no oſava dezir, que èl avìa ſido el libertador de aquella buena gente. Eſtos, pues, dixo el Cura, fuèron los que nos robàron, que Dios por ſu miſericordia ſe lo perdone al que no los dexò llevar al devido ſuplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata del gracioſo artificio y orden que ſe tùvo en ſacar à nueſtro enamorado Cavallero de la aſperiſſima penitencia en que ſe avia pueſto.

NO hùvo bien acabado el Cura, quando Sancha dixo: pues mia fè, ſeñor Licenciado, el que hìzo eſſa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixe antes, y le avisè, que miràſſe lo que hazìa, y que era pecado darles libertad, porque todos ivan alli por grandiſſimos vellacos. Majadero, dixo à eſta ſazon Don Quixote, à los Cavalleros andantes no les toca, ni atañe averiguar, ſi los afligidos, encadenados, y opreſſos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ò eſtan en aquella anguſtia por ſus culpas, ò por ſus deſgracias; ſolo les toca ayudarles como à meneſteroſos, poniendo los ojos en ſus penas, y no en ſus vellaquerias. Yo topè un roſario, y ſarta de gente mohina y deſdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allà ſe avenga, y a quien mal le hà parecido (ſalvo la ſanta dignidad del ſeñor Licenciado y ſu honrada perſona) digo, que ſabe poco de achaque de Cavalleria, y que miente como un hideputa y mal nacido; y eſto le harè conocer con mi eſpada donde mas largamente ſe contiene.

Y eſto dixo afirmandoſe en los eſtrivos, y calandoſe el morrion, porque la vazìa de Barbero, que à ſu cuenta era el yelmo de Mambrino, llevava colgada del arzon delantero haſta adobarla del mal tratamiento que la hizièron los galeotes.

DOROTEA (que era diſcreta, y de gran donayre) como quien yà ſabìa el menguado humor de Don Quixote, y que todos hazìan burla dèl ſino Sancho Pança, no quiſo ſer para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor Cavallero, mièmbreſele à la vueſtra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à èl, no puede entremeterſe en otra aventura por urgente que sèa. Soſſiegue vueſtra merced el pecho, que ſi el ſeñor Licenciado ſupièra, que por eſſe invicto braço avìan ſido librados los galeotes, èl ſe dièra tres puntos en la boca, y aun ſe mordiera tres vezes la lengua antes, que aver dicho palabra, que en deſpecho de vueſtra merced redundàra. Eſſo juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huvièra quitado un vigote. Yo callarè, ſeñora mia, dixo Don Quixote, y reprimirè la juſta còlera, que yà en mi pecho ſe avìa levantado, y irè quìeto y pacifico haſta tanto que os cumpla el don prometido. Pero en pago deſte buen deſsèo, os ſuplico, me digays, ſi no ſe os haze de mal, qual es la vueſtra cuyta? Y quantas, quienes, y quales ſon las perſonas de quien os tengo de dar devida, ſatisfecha, y entera vengança? Eſſo harè yo de gana, reſpondiò Dorotea, ſi es que no os enfadan cỳr làſtimas y deſgracias. No enfadarà, ſeñora mia, reſpondiò Don Quixote. A lo que reſpondiò Dorotea: Pues aſſi es, eſtènme vueſtras mercedes atentos. No hùvo ella dicho eſto,

eſto, quando Cardenio y el Barbero ſe le puſièron al lado, deſsèoſos de ver, como fingia ſu hiſtoria la diſcreta Dorotea; y lo miſmo hizo Sancho, que tan engañado iva con ella como ſu amo. Y ella, deſpues de averſe pueſto bien en la ſilla, y prevenidoſe con toſer, y hazer otros ademànes, con mucho donayre començò à dezir deſta manera.

PRIMERAMENTE quiero que vueſtras mercedes ſepan, ſeñores mios, que à mi me llaman (y detùvoſe aqui un poco, porque ſe le olvidò el nombre que el Cura le avìa pueſto) pero èl acudiò al remedio, porque entendiò en lo que reparava, y dixo: No es maravilla, ſeñora mia, que la vueſtra grandeza ſe turbe y empache contando ſus deſventuras, que ellas ſuelen ſer tales, que muchas vezes quitan la memoria à los que maltratan de tal manera, que aun de ſus meſmos nombres no ſe les acuerda, como han hecho con vueſtra gran ſeñoria, que ſe ha olvidado, que ſe llama la Princeſa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: Y con eſte apuntamiento puede la vueſtra grandeza reduzir aora facilmente à ſu laſtimada memoria todo aquello que contar quiſière. Aſſi es la verdad reſpondiò Dorotea, y deſde aqui adelante creo, que no ſerà meneſter apuntarme nada, que yo ſaldrè à buen puerto con mi verdadera hiſtoria.

LA qual es, que el Rey mi padre, que ſe llamava Tinacrio el ſabidor, fuè muy docto en eſto que llaman, el arte magica; y alcançò por ſu ciencia, que mi madre, que ſe llamàva La Reyna Xaramilla, avìa de morir primero que èl, y que de alli à poco tiempo èl tambien avìa de paſſar deſta vida, y yo avìa de quedar huèrfana de padre y madre. Pero

dezia

dezia èl, que no le fatigava tanto eſto, quanto le ponia en confuſion ſaber por coſa muy cierta, que un deſcomunal Gigante, ſeñor de una grande inſula, que caſi alinda con nueſtro Reyno, llamado Pandafilando de la foſca viſta (porque es coſa averiguada, que aunque tiene los ojos en ſu lugar y derechos, ſiempre mira altravès como ſi fuèra vizco; y eſto lo haze èl de maligno, y por poner miedo y eſpanto à los que mira.) Digo, que ſupo que eſte Gigante, en ſabiendo mi horfandad, avìa de paſſar con gran poderio ſobre mi Reyno, y me lo avìa de quitar todo, ſin dexarme una pequeña aldea donde me recogièſſe: Pero que podia eſcuſar toda eſta ruỳna y deſgracia, ſi yo me quiſièſſe caſar con èl: Mas à lo que èl entendia, jamas pensàva que me vendrìa à mi en voluntad de hazer tan deſygual caſamiento; y dixo en eſto la pura verdad, porque jamas me ha paſſado por el penſamiento caſarme con aquel Gigante, ni con otro alguno por grande y deſaforado que fuèſſe. Dixo tambien mi padre, que deſpues que èl fuèſſe muerto, y vièſſe yo, que Pandafilando començava à paſſar ſobre mi Reyno, que no aguardàſſe à ponerme en defenſa, porque ſerìa deſtruyrme; ſino que libremente le dexàſſe deſembaraçado el Reyno, ſi queria eſcuſar la muerte, y total deſtruycion de mis buenos y leales vaſallos; porque no avìa de ſer poſſible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: Sino que luego con algunos de los mios me puſièſſe en camino de las Eſpañas, donde hallarìa el remedio de mis males, hallando un Cavallero andante, cuya fama en eſte tiempo ſe eſtenderìa por todo eſte Reyno, el qual ſe avìa de llamar (ſi mal no me acuerdo) Don Açote, ò Don Gigote. Don Quixote

dirìa,

diria, ſeñora, dixo à eſta ſazon Sancho Pança, ò por otro nombre, El Cavallero de la triſte figura. Aſſi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que avìa de ſer alto de cuerpo, ſeco de roſtro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro izquierdo, ò por alli junto, avìa de tener un lunar pardo con ciertos cabellos à manera de cerdas.

En oyendo eſto Don Quixote, dixo à ſu eſcudero: Ten aqui, Sancho hijo, ayudame à deſnudar, que quiero ver, ſi ſoy el Cavallero que aquel ſabio Rey dexò profetizado. Pues para que quiere vueſtra merced deſnudarſe? dixo Dorotea. Para ver, ſi tengo eſſe lunar, que vueſtro padre dixo, reſpondiò Don Quixote. No ay para que deſnudarſe, dixo Sancho, que yo sè, que tiene vueſtra merced un lunar de eſſas ſeñas en la mitad del eſpinaço, que es ſeñal de ſer hombre fuerte. Eſſo baſta, dixo Dorotea, porque con los amigos no ſe ha de mirar en pocas coſas, y que eſtè en el ombro, ò que eſtè en el eſpinaço, importa poco, baſta que aya lunar, y eſtè donde eſtuvière, pues todo es una meſma carne; y ſin duda acertò mi buen padre en todo, y yo hè acertado en encomendarme al ſeñor Don Quixote, que èl es por quien mi padre dixo, pues las ſeñales del roſtro vienen con las de la buena fama, que eſte Cavallero tiene, no ſolo en Eſpaña, pero en toda la mancha; pues à penas me hùve deſembarcado en Osùna, quando oỳ dezir tantas hazañas ſuyas, que luego me diò el alma, que era el meſmo que venìa à buſcar. Pues como ſe deſembarcò vueſtra merced en Osùna, ſeñora mia, preguntò Don Quixote, ſi no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea reſpondièſſe, tomò el Cura la mano, y dixo: Deve de querer dezir la ſeñora Princeſa.

Princeſa, que deſpues que deſembarcò en Malaga, la primera parte donde oyò nuevas de vueſtra mercèd, fuè en Oſuna. Eſſo quiſe dezir, dixo Dorotea. Y eſto lleva camino, dixo el Cura; y proſiga vueſtra mageſtàd adelante. No ày que proſeguir, reſpondiò Dorotea, ſino que finalmente mi ſuerte ha ſido tan buena en hallàr al ſeñor Don Quixote, que yà me cuento y tengo por Reyna y ſeñora de todo mi Reyno, pues èl por ſu corteſia y magnificencia me ha prometido el don de irſe conmigo donde quiera que yo le llevàre, que no ſerà à otra parte, que à ponerle dèlante de Pandafilando de la foſca viſta, para que le mate, y me reſtitùya lo que tan contra razon me tiene uſurpado: Que todo eſto hà de ſucedèr à pedìr de boca, pues aſſi lo dexò profetizado Tinacrio el ſabidor mi buen padre: El qual tambien dexò dicho, y eſcrito en letras caldeas, ò griegas (que yo no las sè leer) que ſi eſte Cavallero de la profecia, deſpues de avèr degollado al Gigante, quiſièſſe caſarſe conmigo, que yo me otorgàſſe luego ſin replìca alguna por ſu legitima eſpoſa, y le dièſſe la poſſeſſion de mi Reyno junto con la de mi perſona.

Que te parece, Sancho amigo? dixo à eſte punto Don Quixote. No oyes lo que paſſa? No te lo dixe yo? Mira ſi tenèmos yà Reyno que mandàr, y Reyna con quien caſar. Eſſo juro yo, dixo Sancho. Para el puto que no ſe caſare en abrièndo el gaznatìco al ſeñor Pandahilando. Pues monta, que es mala la Reyna? Aſſi ſe me buelvan las pulgas de la cama: Y diziendo eſto, diò dos çapatetas en el ayre con mueſtras de grandiſſimo contento, y luego fuè à tomar las riendas de la mula de Dorotea, y hazièndola detener,

ſe hincò de rodillas ante ella, ſuplicandole le dièſſe las manos para beſarſelas, en ſeñal que la recibia por ſu Reyna y Señora. Quien no avìa de reỳr de los circunſtantes, viendo la locura del amo, y la ſimplicidad del criado. En efeto Dorotea ſe las diò, y le prometiò de hazerle gran ſeñor en ſu Reyno, quando el cielo le hizièſſe tanto bien, que ſe lo dexàſſe cobràr y gozàr. Agradeciòſelo Sancho con tales palabras, que renovò la riſa en todos.

Esta, Señores, proſiguiò Dorotea, es mi hiſtoria: Solo reſta por deziros, que de quanta gente de acompañamiento ſaquè de mi Reyno, no me ha quedado ſino ſolo eſte buen barbado eſcudero, porque todos ſe anegàron en una gran borraſca que tuvìmos à viſta del puerto; y el y yo ſalimos en dos tablas à tierra como por milagro; y aſſi es todo milagro y miſterio el diſcurſo de mi vida, como lo avèys notado. Y ſi en alguna coſa hè andado demaſiàda, ò no tan acertada como devièra, echad la culpa à lo que el ſeñor Licenciado dixo al principio de mi cuento: Que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Eſſa no me quitaràn à mi, ò Alta y valeroſa Señora, dixo Don Quixote, quantos yo paſsàre en ſerviros, por grandes y no viſtos que sèan. Y aſſi de nuevo confirmo el don que os hè prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo haſta verme con el fiero enemigo vueſtro, à quien pienſo con el ayuda de Dios y de mi braço tajar la cabeça ſobervia con los filos deſta (no quiero dezir buena) eſpada: Merced à Ginès de Paſſamonte, que me llevò la mia. Eſto dixo entre dientes, y proſiguiò diziendo: Y deſpues de averſela tajado, y pueſtoòs en pacifica poſſeſſion de

vueſtro

vueſtro eſtado, quedarà à vueſtra voluntad hazer de vueſtra perſona lo que mas en talante os vinière; porque mientras que yo tuvière ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, y rendido el entendimiento, à aquella, y no digo mas: no es poſſible que yo arroſtre, ni por pienſo, el caſarme, aunque fuèſſe con el ave Fenix.

PARECIÒLE tan mal à Sancho lo que ultimamente ſu amo dixo acerca de no querer caſarſe, que con grande enojo, alçando la voz dixo: Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vueſtra merced, Señor Don Quixote, cabàl juyzio. Pues como es poſſible, que pone vueſtra merced en duda el caſarſe con tan alta Princeſa como aqueſta? Pienſa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo ſemejante ventura como la que aora ſe le ofrece? Es por dicha mas hermoſa mi ſeñora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad, y aun eſtoy por dezir, que no llega al çapato de la que eſtà delante. Aſſi noramala alcançarè yo el Condado que eſpero, ſi vueſtra merced ſe anda à pedir cotufas en el golfo. Càſeſe, càſeſe luego, encomiendole yo à Satanàs, y tome eſſe Reyno que ſe le viene à las manos de vobis, vobis; y en ſiendo Rey, hagame Marques, ò Adelantado, y luego, ſi quièra, ſe lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tàles blasfemias oyò dezir contra ſu ſeñora Dulcinea, no lo pudo ſufrir, y alçando el lançon, ſin hablalle palabra à Sancho, y ſin dezirle, eſta boca es mia, le diò tales dos palos, que diò con èl en tierra, y ſi no fuèra porque Dorotea le diò vozes, que no le dièra mas, ſin duda le quitàra alli la vida. Penſays, le dixo Don Quixote à cabo de rato, villano ruyn, que hà de aver lugar ſiempre para ponerme la mano en la

horcajadura, y que todo ha de ſer errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo pensèys, vellaco deſcomulgado, que ſin duda lo eſtàys, pues avèys pueſto lengua en la ſin par Dulcinea. Y no ſabeys vos, gañan, faquin, belitre, que ſi no fuèſſe por el valor que ella infunde en mi braço, que no le tendrìa yo para matar una pulga? Dezid, ſocarron de lengua viperina, y quien pensàys, que ha ganado eſte Reyno, y cortado la cabeça à eſte Gigante, y hechoos à vos Marques (que todo eſto doy ya por hecho, y por coſa paſſada en coſa juzgada) ſino es el valor de Dulcinea, tomando à mi braço por inſtrumento de ſus hazañas? Ella pelea en mi, y vence en mi, y yo vivo y reſpiro en ella, y tengo vida y ſer. O hideputa, vellaco, y como ſoys deſagradecido, que os veys levantado del polvo de la tierra à ſer ſeñor de Tìtulo, y correſpondeys à tan buena obra con dezir mal de quien os la hizo! No eſtàva tan mal trecho Sancho, que no oyèſſe todo quanto ſu amo le dezia, y levantandoſe con un poco de preſteza, ſe fuè à poner detràs del palafren de Dorotea, y deſde alli dixo à ſu amo: Digame, Señor, ſi vueſtra merced tiene determinado de no caſarſe con eſta gran Princeſa, claro eſtà que no ſerà el Reyno ſuyo, y no ſiendolo, que mercedes me puede hazer? Eſto es de lo que yo me quexo. Càſeſe vueſtra merced una por una con eſta Reyna, aora que la tenèmos aqui como llovida del cielo, y deſpues puede bolverſe con mi ſeñora Dulcinea; que Reyes deve de aver avido en el mundo, que ayan ſido amancebados. En lo de la hermoſura no me entremeto, que en verdad, ſi và à dezirla, que entrambas me parecen bien, pueſto que yo nunca he viſto à la ſeñora Dulcinea. Como

que

que no la has viſto, traydor blasfemo? dixo Don Quixote. Pues no acabas de traerme aora un recado de ſu parte? Digo, que no la he viſto tan de eſpacio, dixo Sancho, que pueda aver notado particularmente ſu hermoſura, y ſus buenas partes punto por punto, pero aſſi à bulto me parece bien. Aora te diſculpo, dixo Don Quixote, y perdòname el enojo que te hè dado, que los primeros movimientos no ſon en manos de los hombres. Yà yo lo veo, reſpondiò Sancho, y aſſi en mi la gana de hablar ſiempre es primero movimiento, y no puedo dexar de dezir, por una vez ſi quiera, lo que me viene à la lengua. Con todo eſſo, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas vezes và el cantarillo à la fuente..... y no te digo mas. Aora bien, reſpondiò Sancho, Dios eſtà en el cielo que vè las trampas, y ſerà juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, ò vueſtra merced en no obrallo. No aya mas, dixo Dorotea: Corred Sancho, y beſad la mano à vueſtro ſeñor, y pedidle perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vueſtras alabanças y vituperios, y no digays mal de aqueſſa ſeñora Toboſo, à quien yo no conozco, ſino es para ſervirla; y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar un eſtado donde vivàys como un Principe. Fuè Sancho cabizbaxo, y pidiò la mano à ſu ſeñor, y èl ſe la diò con repoſado continente, y deſpues que ſe la hùvò beſado, le echò la bendicion; y dixo à Sancho, que ſe adelantàſſe un poco, que tenìa que preguntalle, y que departir con el coſas de mucha importancia. Hìzolo aſſi Sancho, y apartaronſe los dos algo adelante, y dìxole Don Quixote: Deſpues que veniſte, no hè tenido lugar ni eſpacio para preguntarte muchas co-

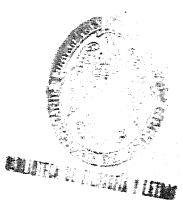
ſas

ſas de particularidad acerca de la embaxada que llevaſte, y de la reſpueſta que truxiſte; y aora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vueſtra merced lo que quiſière, reſpondiò Sancho, que à todo darè tan buena ſalida, como tùve la entrada. Pero ſuplico à vueſtra merced, ſeñor mio, que no ſea de aqui adelante tan vengativo. Porque lo dizes, Sancho? dixo Don Quixote. Dìgolo, reſpondiò Sancho, porque eſtos palos de agora mas fuèron por la pendencia que entre los dos travò el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi ſeñora Dulcinea, à quien amo, y reverencio como à una reliquia (aunque en ella no la aya) ſolo por ſer coſa de vueſtra merced. No tornes à eſſas plàticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan peſadumbre: Yà te perdonè entonces, y bien ſabes tu que ſuele dezirſe: A pecado nuevo, penitencia nueva.

MIENTRAS eſto paſsàva, vièron venir por el camino donde ellos ivan à un hombre cavallero ſobre un jumento, y quando llegò cerca, les pareciò que era Gitano; pero Sancho Pança, que, do quiera que veỳa aſnos, ſe le ivan los ojos, y el alma; apenas hùvo viſto al hombre, quando conocio que era Ginès de Paſſamonte, y por el hilo del Gitano ſacò el ovillo de ſu aſno, como era la verdad, pues era el Ruzio ſobre que Paſſamonte venia, el qual por no ſer conocido, y por vender el aſno, ſe avìa pueſto en trage de Gitano, cuya lengua y otras muchas ſabia hablar, como ſi fuèran naturales ſuyas. Viòle Sancho, y conociòle, y à penas le hùvo viſto y conocido, quando à grandes vozes le dixo:

dixo: A ladron Gineſillo, dexa mi prenda, ſuelta mi vida, no te empaches con mi deſcanſo, dexa mi aſno, dexa mi regalo: Huye, puto, auſentate ladron, y deſampara lo que no es tuyo. No fuèran meneſter tantas palabras, y baldones, porque à la primera ſaltò Ginès, y tomàndo un trote, que parecia carrera, en un punto ſe auſentò, y alexò de todos. Sancho llegò à ſu Ruzio, y abraçandole, le dixo: Como has eſtado, bien mio, Ruzio de mis ojos, compañero mio? Y con eſto le beſava, y acariciava como ſi fuera perſona. El aſno callava, y ſe dexava beſar, y acariciar de Sancho ſin reſponderle palabra alguna. Llegàron todos, y dièronle el parabien del hallazgo del Ruzio, eſpecialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eſſo anulàva la pòliça de los tres pollinos. Sancho ſe lo agradeciò.

En tanto que los dos ivan en eſtas platicas, dixo el Cura à Dorotea, que avìa andado muy diſcreta, aſſi en el cuento, como en la brevedad dèl, y en la ſimilitud que tùvo con los de los libros de cavallerias. Ella dixo que muchos ratos ſe avìa entretenido en leellos, pero que no ſabìa ella donde eran las provincias, ni puertos de mar, y que aſſi avìa dicho à tiento, que ſe avìa deſembarcado en Oſuna. Yo lo entendì aſſi, dixo el Cura, y por eſſo acudì luego à dezìr lo que dixe, con que ſe acomodò todo. Pero no es coſa eſtraña ver con quanta facilidad cree eſte deſventurado Hidalgo todas eſtas invenciones y mentiras, ſolo por que llevan el eſtilo y modo de las necedades de ſus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca viſta que yo no sè, ſi queriendo inventarla y fabricarla mentiroſamente, huvièra



tan

tan agudo ingenio, que pudièra dar en ella. Pues otra coſa àv en ello, dixo el Cura,que fuera de las ſimplicidades que eſte buen hidalgo dize tocantes à ſu locura, ſi le tratan de otras coſas, diſcurre con boniſſimas razones, y mueſtra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera, que como no le toquen en ſus cavallerias, no avrà nadie que le juzgue ſino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos ivan en eſta converſacion, proſiguiò Don Quixote con la ſuya, y dixo à Sancho: Echèmos, Sancho amigo, pelillos à la mar en eſto de nueſtras pendencias, y dime aora ſin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno: Donde, como, y quando hallaſte à Dulcinea? Que hazìa? Que le dixiſte? Que te reſpondiò? Que roſtro hizo quando leỳa mi carta? Quien te la traſladò? Y todo aquello que vières que en eſte caſo es digno de ſaberſe, de preguntarſe, y ſatisfazerſe, ſin que añadas, ò mientas por darme guſto; ni menos te acortes por no quitarmele. Señor, reſpondiò Sancho, ſi va à dezir la verdad, la carta no me la traſladò nadie, porque yo no llevè carta alguna. Aſſi es como tu dizes, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la eſcrivì, le hallè en mi poder al cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandiſſima pena por no ſaber lo que avìas tu de hazer quando te vièſſes ſin carta, y creì ſiempre que te bolvièras deſde el lugar donde la echàras menos. Aſſi fuèra, reſpondiò Sancho, ſi no la huvièra yo tomado de memoria, quando vueſtra merced me la leyò, de manera, que ſe la dixe à un Sacriſtan, que me la traſladò del entendimiento tan punto por punto, que dixo, que en todos los dias de ſu vida, aunque

aunque avìa leydo muchas cartas de deſcomunion, no avìa viſto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tièneſla todavia en la memoria Sancho? dixo Don Quixote. No ſeñor, reſpondiò Sancho, porque deſpues que la dì, como vì que no avìa de ſer de mas provecho, dì en olvidarla; y ſi algo ſe me acuerda es aquello de Sobajada, digo, de *Soverana Señora*; y lo ultimo: *Vueſtro haſta la muerte el Cavallero de la triſte figura.* Y en medio deſtas dos coſas le puſe mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los ſabroſos razonamientos que paſsàron entre Don Quixote y Sancho Pança ſu eſcudero, con otros ſucèſſos.

TODO eſſo no me deſcontenta. Proſigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaſte; y que hazìa aquella Reyna de la hermoſura? A buen ſeguro, que la hallaſte enſartando perlas, ò bordando alguna empreſa con oro de cañutillo para eſte ſu cautivo Cavallero. No la hallè, reſpondiò Sancho, ſino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de ſu caſa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de ſus manos. Y ſi miraſte, amigo, el trigo era candeal, ò trechel? No era ſino rubion, reſpondiò Sancho. Pues yo te aſſeguro, dixo Don Quixote, que ahechado por ſus manos, hizo pan candeal ſin duda alguna. Pero paſſa adelante. Quando le diſte mi carta, beſola? Pùſoſela ſobre la cabeça? Hizo alguna ceremonia digna de tal carta? O que hizo? Quando yo ſe la iva à dar, reſpondiò Sancho, ella

eſtàva en la fuga del menèo de una buena parte de trigo que tenìa en la criva, y dixome: Poned, amigo, eſſa carta ſobre aquel coſtal, que no la puedo leer haſta que acabe de acrivar todo lo que aquì eſtà. Diſcreta Señora! dixo Don Quixote: Eſſo deviò de ſer por leerla de eſpacio, y recrearſe con ella. Adelante Sancho. Y en tanto que eſtàva en ſu meneſter, que coloquios paſsò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le reſpondiſte? Acaba, cuèntamelo todo, no ſe te quede en el tintero una mìnima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera que vueſtra merced por ſu ſervicio quedava haziendo penitencia, deſnudo de la cintura arriba, metido entre eſtas ſierras, como ſi fuèra ſalvage, durmiendo en el ſuelo, ſin comer pan à mantèles, y ſin peynarſe la barba, llorando, y maldiziendo ſu fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiſte mal, dixo Don Quixote, que antes la bendigo, y bendizirè todos los dias de mi vida, por averme hecho digno de merecer amar tan alta ſeñora como Dulcinea del Toboſo. Tan alta es, reſpondiò Sancho, que à buena fè que me lleva à mi mas de un coto. Pues como Sancho, dixo Don Quixote, haſte medido tu con ella? Medime en eſta manera, reſpondiò Sancho, que llegando à ayudar à poner un coſtal de trigo ſobre un jumento, llegamos tan juntos, que echè de ver, que me llevava mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicò Don Quixote, que no acompaña eſſa gràndeza, y la adorna con mil millones de gracias del Alma? Pero no me negaràs, Sancho, una coſa; quando llegaſte junto à ella, no ſentiſte un olòr ſabèo, una fragancia aromàtica, y un no sè que de bueno, que yo no acierto à dalle nombre?

nombre? Digo, un tuho, ò tufo, como ſi eſtuvièras en la tienda de algun curioſo guantero? Lo que sè dezir, dixo Sancho, es, que ſenti un olorcillo algo hombruno, y devia de ſer, que ella con el mucho exercicio eſtàva ſudada, y algo correoſa. No ſerìa eſſo, reſpondiò Don Quixote, ſino que tu devias de eſtar romadizado, ò te deviſte de oler à ti miſmo, porque yo sè bien à lo que huele aquella roſa entre eſpinas, aquel lirio del campo, y aquel ambar deſleỳdo. Todo puede ſer, reſpondiò Sancho, que muchas vezes ſale de mi aquel olor, que entonces me pareciò que ſalia de ſu merced de la Señora Dulcinea; pero no ay de que maravillarſe, que un Diablo parece à otro. Y bien, proſiguiò Don Quixote, hè aqui que acabò de limpiar ſu trigo, y de embiallo al molino: Que hizo quando leyò la carta? La Carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo, que no ſabia leer, ni eſcrivir: Antes la raſgò y la hizo menudas pieças, diziendo, que no la queria dar à leer à nadie, porque no ſe ſupièſſen en el lugar ſus ſecretos; y que baſtava lo que yo le avìa dicho de palabra acerca del amor que vueſtra merced la tenìa, y de la penitencia extraordinaria, que por ſu cauſa quedàva haziendo. Y finalmente me dixo, que dixèſſe à vueſtra merced, que le beſava las manos, y que ella quedava con mas deſsèo de verle, que de eſcrivirle; y que aſſi le ſuplicava, y mandava, que viſta la preſente ſalièſſe de aquellos matorrales, y ſe dexàſſe de hazer diſparates, y ſe puſièſſe luego luego en camino del Toboſo, ſi otra coſa de mas importancia no le ſucedièſſe, porque tenìa gran deſsèo de ver à vueſtra merced. Rièſe mucho quando le dixe, como ſe llamàva vueſtra merced; El Cavallero de la triſte figura.

Preguntèle, ſi avìa ido allà el Vizcaỳno de màrras ? Dixome que ſi, y que era un hombre muy de bien. Tambien le preguntè por los Galeotes; mas dixome que no avìa viſto haſta entonces alguno. Todo và bien haſta aora, dixo Don Quixote. Pero dime, que joya fuè la que te diò al deſpedirte,por las nuevas que de mi le llevaſte ? Porque es uſanza y antigua coſtumbre entre los Cavalleros, y Damas andantes dar à los Eſcuderos, Donzellas, ò Enanos que les llevan nuevas de ſus Damas à ellos, ò à ellas de ſus andantes, alguna rica joya en albiricias y agradecimiento de ſu recado. Bien puede eſſo ſer aſſi, y yo la tengo por buena uſanza, pero eſſo devia de ſer en los tiempos paſſados; que aora ſolo ſe deve de acoſtumbrar à dar un pedaço de pan y queſo, que eſto fuè lo que me diò mi Señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me deſpedì; y aun por mas ſeñas, era el queſo ovejùno. Es liberal en eſtremo, dixo Don Quixote, y ſino te diò joya de oro, ſin duda deviò de ſer, porque no la tendrìa alli à mano para dàrtela: pero buenas' ſon mangas deſpues de Paſqua : Yo la verè, y ſe ſatisfarà todo.

Sabes de que eſtoy maravillado, Sancho ? De que me parece que fuyſte y veniſte por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir, y venir deſde aquì al Toboſo, aviendo de aquì allà mas de treynte leguas; por lo qual me doy à entender, que aquel Sabio Nigromante, que tiene cuenta con mìs coſas, y es mi amigo (porque por fuerça le ay, y le hà de aver, ſo pena de que yo no ſerìa buen Cavallero andante:) Digo, que eſte tal te deviò de ayudar à caminar ſin que tu lo ſintièſſes: Que ày Sabio deſtos,

que

que coje à un Cavallero andante durmiendo en ſu cama, y ſin ſaber como ò en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheciò. Y ſino fuèſſe por eſto, no ſe podrìan ſocorrer en ſus peligros los Cavalleros andantes unos à otros, como ſe ſocorren à cada paſſo: Que acaece eſtar uno peleando en las ſierras de Armènia con algun Endriàgo, ò con algun fiero Veſtiglo, ò con otro Cavallero, donde lleva lo peor de la batalla, y eſtà ya à punto de muerte; y quando no os me cato, aſsòma por acullà encima de una nube, ò ſobre un carro de fuego otro Cavallero amigo ſuyo, que poco antes ſe hallava en Inglaterra, que le favorece, y libra de la muerte, y à la noche ſe halla en ſu poſada cenando muy à ſu ſabòr; y ſuele aver de la una à la otra parte dos ò tres mil leguas. Y todo eſto ſe haze por induſtria y ſabiduria deſtos Sabios Encantadores, que tienen cuydado deſtos valeroſos Cavalleros. Aſſi que, amigo Sancho, no ſe me haze dificultoſo creer, que en tan breve tiempo ayas ido y venido deſde eſte lugar al del Toboſo, pues como tengo dicho, algun Sabio amigo te deviò de llevar en bolandillas ſin que tu lo ſintièſſes. Aſſi ferìa, dixo Sancho, porque à buena fè que andava Rozinante como ſi fuèra aſno de Gitano con azogue en los oỳdos. Y como, ſi llevava azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar, ſin canſarſe, todo aquello que ſe les antoja.

PERO dexando eſto à parte, que te parece à ti que devo yo de hazer aora cerca de lo que mi Señora me manda, que la vaya à ver? Que aunque yo veo, que eſtoy obligado à cumplir ſu mandamiento, vèome tambien impoſſibilitado del

del don que hè prometido à la Princeſa que con noſotros viene, y fuèrçame la ley de cavelleria à cumplir mi palabra antes que mi guſto. Por una parte me acòsa y fatiga el deſsèo de ver à mi Señora; por otra me incita y llama la prometida fè, y la gloria que hè de alcançar en eſta empreſa. Pero lo que pienſo hazer ſerà, caminar à prièſſa, y llegar preſto donde eſtà eſte Gigante, y en llegando, le cortarè la cabeça, y pondrè à la Princeſa pacificamente en ſu eſtado, y al punto darè la buelta à ver à la luz que mis ſentidos alumbra; à la qual darè tales diſculpas, que ella venga à tener por buena mi tardança, pues verà, que todo redunda en aumento de ſu gloria y fama; pues quanto yo hè alcançado, alcanço, y alcançarè por las armas en eſta vida, toda me viene del favor que ella me dà, y de ſer yo ſuyo. Ay, dixo Sancho, y como eſtà vueſtra merced laſtimado de eſſos caſcos! Pues digame, Señor, pienſa vueſtra merced caminar eſte camino en valde, y dexar paſſar y perder un tan rico y tan principal caſamiento como eſte, donde le dan en Dote un Reyno? Que a buena verdad, que hè oỳdo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantiſſimo de todas las coſas que ſon neceſſarias para el ſuſtento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Caſtilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguença de lo que hà dicho, y tome mi conſejo, (y perdòneme) y càſeſe luego en el primer lugar que aya Cura; y ſino, aỳ eſtà nueſtro Licenciado que lo harà de perlas: Y advierta, que ya tengo edad para dar conſejos, y que eſte que le doy, le viene de molde; que mas vale pàjaro en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene y mal eſcoje,

eſcoje, del mal que le viene no ſe enoje. Mira Sancho, reſpondiò Don Quixote, ſi el conſejo que me das de que me caſe, es, porque ſea luego Rey en matando al Gigante, y tenga còmodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido; hàgote ſaber, que, ſin caſarme, podrè cumplir tu deſsèo muy facilmente; porque yo ſacarè de adahala antes de entrar en la batalla, que ſalièndo vencedor della, ya que no me caſe, me han de dar una parte del Reyno para que la pueda dar à quien yo quiſière: Y en dàndomela, à quien quieres tu que la dè ſino à ti? Eſſo eſtà claro, reſpondiò Sancho; pero mire vueſtra merced, que la eſcoja hàzia la marina, porque ſino me contentàre la vivienda, pueda embarcar mis negros vaſallos, y hazer dellos lo que yà hè dicho. Y vueſtra merced no ſe cure de ir por aora à ver à mi Señora Dulcinea, ſino vàyaſe à matar al Gigante, y concluyàmos eſte negocio, que por Dios, que ſe me aſſienta, que ha de ſer de mucha honra, y de mucho provecho. Dìgote, Sancho, dixo Don Quixote, que eſtàs en lo cierto, y que avrè de tomar tu conſejo en quanto al ir antes con la Princeſa, que à ver à Dulcinea. Y avìſote, que no digas nada à nadie, ni à los que con noſotros vienen, de lo que aquì hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que ſe ſepan ſus penſamientos, no ſerà bien, que yo, ni otro por mi los deſcubra. Pues ſi eſſo es aſſi, dixo Sancho, como haze vueſtra merced, que todos los que vence por ſu braço, ſe vayan à preſentar ante mi Señora Dulcinea, ſiendo eſto firma de ſu nombre, que la quiere bien, y que es ſu enamorado? Y ſiendo forçoſo, que los que fuèren, ſe han de ir à hincar de finojos ante ſu preſencia, y dezir, que van

de

de parte de vueſtra merced à dalle la obediencia; como ſe pueden encubrir los penſamientos de entrambos? O que necio, y que ſimple que eres! dixo Don Quixote. Tu no vès, Sancho, que eſſo todo redunda en ſu mayor enſalçamiento? Porque has de ſaber, que en eſte nueſtro eſtilo de cavalleria, es gran honra tener una dama muchos Cavalleros andantes que la ſirvan, ſin que ſe eſtiendan à mas ſus penſamientos, que à ſervilla por ſolo ſer ella quien es, ſin eſperar otro premio de ſus muchos y buenos deſsèos, ſino que ella ſe contente de acetarlos por ſus Cavalleros. Con eſſa manera de amor, dixo Sancho, hè oydo yo predicar, que ſe hà de amar à nueſtro Señor por ſi ſolo, ſin que nos mueva eſperança de gloria, ò temor de pena: Aunque yo le querria amar, y ſervir por lo que pudièſſe. Vàlate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y que de diſcreciones dizes à las vezes: No parece ſino que has eſtudiado. Pues à fè mia, que no sè leèr, reſpondiò Sancho.

En eſto les diò vozes maeſſe Nìcolas, que eſperàſſen un poco, que querian detenerſe à bebèr en una fuentecilla que alli eſtàva. Detùvoſe Don Quixote con no poco guſto de Sancho, que yà eſtàva canſado de mentir tanto, y temìa, no le cogièſſe ſu amo à palabras; porque pueſto que èl ſabìa que Dulcinea era una labradora del Toboſo, no la avìa viſto en toda ſu vida. Avìaſe en eſte tiempo veſtido Cardenio los veſtidos que Dorotea traỳa quando la hallàron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja à los que dexàva. Apeàronſe junto à la fuente, y con lo que el Cura ſe acomodò en la venta, ſatisfizièron, aunque poco, la mucha hambre que todos traỳan.

Estando

ESTANDO en eſto, acertò à paſſar por alli un muchacho que iva de camino, el qual poniéndoſe à mirar con mucha atencion à los que en la fuente eſtàvan, de alli à poco arremetiò à Don Quixote, y abraçàndole por las piernas, començò à llorar muy de pròpoſito, diziendo: Ay, Señor mio! No me conoce vueſtra merced? Pues mireme bien, que yo ſoy aquel moço Andres, que quitò vueſtra merced de la enzina donde eſtàva atado. Reconociòle Don Quixote, y aſiéndole por la mano, ſe bolviò à los que alli eſtàvan, y dixo: Porque vean vueſtras mercedes, quan de importancia es aver Cavalleros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en èl ſe hazen por los inſolentes y malos hombres que en èl viven: Sepan vueſtras mercedes, que los dias paſſados, paſſando yo por un boſque, oỳ unos gritos, y unas vozes muy laſtimoſas, como de perſona afligida y meneſteroſa: Acudì luego llevado de mi obligacion hàzia la parte, donde me pareciò, que las lamentables vozes ſonàvan, y hallè atado à una enzina à eſte muchacho, que aora eſtà delante (de lo que me huelgo en el alma, porque ſerà teſtigo, que no me dexarà mentir en nada.) Digo, que eſtàva atado à la enzina, deſnudo de medio cuerpo arriba, y eſtàvale abriendo à açotes con las riendas de una yegua un villano, que deſpues ſupe, que era amo ſuyo: Y aſſi como yo le vì, le preguntè la cauſa de tan atroz vapulamiento. Reſpondiò el zafio, que le açotava porque era ſu criado, y que ciertos deſcuydos que tenìa, nacìan mas de ladron, que de ſimple. A lo qual eſte niño dixo: Señor, no me açota ſino porque le pido mi ſalario. El amo replicò no sè que arengas y diſculpas, las quales,

aunque de mi fuèron oydas, no fuèron admitidas. En reſolucion yo le hize deſatar, y tomè juramento al villano de que le llevarìa conſigo, y pagarìa un real ſobre otro, y aun ſahumados. No es verdad todo eſto? hijo Andres. No notaſte con quanto imperio ſe lo mandè, y con quanta humildad prometiò de hazer todo quanto yo le impuſe, notifiquè, y quiſe? Reſponde, no te turbes, ni dudes en nada; dì lo que paſsò à eſtos Señores, porque ſe vea, y conſidere ſer del provecho que digo, aver Cavalleros andantes por los caminos. Todo lo que vueſtra merced ha dicho es mucha verdad, reſpondiò el muchacho, pero el fin del negocio ſucediò muy al revès de lo que vueſtra merced ſe imagina. Como al revès? replicò Don Quixote. Luego no te pagò el villano? No ſolo no me pagò, reſpondiò el muchacho, pero aſſi como vueſtra merced traſpùſo el boſque, y quedamos ſolos, me bolviò à atar à la meſma enzìna, y me diò de nuevo tantos açotes, que quedè hecho un San Bartolomè deſollado; y à cada açòte que me dava, me dezìa un donayre, y chufèta acerca de hazer burla de vueſtra merced; que à no ſentir yo tanto dolor, me rièra de lo que dezìa. En efeto el me parò tal, que haſta aora he eſtado curàndome en un hoſpital del mal que el mal villano entonces me hizo: De todo lo qual tiene vueſtra merced la culpa; porque ſi ſe fuèra ſu camino adelante, y no vinièra donde no le llamavan, ni ſe entremetièra en negocios agenos, mi amo ſe contentàra con darme una ò dos dozenas de açòtes, y luego me ſoltàra, y pagàra quanto me devia: Mas como vueſtra merced le deſhonrrò tan ſin propoſito, y le dixo tantas villanias, encendiòſele la còlera; y como no la pudo vengar

en

en vueſtra merced, quando ſe viò ſolo, deſcargò ſobre mi el nublado de modo, que me parece, que no ſerè mas hombre en toda mi vida. El daño eſtùvo, dixo Don Quixote, en irme yo de alli; que no me avìa de ir haſta dexarte pagado; porque bien devia yo de ſaber por luengas experiencias, que no ày villano que guarde palabra que dière, ſi èl vèe que no le eſtà bien guardalla. Pero ya te acuerdas, Andres, que yo jurè, que ſino te pagàva, que avìa de ir à buſcarle, y que le avìa de hallar, aunque ſe eſcondièſſe en el vientre de la Vallena. Aſſi es verdad, dixo Andres, pero no aprovechò nada. Aora veràs ſi aprovecha, dixo Don Quixote, y diziendo eſto, ſe levantò muy aprieſſa, y mandò à Sancho, que enfrenàſſe à Rozinante, que eſtàva paciendo en tanto que ellos comìan. Preguntòle Dorotea, que era lo que hazer queria? El le reſpondiò, que queria ir à buſcar al villano, y caſtigalle de tan mal termino, y hazer pagàdo à Andres haſta el ultimo maravedì, à deſpecho y peſar de quantos villanos huvièſſe en el mundo. A lo que ella reſpondiò, que advirtièſſe, que no podia, conforme al Don prometido, entremeterſe en ninguna empreſa haſta acabar la ſuya; y que pues eſto ſabia èl mejor que otro alguno, que ſoſſegàſſe el pecho haſta la buelta de ſu Reyno. Aſſi es verdad, reſpondiò Don Quixote, y es forçoſo que Andres tenga paciencia haſta la buelta, (como vos, Señora, dezis) que yo le torno à jurar, y à prometer de nuevo, de no parar haſta hazerle vengado, y pagado. No me creo de eſſos juramentos, dixo Andres: Mas quiſièra tener aora con que llegar à Sevillà, que todas las venganças del mundo. Dème, ſi tiene aỳ algo que coma, y lleve, y quèdeſe con Dios ſu merced,

y todos los Cavalleros andantes, que tan bien andantes sèan ellos para conſigo, como lo han ſido para conmigo. Sacò de ſu repueſto Sancho un pedaço de pan, y otro de queſo, y dàndoſelo al moço, le dixo: Toma, hermano Andres, que à todos nos alcança parte de vueſtra deſgracia. Pues que parte os alcança à vos? preguntò Andres. Eſta parte de queſo y pan que os doy, reſpondiò Sancho, que Dios ſabe ſi me hà de hazer falta, ò no; porque os hago ſaber, amigo, que los eſcuderos de los Cavalleros andantes eſtàmos ſugetos à mucha hambre y mala ventura, y aun à otras coſas, que ſe ſienten mejor que ſe dizen. Andres aſiò de ſu pan y queſo, y viendo que nadie le dava otra coſa, abaxò ſu cabeça, y tomò el camino en las manos, como ſuele dezirſe. Bien es verdad, que al partirſe dixo à Don Quixote: Por amor de Dios, Señor Cavallero andante, que ſi otra vez me encontràre, aunque vea que me hazen pedaços, no me ſocorra, ni ayude, ſino dèxeme con mi deſgracia, que no ſerà tanta, que no sèa mayor la que me vendrà de ſu ayuda de vueſtra merced, à quien Dios maldiga, y à todos quantos Cavalleros andantes han nacido en el mundo. Ivaſe à levantar Don Quixote para caſtigalle, mas èl ſe puſo à correr de modo, que ninguno ſe atreviò à ſeguille. Quedò corridiſſimo Don Quixote del cuento de Andres, y fuè meneſter que los demas tuvièſſen mucha cuenta con no reyrſe, por no acaballe de correr del todo.

CAPI-

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que ſucediò en la venta à toda la quadrilla de Don Quixote.

ACABÒSE la buena comida: Enſillaron luego, y ſin que les ſucedièſſe coſa digna de contar, llegàron otro dia à la venta: eſpanto y aſſombro de Sancho Pança; y aunque èl quiſièra no entrar en ella, no lo pudo huỳr. La ventera, ventero, ſu hija, y Maritornes que vièron venir à Don Quixote, y à Sancho, les ſalièron à recebir con mueſtras de mucha alegria, y èl las recibiò con grave continente, y aplauſo, y dìxoles, que le adereçàſſen otro mejor lecho, que la vez paſſada; à lo qual le reſpondiò la hueſpeda, que como la pagàſſe mejor que la otra vez, que ella ſe la darìa de Principes. Don Quixote dixo, que ſi harìa; y aſſi le adereçàron una cama razonable en el miſmo camaranchon de marras, y èl ſe acoſtò luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No ſe hùvo bien encerrado, quando la hueſpeda arremetiò al Barbero, y aſièndole de la barba, dixo: Para mi ſantiguada, que no ſe hà de aprovechar mas de mi rabo para ſu barba, y que me hà de bolver mi cola, que anda lo de mi marido por eſſos ſuelos, que es verguença, digo, el peyne que ſolia yo colgar de mi buena cola. No ſe la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiràva, haſta que el Licenciado le dixo, que ſe la dièſſe, que yà no era meneſter mas uſar de aquella induſtria, ſino que ſe deſcubrièſſe y moſtràſſe en ſu miſma forma, y dixèſſe à Don Quixote, que quando le deſpojàron los ladrones gale-

otes,

otes, ſe avìa venido à aquella venta huyèndo; y que ſi preguntàſſe por el eſcudero de la Princeſa, le dirìan, que ella le avìa embiado adelante à dar aviſo à los de ſu Reyno como ella iva, y llevava conſigo al Libertador de todos. Con eſto diò de buena gana la cola à la ventera el Barbero, y aſſi miſmo le bolvièron todos los aderentes que avìa preſtado para la libertad de Don Quixote. Eſpantàronſe todos los de la Venta de la hermoſura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura, que les adereçàſſen de comer de lo que en la venta huvièſſe; y el hueſped con eſperança de mejor paga, con diligencia les adereçò una razonable comida; y à todo eſto dormia Don Quixote, y fuèron de parecer de no deſpertalle; porque mas provecho le harìa por entonces el dormir, que el comer.

TRATARON ſobre comida (eſtando delante el ventero, ſu muger, ſu hija, Maritornes, y todos los paſſageros) de la eſtraña locura de Don Quixote, y del modo que le avìan hallado. La hueſpeda les contò lo que con èl, y con el harriero les avìa acontecido, y mirando ſi à caſo eſtàva alli Sancho, y como no le vièſſe, contò todo lo de ſu manteamiento, de que no poco guſto recibièron.

Y como el Cura dixèſſe, que los libros de cavallerias, que Don Quixote avìa leydo, le avìan buelto el juyzio, dixo el ventero: No sè yo como puede ſer eſſo; que en verdad, que à lo que yo entiendo, no ay mejor Letura en el mundo, y que tengo aỳ dos, ò tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no ſolo à mi, ſino à otros muchos: Porque quando es tiempo de la ſiega, ſe recogen aqui las ſieſtas muchos ſegadores, y ſiempre ay alguno

guno que ſabe leer, el qual coge uno deſtos libros en las manos, y rodeàmonos dèl mas de treynta, y eſtàmoſle eſcuchando con tanto guſto, que nos quita mil canas: A lo menos de mi sè dezir, que quando oygo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes, que los cavalleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria eſtar oyendolos noches y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi caſa, ſino aquel que vos eſtàys eſcuchando leer; que eſtàys tan embobado, que no os acordàys de reñir por entonces. Aſſi es la verdad, dixo Maritornes, y à buena fè, que yo tambien guſto mucho de oỳr aquellas coſas, que ſon muy lindas; y mas quando cuentan, que ſe eſtà la otra ſeñora debaxo de unos naranjos abraçada con ſu Cavallero, y que les eſtà una dueña haziendoles la guarda, muerta de embidia, y con mucho ſobreſalto: Digo, que todo eſto es coſa de mieles. Y à vos que os parece, Señora donzella, dixo el Cura (hablando con la hija del ventero?) No sè, Señor, en mi anima, reſpondiò ella: Tambien yo lo eſcucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo guſto en oyllo: pero no guſto yo de los golpes, de que mi padre guſta, ſino de las lamentaciones, que los cavalleros hazen quando eſtàn auſentes de ſus ſeñoras; que en verdad que algunas vezes me hazen llorar de compaſſion que les tengo. Luego bien los remediàrades vos, Señora donzella, dixo Dorotea, ſi por vos lloràran? No sè lo que me hiziera, reſpondiò la moça; ſolo sè, que ay algunas Señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman ſus Cavalleros Tigres, y Leones, y otras mil inmundicias: Y, Jeſus! yo no sè, que gente es aquella

aquella tan deſalmada, y tan ſin conciencia, que por no mirar à un hombre honrado, le dexan que ſe muera, ò que ſe buelva loco. Yo no sè para que es tanto melindre: Si lo hazen de honradas, càſenſe con ellos, que ellos no deſsèan otra coſa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que ſabes mucho deſtas coſas, y no eſtà bien à las donzellas ſaber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta eſte Señor, reſpondiò ella, no pude dexar de rèſpondelle.

AORA bien, dixo el Cura, traedme, Señor hueſped, aqueſſos libros, que los quiero ver. Que me place, reſpondiò èl, y entrando en ſu apoſento, ſacò dèl una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abrièndola, hallò en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra eſcritos de mano. El primer libro que abriò, viò que era Don Cirongilio de Tràcia, y el otro de Felix Marte de Ircània, y el otro la Hiſtoria del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordova, con la vida de Diego Garcia de Parèdes. Aſſi como el Cura leyò los dos tìtulos primeros, bolviò el roſtro al Barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y ſu ſobrina. No hazen, reſpondiò el Barbero, que tambien sè yo llevarlos al corral, ò à la chiminea; que en verdad, que ày muy buen fuego en ella. Luego quiere vueſtra merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que eſtos dos, El de Don Cirongilio, y el de Felix Marte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros ſon herejes, ò flematicos, que los quiere quemar? Ciſmàticos quereys dezir, amigo, dixo el Barbero, que no flemàticos. Aſſi es, replicò el ventero; mas ſi alguno quiere quemar, sèa eſſe del gran Capitan, y de eſſe

Diego

Diego Garcia; que antes dexarè quemàr un hijo, que dexàr quemàr ninguno de eſſotros. Hermano mio, dixo el Cura, eſtos dos libros ſon mentiròſos, y eſtàn llenos de diſparates, y devanèos; y eſte del gran Capitan es hiſtoria verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordova, el qual por ſus muchas y grandes hazañas mereciò ſer llamado de todo el mundo gran Capitan: renombre famoſo y claro, y dèl ſolo merecido. Y eſte Diego Garcia de Parèdes fuè un principal Cavallero, natural de la Ciudad de Truxillo en Eſtremadura, valentiſſimo Soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenìa con un dedo una rueda de molino en la mitàd de ſu fùria: Y pueſto con un montante en la entrada de una puente, detùvo à todo un innumerable exercito, que no paſsàſſe por ella: Y hizo otras tales coſas, que ſi como èl las cuenta, y las eſcrive èl aſſimeſmo con la modeſtia de Cavallero, y de coroniſta proprio, las eſcrivièra otro libre y deſapaſſionado, puſièran en olvido las de los Hetores, Aquiles, y Roldànes. Tomàos con mi padre, dixo el ventero: Mirad de que ſe eſpanta, de detener una rueda de molino: Por Dios, aora avìa vueſtra merced de leèr lo que ſe lee de Felix Marte de Ircania, que de un revès ſolo, partiò cinco Gigantes por la cintura, como ſi fuèran hechos de habas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetiò con un grandiſſimo y poderoſiſſimo exercito donde llevò mas de un millon, y ſeyſcientos mil Soldados, todos armados deſde èl pie haſta la cabeça, y los desbaratò à todos, como ſi fuèran manadas de ovèjas. Pues que me diràn del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fuè tan valiente y animoſo, como ſe verà en el libro,

donde cuenta, que navegàndo por un rio, le ſaliò de la mitad del agua una ſerpiente de fuego, y èl, aſſi como la viò, ſe arrojò ſobre ella, y ſe pùſo ahorcaxàdas encima de ſus eſcamoſas eſpaldas, y la apretò con ambas manos la garganta con tanta fuerça, que viendo la ſerpiente, que la iva ahogando, no tùvo otro remedio, ſino dexarſe ir à lo hondo del rio, llevàndoſe tras ſi al cavallero, que nunca la quiſo ſoltàr; y quando llegàron allà baxo, ſe hallò en unos palacios, y en unos Jardines tan lindos, que era maravilla: Y luego la Sierpe ſe bolviò en un viejo anciano, que le dixo tantas de coſas, que no ay mas que oyr. Calle ſeñor, que ſi oyèſſe eſto, ſe bolvièra loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para eſſe Diego Garcia que dize. Oyèndo eſto Dorotea, dixo callando à Cardenio: Poco le falta à nueſtro hueſped para hazèr la ſegunda Parte de Don Quixote. Aſſi me parece à mi, reſpondiò Cardenio, porque ſegun dà indicio, el tiene por cierto, que todo lo que eſtos libros cuentan, paſsò ni mas, ni menos, que lo eſcriven, y no le haràn creer otra coſa frayles deſcalços. Mirad hermano, tornò à dezir el Cura, que no hùvo en el mundo Felix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros Cavalleros ſemejantes, que los libros de cavallerias cuentan; porque todo es compoſtura, y ficcion de ingenios ocioſos, que los compuſièron para el efeto que vos dezis de entretenèr el tiempo, como lo entretienen, leyèndolos vueſtros ſegadores; porque realmènte os juro, que nunca tales cavalleros fuèron en el mundo, ni tales hazañas, ni diſparates acontecièron en èl. A otro perro con eſſe hueſſo, reſpondiò el ventero, como ſi yo no ſupièſſe quantas ſon cinco,

cinco, y à donde me aprieta el çapato: No pienſe vueſtra merced darme papilla, porque por Dios, que no ſoy nada blanco. Bueno es, que quièra darme vueſtra merced à entender, que todo aquello que eſtos buenos libros dizen, sèa diſparates y mentiras, eſtàndo impreſſos con licencia de los ſeñores del conſejo real: Como ſi ellos fuèran gente, que avìan de dexar imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho, amigo, replicò el Cura, que eſto ſe haze para entretener nueſtros ocioſos penſamientos: Y aſſi como ſe conſiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrès, de Pelota y de Trucos para entretener à algunos, que no tienen que hazer, ni deven, ni pueden trabajar; aſſi ſe conſiente imprimir, y que aya tales libros, creyendo, como es verdad, que no hà de aver alguno tan ignorante, que tenga por hiſtoria verdadera ninguna deſtos libros. Y ſi me fuèra licito agora, y el auditorio lo requirièra, yo dixèra coſas acerca de lo que han de tener los libros de Cavallerias para ſer buenos, que quiçà fuèran de provecho, y aun de guſto para algunos; pero yo eſpero, que vendrà tiempo en que lo pueda comunicar, con quien pueda remediallo, y en eſte entretanto, creed, Señor ventero, lo que os he dicho; y tomad vueſtros libros, y allà os avenid con ſus verdades, ò mentiras, y buen provecho os hagan, y quièra Dios, que no cojeèys del pie que cojèa vueſtro hueſped Don Quixote. Eſſo no, reſpondiò el ventero, que no ſerè yo tan loco, que me haga Cavallero andante; que bien vèo, que aora no ſe uſa lo que ſe usàva en aquel tiempo, quando ſe dize, que andavan por el mundo eſtos famoſos Cavalleros.

A la mitad deſta plàtica ſe hallò Sancho preſente, y quedò muy confuſo y penſativo de lo que avìa oydo dezir, que aora no ſe usàvan Cavalleros andantes, y que todos los libros de Cavallerias eran necedades y mentiras; y propuſo en ſu coraçon de eſperar en lo que parava aquel viage de ſu amo; y que ſino ſalia con la felicidad que èl penſava, determinava de dexalle, y bolverſe con ſu muger y ſus hijos à ſu acoſtumbrado trabajo.

LLEVAVASE la maleta, y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: Eſperad, que quiero ver que papeles ſon eſſos, que de tan buena letra eſtàn eſcritos. Sacòlos el hueſped, y dàndoſelos à leer, viò haſta obra de ocho pliegos eſcritos de mano, y al principio tenian un titulo grande, que dezia. *Novela del curioſo Impertinente.* Leyò el Cura para sì tres ò quatro renglònes, y dixo: Cierto que no me parece mal el tìtulo deſta Novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que reſpondiò el ventero: Pues bien puede leella ſu Reverencia, porque le hago ſaber, que à algunos hueſpedes, que aqui la han leydo, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no ſe la hè querido dar, penſando bolverſela à quien aqui dexò eſta maleta olvidada con eſtos libros, y eſſos papeles; que bien puede ſer que buelva ſu dueño por aqui algun tiempo; y aunque sè, que me han de hazer falta los libros, à fè que ſe los he de bolver; que aunque ventero, toda via ſoy Chriſtiano. Vos tenèys mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eſſo, ſi la Novela me contenta, me la avèys de dexar traſladar. De muy buena gana, reſpondiò el ventero. Mientras los dos eſto dezian, avìa tomado Cardenio

la

la Novela, y començado à leer en ella; y parecièndole lo miſmo que al Cura, le rogò, que la leyèſſe de modo, que todos la oyèſſen. Si leyèra, dixo el Cura, ſino fuèra mejor gaſtar eſte tiempo en dormir, que en leer. Harto repoſo ſerà para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo, oyendo algun cuento, pues aun no tengo el eſpiritu tan ſoſſegado, que me conceda dormir quando fuèra razon. Pues deſſa manera, dixo el Cura, quiero leerla, por curioſidad ſi quiera, quiçà tendrà alguna coſa de guſto. Acudiò maeſſe Nicolas à rogarle lo miſmo, y Sancho tambien, lo qual viſto del Cura, y entendiendo que à todos darìa guſto, y èl le recibirìa, dixo: Pues aſſi es, eſtènme todos atentos, que la Novela comiença deſta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde ſe cuenta la Novela del Curioſo Impertinente.

EN Florencia, Ciudad rica y famoſa de Italia, en la Provincia que llaman Toſcana, vivian Anſelmo y Lotario, dos Cavalleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomàſia, de todos los que los conocian, *Los dos Amigos* eran llamados. Eran ſolteros, moços, y de una miſma edad, y de unas miſmas coſtumbres; todo lo qual era baſtante cauſa à que los dos con reciproca amiſtad ſe correſpondièſſen. Bien es verdad, que el Anſelmo era algo mas inclinado à los paſſatiempos amoroſos, que el Lotario, al qual llevàvan tras ſi los de la caça; pero quando ſe ofrecia, dexava Anſelmo de acudir à ſus guſtos por ſeguir los de Lotario, y Lotario dexàva los ſuyos por acudir

acudir à los de Anſelmo: Y deſta manera andavan tan à una ſus voluntades, que no avìa concertado Relox que aſſi lo anduvièſſe. Andava Anſelmo perdido de amores de una donzella principal y hermoſa de la miſma Ciudad, llamada Camila, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por ſi, que ſe determinò (con el parecer de ſu amigo Lotario, fin el qual ninguna coſa hazia) de pedilla por eſpoſa à ſus padres, y aſſi lo puſo en execucion; y el que llevò la embaxada fuè Lotario, y el que concluyò el negocio tan à guſto de ſu amigo, que en breve tiempo ſe viò pueſto en la poſſeſſion que deſsèava, y Camila tan contenta de aver alcançado à Anſelmo por eſpoſo, que no ceſsàva de dar gracias al cielo, y à Lotario, por cuyo medio tanto bien le avìa venido. Los primeros dias, como todos los de la boda ſuelen ſer alegres, continuò Lotario, como ſolìa, la caſa de ſu amigo Anſelmo, procurando honralle, feſtejalle, y regozijalle con todo aquello que à èl le fuè poſſible; pero acabadas las bodas, y ſoſſegàda yà la frequencia de las viſitas y parabièns, començò Lotario à deſcuydarſe con cuydado de las idas en caſa de Anſelmo, por parecerle à èl, (como es razon que parezca à todos los que fuèren diſcretos) que no ſe han de viſitar, ni continuar las caſas de los amigos caſados de la miſma manera, que quando eran ſolteros; porque aunque la buena, y verdadera amiſtad no puede, ni deve de ſer ſoſpechoſa en nada, con todo eſſo es tan delicada la honra del caſado, que parece que ſe puede ofender aun de los meſmos hermanos quanto mas de los amigos. Notò Anſelmo la remiſſion de Lotario, y formò dèl quexas grandes, dizièndole, que ſi èl ſupièra, que el caſarſe avìa de ſer parte para no

comu-

comunicalle como ſolìa, que jamas lo huvièra hecho: Y que ſi por la buena correſpondencia que los dos tenìan mientras el fuè ſoltèro, avìan alcançado tan dulce nombre como el ſer llamados *Los dos Amigos*, que no permitièſſe, por querer hazer el circunſpecto fin otra ocaſion alguna, que tan famoſo, y tan agradable nombre ſe perdièſſe: Y que aſſi le ſuplicava (ſi era licito que tal termino de hablar ſe usàſſe entre ellos) que bolvièſſe à ſer Señor de ſu caſa, y à entrar y ſalir en ella como de antes, aſſeguràndole, que ſu eſpoſa Camila no tenìa otro guſto, ni otra voluntad, que la que èl queria que tuvièſſe; y que por aver ſabido ella con quantas veras los dos ſe amàvan, eſtàva confuſa de ver en èl tanta eſquiveza. A todas eſtas y otras muchas razones, que Anſelmo dixo à Lotario para perſuadille, bolvièſſe como ſolia à ſu caſa, reſpondiò Lotario con tanta prudencia, diſcrecion, y aviſo, que Anſelmo quedò ſatisfecho de la buena intencion de ſu amigo; y quedàron de concierto, que dos dias en la ſemana, y las fieſtas fuèſſe Lotario à comer con èl: Y aunque eſto quedò aſſi concertado entre los dos, propuſo Lotario de no hazer mas de aquello que vièſſe, que mas convenia à la honra de ſu amigo, cuyo credito le eſtimàva en mas que el ſuyo proprìo. Dezìa èl, y dezìa bien, que el caſado, à quien el cielo avìa concedido muger hermoſa, tanto cuydado avìa de tener, que amigos llevàva à ſu caſa, como en mirar con que amigas ſu muger conversàva; porque lo que no ſe haze, ni concierta en las plaças, ni en los templos, ni en las fieſtas publicas, ni eſtaciones (coſas que no todas vezes las han de negar los maridos à ſus mugeres) ſe concierta y facilita en caſa de la amiga, ò la parienta de

quien

quien mas ſatisfaccion ſe tiene. Tambien dezia Lotario, que tenìan neceſſidad los caſados de tener cada uno algun amigo, que le advertièſſe de los deſcuydos, que en ſu proceder hizièſſe; porque ſuele acontecer, que con el mucho amor que el marido à la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dize por no enojalla, que haga, ò dexe de hazer algunas coſas, que el hazerlas ò no, le ſerìa de honra, ò de vitupèrio; de lo qual, ſiendo del amigo advertido, facilmente pondrìa remedio en todo: Pero donde ſe hallarà amigo tan diſcreto, y tan leal, y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sè yo por cierto. Solo Lotario era eſte que con tanta ſolicitud y advertimiento mirava por la honra de ſu amigo, y procuràva dezmar, friſar, y acortar los dias del concierto del ir à ſu caſa, porque no parecièſſe mal al vulgo ocioſo, y à los ojos vagabundos y malicioſos la entrada de un moço rico, Gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que èl pensàva que tenìa, en la caſa de una muger tan hermoſa como Camila; que pueſto que ſu bondad y valor podia poner freno à toda maldiziente lengua, toda via no queria poner en duda ſu credito, ni el de ſu amigo: Y por eſto los mas de los dias del concierto los ocupava y entretenìa en otras coſas, que èl dava à entender ſer inexcuſables. Aſſi que en quexas del uno, y diſculpas del otro ſe paſsàvan muchos ratos y partes del dia. Sucediò, pues, que uno, que los dos ſe andàvan paſsèando por un prado fuera de la ciudad, Anſelmo dixo à Lotario las ſemejantes razones.

BIÉN sè, amigo Lotario, que à las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fuèron los

los mios, y en darme no con mano eſcaſa los bienes, aſſi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo correſponder con agradecimiento, que llegue al bien recibido; y ſobre todo, al que me hizo en darme à ti por amigo, y à Camila por muger propria, dos prendas, que las eſtimo (ſino en el grado que devo) en el que puedo. Pues con todas eſtas partes, que ſuelen ſer el todo con que los hombres ſuelen, y pueden vivir contentos, vivo yo el mas deſpechado, y el mas deſabrido hombre de todo el mundo: Porque, no sè de que dias à eſtà parte, me fatiga, y aprieta un deſsèo tan eſtraño, y tan fuèra del uſo comun de otros, que yo me maravillo de mi miſmo, y me culpo, y me riño à ſolas, y procuro callarlo, y encubrirlo de mis propios penſamientos; y aſſi me ha ſido poſſible ſalir con eſte ſecreto, como ſi de induſtria procuràra dezillo à todo el mundo. Y pues que en efeto èl hà de ſalir à plaça, quiero que sèa en la del Archivo de tu ſecreto, confiado que con èl, y con la diligencia que pondràs como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verè preſto libre de la anguſtia que me cauſa, y llegarà mi alegria por tu ſolicitud al grado que hà llegado mi deſcontento por mi locura. Suſpenſo tenìan à Lotario las razones de Anſelmo, y no ſabia en que avìa de parar tan larga prevencion, ò preàmbulo; y aunque iva rebolviendo en ſu imaginacion, que deſsèo podrìa ſer aquel que à ſu amigo tanto fatigava, diò ſiempre muy lexos del blanco de la verdad; y por ſalir preſto de la agonìa que le cauſava aquella ſuſpenſion, le dixo, que hazìa notorio agravio à ſu mucha amiſtad en andar buſcando rodèos para dezirle ſus mas encubiertos penſamientos,

UNIVERSIDAD DE SEVILLA BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

pues tenìa cierto, que ſe podìa prometer dèl, ò ya conſejos para remediallos, ò ya remedios para cumplillos. Aſſi es la verdad, reſpondiò Anſelmo, y con eſſa confiança te hago ſaber, amigo Lotario, que el deſsèo que me fatiga, es penſar, ſi Camila mi eſpoſa es tan buena y tan perfecta como yo pienſo: Y no puedo enterarme en eſta verdad, ſino es provandola de manera, que la prueva manifieſte los Quilates de ſu bondad, como el fuego mueſtra los del oro. Porque yo tengo para mi, ò amigo, que no es una muger mas buena de quanto es ò no ſolicitada; y que aquella ſola es fuerte, que no ſe dobla à las promeſſas, à las dàdivas, à las lagrimas, y à las continuas importunidades de los ſolicitos amantes. Porque que ay que agradecer, dezia èl, que una muger sèa buena, ſi nadie le dize que sèa mala? Que mucho que eſtè recogida y temeroſa la que no le dan ocaſion para que ſe ſuelte, y la que ſabe que tiene marido, que en cogièndola en la primera deſemboltura la ha de quitar la vida? Aſſi que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella eſtima, en que tendrè à la ſolicitada, y perſeguida, que ſaliò con la corona del vencimiento. De modo que por eſtas razones, y por otras muchas que te pudièra dezir para acreditar, y fortalezer la opinion que tengo, deſsèo, que Camila mi eſpoſa paſſe por eſtas dificultades, y ſe acrisòle, y quilàte en el fuego de verſe requerida y ſolicitada, y de quien tenga valor para poner en ella ſus deſsèos; y ſi ella ſale (como creo que ſaldrà) con la palma deſta batalla, tendrè yo por ſin igual mi ventura: Podrè yo dezir, que eſtà colmado el vazio de mis deſsèos: Dirè, que me cupo en ſuerte la muger fuerte, de quien

el

el Sabio dize que quien la hallarà ? Y quando eſto ſuceda al revès de lo que pienſo, con el guſto de ver, que acertè en mi opinion, llevarè ſin pena, la que de razon podrà cauſarme mi tan coſtoſa experiencia. Y preſupueſto que ninguna coſa de quantas me dixères en contra de mi deſsèo, hà de ſer de algun provecho para dexar de ponerle por la obra, quiero, ô amigo Lotario, que te diſpongas à ſer el inſtrumento, que labre aqueſta obra de mi guſto; que yo te darè lugar para que lo hagas, ſin faltarte todo aquello que yo viere ſer neceſſario para ſolicitar à una muger honeſta, honrada, recogida, y deſintereſſada. Y muèveme entre otras coſas à fiar de ti eſta tan ardua empreſa, el ver, que ſi de ti es vencida Camila, no hà de llegar el vencimiento à todo trance y rigor, ſino à ſolo tenèr por hecho, lo que no ſe hà de hazer por buen reſpeto; y aſſi no quedarè yo ofendido mas de con el deſsèo, y mi injùria quedarà eſcondida en la virtud de tu ſilencio; que bien sè, que en lo que me tocàre, hà de ſer eterno como el de la muerte. Aſſi que ſi quieres, que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, deſde luego has de entrar en eſta amoroſa batalla, no tibia, ni pereçoſamente, ſino con el ahinco, y diligencia, que mi deſsèo pide, y con la confiança que nueſtra amiſtad me aſſegura.

Estas fuèron las razones que Anſelmo dixo à Lotario, à todas las quales eſtùvo tan atento, que ſino fuèron las que quedan eſcritas, que dixo, no deſplegò ſus labios haſta que hùvo acabado: Y viendo que no dezìa mas, deſpues que le eſtùvo mirando un buen eſpacio, como ſi miràra otra coſa, que jamas huvièra viſto, y que le cauſara admiracion y eſpanto, le dixo: No me puedo perſuadir, ô amigo Anſelmo,

ſelmo, à que no sèan burlas las coſas, que me has dicho; que à penſar, que de veras las dezias, no conſintièra que tan adelante paſsàras; porque con no eſcucharte, previnièra tu larga arenga. Sin duda imagino, ò que no me conoces, ò que yo no te conozco: Pero no, que bien sè, que eres Anſelmo, y tu ſabes, que yo ſoy Lotario: El daño eſtà en que yo pienſo, que no eres el Anſelmo que ſolias, y tu deves de aver penſado, que tampoco yo ſoy el Lotario que devia ſer; porque las coſas que me has dicho, ni ſon de aquel Anſelmo mi amigo, ni las que me pides, ſe han de pedir à aquel Lotario, que tu conoces: Porque los buenos amigos han de provar à ſus amigos, y valerſe dellos, como dixo un Poëta, *uſque ad Aras*; que quiſo dezir, que no ſe avìan de valer de ſu amiſtad en coſas que fuèſſen contra Dios. Pues ſi eſto ſintiò un Gentil de la amiſtad, quanto mejor es, que lo ſienta el Chriſtiano, que ſabe, que por ninguna humana, ha de perder la amiſtad divina? Y quando el amigo tiràſſe tanto la barra, que puſièſſe à parte los reſpetos del cielo por acudir à los de ſu amigo, no hà de ſer por coſas ligeras, y de poco momento, ſino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de ſu amigo. Pues dime tu aora, Anſelmo, qual deſtas dos coſas tienes en peligro paraque yo me aventure à complacerte, y à hazer una coſa tan deteſtable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, ſegun yo entiendo, que procure y ſolicìte quitarte la honra y la vida, y quitàrmela à mi juntamente; porque ſi yo he de procurar quitarte la honra, claro eſtà que te quito la vida, pues el hombre ſin honra peor es que un muerto: Y ſiendo yo el inſtrumento, como tu quieres que lo sèa, de tanto mal tuyo, no

vengo

vengo yo tambien à quedar deſhonrado, y por el meſmo conſiguiente ſin vida? Eſcucha, amigo Anſelmo, y ten paciencia de no reſpondèrme haſta que acabe de dezirte lo que ſe me ofrecière, acerca de lo que te ha pedido tu deſsèo; que tiempo quedarà para que tu me repliques, y yo te eſcuche. Que me place dixo Anſelmo, dì lo que quiſières. Y Lotario proſiguiò diziendo: Pareceme, ò Anſelmo, que tienes tu aora el ingenio como el que ſiempre tienen los Moros, à los quales no ſe les puede dar à entender el error de ſu ſecta con las acotaciones de la ſanta Eſcritura, ni con razones que conſiſtan en eſpeculacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fè, ſino que les han de traer exemplos palpables, fàciles, inteligibles, demonſtrativos, indubitables, con demonſtraciones Matemàticas, que no ſe puedan negar, como quando dizen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien ſon iguales.* Y quando eſto no entiendan de palabra (como en efeto no lo entienden) hàſeles de moſtrar con las manos, y ponerſelo delante de los ojos; y aun con todo eſto no baſta nadie con ellos à perſuadirles las verdades de nueſtra ſacra Religion. Y eſte miſmo tèrmino y modo me convendrà uſar contigo; porque el deſsèo que en ti hà nacido, va tan deſcaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga ſombra de razonable, que me parece que ha de ſer tiempo mal gaſtado, el que ocupàre en darte à entender tu ſimplicidad (que por aora no le quiero dar otro nombre) y aun eſtoy por dexarte en tu deſatino en pena de tu mal deſsèo: Mas no me dexa uſar deſte rigor la amiſtad que te tengo, la qual no conſiente que te dexe pueſto en tan manifieſto peligro

peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anſelmo: Tu no me has dicho, que tengo de ſolicitar à una retirada? perſuadir à una honeſta? Ofrecer à una deſintereſſada? Servir à una prudente? Si que me lo has dicho. Pues ſi tu ſabes, que tienes muger retirada, honeſta, deſintereſsàda, y prudente, que buſcas? Y ſi pienſas que de todos mis aſſaltos ha de ſalir vencedora (como ſaldrà ſin duda) que mejores tìtulos pienſas darle deſpues, que los que aora tiene? O que ſerà mas deſpues, de lo que es aora? O es, que tu no la tienes por la que dizes, ò tu no ſabes lo que pides. Si no la tienes por la que dizes, para que quieres provarla, ſino como à mala, hazer della lo que mas te vinière en guſto: Mas ſi es tan buena como crees, impertinente coſa ſerà, hazer experiencia de la meſma verdad, pues deſpues de hecha, ſe ha de quedar con la eſtimacion, que primero tenìa. Aſſi que es razon concluyente, que el intentar las coſas de las quales antes nos puede ſuceder daño que provecho, es de juyzios ſin diſcurſo, y temerarios: Y mas quando quieren intentar aquellas à que no ſon forçados, ni compelidos, y que de muy lexos traen deſcubierto, que el intentarlas es manifieſta locura. Las coſas dificultoſas ſe intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos à dos. Las que ſe acometen por Dios, ſon las que acometièron los Santos, acometiendo à vivir vida de Angeles en cuerpos humanos. Las que ſe acometen por reſpeto del mundo, ſon las de aquellos que paſſan tanta infinidad de agua, tanta diverſidad de climas, tanta eſtrañeza de gente, por adquerir eſtos que llaman *Bienes de Fortuna*. Y las que ſe intentan por Dios y por el mundo juntamente,

tamente, ſon aquellas de los valeroſos ſoldados, que à penas veèn en el contrario muro abierto tanto eſpacio, quanto es el que pùdo hazer una redonda bala de artilleria, quando pueſto à parte todo temor, ſin hazer diſcurſo, ni advertir el manifieſto peligro, que les amenaça, llevados en vuelo de las alas del deſsèo de bolver por ſu Fè, por ſu Nacion, y por ſu Rey, ſe arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapueſtas muertes, que los eſperan. Eſtas coſas ſon las que ſuelen intentarſe; y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcançar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: Porque pueſto que ſalgas con ella, como quieres y deſsèas, no has de quedar, ni mas uſàno, ni mas rico, ni mas honrado que eſtàs aora; y ſino ſales, te has de ver en la mayor misèria, que imaginarſe pueda; porque no te ha de aprovechar penſar entonces, que no ſabe nadie la deſgracia que te ha ſucedido, porque baſtarà para afligirte, y deſhazerte, que la ſepas tu miſmo. Y para confirmacion deſta verdad te quiero dezir una Eſtancia, que hizo el famoſo Poëta Luys Tanſilo en el fin de ſu primera parte de las lagrimas de ſan Pedro, que dize aſſi.

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro, quando el dia ſe ha moſtrado,
Y aunque alli no vè a nadie, ſe averguença
De ſi miſmo, por ver que avìa pecado:
Que à un magnanimo pecho à aver verguença
No ſolo hà de moverle el ſer mirado;

Que

Que de sì ſe averguença quando yerra,
Si bien otro no vèe que cielo y tierra.

Aſſi que no eſcuſaràs con el ſecreto tu dolor, antes tendràs que llorar contìnuo, ſino lagrimas de los ojos, lagrimas de ſangre del Coraçon, como las llorava aquel ſimple Dotor, que nueſtro Poëta nos cuenta, que hizo la prueva del vaſo, que con mejor diſcurſo ſe eſcusò de hazerla el prudente Reynaldos: Que pueſto que aquello sèa ficcion poëtica, tiene en ſi encerrados ſecretos morales, dignos de ſer advertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienſo dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error, que quieres cometer.

Dime, Anſelmo, ſi el cielo, ò la ſuerte buena te huvièra hecho ſeñor, y legitimo poſſeſſor de un finiſſimo Diamante, de cuya bondad, y quilates eſtuvièſſen ſatisfechos quantos lapidarios le vièſſen; y que todos à una voz, y de comun parecer dixèſſen, que llegava en quilates, bondad, y fineza, à quanto ſe podia eſtender la naturaleza de tal Piedra, y tu miſmo lo creyèſſes aſſi, ſin ſaber otra coſa en contrario; Serìa juſto, que te vinièſſe en deſsèo de tomar aquel Diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y alli à pura fuerça de golpes y braços provar ſi es tan duro, y tan fino como dizen? Y mas ſi lo puſièſſes por obra; que pueſto caſo, que la Piedra hizièſſe reſiſtencia à tan necia prueva, no por eſſo ſe le añadirìa mas valor, ni mas fama; y ſi ſe rompièſſe (coſa que podrìa ſer) no ſe perderìa todo? Si por cierto, dexando à ſu dueño en eſtimacion de que todos le tengan por ſimple. Pues haz cuenta, Anſelmo, amigo que

que Camila es finiſſimo Diamante, aſſi en tu eſtimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en Contigencia de que ſe quiebre, pues aunque ſe quede con ſu entereza, no puede ſubir à mas valor del que aora tiene; y ſi faltàſſe, y no reſiſtièſſe (conſidera deſde aora) qual quedarìas ſin ella, y con quanta razon te podrìas quexàr de ti miſmo por aver ſido cauſa de ſu perdicion, y la tuya? Mira que no ay Joya en el mundo, que tanto valga como la muger caſta y honrada, y que todo el honor de las mugeres conſiſte en la opinion buena que dellas ſe tiene: Y pues la de tu eſpoſa es tal, que llega al eſtremo de bondad que ſabes, para que quieres poner eſta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no ſe le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, ſino quitarſelos y deſpejarle el camino de qualquier inconveniente, para que ſin peſadumbre corra ligera à alcançar la Perfeccion que le falta, que conſiſte en ſer virtuoſa. Cuentan los naturales, que el Arminio es un Animalejo que tiene una piel blanquiſſima, y que quando quieren caçarle, los caçadores ùſan deſte artificio; que ſabiendo las partes por donde ſuele paſſar, y acudir, las atajan con lodo, y deſpues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugàr; y aſſi como el Arminio llega al lodo, ſe eſtà quedo, y ſe dexa prender y cautivar, à trueco de no paſsàr por el cieno, y perder, y enſuziar ſu blancura, que la eſtima en mas que la libertad, y la vida. La honeſta y caſta muger es Arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honeſtidad; y el que quiſière que no la pierda, antes la guarde y conſerve, ha de ùſar de otro eſtilo diferente, que con el Arminio ſe

tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y ſervicios de los importunos amantes, porque quiçà (y aun ſin quiçà) no tiene tanta virtud, y fuerça natural, que pueda por ſi meſma atropellar, y paſſar por aquellos embaraços; y es neceſſario quitarſelos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza, que encierra en ſi la buena fama. Es aſſi meſmo la buena muger como eſpejo de criſtal luziente y claro, pero eſtà ſugeto à empañarſe, y eſcurecerſe con qualquiera aliento que le toque. Hàſe de ùſar con la honeſta muger el eſtilo que con las Reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Hàſe de guardar y eſtimar la muger buena, como ſe guarda y eſtima un hermoſo Jardin, que eſtà lleno de flores, y roſas, cuyo dueño no conſiente que nadie le piſe, ni manosèe; baſta que deſde lexos, y por entre las verjas de Hierro gozen de ſu fragancia y hermoſura. Finalmente quiero dezirte unos verſos, que ſe me han Venido à la Memoria, que los oỳ en una Comèdia moderna, que me parece que hazen al propoſito de lo que vamos tratando. Aconſejàva un prudente viejo à otro, padre de una donzella, que la recogièſſe, guardàſſe, y encerràſſe, y entre otras razones le dixo eſtas.

Es de vidrio la muger,
Pero no ſe hà de provar
Si ſe puede, ò no quebrar,
Porque todo podrìa ſer.
Y es mas fàcil el quebràrſe,
Y no es cordura ponèrſe
A peligro de rompèrſe

Lo

Lo que no puede ſoldàrſe.
Y en eſta opinion eſtèn
Todos, y en razon la fundo,
Que ſi ay Danaes en el mundo,
Ay pluvias de oro tambien.

Quanto haſta aqui te he dicho, ò Anſelmo, ha ſido por lo que à ti te toca; y aora es bien que ſe oyga algo de lo que à mi me conviene; y ſi fuère largo, perdòname, que todo lo requière el Laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te ſaque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra: Coſa que es contra toda amiſtad: Y aun no ſolo pretendes eſto, ſino que procuras que yo te la quite à ti. Que me la quieres quitar à mi, eſtà claro; pues quando Camila vèa, que yo la ſolicito, como me pides, cierto eſtà, que me ha de tener por hombre ſin honra, y mal mirado, pues intento y hago una coſa tan fuèra de aquello, que el ſer quien ſoy, y tu amiſtad me obliga. De que quieres, que te la quite à ti, no ay duda, porque vièndo Camila, que yo la ſolicito, ha de penſar, que yo he viſto en ella alguna liviandad, que me diò atrevimiento à deſcubrirle mi mal deſsèo; y tenièndoſe por deshonrada, te toca à ti, como à coſa ſuya, ſu meſma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente ſe plàtica, que el marido de la muger adultera, pueſto que èl no lo ſepa, ni aya dado ocaſion para que ſu muger no sèa lo que deve, ni aya ſido en ſu mano, ni en ſu deſcuydo y poco recato eſtorvar ſu deſgracia; con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio y baxo; y en cierta

manera le miran los que la maldad de ſu muger ſaben, con ojos de menoſprecio, en cambio de mirarle con los de làſtima, viendo que no por ſu culpa, ſino por el guſto de ſu mala compañera, eſtà en aquella deſventura. Pero quièrote dezir la cauſa porque con juſta razon es deſhonrado el marido de la muger mala, aunque èl no ſepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya ſido parte, ni dado ocaſion para que ella lo sèa: Y no te canſes de oyrme, que todo ha de redundar en tu provecho.

Quando Dios criò à nueſtro primero padre en el Parayſo terrenal (dize la divina Eſcritura) que infundiò Dios ſueño en Adan, y que eſtando durmiendo, le ſacò una coſtilla del lado ſinieſtro, de la qual formò à nueſtra madre Eva; y aſſi como Adan deſpertò, y la mirò, dixo: Eſta es carne de mi carne, y hueſſo de mis hueſſos. Y Dios dixo: Por eſta dexarà el hombre à ſu padre, y madre, y ſeràn dos en una carne miſma. Y entonces fuè inſtituỳdo el divino Sacramento del matrimonio con tales laços, que ſola la muerte puede deſatarlos. Y tiene tanta virtud y fuerça eſte milagroſo Sacramento, que haze, que dos diferentes perſonas sèan una meſma carne: Y aun haze mas en los buenos caſados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aqui viene que como la carne de la eſpoſa sèa una meſma con la del eſpoſo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que ſe procuran, redundan en la carne del marido, aunque èl no aya dado, como queda dicho, ocaſion para aquel daño. Porque aſſi como el dolor del pie, ò de qualquier miembro del cuerpo humano le ſiente todo el cuerpo, por ſer todo de una carne meſma,

meſma, y la cabeça ſiente el daño del tovillo ſin que ella ſe le aya cauſado; aſſi el marido es participante de la deſhonra de la muger por ſer una meſma coſa con ella. Y como las honras y deſhonras del mundo sèan todas, y nazcan de carne y ſangre, y las de la muger mala sèan deſte genero; es forçoſo, que al marido le quepa parte dellas, y sèa tenido por deſhonrado ſin que èl lo ſepa. Mira, pues, ó Anſelmo, al peligro que te pones en querer turbar el ſoſſiego en que tu buena eſpoſa vive. Mira por quan vana, è impertinente curioſidad quieres rebolver los humores, que aora eſtàn ſoſſegàdos en el pecho de tu caſta eſpoſa. Advierte, que lo que aventuras à ganar, es poco; y que lo que perderàs, ſerà tanto, que lo dexarè en ſu punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero ſi todo quanto he dicho, no baſta à moverte de tu mal propoſito, bien puedes buſcar otro inſtrumento de tu deſhonra, y deſventura; que yo no pienſo ſerlo, aunque por ello pierda tu amiſtad, que es la mayor perdida, que imaginar puedo.

Callò en diziendo eſto el virtuoſo, y prudente Lotario, y Anſelmo quedò tan confuſo y penſativo, que por un buen eſpacio no le pudo reſponder palabra; pero en fin le dixo: Con la atencion que has viſto, he eſcuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones he viſto la mucha diſcrecion que tienes, y el eſtremo de la verdadera amiſtad que alcanças; y aſſi meſmo veo y confièſſo, que ſi no ſigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el màl. Preſupueſto eſto, has de conſiderar, que yo padezco aora la enfermedad, que ſuelen tener algunas mugeres

geres que ſe les antoja comer tierra, yeſſo, carbon, y otras coſas peores, aun aſqueroſas para mirarſe, quanto mas para comerſe : Aſſi que es meneſter ùſar de algun artificio para que yo ſane ; y eſto ſe podia hazer con facilidad, ſolo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente à ſolicitar à Camila, la qual no hà de ſer tan tierna, que à los primeros encuentros dè con ſu honeſtidad por tierra ; y con ſolo eſte principio quedarè contento, y tu avràs cumplido con lo que deves à nueſtra amiſtad, no ſolamente dàndome la vida, ſino perſuadièndome de no verme ſin honra. Y eſtàs obligado à hazer eſto por una razon ſola, y es, que eſtando yo, como eſtoy ; determinado de poner en practica eſta prueva, no has tu de conſentir, que yo dè cuenta de mi deſatino à otra perſona, con que pondrìa en aventura el honor que tu procuras, que no pierda ; y quando el tuyo no eſtè en el punto que deve en la intencion de Camila en tanto que la ſolicitàres, importa poco, ò nada ; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que eſperàmos, le podràs dezir la pura verdad de nueſtro artificio, con que bolverà tu credito al ſer primero. Y pues tan poco adventuras, y tanto contento me puedes dar aventuràndote, no lo dexes de hazer, aunque mas inconvenientes ſe te pongan delante ; pues como ya he dicho, con ſolo que comiences, darè por concluỳda la cauſa.

Viendo Lotario la reſoluta voluntad de Anſelmo, y no ſabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones moſtràrle para que no la ſiguièſſe ; y viendo que le amenazava, que darìa à otro cuenta de ſu mal deſsèo ; por evitar mayor mal, determinò de contentarle, y hazer lo que le pedia,

pedia, con propoſito, è intencion de guiar aquel negocio de modo, que ſin alterar los penſamientos de Camila, quedàſſe Anſelmo ſatisfecho: Y aſſi le reſpondiò, que no comunicàſſe ſu penſamiento con otro alguno, que el tomava à ſu cargo aquella empreſa, la qual començarìa quando à èl le dièſſe mas guſto. Abraçòle Anſelmo tierna, y amoroſamente, y agradeciòle ſu ofrecimiento, como ſi alguna grande merced le huvièra hecho; y quedàron de acuerdo entre los dos, que deſde otro dia ſiguiente ſe començàſſe la obra, que èl le darìa lugar, y tiempo como à ſus ſolas pudièſſe hablar à Camila, y aſſi meſmo le darìa dineros, y Joyas que darla, y que ofrecerla. Aconſejòle que le dièſſe muſicas, que eſcrivièſſe verſos en ſu alabança, y que quando èl no quiſièſſe tomar el trabajo de hazerlos, èl meſmo los harìa. A todo ſe ofreciò Lotario bien con diferente intencion, que Anſelmo penſava; y con eſte acuerdo ſe bolvièron à caſa de Anſelmo donde hallàron à Camila con anſia y cuydado eſperando à ſu eſpoſo, porque aquel dia tardava en venir mas que lo acoſtumbrado. Fueſe Lotario à ſu caſa, y Anſelmo quedò en la ſuya tan contento, como Lotario fuè penſativo, no ſabiendo que traça dar para ſalir bien de aquel impertinente Negocio: Pero aquella noche pensò el modo que tendrìa para engañar à Anſelmo ſin ofender à Camila; y otro dia vìno à comer con ſu amigo y fuè bien recibido de Camila, la qual le recebia y regalava con mucha voluntad, por entender la buena que ſu eſpoſo le tenìa. Acabàron de comer: Levantàron los manteles, y Anſelmo dixo à Lotario, que ſe quedàſſe alli con Camila en tanto que èl iva à un negocio forçoſo, que dentro de hora

y

y media bolverìa. Rogòle Camila que no ſe fuèſſe, y Lotario ſe ofreciò à hazerle compañia; mas nada aprovechò con Anſelmo, antes importunò à Lotario, que ſe quedàſſe, y le aguardàſſe, porque tenìa que tratar con èl una coſa de mucha importancia. Dixo tambien à Camila, que no dexàſſe ſolo à Lotario en tanto que èl bolvièſſe. En efeto èl ſupo tan bien fingir la neceſſidad, ò necedad de ſu auſencia, que nadie pudièra entender, que era fingida.

Fuèse Anſelmo, y quedàron ſolos à la meſa Camila y Lotario, porque la demas gente de caſa, toda ſe avìa idø à comer. Vièſe Lotario pueſto en la eſtacada, que ſu amigo defsèava, y con el enemigo delante, que pudièra vencer con ſola ſu hermoſura à un eſquadron de Cavalleros armados: Mirad ſi era razon, que le temièra Lotario? Pero lo que hizo, fuè poner el codo ſobre el braço de la ſilla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon à Camila del mal comedimiento, dixo que queria repoſar un poco en tanto que Anſelmo bolvia. Camila le reſpondiò, que mejor repoſarìa en el eſtrado, que en la ſilla, y aſſi le rogò, ſe entràſſe à dormir en èl. No quiſo Lotario, y alli ſe quedò dormido haſta que bolviò Anſelmo, el qual, como hallò à Camila en ſu apoſento, y à Lotario durmiendo, creyò, que como ſe avìa tardado tanto, yà avrìan tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no viò la hora en que Lotario deſpertàſſe pàra bolvèrſe con èl fuera, y preguntarle de ſu ventura. Todo le ſucediò como èl quiſo. Lotario deſpertò, y luego ſalièron los dos de caſa; y aſſi le preguntò lo que defsèava; y le reſpondiò Lotario, que no le avìa parecido ſer bien, que la primera vez ſe deſcubrièſſe

del

del todo; y aſſi no avìa hecho otra coſa, que alabar à Camila de hermoſa, diziendole, que en toda la ciudad no ſe tratàva de otra coſa que de ſu hermoſura y diſcrecion: Y que eſte le avìa parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y diſponièndola à que otra vez le eſcuchàſſe con guſto: Uſando en eſto del artificio, que el demonio ùſa quando quiere engañar à alguno que eſtà pueſto en atalaya de mirar por ſi, que ſe transforma en angel de luz, ſiendolo èl de tinieblas; y ponièndole delante apariencias buenas, al cabo deſcubre quien es, y ſale con ſu intencion, ſi à los principios no es deſcubierto ſu engaño. Todo eſto le contentò mucho à Anſelmo, y dixo, que cada dia darìa el miſmo lugar, aunque no ſalièſſe de caſa, porque en ella ſe ocuparìa en coſas, que Camila no pudièſſe venir en conocimiento de ſu artificio.

Sucediò, pues, que ſe paſsàron muchos dias, que ſin dezir Lotario palabra à Camila, reſpondia à Anſelmo, que la hablava, y jamas podia ſacar della una pequeña mueſtra de venir en ninguna coſa, que mala fuèſſe, ni aun dar una ſeñal de ſombra de eſperança: Antes dezia, que le amenaçava, que ſi de aquel mal penſamiento no ſe quitava, que lo avìa de dezir à ſu eſpoſo. Bien eſtà, dixo Anſelmo, haſta aqui ha reſiſtido Camila à las palabras; es meneſter ver como reſiſte à las obras. Yo os darè mañana dos mil eſcudos de oro para que ſe los ofrezcays, y aun ſe los deys; y otros tantos para que compreys Joyas con que cebarla; que las mugeres ſuelen ſer aficionadas, y mas ſi ſon hermoſas, por mas caſtas que sèan, à eſto de traerſe bien, y andar galanas; y ſi ella reſiſte à eſta tentacion, yo quedarè

ſatìsfecho, y no os darè mas Peſadumbre. Lotario reſpondiò, que ya que avìa començado, que èl llevarìa haſta el fin aquella Empreſa, pueſto que entendìa ſalir della canſado y vencido. Otro dia recibiò los quatro mil Eſcudos, y con ellos quatro mil Confuſiònes, porque no ſabìa que dezirſe para mentir de nuevo; pero en efeto determinò de dezirle, que Camila eſtàva tan entera à las dàdivas, y promeſſas, como à las palabras; y que no avìa para que canſarſe mas, porque todo el tiempo ſe gaſtava en valde. Pero la ſuerte, que las coſas guiava de otra manera, ordenò, que aviendo dexado Anſelmo ſolos à Lotario y Camila, como otras vezes ſolia, èl ſe encerrò en un apoſento, y por los agujeros de la cerradura eſtùvo mirando, y eſcuchando lo que los dos tratàvan, y viò, que en mas de medìa hora Lotario no hablò palabra à Camila, ni ſe la hablàra, ſi alli eſtuvièra un Siglo. Y cayò en la cuenta de que quanto ſu amigo le avìa dicho de las reſpueſtas de Camila, todo era ficcion, y mentìra. Y para ver ſi eſto era aſſi, ſaliò del apoſento, y llamando à Lotario à parte, le preguntò, que nuevas avìa, y de que temple eſtàva Camila? Lotario le reſpondiò, que no pensàva mas darle puntada en aquel negocio, porque reſpondia tan aſpera, y deſabridamente, que no tendrìa animo para bolver à dezirle coſa alguna. Hà, dixo Anſelmo, Lotario, Lotario! y quan mal correſpondes à lo que me deves, y à lo mucho que de ti confio! Aora te hè eſtado mirando por el lugar que concede la entrada deſta llave, y hè viſto que no has dicho palabra à Camila. Por donde me doy à entender, que aun las primeras le tienes por dezir: Y ſi eſto es aſſi (como ſin duda lo es) para que

me

me engañas? O porque quieres quitarme con tu induſtria los medios que yo podrìa hallar para conſeguir mi deſsèo? No dixo mas Anſelmo, pero baſtò lo que avìa dicho, para dexar corrido y confuſo à Lotario; el qual, caſi como tomando por punto de honra el avèr ſido hallado en mentira, jurò à Anſelmo, que deſde aquel momento tomava tan à ſu cargo el contentàrle, y no mentìrle, qual lo verìa, ſi con curioſidàd lo eſpiava: Quanto mas, que no ſerìa meneſter ùſar ninguna diligencia, porque la que èl penſava poner en ſatisfazelle, le quitarìa de toda ſoſpecha. Creyòle Anſelmo, y para dalle comodidad mas ſegura, y menos ſobreſaltada, determinò de hazer auſencia de ſu caſa por ocho dias, yendoſe à la de un amigo ſuyo, que eſtàva en una aldea no lexos de la ciudad: Con el qual amigo concertò, que le embiàſſe à llamàr con muchas veras, para tener ocaſion con Camila de ſu partìda. Deſdichado, y mal advertido de ti, Anſelmo, que es lo que hazes? Que es lo que traças? Que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti miſmo, traçando tu deſhonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu eſpoſa Camila; quieta y ſoſſegadamènte la poſsèes; nadie ſobreſalta tu guſto; ſus penſamientos no ſalen de las paredes de ſu caſa; tu eres ſu cielo en la tierra, el blanco de ſus deſsèos, el cumplimiènto de ſus guſtos, y la medida por donde mide ſu voluntad, ajuſtandola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues ſi la mina de ſu honor, hermoſura, honeſtidad, y recogimiento, te dà ſin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tu puedes deſsèar, para que quieres ahondar la tierra, y buſcar nuevas vetas de nuevo y nunca viſto teſoro, ponièndote à Peligro, que toda venga

àbaxo, pues en fin ſe ſuſtenta ſobre los dèbiles arrìmos de ſu flaca naturaleza? Mira que el que buſca lo impoſſible, es juſto que lo poſſible ſe le niegue, como lo dixo mejor un Poëta, diziendo:

Buſco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la priſion libertad,
En lo cerrado ſalida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi ſuerte, de quien
Jamas eſpero algun bien.
Con el cielo ha eſtatuỳdo,
Que pues lo impoſſible pido,
Lo poſſible aun no me dèn.

Fuèſe otro dia Anſelmo à la aldea, dexando dicho à Camila, que el tiempo que èl eſtuvièſſe auſente, vendrìa Lotario à mirar por ſu caſa, y à comer con ella: Que tuvièſſe cuydàdo de tratalle como à ſu meſma perſona. Afligiòſe Camila como muger diſcreta y honrada de la orden que ſu marido le dexàva; y dixole, que advirtièſſe, que no eſtàva bien, que nadie (èl auſente) ocupàſſe la ſilla de ſu meſa; y que ſi lo hazia por no tenèr confiança que ella ſabrìa governàr ſu caſa, que provàſſe por aquella vez, y verìa por experiencia, como para mayores cuydados era baſtante. Anſelmo le replicò, que aquel era ſu guſto, y que no tenìa mas que hazer, que baxar la cabeça y obedecelle. Camila dixo, que anſi lo harìa aunque contra ſu voluntad.

Partioſe

Partiòſe Anſelmo, y otro dia vino à ſu caſa Lotario, donde fuè recibido de Camila con amoroſo y honeſto acogimiento, la qual jamas ſe puſo en parte donde Lotario la vièſſe à ſolas, porque ſiempre andava rodeada de ſus criados, y criadas, eſpecialmente de una donzella ſuya, llamada Leonela, à quien ella mucho queria por averſe criado deſde niñas las dos juntas en caſa de los padres de Camila, y quando ſe casò con Anſelmo, la trùxo conſigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudièra quando ſe levantàvan los manteles, y la gente ſe iva à comer con mucha prièſſa, porque aſſi ſe lo tenìa mandado Camila. Y aun tenìa orden Leonela, que comièſſe primero que Camila, y que de ſu lado jamas ſe quitàſſe: Mas ella que en otras coſas de ſu guſto tenìa pueſto el penſamiento, y avìa meneſter aquellas horas, y aquel lugar para ocuparle en ſus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de ſu ſeñora, antes los dexàva ſolos, como ſi aquello le huvièran mandado; mas la honeſta preſencia de Camila, la gravedad de ſu roſtro, la compoſtura de ſu perſona, era tanta, que ponia freno à la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hizièron, poniendo ſilencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos; porque ſi la lengua callava, el penſamiento diſcurria; y tenìa lugar de contemplar parte por parte todos los eſtremos de bondad y de hermoſura que Camila tenìa, baſtantes à enamorar una eſtatua de marmol, no que un coraçon de carne. Miràvala Lotario en el lugar y eſpacio que avìa de hablarla, y conſideràva quan digna era de ſer amada; y eſta conſideracion començò poco à poco

à

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

à dar aſſalto à los reſpetos que à Anſelmo devia tener, y mil vezes quiſo auſentarſe de la ciudad, è irſe donde jamas Anſelmo le vièſſe à èl, ni èl vièſſe à Camila: Mas ya le hazia impedimento, y detenia el guſto que hallava en mirarla. Haziaſe fuerça, y peleava conſigo miſmo por deſechar, y no ſentir el contento, que le llevàva à mirar à Camila. Culpàvaſe à ſolas de ſu deſatino; Llamàvaſe mal amigo y aun mal Chriſtiano. Hazia Diſcurſos y comparaciones entre èl y Anſelmo, y todos paravan en dezir, que mas avìa ſido la locùra y confiança de Anſelmo, que ſu poca fidelidad: Y que ſi aſſi tuvièra diſculpa para con Dios, como para con los hombres de lo que penſava hazer, que no temièra pena por ſu culpa. En efeto la hermoſura, y la bondad de Camila juntamente con la ocaſion, que el ignorante marido le avìa pueſto en las manos, dièron con la lealtad de Lotario en tierra: Y ſin mirar à otra coſa que aquella, à que ſu guſto le inclinava, al cabo de tres dias de la auſencia de Anſelmo, en los quales eſtùvo en continua batalla por reſiſter à ſus deſsèos, començò à requebrar à Camila con tanta turbacion, y con tan amoroſas razones, que Camila quedò ſuſpenſa, y no hizo otra coſa, que levantarſe de donde eſtàva, y entrarſe en ſu apoſento ſin reſpondelle Palabra alguna. Mas no por eſta ſequedad ſe deſmayò en Lotario la eſperança, que ſiempre nace juntamente con el amor, antes tùvo en mas à Camila; la qual aviendo viſto en Lotario lo que jamas penſàra, no ſabia que hazerſe. Y parenciendole no ſer coſa ſegura, ni bien hecha darle ocaſion ni lugar à que otra vez la hablàſſe, determinò de embiar aquella noche meſma, como lo hizo, à un criado

ado ſuyo con un billete à Anſelmo, donde le eſcriviò eſtas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde ſe proſigue la novela del curioſo impertinente.

Carta de Camila à Anſelmo.

ASSI como ſuele dezirſe, que parece mal el exercito ſin ſu general, y el Caſtillo ſin Caſtellano, digo yo, que parece muy peor la muger caſada, y moça ſin ſu marido, quando juſtiſſimas ocaſiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal ſin vos, y tan impoſſibilitada de no podèr ſufrìr eſta auſencia, que ſi preſto no venis, me avrè de ir à entretenèr en caſa de mis padres, aunque dexe ſin guarda la vueſtra; porque la que me dexaſtes (ſi es que quedò con tal titulo) creo que mira mas por ſu guſto, que por lo que à vos os toca: Y pues ſoys diſcreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

ESTA Carta recibiò Anſelmo, y entendiò por ella, que Lotario avìa ya començado la empreſa, y que Camila devìa de avèr reſpondido como èl deſsèava: Y alegre ſobre manera de tales nuevas, reſpondiò à Camila de palabra, que no hizièſſe mudamiento de ſu caſa en modo ninguno, porque èl bolverìa con mucha brevedad. Admirada quedò Camila de la reſpueſta de Anſelmo, que la pùſo en mas confuſion que primero; porque ni ſe atrevia à eſtàr en ſu caſa, ni menos irſe à la de ſus padres; porque en la quedada corria peligro ſu honeſtidad; y en la ida iva contra el mandamiento

ento de ſu eſpoſo. En fin ſe reſolviò en lo que le eſtùvo peor, que fuè en el quedàrſe, con determinacion de no huir la preſencia de Lotario, por no dar que dezir à ſus criados, y yà le peſava de aver eſcrito lo que eſcriviò à ſu eſpoſo, temèroſa de que no pensàſſe, que Lotario avìa viſto en ella alguna deſemboltùra, que le huvièſſe movido à no guardalle el decòro que devia. Pero fiada en ſu bondad, ſe fiò en Dios, y en ſu buen penſamiento, con que penſava reſiſtir callando à todo aquello que Lotario dezirle quiſièſſe, ſin dar mas cuenta à ſu marido, por no ponèrle en alguna pendencia y trabajo. Y aun andava buſcando manera como diſculpàr à Lotario con Anſelmo, quando le preguntàſſe la ocaſion que le avìa movido à eſcrivìrle aquel papel.

Con eſtos penſamientos mas honrados que acertados, ni provechoſos, eſtùvo otro dia eſcuchando à Lotario, el qual cargò la mano de manera, que començò à titubear la firmeza de Camila, y ſu honeſtidad tùvo harto que hazer en acudir à los ojos, para que no dièſſen mueſtra de alguna amoroſa compaſſion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en ſu pecho avìan deſpertado. Todo eſto notava Lotario, y todo le encendia. Finalmènte à èl le pareciò, que era meneſter en el eſpacio, y lugar que dava la auſencia de Anſelmo, apretàr el cerco à aquella fortaleza: Y aſſi acometiò à ſu Preſuncion con las alabanças de ſu hermoſura; porque no ay coſa que mas preſto rinda, y allane las encaſtilladas torres de la vanidad de las hermoſas, que la meſma vanidad pueſta en las lenguas de la adulacion. En efeto èl con toda diligencia minò la roca de ſu entereza

con

con tales pertrechos, que aunque Camila fuèra toda de bronze, vinièra al ſuelo. Llorò, rogò, adulò, porfiò, y fingiò Lotario con tantos ſentimièntos, y con mueſtras de tantas veras, que diò al traves con el recato de Camila, y vìno à triunfar de lo que menos ſe penſava, y mas deſsèava. Rindiòſe Camila, Camila ſe rindiò, pero que mucho, ſi la amiſtad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro que nos mueſtra, que ſolo ſe vence la paſſion amoroſa con huìlla, y que nadie ſe ha de poner à braços con tan poderòſo enemigo, porque èsmeneſter fuerças divinas, para vencer las ſuyas humanas. Solo sùpo Leonela la flaqueza de ſu ſeñora, porque no ſe la pudièron encubrir los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiſo Lotario dezir à Camila la pretenſion de Anſelmo, ni que èl le avìa dado lugar para llegàr à aquel punto, porque no tuvièſſe en menos ſu amor, y pensàſſe que aſſi à caſo, y ſin pensàr, y no de propoſito la avìa ſolicitado.

Bolviò de alli à pocos dias Anſelmo à ſu caſa, y no echò de ver lo que faltava en ella, que era lo que en menos tenìa, y mas eſtimava. Fuèſſe luego à ver à Lotario, y hallòle en ſu caſa: Abraçàronſe los dos, y el uno preguntò por las nuevas de ſu vida, ò de ſu muerte. Las nuevas que te podrè dar, ò amigo Anſelmo, dixo Lotario, ſon de que tienes una muger, que dignamente puede sèr exemplo y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras, que le hè dicho, ſe las ha llevado el ayre; Los ofrecimientos ſe han tenido en poco; Las dàdivas no ſe han admitido; De algunas lagrimas fingidas mias ſe ha hecho burla notable. En reſolucion, aſſi como Camila es Cifra

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LET

de toda belleza, es archivo donde aſſiſte la honeſtidad, y vive el comedimièntо y el recato, y todas las virtudes, que pueden hazer loable y bien afortunada à una honrada muger. Buelve à tomàr tus dineros, amigo, que aqui los tengo ſin avèr tenido neceſſidad de tocàr à ellos; que la entereza de Camila no ſe rinde à coſas tan baxas, como ſon dàdivas ni promeſſas. Contèntate, Anſelmo, y no quièras hazèr mas pruèvas de las hechas: Y pues à piè enjuto has paſſado el mar de las dificultades y ſoſpechas, que de las mugeres ſuelen y pueden tenerſe; no quièras entràr de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quièras hazèr experiencia con otro pilòto de la bondad y fortaleza del navìo, que el cielo te diò en ſuerte, para que en èl paſsàſſes la mar deſte mundo: Sino haz cuenta, que eſtàs yà en ſeguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena conſideracion, y dèxate eſtàr haſta que vengan à pedirte la deuda; que no àу hidalguia humana, que de pagàrla ſe eſcuſe.

CONTENTISSIMO quedò Anſelmo de las razones de Lotario, y aſſi ſe las creyò, como ſi fuèran dichas por algun Oràculo: Pero con todo eſſo le rogò, que no dexàſſe la empreſa, aunque no fuèſſe mas de por curioſidad, y entretenimièntо, aunque no ſe aprovechàſſe de alli adelante de tan ahincadas diligencias como haſta entonces. Y que ſolo querìa, que le eſcrivièſſe algunos verſos en ſu alabança debaxo del nombre de Clori, porque èl le darìa à entendèr à Camila, que andava enamorado de una dama, à quien le avìa pueſto aquel nombre, y poder celebràrla con el decoro que à ſu honeſtidad ſe le devìa. Y que

quando

quando Lotario no quisièra tomar trabajo de escrivir los versos, que èl los harìa. No serà menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los harè, sino tan buenos como el Sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudière. Quedàron deste acuerdo el impertinente y el traydor amigo. Y buelto Anselmo à su casa, preguntò à Camila lo que ella yà se maravillava, que no se lo huvièsse preguntado; que fuè: Que le dixèsse la ocasion porque le avìa escrito el papel que le embiò? Camila le respondiò, que le avìa parecido que Lotario la mirava un poco mas desembueltamente, que quando èl estàva en casa; pero que yà estàva desengañada, y creỳa, que avìa sido imaginacion suya, porque yà Lotario huỳa de vella, y de estar con ella à solas. Dixòle Anselmo, que bien podìa estàr segura de aquella sospecha, porque èl sabìa, que Lotario andava enamorado de una donzella principal de la ciudad, à quien èl celebràva debaxo del nombre de Clori; y que aunque no lo estuvièra, no avìa que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que èl se lo avìa dicho à Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayèra en la desesperada red de los zelos: Mas por estar ya advertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre.

OTRO dia estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo à Lotario dixèsse alguna cosa de las que avìa compuesto à su

amada Clori, que pues Camila no la conocia, ſeguramente podìa dezir lo que quiſièſſe. Aunque la conocièra, reſpondiò Lotario,no encubrièra yo nada; porque quando algun amante lòa à ſu dama de hermoſa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze à ſu buen credito. Pero sèa lo que fuère: Lo que sè dezir es, que ayèr hize un Soneto à la ingratitud deſta Clori, que dize aſſi.

SONETO.

En el ſilencio de la noche, quando
Ocupa el dulce ſueño à los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Eſtoy al cielo y à mi Clori dando.
Y al tiempo quando el Sol ſe và moſtrando
Por las roſadas puertas orientales,
Con ſuſpiros y accentos deſiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el Sol de ſu eſtrellado aſſiento
Derechos rayos à la tierra embìa,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelve la noche, y buelvo al triſte cuento,
Y ſiempre hallo en mi mortal Porfia
Al cielo ſordo, y à Clori ſin oỳdos.

Bien le pareciò el Soneto à Camila, pero mejor à Anſelmo, pues le alabò y dixo, que era demaſiadamente cruel la dama, que à tan claras verdades no correſpondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poëtas enamorados dizen es verdad? En quanto Poëtas no la dizen, reſpondiò

reſpondiò Lotario, mas en quanto enamorados ſiempre quedan tan cortos como verdaderos. No ay duda en eſſo, replicò Anſelmo, todo por apoyar, y acreditar los penſamientos de Lotario con Camila, tan deſcuydada del artificio de Anſelmo como ya enamorada de Lotario. Y aſſi con el guſto que de ſus coſas tenìa, y mas teniendo por entendido, que ſus deſsèos y eſcritos à ella ſe encaminàvan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò que ſi otro Soneto, ò otros verſos ſabìa, los dixèſſe. Si sè, reſpondiò Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ò por mejor dezir, menos malo: Y podreyſlo bien juzgar, pues es eſte.

SONETO.

Yo sè que muero, y ſi no ſoy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme à tus pies, ô bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor deſierto,
Y alli verſe podrà en mi pecho abierto,
Como tu roſtro hermoſo eſtà eſculpido.
Que eſta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu miſmo rigor ſe fortalece.
Ay de aquel què navega el cielo eſcuro,
Por mar no uſado, y peligroſa via,
A donde norte, ô puerto no ſe ofrece.

Tambien

Tambien alabò eſte ſegundo Soneto Anſelmo, como avìa hecho el primero, y deſta manera iva añadiendo eſlavòn à eſlavòn à la cadena con que ſe enlaçàva, y trazàva ſu deſhonra; pues quando mas Lotario le deſhonrava, entonces le dezia, que eſtàva mas honrado. Y con eſto todos los eſcalones que Camila baxava hàzia el centro de ſu menoſprecio, los ſubia en la opinion de ſu marido hàzia la cumbre de la virtud, y de ſu buena fama. Sucediò en eſto, que hallandoſe una vez entre otras ſola Camila con ſu donzella, le dixo: Corrida eſtoy, amiga Leonela, de ver en quan poco hè ſabido eſtimarme, pues ſi quiera no hize, que con el tiempo compràra Lotario la entera poſſeſſion, que le dì tan preſto de mi voluntad. Temo que ha de deſeſtimar mi preſteza, ô ligereza, ſin que eche de ver la fuerça que èl me hizo, para no poder reſiſtirle. No te dè pena eſſo, ſeñora mia, reſpondiò Leonela, que no eſtà la monta, ni es cauſa para menguar la eſtimacion, darſe, lo que ſe dà, preſto, ſi en efeto lo que ſe da es bueno, y ello por ſi digno de eſtimàrſe. Y aun ſuele dezirſe, que el que luego dà, dà dos vezes. Tambien ſe ſuele dezir, dixo Camila, que lo que poco cueſta, ſe eſtima en menos. No corre por ti eſſa razon, reſpondiò Leonela, porque el amor (ſegun he oydo dezir) unas vezes vuela, y otras anda: Con eſte corre, y con aquel và de eſpacio: A uno entibia, y à otros abraſa: A unos hiere, y à otros mata: En un meſmo punto comiença la carrera de ſus deſſèos, y en aquel meſmo punto la acaba y concluye: Por la mañana ſuele poner el cerco a una fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no ày fuerça que le reſiſta.

ſiſta. Y ſiendo aſſi, de que te eſpantas, ò de que temes, ſi lo miſmo deve de aver acontecido à Lotario, aviendo tomado el amor, por inſtrumento de rendiros, la auſencia de mi ſeñor? Y era forçoſo que en ella ſe concluyèſſe lo que el amor tenìa determinado, ſin dar tiempo al tiempo, para que Anſelmo le tuvièſſe de bolver, y con ſu preſencia quedàſſe imperfeta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor miniſtro para executar lo que deſsèa, que es la ocaſion: De la ocaſion ſe ſirve en todos ſus hechos, principalmente en los principios. Todo eſto sè yo muy bien, mas de experiencia que de oỳdas, y algun dia te lo dirè, ſeñora, que yo tambien ſoy de carne y de ſangre moça. Quanto mas, ſeñora Camila, que no te entregàſte, ni diſte tan luego, que primero no huvièſſes viſto en los ojos, en los ſuſpiros, en las razones, y en las promeſas y dàdivas de Lotario toda ſu alma, viendo en ella, y en ſus virtudes, quan digno era Lotario de ſer amado. Pues ſi eſto es anſi, no te aſſalten la imaginacion eſſos eſcrupuloſos, y melindroſos penſamientos, ſino aſſegùrate, que Lotario te eſtima, como tu le eſtimas à èl, y vive con contento y ſatisfacion de que, ya que cayſte en el lazo amoroſo, es, el que te aprieta de valor y de eſtima: Y que no ſolo tiene las quatro SS que dizen, que han de tener los buenos enamorados, ſino todo un A. b. c. entero: Sino eſcuchame, y veràs como te lo digo de coro.

El es, ſegun yo veo, y à mi me parece, agradecido, bueno, cavallero, dadivoſo, enamorado, firme, gallardo, honrado, iluſtre, leal, moço, noble, oneſto, principal, quantioſo, rico: Y las SS que dizen: Y luego, tacito,

Verda-

verdadero. La X no le quadra, porque es letra àſpera. La Y yà eſta dicha. La Z zelador de tu honra.

RIÒSE Camila del A. b. c. de ſu donzella, y tùvola por mas platica en las coſas de amor, que ella dezia: Y aſſi lo confeſsò ella, deſcubriendo à Camila, como tratava amores con un mancebo bien nacido de la meſma ciudad: De lo qual ſe turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde ſu honra podìa correr rieſgo. Apuròla, ſi paſsàvan ſus platicas à mas que ſerlo? Ella con poca verguença y mucha deſemboltura le reſpondiò, que ſi paſsàvan: Porque es coſa ya cierta, que los deſcuydos de las ſeñoras quitan la verguença à las criadas, las quales quando ven à las amas echar traſpies, no ſe les dà nada à ellas de coxear, ni de que lo ſepan. No pudo hazer otra coſa Camila, ſino rogar à Leonela, no dixèſſe nada de ſu hecho al que dezia ſer ſu amante, y que tratàſſe ſus coſas con ſecreto porque no vinièſſen à noticia de Anſelmo, ni de Lotario. Leonela reſpondiò, que aſſi lo harìa, mas cumpliòlo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella avìa de perder ſu credito; porque la deſhoneſta y atrevida Leonela, deſpues que viò, que el proceder de ſu ama no era el que ſolia, atreviòſe à dar entrada y poner dentro de caſa à ſu amante, confiada, que aunque ſu ſeñora le vièſſe, no avìa de oſar deſcubrille. Que eſte daño acarrèan entre otros los pecados de las ſeñoras, que ſe hazen eſclavas de ſus meſmas criadas, y ſe obligan à encubrirles ſus deſhoneſtidades, y vilezas, como aconteciò con Camila, que aunque viò y muchas vezes, que ſu Leonela eſtàva con ſu galan en un apoſento de ſu caſa, no ſolo no

la

la oſava reñir, mas davale lugar à que lo encerràſſe, y quitàvale todos los eſtorvos, para que no fuèſſe viſto de ſu marido: Pero no los pudo quitar, que Lotario no le vièſſe una vez ſalir àl romper del Alva: El qual ſin conocer quien era, pensò primero que devia de ſer alguna fantaſma: Mas quando le viò caminar, emboçarſe, y encubrirſe con cuydado y recato, cayò de ſu ſimple penſamiento, y diò en otro, que fuèra la perdicion de todos, ſi Camila no lo remediàra. Pensò Lotario, que aquel hombre que avìa viſto ſalir tan à deſhora de caſa de Anſelmo, no avìa entrado en ella por Leonela, ni aun ſe acordò ſi Leonela era en el mundo. Solo creyò, que Camila, de la miſma manera que avìa fido facil y ligera con èl, lo era para otro; que eſtas añadiduras trae conſigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de ſu honra con el meſmo à quien ſe entregò rogada, y perſuadida; y crèe que con mayor facilidad ſe entrega à otros, y da infalible credito à qualquier ſoſpecha que deſto le venga. Y no parece ſino que le faltò à Lotario en eſte punto todo ſu buen entendimiento, y ſe le fuèron de la memoria todos ſus advertidos diſcurſos: Pues ſin hazer Alguno que bueno fuèſſe, ni aun razonable; Sin mas ni mas, antes que Anſelmo ſe levantàſſe, impaciente y ciego de la zeloſa ràbia, que las entrañas le royà, muriendo por vengarſe de Camila que en ninguna coſa le avìa ofendido, ſe fuè à Anſelmo, y le dixo: Sàbete, Anſelmo, que hà muchos dias que hè andado peleando conmigo meſmo, haziendome fuerça à no dezirte lo que ya no es poſſible, ni Juſto, que mas te encubra. Sàbete, que la fortaleza de Camila eſtà ya rendida,

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

y ſujeta à todo aquello que yo quiſière hazer della, y ſi hè tardado en deſcubrirte eſta verdad, ha ſido por ver ſi era algun liviano antojo ſuyo, ò ſi lo hazìa por provarme, y ver ſi eran con propoſito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he començado. Creỳ anſimiſmo, que ella (ſi fuèra la que devia, y la que entrambos penſavamos) ya te huvièra dado cuenta de mi ſolicitud; pero aviendo viſto, que ſe tarda, conozco que ſon verdaderas las promeſſas que me ha dado, de que quando otra vez hagas auſencia de tu caſa, me hablarà en la recamara donde eſtà el repueſto de tus alhajas, (y era la verdad que alli le ſolia hablar Camila) y no quiero que precipitoſamente corras à hazer alguna vengança, pues no eſtà aun cometido el pecado ſino con penſamiento; y podrìa ſer, que deſde eſte, haſta el tiempo de ponerle por obra, ſe mudàſſe el de Camila, y nacièſſe en ſu lugar el arrepentimiento: Y aſſi yà que en todo, ò en parte has ſeguido ſiempre mis conſejos, ſigue y guarda uno que aora te darè, para que ſin engaño, y con medroſo advertimiento te ſatisfagas de aquello que mas vières que te convenga. Finge que te auſentas por dos ò tres dias, como otras vezes ſueles; y haz de manera, que te quedes eſcondido en tu recàmara, pues los tapices que alli ay, y otras coſas con que te puedes cubrir te ofrecen mucha comodidad; y entonces veràs por tus miſmos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: Y ſi fuère la maldad que ſe puede temer, antes que eſperar, con ſilencio, ſagacidad, y diſcrecion podràs ſer el verdugo de tu agravio.

ABSORTO, ſuſpenſo, y admirado quedò Anſelmo con las razones de Lotario, porque le cogièron en tiempo donde menos las eſperava oỳr, porque ya tenìa à Camila por vencedora de los fingidos aſſaltos de Lotario, y començava à gozar la Gloria del vencimiento. Callando eſtùvo por un buen eſpacio mirando al ſuelo ſin mover peſtaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho, Lotario, como yo lo eſperàva de tu amiſtad: En todo he de ſeguir tu conſejo: Haz lo que quiſières, y guarda aquel ſecreto, que vees que conviene en caſo tan no penſado. Prometiòſelo Lotario, y en apartàndoſe dèl, ſe arrepintiò totalmente de quanto le avìa dicho, viendo quan neciamente avìa andado, pues pudièra èl vengarſe de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deſhonrado. Maldezìa ſu entendimiento; afeàva ſu ligera determinacion; y no ſabia que medio tomarſe para deſhazer lo hecho, ò para dalle alguna razonable ſalida. Al fin acordò de dar cuenta de todo à Camila, y como no faltava lugar para poderlo hazer, aquel miſmo dia la hallò ſola, y ella aſſi Como viò que le podia hablar, le dixo: ſabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el coraçon, que me le aprieta de ſuerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ſer maravilla ſino lo haze: Pues ha llegado la deſverguença de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galan ſuyo en eſta caſa, y ſe eſtà con èl haſta el dia tan à coſta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le vière ſalir à horas tan inuſitadas de mi caſa; y lo que me fatiga es, que no la puedo caſtigar, ni reñir; que el ſer ella ſecretària de nueſtros tratos, me ha pueſto un freno en la boca para callar

los ſuyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal ſuceſſo.

AL Principio que Camila eſto dezia, creyò Lotario que era artificio para deſmentille, que el hombre que avìa viſto ſalir era de Leonela, y no ſuyo; pero viendola llorar, y afligirſe, y pedirle remedio, vìno à creer la verdad, y en creyèndola acabò de eſtar confùſo, y arrepentido del todo: Pero con todo eſto reſpondiò à Camila, que no tuvièſſe pena, que èl ordenarìa remedio para atajar la inſolencia de Leonela. Dìxole aſſimiſmo lo que inſtigado de la furioſa rabia de los zelos avìa dicho à Anſelmo, y como eſtàva concertado de eſconderſe en la recàmara, para ver deſde alli à la clara la poca lealtad, que ella le guardava. Pidiòle perdon deſta locura, y conſejo para poder remedialla, y ſalir bien de tan rebuelto laberinto, en que ſu mal diſcurſo le avìa pueſto.

ESPANTADA quedò Camila de oir lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas y diſcretas razones le riñò, y afeò ſu mal penſamiento; y la ſimple y mala determinacion que avìa tomado: Pero como naturalmente tiene la muger ingenio preſto para el bien, y para el mal, mas que el varòn, pueſto que le và faltando quando de propoſito ſe pone à hazer diſcurſos, luego al inſtante hallò Camila el modo de remediar tan, al parecer, irremediable negocio; y dixo à Lotario, que procuràſſe que otro dia ſe eſcondièſſe Anſelmo donde dezia, porque ella penſàva ſacar de ſu eſcondimiento comodidad, para que deſde alli en adelante los dos ſe gozàſſen ſin ſobreſalto alguno: Y ſin declararle del todo ſu penſamiento, le advirtiò, que tuvièſſe cuydado,

cuydado, que en eſtando Anſelmo eſcondido, èl vinièſſe quando Leonela le llamàſſe, y que à quanto ella le dixèſſe, le reſpondièſſe; como reſpondièra, aunque no ſupièra que Anſelmo le eſcuchava. Porfiò Lotario que le acabàſſe de declarar ſu intencion, porque con mas ſeguridad y aviſo guardàſſe todo lo que vièſſe ſer neceſſario. Digo, dixo Camila, que no ay mas que guardar, ſino fuère reſponderme como yo os preguntàre: No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que penſava hazer, temeroſa, que no quiſièſſe ſeguir el parecer que à ella tan bueno le parecia; y ſiguièſſe ò buſcaſſe otros que no podrian ſer tan buenos.

Con eſto ſe fuè Lotario; y Anſelmo otro dia con la eſcuſa de ir à aquella aldea de ſu amigo, ſe partiò, y bolviò à eſconderſe, (que lo pudo hazer con comodidad, porque de induſtria ſe la dièron Camila y Leonela.) Eſcondido, pues, Anſelmo con aquel ſobreſalto que ſe puede imaginar, que tendrìa el que eſperàva ver por ſus ojos hazer notomia de las entrañas de ſu honra, y ſe iva à pique de perder el ſumo bien, que èl pensàva que tenìa en ſu querida Camila.

Seguras ya, y ciertas Camila y Leonela, que Anſelmo eſtàva eſcondido, entràron en la recàmara, y à penas hùvo pueſto los pies en ella Camila, quando dando un gran ſuſpiro, dixo: Ay Leonela amiga! No ſerìa mejor, que antes que llegàſſe à poner en execucion lo que no quiero que ſepas, porque no procures eſtorvarlo, que tomàſſes la daga de Anſelmo, que te he pedido, y paſsàſſes con ella eſte infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no ſerà razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero

quiero ſaber, que es lo que viéron en mi los atrevidos y deſhoneſtos ojos de Lotario, que fuèſſe cauſa de darle atrevimiento à deſcubrirme un tan mal deſsèo, como es el què me ha deſcubierto en deſprecio de ſu amigo, y en deſhonra mia. Ponte Leonela à eſſa ventana, y llàmale, que ſin duda alguna èl deve de eſtar en la calle, eſperando poner en efeto ſu mala intencion. Pero primero ſe pondrà la cruel quanto honrada mia. Ay ſeñora mia! reſpondiò la ſagaz y advertida Leonela; y que es lo que quieres hazer con eſta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, ò quitarſela à Lotario? Qualquiera deſtas coſas que quieras, ha de redundar en perdida de tu credito y fama. Mejor es que diſſimùles tu agravio, y no dès lugar à que eſte mal hombre entre aora en eſta caſa, y nos halle ſolas. Mira, ſeñora, que ſomòs flacas mugeres, y èl es hombre, y determinado, y como viene con aquel mal propoſito ciego, y apaſſionado, quiçà antes que tu pongas en execucion el tuyo, harà èl lo que te eſtarìa mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi ſeñor Anſelmo, que tanta mano ha querido dar à eſte deſuellacaras en ſu caſa. Y ya, ſeñora, que le mates, como yo pienſo que quieres hazer, que hemos de hazer dèl deſpues de muerto? Que? Amiga, reſpondiò Camila; dexarèmoſle para que Anſelmo le entierre, pues ſerà juſto, que tenga por deſcanſo el trabajo que tomàre en poner debaxo de la tierra ſu miſmo infàmia. Llàmale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la devida vengança de mi agràvio, parece que ofendo à la lealtad, que à mi eſpoſo devo.

TODO eſto eſcuchàva Anſelmo, y à cada palabra que Camila dezia, ſe le mudavan los penſamientos. Mas quando entendiò, que eſtàva reſuelta en matar à Lotario, quiſo ſalir, y deſcubrirſe, porque tal coſa no hizièſſe; pero detùvole el deſsèo de ver en que parava tanta gallardia, y honeſta reſolucion, con propoſito de ſalir à tiempo, que la eſtorvàſſe. Tomòle en eſto à Camila un fuerte deſmayo, y arrojàndoſe en cima de una cama, que alli eſtàva; començò Leonela à llorar muy amargamente, y à dezir: Ay deſdichada de mi! Si fuèſſe tan ſin ventura, que ſe me murièſſe aqui entre mis braços la flor de la honeſtidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la caſtidad con otras coſas à eſtas ſemejantes, que ninguno la eſcuchàra, que no la tuvièra por la mas laſtimada, y leal donzella del mundo; y à ſu ſeñora por otra nueva y perſeguida Penèlope. Poco tardò en bolver de ſu deſmayo Camila, y al bolver en ſi, dixo: Porque no vas, Leonela, à llamar al mas deſleal amigo de amigos, que viò el ſol, ò cubriò la noche? Acaba, corre, aguija, camìna, no ſe eſfògue con la tardança el fuego de la còlera que tengo, y ſe paſſe en amenaças, y maldiciones la juſta vengança que eſpero. Yà voy à llamarle, ſeñora mia, dixo Leonela; mas haſme de dar primero eſſa daga, porque no hagas coſa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Vè ſegura, Leonela amiga, que no harè, reſpondiò Camila; porque ya que ſea atrevida y ſimple, à tu parecer, en bolver por mi honra, no lo he de ſer tanto, como aquella Lucrecia, de quien dizen, que ſe matò ſin aver cometido error alguno, y ſin aver muerto

primero

primero à quien tùvo la culpa de ſu deſgracia. Yo morirè, ſi muero, pero ha de ſer vengada, y ſatisfecha del que me ha dado òcaſion de venir à eſte lugar à llorar ſus atrevimientos, nacidos tan ſin culpa mia.

MUCHO ſe hizo de rogar Leonela antes que ſalièſſe à llamar à Lotario, pero en fin ſaliò, y entre tanto que bolvia, quedò Camila diziendo, como que hablava conſigo-miſma: Vàlame Dios! No fuèra mas acertado aver deſpedido à Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como yà le hè pueſto, que me tenga por deſhoneſta y mala, ſi quièra eſte tiempo que he de tardar en deſengañarle? Mejor fuèra ſin duda, pero no quedàra yo vengada, ni la honra de mi marido ſatisfecha, ſi tan à manos lavadas, y tan à paſſo llano ſe bolvièra à ſalir de donde ſus malos penſamientos le entràron. Pague el traydor con la vida lo que intentò con tan laſcivo deſsèo. Sepa el mundo (ſi acaſo llegàre à ſaberlo) que Camila no ſolo guardò la lealtad à ſu eſpoſo, ſino que le diò vengança del que ſe atreviò a ofendelle. Mas con todo creo, que fuèra mejor dar cuenta deſto à Anſelmo; pero yà ſe la apuntè, à dar, en la carta que le eſcrivì al aldea, y creo, que el no acudir èl al remedio del daño, que alli le ſeñalè, deviò de ſer, que de puro bueno y confiado, no quiſo, ni pudo creer, que en el pecho de ſu tan firme amigo pudièſſe caber genero de penſamiento, que contra ſu honra fuèſſe, ni aun yo lo creỳ deſpues por muchos dias, ni lo creyèra jamas, ſi ſu inſolencia no llegarà à tanto, que las manifieſtas dàdivas, y las largas promeſſas, y las continuas lagrimas no me lo manifeſtàran. Mas para que hago yo aora eſtos

eſtos diſcurſos? Tiene por ventura una reſolucion gallarda neceſſidad de conſejo alguno? No por cierto. A fuera, pues, traydor, aqui venganças: Entre el falſo, venga, llegue, muera, acabe, y ſuceda lo que ſucedière. Limpia entrè en poder del que el cielo me diò por mio; limpia hè de ſalir dèl, y quando mucho ſaldrè bañada en mi caſta ſangre, y en la impura del mas falſo amigo, que viò la amiſtad en el mundo: Y diziendo eſto ſe paſeàva por la ſala con la daga deſembaynada, dando tan deſconcertados, y deſaforados paſſos, y haziendo tales ademanes, que no parecia ſino que le faltava el juyzio, y que no era muger delicada, ſino un rufiàn deſeſperado. Todo lo miràva Anſelmo cubierto detras de unos tapizes, donde ſe avìa eſcondido, y de todo ſe admiràva, y ya le parecia, que lo que avìa viſto, y oydo, era baſtante ſatisfacion para mayores ſoſpechas; y ya quiſièra, que la prueva de venir Lotario faltàra, temeroſo de algun mal repentino ſuceſſo.

Y eſtando ya para manifeſtàrſe, y ſalir para abraçar y deſengañar à ſu eſpoſa, ſe detùvo, porque viò que Leonela bolvìa con Lotario de la mano, y aſſi como Camila le viò, haziendo con la daga en el ſuelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: Si à dicha te atrevières à paſſar deſta raya que vees, ni aun llegar à ella, en el punto que vière que lo intentas, en eſſe miſmo me paſſarè el pecho con eſta daga que en las manos tengo; y antes que à eſto me reſpondas Palabra, quiero que otras algunas me eſcuches, que deſpues reſponderàs lo que mas te agradàre. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas, ſi conoces à Anſelmo mi marido, y en que opi-

nion le tienes? Y lo ſegundo, quiero ſaber tambien, ſi me conoces à mi? Reſpondeme à eſto y no te turbes, ni pienſes mucho lo que has de reſponder, pues no ſon dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que deſde el primer punto, que Camila le dixo, que hizièſſe eſconder à Anſelmo, no huvièſſe dado en la cuenta de lo que ella pensàva hazer; y aſſi correſpondiò con ſu intencion tan diſcretamente, y tan à tiempo, que hizièran los dos paſſar aquella mentira por mas que cierta verdad; y aſſi reſpondiò à Camila deſta manera: No pensè yo, hermoſa Camila, que me llamavas para preguntàrme Coſas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: Si lo hazes por dilatarme la prometida merced, deſde mas lexos pudièras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deſsèado, quanto la eſperança eſtà mas cerca de poſſeello: Pero por que no digas, que no reſpondo à tus preguntas, digo, que conozco à tu eſpoſo Anſelmo, y nos conocèmos los dos deſde nueſtros mas tiernos años; y no quiero dexar de dezir lo que tu tambien ſabes de nueſtra amiſtad, por no hazerme teſtigo del agravio, que el amor haze que le haga (poderoſa diſculpa de mayores yerros.) A ti te conozco, y tengo en la miſma opinion, que èl te tiene; que à no ſer aſſi, por menos prendas que las tuyas, no avìa yo de ir contra lo que devo à ſer quien ſoy, y contra las ſantas leyes de la verdadera amiſtad, aora por tan poderoſo enemigo como el amor por mi rompidas y violadas. Si eſſo confièſſas, reſpondiò Camila, enemigo mortal de todo aquello que juſtamente merece ſer amado, con que roſtro oſas parecer ante quien ſabes, que es el eſpejo donde ſe mira aquel en

quien

quien tu te devièras mirar, para que vièras con quan poca ocaſion le agravias? Pero yà caygo, ày deſdichada de mi! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que à ti miſmo deves; que deve de avèr ſido alguna deſemboltùra mia; que no quiero llamàrla deſhoneſtidad, pues no avrà procedido de deliberada determinacion, ſino de algun deſcuydo de los que las mugeres, que pienſan que no tienen de quien recatàrſe, ſuelen hazèr inadvertidamènte. Sino dime, quando, ô traydor, reſpondì à tus ruegos con alguna palabra, ô ſeñal, que pudièſſe deſpertàr en ti alguna ſombra de eſperança de cumplir tus infames deſsèos? Quando tus amoroſas palabras no fuèron deſhechadas, y reprehendidas de las mias con rigor y con aſpereza? Quando tus muchas promeſſas, y mayores dàdivas fuèron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecèrme, que alguno no puede perſeveràr en el intento amoroſo luengo tiempo, ſino es ſuſtentàdo de alguna eſperança, quiero atribuìrme à mi la culpa de tu impertinencia; pues ſin duda algun deſcuydo mio ha ſuſtentado tanto tiempo tu cuydado, y aſſi quiero caſtigàrme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vièſſes, que ſiendo conmigo tan inhumana, no era poſſible dexar de sèrlo contigo, quiſe traerte à ſer teſtigo del ſacrificio que pienſo hazèr à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha ſido poſſible, y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocaſion, (ſi alguna te di) para favorecèr, y canonizàr tus malas intenciones. Torno à dezir, que la ſoſpecha que tengo, que algun deſcuydo mio engendrò en ti tan deſvariados penſamientos, es la que

mas me fatiga, y la que yo mas deſsèo caſtigàr con mis propias manos; porque caſtigàndome otro verdugo, quiça ſerìa mas publica mi culpa: Pero antes que eſto haga, quiero matàr murièndo, y llevàr conmigo quien me acabe de ſatisfazer el deſsèo de la vengança que eſpero, y tengo, viendo allà, donde quièra que fuère, la pena que dà la Juſticia deſintereſſada, y que no ſe dobla al que en terminos tan deſeſperados me ha pueſto. Y diziendo eſtas razones, con una increible fuerça, y ligerèza, arremetiò contra Lotario con la daga deſembaynada con tales mueſtras de querer enclavarſela en el pecho, que caſi èl eſtùvo en duda, ſi aquellas demoſtraciones eran falſas, ò verdaderas; porque le fuè forçoſo valèrſe de ſu induſtria y de ſu fuerça, para eſtorvàr que Camila no le dièſſe, la qual tan vivamente fingìa aquel eſtraño embùſte y falſedad, que por dalle color de verdad, la quiſo matizàr con ſu miſma ſangre; porque viendo que no podia herir à Lotario, ô fingièndo que no podia, dixo: Pues la ſuerte no quiere ſatisfazèr del todo mi tan juſto deſsèo, alomènos no ſerà tan poderoſa, que en parte me quite, que no le ſatisfaga; y hazièndo fuerça para ſoltàr la mano de la daga, que Lotario la tenìa aſida, la ſacò, y guiando ſu punta por parte que pudièſſe herir no profundamente, ſe la entrò, y eſcondiò por mas arriba de la iſlilla del lado izquierdo junto al ombro, y luego ſe dexò caer en el ſuelo como deſmayada. Eſtàvan Leonela y Lotario ſuſpenſos y atònitos de tal ſuceſſo; y toda via dudàvan de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra, y bañada en ſu ſangre. Acudiò Lotario con mucha preſteza, deſpavorido, y ſin aliento à ſacàr la daga, y en ver la pequeña herida,

herida, ſaliò del temor que haſta entonces tenìa, y de nuevo ſe admirò de la ſagacidad, prudencia, y mucha diſcrecion de la hermoſa Camila: Y por acudir con lo que à èl le tocava, començò à hazer una larga, y triſte lamentacion ſobre el cuerpo de Camila, como ſi eſtuvièra difunta, echàndoſe muchas maldiciones, no ſolo à èl, ſino al que avìa ſido cauſa de avelle pueſto en aquel termino: Y como ſabia que le eſcuchava ſu amigo Anſelmo, dezia coſas, que el que le oyèra, le tuvièra mucha mas laſtima, que à Camila, aunque por muerta la juzgàra. Leonela la tomò en braços, y la puſo en el lecho, ſuplicando a Lotario fuèſſe à buſcar quien ſecretamente à Camila curàſſe. Pediale aſſimiſmo conſejo y parecer de lo que dirìan à Anſelmo de aquella herida de ſu ſeñora, ſi àcaſo vinièſſe antes que eſtuvièſſe ſana. El reſpondiò, que dixèſſen lo que quiſièſſen, que èl no eſtàva para dar conſejo, que de provecho fuèſſe: Solo le dixo, que procuràſſe tomarle la ſangre, porque èl ſe iva à donde gentes no le vièſſen. Y con mueſtras de mucho dolor y ſentimiento ſe ſaliò de caſa, y quando ſe viò ſolo, y en parte donde nadie le veỳa, no ceſsàva de hazerſe cruzes, maravillàndoſe de la induſtria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Conſideràva quan enterado avìa de quedar Anſelmo de que tenìa por muger à una ſegunda Porcia, y deſsèava verſe con èl, para celebrar los dos la mentira y la verdad mas diſimulada, que jamas pudièra imaginarſe. Leonela tomò, como ſe ha dicho, la ſangre à ſu ſeñora, que no era mas de aquello que baſtò para acreditar ſu embuſte; y lavando con un poco de vìno la herida, ſe la atò lo mejor que ſupo, diziendo tales razones

zones en tanto que la curàva, que aunque no huvièran precedido otras, baſtàran à hazer creer à Anſelmo, que tenìa en Camila un ſimulacro de la honeſtidad. Juntàronſe à las palabras de Leonela otras de Camila, llamàndoſe cobarde y de poco animo, pues le avìa faltado al tiempo que fuèra mas neceſſario tenerle para quitarſe la vida, que tan aborrecida tenìa. Pedia conſejo à ſu donzella, ſi dirìa ò no, todo aquel ſuceſſo à ſu querido eſpoſo; la qual le dixo, que no ſe lo dixèſſe, porque le pondrìa en obligacion de vengarſe de Lotario, lo qual no podrìa ſer ſin mucho rieſgo ſuyo, y que la buena muger eſtàva obligada à no dar ocaſion à ſu marido à que riñèſſe, ſino à quitalle todas aquellas que le fuèſſe poſſible. Reſpondiò Camila que le parecia muy bien ſu parecer, y que ella le ſeguirìa: Pero que en todo caſo convenia buſcar que dezir à Anſelmo de la cauſa de aquella herida que èl no podrìa dexar de ver. A lo que Leonela reſpondiò, que ella, ni aun burlando, ſabia mentir. Pues yo, hermana, replicò Camila, que tengo de ſaber? Que no me atreverè à forjar, ni ſuſtentar una mentira, ſi me fuèſſe en ello la vida? Y ſi es que no hemos de ſaber dar ſalida à eſto, mejor ſerà dezirle la verdad deſnuda, que no què nos alcance en mentiroſa cuenta! No tengas pena, ſeñora; de aqui à mañana, reſpondiò Leonela, yo penſarè que le digamos; y quiçà, que por ſer la herida donde es, la podràs encubrir ſin que èl la vea, y el cielo ſerà ſervido de favorecer à nueſtros tan juſtos y tan honrados penſamientos. Soſſiègate, ſeñora mia; procura ſoſſegar tu alteracion, porque mi ſeñor no te halle ſobreſaltada; y lo demàs dèxalo à mi cargo, y al de Dios, que ſiempre acude à los buenos deſsèos.

ATEN-

ATENTISSIMO avìa eſtado Anſelmo à eſcuchàr, y à vèr repreſentèr la tragedia de la muerte de ſu honra; la qual con tan eſtraños, y eficaces effetos la repreſentàron los perſonages della, que pareciò que ſe avìan transformado en la miſma verdad de lo que fingian. Deſsèava mucho la noche, y el tener lugar para ſalir de ſu caſa, y ir à verſe con ſu buen amigo Lotario, y congratulàrſe con èl de la Margarita precioſa que avìa hallado en el deſengaño de la bondad de ſu eſpoſa. Tuvièron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad à que ſalièſſe; y èl, ſin perdella, ſaliò, y luego fuè à buſcàr à Lotario, el qual hallado, no ſe puede buenamente contar los abraços que le diò, las coſas que de ſu contento le dixo, las alabanças que diò à Camila. Todo lo qual eſcuchò Lotario ſin poder dar mueſtras de alguna alegria, porque ſe le repreſentàva à la memoria, quan engañado eſtàva ſu amigo, y quan injuſtamente èl le agraviava. Y aunque Anſelmo veỳa, que Lotario no ſe alegrava, creỳa ſer la cauſa por avèr dexado à Camila herida, y aver èl ſido la cauſa: Y aſſi entre otras razones le dixo, que no tuvièſſe pena del ſuceſſo de Camila, porque ſin duda la herida era ligera, pues quedavan de concierto de encubrìrſela à èl; y que ſegun eſto no avìa de que temer, ſino que de alli adelante ſe gozàſſe y alegràſſe con èl, pues por ſu induſtria y medio èl ſe veỳa levantado à la mas alta felicidàd, que acertàra deſsèarſe, y queria que no fuèſſen otros ſus entretenimièntos, que en hazèr verſos en alabança de Camila, que la hizièſſen eterna en la memoria de los ſiglos venideros. Lotario alabò ſu buena determinacion, y dixo, que èl por ſu parte ayudarìa à levantàr tan iluſtre edificio.

Con

Con eſto quedò Anſelmo el hombre mas ſabroſamènte engañado, que pudo avèr en el mundo. El miſmo llevàva por la mano à ſu caſa, (creyendo que llevava el inſtrumento de ſu Gloria,) toda la perdicion de ſu fama. Recibìale Camila con roſtro, al parecer, torcido, aunque con alma riſueña. Durò eſte engaño algunos dias, haſta que al cabo de pocos meſes bolviò fortuna ſu rueda, y ſaliò à plaça la maldàd con tanto artificio haſta alli cubierta, y à Anſelmo le coſtò la vida ſu impertinente curioſidàd.

CAPITULO XXXV.

Donde ſe dà fin à la novela del Curioſo impertinente, y ſe cuenta la brava, y deſcomunal batalla que Don Quixote tùvo con unos cueros de vino tinto.

POCO mas quedàva por leèr de la Novela, quando del camaranchon, donde reposàva Don Quixote, ſaliò Sancho Pança todo alborotàdo, dizièndo à vozes: Acudid, ſeñores, preſto, y ſocorrèd à mi ſeñor, que anda embuelto en la mas reñida y travada batalla, que mis Ojos han viſto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la Señora Princeſa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercèn à cercèn, como ſi fuèra un nabo. Que dizes, hermano? dixo el Cura (dexando de leèr lo que de la novela quedava) Eſtàys en vos, Sancho? Como Diablos puede ſer eſſo que dezis, eſtando el Gigante dos mil Leguas de aquì? En eſto oyèron un gran ruydo en el apoſento, y que Don Quixote dezia à vozes: Tente, ladron, malandrin, follon, que aquì te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra.

cimitarra. Y parecia que dava grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: No tienen que pararſe à eſcuchar, ſino entren à deſpartir la pelèa, ò à ayudar à mi amo; aunque ya no ſerà meneſter, porque ſin duda alguna el Gigante eſtà ya muerto, y dando cuenta à Dios de ſu paſſada, y mala vida; que yo vì correr la ſangre por el ſuelo, y la cabeçà cortada, y cayda à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à eſta ſazon el ventero, ſi Don Quixote, ò Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que à ſu cabeçera eſtàvan llenos, y el vino derramado deve de ſer lo que le parece ſangre à eſte buen hombre; y con eſto entrò en el apoſento, y todos tras èl, y hallaron à Don Quixote en el mas eſtraño trage del mundo. Eſtàva en camiſa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabàſſe de cubrir los muſlos, y por detras tenìa ſeis dedos menos. Las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenìa en la cabeça un bonetillo colorado graſiento, que era del ventero. En el braço hizquierdo tenìa rebuelta la manta de la cama (con quien tenìa ojeriça Sancho, y èl ſe ſabia bien el porque) y en la derecha deſembaynada la eſpada, con la qual dava cuchilladas à todas partes, diziendo palabras, como ſi verdaderamente eſtuvièra peleando con algun Gigante: Y es lo bueno que no tenìa los ojos abiertos, porque eſtàva durmiendo, y ſoñando que eſtàva en batalla con el Gigante: Que fuè tan intenſa la imaginacion de la aventura que iva à fenecer, que le hizo ſoñar, que ya avìa llegado al Reyno de Micomicon, y que ya eſtàva en la pelèa con ſu enemigo; y avìa

BIBLIOTECA DE FILOSOFIA Y LETRAS

dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las dava en el Gigante, que todo el apoſento eſtàva lleno de vìno: Lo qual viſto por el ventero, tomò tanto enòjo, que arremetiò con Don Quixote, y à puño cerrado le començò à dar tantos golpes, que ſi Cardenio, y el Cura no ſe le quitàran, èl acabàra la guerra del Gigante; y con todo aquello no deſpertàva el pobre Cavallero, haſta que el barbero trùxo un gran caldero de agua fria del pozo, y ſe lo echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual deſpertò Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echàſſe de ver de la manera que eſtàva. Dorotea, que viò quan corta y ſutilmente eſtàva veſtido, no quiſo entrar à ver la batalla de ſu Ayudador y de ſu contrario. Andàva Sancho buſcando la cabeça del Gigante por todo el ſuelo, y como no la hallava, dixo: Ya yo sè, que todo lo deſta caſa es encantamiento; que la otra vez en eſte meſmo lugar donde aora me hallo, me dièron muchos moxicones, y porraços, ſin ſaber quien me los dava, y nunca pude ver à nadie: Y aora no parece por aqui eſta cabeça, que vì cortar por mis miſmos ojos, y la ſangre corria del cuerpo como de una fuente. Que ſangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios, y de ſus ſantos? dixo el ventero. No ves, ladron, que la ſangre, y la fuente no es otra coſa, que eſtos cueros que aqui eſtàn horadados, y el vìno tinto, que nada en eſte apoſento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadò. No sè nada, reſpondiò Sancho, ſolo sè, que vendrè à ſer tan deſdichado, que por no hallar eſta cabeça, ſe me ha de deshazer mi condado, como la ſal en el agua. Y eſtàva peor Sancho deſpierto, que ſu amo durmiendo: Tal le tenìan las promeſſas

que

que ſu amo le avìa hecho. El ventero ſe deſeſperàva de ver la ſiema del eſcudero, y el maleficio del ſeñor, y jurava que no avìa de ſer como la vez paſſada, que ſe le fuèron ſin pagar; y que aora no le avìan de valer los privilegios de ſu cavallerìa, para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun haſta lo que pudièſſen coſtar las botànas, que ſe avìan de echar à los rotos cueros. Tenìa el Cura, de las manos à Don Quixote, el qual, creyendo que yà avìa acabado la aventura, y que ſe hallàva delante de la Princeſa Micomicona, ſe hincò de rodillas delante del Cura diziendo: Bien puede la vueſtra Grandeza, Alta y famoſa ſeñora, vivir de oy mas ſegura, que le pueda hazer mal eſta mal nacida criatura; y yo tambien de oy mas ſoy quito de la palabra que os dì, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y reſpiro, tanbien la he cumplido. No lo dixe yo? dixo, oyendo eſto, Sancho; ſi, que no eſtàva yo borracho: Mirad ſi tiene pueſto ya en ſal mi amo al Gigante? Ciertos ſon los toros: Mi condado eſtà de molde. Quien no avìa de reỳr con los diſparates de los dos amo, y moço? Todos reỳan, ſino el ventero, que ſe dava à Sàtanas. Pero en fin tanto hizièron el barbero, Cardenio, y el cura, que con no poco trabajo dièron con Don Quixote en la cama, èl qual ſe quedò dormido con mueſtras de grandiſſimo canſancio. Dexàronle dormir, y ſalièronſe al portal de la venta à conſolar à Sancho Pança de no aver hallado la cabeça del Gigante; aunque mas tuvièron que hazer en aplacar al ventero, que eſtàva deſeſperado por la repentina muerte de ſus cueros. Y la ventera dezìa en voz y en grito: En mal

punto, y en hora menguada entrò en mi caſa eſte cavallero andante, que nunca mis ojos le huvièran viſto, que tan caro me cueſta. La vez paſſada ſe fuè con el coſte de una noche de cena, cama, paja, y cevada para el, y para ſu eſcudero, y un rozin, y un jumento, diziendo, que era Cavallero aventurero; que mala aventura le dè Dios à èl, y à quantos aventureros ay en el mundo; y que por eſto no eſtàva obligado à pagar nada; que aſſi eſtàva eſcrito en los aranceles de la cavalleria andanteſca; y aora por ſu reſpeto vino eſtotro Señor, y me llevò mi cola, y hàmela buelto con mas de dos Quartillos de Daño, toda pelada, que no puede ſervir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo romperme mis cueros, y derramarme mi vino; que derramada le vea yo ſu ſangre. Pues no ſe pienſe: que por los hueſſos de mi padre, y por el ſiglo de mi madre, que me lo han de pagar un quarto ſobre otro, ò no me llamarìa yo como me llamo, ni ſerìa hija de quien ſoy. Eſtas y otras razones tales dezìa la ventera con grande enòjo, y ayudàvala ſu buena criada Maritornes. La hija callava, y de quando en quando ſe ſonreỳa. El Cura lo ſoſſegò todo, prometiendo de ſatisfazerles ſu pèrdida lo mejor que pudièſſe, aſſi de los cueros, como del vino; y principalmente del menoſcabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea conſolò à Sancho Pança, diziendole, que cada y quando, que parecièſſe aver ſido verdad, que ſu amo huvièſſe deſcabeçado al Gigante, le prometia, en viendoſe pacifica en ſu reyno, de darle el mejor condado, que en èl huvièſſe. Conſolòſe con eſto Sancho, y aſſegurò à la Princeſa, que tuvièſſe por cierto, que

el

èl avia viſto la cabeça del Gigante, y que por mas ſeñas tenìa una barba, que le llegava à la cintura; y que ſi no parecia, era porque todo quanto en aquella caſa paſsàva, era por via de encantamiento, como èl lo avìa provado otra vez que avìa poſado en ella. Dorotea dixo, que aſſi lo creya, y que no tuvièſſe pena, que todo ſe harìa bien, y ſucederìa à pedir de boca. Soſſegados todos, el cura quiſo acabar de leer la novèla, porque viò que faltava poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron, la acabàſſe. El que à todos quiſo dar guſto, y por el que, èl tenìa de leerla, proſiguiò el cuento, que aſſi dezia.

Sucediò, pues, que por la ſatisfaccion que Anſelmo tenìa de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y deſcuydada; y Camila de induſtria hazia mal roſtro à Lotario, porque Anſelmo entendièſſe al revès la voluntad que le tenìa, y para mas confirmacion de ſu hecho, pidiò licencia Lotario para no venir à ſu caſa, pues claramente ſe moſtràva la peſadumbre, que con ſu viſta Camila recebia: Mas el engañado Anſelmo le dixo, que en ninguna manera tal hizièſſe. Y deſta manera por mil maneras era Anſelmo el fabricador de ſu deſhonra, creyendo que lo era de ſu guſto. En eſto el que tenìa Leonela de verſe qualificada para con ſus amores, llegò à tanto, que ſin mirar à otra coſa, ſe iva tras èl à rienda ſuelta, fiada en que ſu ſeñora la encubrìa, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudièſſe ponerle en execucion.

En fin una noche ſintiò Anſelmo paſſos en el apoſento de Leonela, y queriendo entrar à ver quien los dava, ſintiò que le detenian la puerta: Coſa que le puſo mas voluntad de

de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abriò, y entrò dentro à tiempo que viò que un hombre ſaltava por la ventana à la calle; y acudiendo con preſteza à alcançarle, ò conocerle, no pudo conſeguir lo uno, ni lo otro, porque Leonela ſe abraçò con èl, diziendole: Soſſiègate, Señor mio, y no te alboròtes, ni ſigas al que de aqui ſaltò, porque es coſa mia, y tanto, que es mi eſpoſo. No lo quiſo creer Anſelmo, antes ciego de enòjo, ſacò la daga, y quiſo herir à Leonela, diziendole, que le dixèſſe la verdad, ſino que la matarìa. Ella con el miedo ſin ſaber lo que ſe dezia, le dixo: No me mates, Señor, que yo te dirè coſas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anſelmo, ſino muerta eres. Por aora ſerà impoſſible, dixo Leonela, ſegun eſtoy de turbada; dèxame haſta Mañana, que entonces ſabràs de mi lo que te ha de admirar, y eſtà ſeguro, que èl que ſaltò por eſta ventana es un mancebo deſta ciudad, que me ha dado la mano de ſer mi eſpoſo. Soſſegòſe con eſto Anſelmo, y quiſo aguardar el termino que ſe le pedia, porque no pensàva oỳr coſa, que contra Camila fuèſſe, por eſtar de ſu bondad tan ſatisfecho y ſeguro; y aſſi ſe ſaliò del apoſento, y dexò encerrada en èl à Leonela, diziendole, que de alli no ſaldrìa haſta que le dixèſſe lo que tenìa que dezirle. Fuè luego à ver à Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con ſu donzella le avìa paſſado, y la palabra que le avìa dado de dezirle grandes coſas, y de importancia. Si ſe turbò Camila, ò no, no ay paraque dezirlo, porque fuè tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente, (y era de creer) que Leonela avìa de dezir à Anſelmo todo lo que ſabia de ſu poca

fè,

fè, que no tùvo animo para eſperàr, ſi ſu ſoſpecha ſalia falſa, ò no. Y aquella meſma noche, quando le pareciò que Anſelmo dormia, juntò las mejores Joyas que tenìa, y algunos dineros, y ſin ſer de nadie ſentida ſaliò de caſa, y ſe fuè à la de Lotario, à quien contò lo que paſsàva, y le pidiò, que la puſièſſe en cobro, ô que ſe auſentàſſen los dos donde de Anſelmo pudièſſen eſtàr ſeguros. La confuſion en que Camila puſo à Lotario fuè tal, que no le ſabia reſpondèr palabra, ni menos ſabia reſolvèrſe en lo que harìa. En fin acordò de llevar à Camila à un monaſterio, en quien era Priora una ſu hermana. Conſintiò Camila en ello, y con la preſteza que el caſo pedia, la llevò Lotario, y la dexò en el monaſterio; y èl aſſimiſmo ſe auſentò luego de la ciudad ſin dàr parte à nadie de ſu auſencia.

QUANDO amaneciò, ſin echàr de vèr Anſelmo que Camila faltava de ſu lado, con el deſsèo que tenìa de ſaber lo que Leonela queria dezirle, ſe levantò, y fuè adonde la avìa dexado encerrada. Abriò y entrò en el apoſento, pero no hallò en èl à Leonela, ſolo hallò pueſtas unas sàbanas añudadas à la ventana, indicio y ſeñal, que por alli ſe avìa deſcolgado, è ido. Bolviò luego muy triſte à dezìrſelo à Camila, y no hallàndola en la cama, ni en toda la caſa, quedò aſſombràdo. Preguntò à los criados de caſa por ella, pero nadie le ſupo dar razon de lo que pedia. Acertò à caſo, andando à buſcàr à Camila, que viò ſus cofres abièrtos, y que dellos faltavan las mas de ſus joyas, y con eſto acabò de caèr en la cuenta de ſu deſgracia, y en que no era Leonela la cauſa de ſu deſventùra. Y aſſi como eſtàva, ſin acabàrſe de veſtìr, triſte y penſativo, fuè à dar cuenta

cuenta de ſu deſdicha à ſu amigo Lotario: Mas quando no le hallò, y ſus criados le dixèron, que aquella noche avìa faltado de caſa, y avìa llevado conſigo todos los dineros que tenìa, pensò perder el juyzio. Y para acabàr de concluỳr con todo, bolvièndoſe a ſu caſa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenìa, ſino la caſa deſièrta y ſola. No ſabìa que pensàr, ni dezìr, ni que hazèr, y poco à poco ſe le iva bolviendo el juyzio. Contemplàvaſe, y miràvaſe en un inſtante ſin muger, ſin amigo, y ſin criados, deſamparado, (à ſu parecer,) del cielo que le cubria; y ſobre todo ſin honra, porque en la falta de Camila viò ſu perdicion. Reſolviòſe en fin al cabo de una gran pieça, de irſe à la aldèa de ſu amigo, donde avìa eſtado quando diò lugar à que ſe maquinàſſe toda aquella deſventura. Cerrò las puertas de ſu caſa; ſubiò à cavallo, y con deſmayado aliento ſe puſo en camino; y apenas hùvo andado la mitad, quando, acoſſado de ſus penſamientos, le fuè forçoſo apeàrſe, y arrendàr ſu cavallo à un arbol, à cuyo tronco ſe dexò caer, dando tiernos y doloroſos ſuſpiros, y allì ſe eſtùvo haſta que caſi anochecia; y à aquella hora viò que venìa un hombre à cavallo de la ciudad, y deſpues de avèrle ſaludàdo, le preguntò, que nuevas avìa en Florencia? El ciudadano reſpondiò: Las mas eſtrañas, que muchos dias hà, ſe han oydo en ella, porque ſe dize publicamènte, que Lotario, aquel grande amigo de Anſelmo el rico, que vivia à ſan Juan, ſe llevò eſta noche à Camila, muger de Anſelmo, el qual tampoco parece. Todo eſto ha dicho una criada de Camila, que anoche la hallò el Governador deſcolgàndoſe con una sàbana por las

ventanas

ventanas de la caſa de Anſelmo. En efeto no sè puntualmente como paſsò el negocio: Solo sè que toda la ciudad eſtà admirada deſte ſuceſſo; porque no ſe podia eſperar tal hecho de la mucha y familiar amiſtad de los dos, que dizen, que era tanta, que los llamavan *Los dos Amigos*. Sàbeſe por ventura, dixo Anſelmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienſo, dixo el ciudadano, pueſto que el Governador ha uſado de mucha diligencia en buſcarlos. A Dios vays, ſeñor, dixo Anſelmo. Con èl quedeys, reſpondiò el ciudadano, y fuèſſe.

Con tan deſdichadas nuevas caſi caſi llegò à terminos Anſelmo, no ſolo de perder el juyzio, ſino de acabar la vida. Levantòſe como pudo, y llegò à caſa de ſu amigo, que aun no ſabia ſu deſgracia: Mas como le viò llegar amarillo, conſumido, y ſeco, entendiò, que de algun grave mal venia fatigado. Pidiò luego Anſelmo, que le acoſtàſſen, y que le dièſſen adereço de eſcrivir. Hizoſe aſſi, y dexàronle acoſtado y ſolo, porque èl aſſi lo quiſo, y aun, que le cerràſſen la puerta. Vièndoſe, pues, ſolo, començò à cargar tanto la imaginacion de ſu deſventura, que claramente conociò, que ſe le iva acabando la vida; y aſſi ordenò de dexar noticia de la cauſa de ſu eſtraña muerte; y començando à eſcrivir; antes que acabàſſe de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò ſu curioſidad impertinente. Viendo el Señor de caſa, que era yà tarde, y que Anſelmo no llamava, acordò de entrar à ſaber ſi paſsàva adelante ſu indiſpoſicion, y hallòle tendido boca à baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad ſobre el bufète, ſobre el

qual eſtàva con el papel eſcrito y abierto, y el tenìa aun la pluma en la mano. Llegòſe el hueſped à èl, avièndole llamado primero, y travàndole por la mano, viendo que no le reſpondia, y hallàndole frio, viò que eſtàva muerto. Admiròſe, y congoxòſe en gran manera, y llamò à la gente de caſa para que vièſſen la deſgracia à Anſelmo ſucedida; y finalmente leyò el papel, que conociò, que de ſu meſma mano eſtàva eſcrito, el qual contenia eſtas razones.

Carta de Anſelmo.

UN necio, è impertinente deſèo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegàren à los oydos de Camila, ſepa, que yo la perdono; porque no eſtàva ella obligada de hazer milagros, ni yo tenìa neceſſidad de querer que ella los hizièſſe; y pues yo fuỳ el fabricador de mi deſhonra, no ay para que.

HASTA aqui eſcriviò Anſelmo; por donde ſe echò de ver, que en aquel punto, ſin poder acabar la razon, ſe le acabò la vida. Otro dia diò aviſo ſu amigo à los parientes de Anſelmo de ſu muerte, los quales ya ſabian ſu deſgracìa, y el monaſterio donde Camila eſtàva, caſi en el termino de acompañar à ſu eſpoſo en aquel forçoſo viage, no por las nuevas de ſu muerto eſpoſo, mas por las que ſupo de ſu auſente amigo. Dizeſe, que aunque ſe viò viuda, no quiſo ſalir del monaſterio, ni menos hazer profeſſion de monja, haſta que de alli a muchos dias le vinièron nuevas, que Lotario avìa muerto en una batalla que en aquel tiempo diò Monſieur de Lautrec al gran Capitan Gonçalo Fernandez

Fernandez de Cordova en el Reyno de Napoles, donde avìa ido à parar el tarde arrepentido amigo. Lo qual ſabido por Camila, hizo profeſſion, y acabò en breves dias la vida à las riguroſas manos de triſtezas y melancolias. Eſte fuè el fin que tuvièron todos, nacido de un tan deſatinado principio.

BIEN, dixo el Cura, me parece eſta Novela, pero no me puedo perſuadir, que eſto sèa verdad; y ſi es fingido, fingiò mal el autor; porque no ſe puede imaginar, que aya marido tan necio, que quièra hazer tan coſtoſa experiencia como Anſelmo. Si eſte caſo ſe puſièra entre un galan y una dama, pudièraſe llevar; pero entre marido y muger algo tiene del impoſſible: Y en lo que toca al modo de contarle, no me deſcontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata otros raros ſuceſſos que en la venta ſucedièron.

ESTANDO en eſto, el ventero que eſtàva à la puerta, dixo: Eſta, que viene, es una hermoſa tropa de hueſpedes; ſi ellos paran aqui, *gaudeàmus* tenemos. Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, reſpondiò el ventero, vienen à cavallo à la ginèta con lanças y adargas, y todos con antifàces negros: y junto con ellos viene una muger veſtida de blanco, en un ſillon, aſſimeſmo cubierto el roſtro; y otros dos moços de à pie. Vienen muy cerca? preguntò el Cura. Tan cerca, reſpondiò el ventero, que yà llegan. Oyendo eſto Dorotea, ſe cubriò el roſtro, y Cardenio ſe entrò en el apoſento de Don Quixote;

xote; y caſi no avìan tenido lugar para eſto, quando entràron en la venta todos los que el ventero avìa dicho; y apeàndoſe los quatro de à cavallo (que de muy gentil talle y diſpoſicion eran) fuèron à apear à la muger que en el ſillon venia, y tomàndola uno dellos en ſus braços, la ſentò en una ſilla, que eſtàva à la entrada del apoſento donde Cardenio ſe avìa eſcondido. En todo eſte tiempo, ni ella, ni ellos ſe avìan quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: Solo que al ſentarſe la muger en la ſilla, diò un profundo Suſpiro, y dexò caer los braços como perſona enferma, y deſmayada. Los moços de à Pie llevàron los cavallos à la cavalleriza. Viendo eſto el Cura (deſsèoſo de ſaber, que gente era aquella, que con tal trage, y tal ſilencio eſtàva) ſe fuè donde eſtàvan los moços, y à uno dellos le preguntò lo que ſaber deſsèava; El qual le reſpondiò: Pardiez, Señor, yo no ſabrè deziros, que gente ſea eſta: Solo ſe, que mueſtra ſer muy principal, eſpecialmente aquel que llegò à tomar en ſus braços, à aquella ſeñora que avèys viſto: Y eſto dìgolo, porque todos los demas le tienen reſpeto, y no ſe haze otra coſa mas de la que èl ordena y manda. Y la ſeñora quien es? preguntò el Cura. Tampoco ſabrè dezir eſſo, reſpondiò el moço, porque en todo el camino no la he viſto el roſtro: Suſpirar, ſi la he oydo muchas vezes, y dar unos gemidos, que parece, que con cada uno dellos quiere dar el alma: Y no es de maravillar que no ſepàmos mas de lo que avèmos dicho, porque mi compañero y yo no hà mas de dos dias, que los acompañàmos, porque avièndolos encontrado en el camino, nos rogàron, y perſuadièron, que vinièſſemos con

ellos

ellos haſta el Andulazia, ofrecièndoſe à pagàrnoſlo muy bien. Y avèys oydo nombrar à alguno dellos? preguntò el Cura. No por cierto, reſpondiò el moço; porque todos caminan con tanto ſilencio, que es maravilla, porque no ſe oye entre ellos otra coſa, que los ſuſpiros y ſolloços de la pobre ſeñora, que nos mueven à làſtima; y ſin duda tenèmos creỳdo que ella và forçada donde quiera que và; y ſegun ſe puede colegir por ſu habito, ella es monja, ò và à ſerlo, que es lo mas cierto; y quiçà porque no le deve de nacer de voluntad el mongìo, và triſte como parece. Todo podrìa ſer, dixo el Cura; y dexàndolos, ſe bolviò à donde eſtàva Dorotea, la qual como avìa oydo ſuſpirar à la emboçada, movida de natural compaſſion, ſe llegò à ella, y le dixo: Que mal ſentis, ſeñora mia? Mirad ſi es algo de quien las mugeres ſuelen tener uſo y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de ſerviros. A todo eſto callava la laſtimada ſeñora; y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via ſe eſtàva en ſu ſilencio, haſta que llegò el Cavallero emboçado (que dixo el moço, que los demas obedecian) y dixo à Dorotea: No os cansèys, ſeñora, en ofrecer nada à eſta muger, porque tiene por coſtumbre, de no agradecer coſa que por ella ſe haze; ni procurèys que os reſponda, ſino querèys oyr alguna mentira de ſu boca. Jamas la dixe, dixo à eſta ſazon la que haſta alli avìa eſtado callando, antes por ſer tan verdadera, y tan ſin traças mentiroſas, me veo aora en tanta deſventura; y deſto vos meſmo quiero que ſeàys el teſtigo, pues mi pura verdad os haze à vos ſer falſo, y mentiroſo. Oyò eſtas razones Cardenio bien clara, y diſtintamente, como quien

quien eſtàva tan junto de quien las dezia, que ſola la puerta del apoſento de Don Quixote eſtàva en medio; y aſſi como las oyò, dando una gran voz, dixo: Vàlgame Dios, que es eſto que oygo? Que voz es eſta que ha llegado à mis oydos? Bolviò la cabeça à eſtos gritos aquella ſeñora, toda ſobreſaltada, y no viendo quien las dava, ſe levantò en pie, y fuèſſe à entrar en el apoſento, lo qual viſto por el Cavallero, la detùvo ſin dexarla mover un paſſo. A ella con la turbacion y deſaſoſſiego ſe le cayò el tafetàn con que traỳa cubierto el roſtro, y deſcubriò una hermoſura incomparable, y un roſtro milagroſo, aunque deſcolorido y aſſombrado; porque con los ojos andava rodeàndo todos los lugares donde alcançàva con la viſta con tanto ahinco, que parecia perſona fuera de juyzio, cuyas ſeñales, ſin ſaber porque las hazìa, puſièron gran laſtima en Dorotea, y en quantos la miràvan. Tenìala el Cavallero fuertemènte aſida por las eſpaldas, y por eſtar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçarſe el emboço que ſe le caỳa, como en efeto ſe le cayò del todo; y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la ſeñora eſtàva) viò que el que abraçada aſſi meſmo la tenìa, era ſu eſpoſo Don Fernando; y apenas le hùvo conocido, quando arrojando de lo intimo de ſus entrañas un luengo y triſtiſſimo ay, ſe dexò caer de eſpaldas deſmayada; y à no hallarſe alli junto el Barbero que la recogiò en los braços, ella dièra conſigo en el ſuelo. Acudiò luego el Cura à quitarle el emboço para echarle agua en el roſtro, y aſſi como la deſcubriò, la conociò Don Fernando, que era el que eſtàva abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla; pero no por eſto dexàva de te-

ner

ner à Lucinda, que era la que procuràva ſoltarſe de ſus braços, la qual avìa conocido en el ſuſpiro à Cardenio, y èl la avìa conocido à ella. Oyò aſſimeſmo el ay que diò Dorotea, quando ſe cayò deſmayada, y creyendo que era ſu Lucinda, ſaliò del apoſento deſpavorido, y lo primero que viò fuè à Don Fernando, que tenìa abraçada à Lucinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio, y todos tres Lucinda, Cardenio, y Dorotea quedàron mudos, y ſuſpenſos, caſi ſin ſaber lo que les avìa acontecido. Callavan todos, y miràvanſe todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Lucinda, y Lucinda à Cardenio. Mas quien primero rompiò el Silencio fuè Lucinda, hablando à Don Fernando deſta manera:

DEXADME, Señor Don Fernando, por lo que deveys à ſer quien ſoys, ya que por otro reſpeto no lo hagays; dexadme llegar al muro de quien yo ſoy yedra, al arrìmo de quien no me han podido apartar vueſtras importunaciones, vueſtras amenazas, vueſtras promeſſas, ni vueſtras dàdivas. Notad como el Cielo por deſuſados, y à noſotros encubiertos caminos, me a pueſto à mi verdadero eſpoſo delante. Y bien ſabeys por mil coſtoſas experiencias, que ſola la muerte ſerà baſtante para borrarle de mi memoria. Sèan, pues, parte tan claros deſengaños, para que bolvays (ya que no podays hazer otra coſa) el amor en rabia, la voluntad en deſpecho, y acabadme con èl la vida, que como yo la rinda delante de mi buen eſpoſo, la darè por bien empleada: Quiçà con mi muerte quedarà ſatisfecho de la fè que le mantùve haſta el ultimo trance de la Vida.

AVIA en eſte entretanto buelto Dorotea en ſi, y avìa eſtado eſcuchando todas las razones que Lucinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era; Y viendo que Don Fernando aun no la dexava de los braços, ni reſpondia à ſus razones, esforçàndoſe lo mas que pudo, ſe levantò, y ſe fuè à hincar de rodillas à ſus pies, y derramando mucha cantidad de hermoſas y laſtimeras lagrimas, aſſi le començò à dezir.

SI ya no es, Señor mio, que los rayos deſte Sol, que en tus braços eclipſado tienes, te quitan y ofuſcan los de tus ojos, ya avràs echado de ver, que la que à tus pies èſtà arrodillada, es la ſin ventura (haſta que Tu quieras) y la deſdichada Dorotea. Yo ſoy aquella labradora humilde, à quien tu por tu bondad, ò por tu guſto quiſiſte levantar à la alteza de poder llamarſe tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honeſtidad, viviò vida tan contenta haſta que à las vozes de tus importunidades, y al parecer juſtos y amoroſos ſentimientos, abriò las puertas de ſu recato, y te entregò las llaves de ſu libertad: Dàdiva de ti tan mal agradecida, qual lo mueſtra bien claro aver ſido forçoſo hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo; pero con todo eſto no querria, que cayèſſe en tu imaginacion, penſar que he venido aqui con paſſos de mi deſhonra, avièndome traydo ſolos los del dolor y ſentimiento de verme de ti olvidada. Tu quiſiſte que yo fuèſſe tuya, y quisìſtelo de manera, que aunque aora quieras que no lo ſea, no ſerà poſſible que tu dexes de ſer mio. Mira, ſeñor mio, que puede ſer recompenſa à la hermoſura y nobleza por quien me dexas, la incompa-

rable

rable voluntad que te tengo. Tu no puedes ſer de la hermoſa Lucinda, porque eres Mio: Ni ella puede ſer tuya, porque es de Cardenio: Y mas facil ſerà, ſi en ello miras, reducir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece, à que bien te quiera. Tu ſolicitaſte mi deſcuydo; tu rogaſte à mi entereza; Tu no ignoraſte mi calidad; tu ſabes bien la manera que me entreguè à toda tu voluntad; y aſſi no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño. Y ſi eſto es aſſi, como lo es, y tu eres tan Chriſtiano como Cavallero, porque por tantos rodèos dilatas de hazerme venturoſa en los fines, como me hiziſte en los principios? Y ſino me quieres por lo que ſoy, que ſoy tu verdadera y legitìma eſpoſa, quièreme alomenos, y admìteme por tu eſclava, que como yo eſtè en tu poder, me tendrè por dichoſa, y bien afortunada. No permitas con dexarmè y deſampararme, que ſe hagan y junten corillos en mi deſhonra. No dès tan mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales ſervicios, que como buenos vaſallos à los tuyos ſiempre han hecho. Y ſi te parece, que has de aniquilar tu ſangre por mezclarla con la mia, conſidera, que pocas, ò ninguna nobleza aỳ en el mundo, que no aya corrido por eſte camino; y que la que ſe toma de las mugeres, no es la que haze al caſo en las iluſtres deſcendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza conſiſte en la virtud, y ſi eſta à ti te falta, negandome lo que tan juſtamente me deves, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, Señor, lo que ultimamente te digo es, que quieras, ò no quieras yo ſoy tu eſpoſa. Teſtigos ſon tus palabras, que no han, ni deven ſer mentiro-

ſas. Si ya es, que te precias, de aquello, porque me deſprecias. Teſtigo ſerà la firma que hizìſte; y teſtigo el cielo à quien tu llamaſte por teſtigo de lo que me prometias. Y quando todo eſto falte, tu miſma conciencia no ha de faltar de dar vozes callando en mitad de tus alegrìas, bolviendo por eſta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores guſtos y contentos.

Estas y otras razones dixo la laſtimada Dorotea con tanto ſentimiento y lagrimas, que los miſmos que acompañavan à Don Fernando, y quantos preſentes eſtàvan, la acompañaron en ellas. Eſcuchòla Don Fernando ſin replicalle palabra haſta que ella diò fin à las ſuyas, y Principio à tantos ſolloços, y ſuſpiros, que bien avia de ſer coraçon de bronce, el que con mueſtras de tanto dolor no ſe enternecièra. Miràndola eſtàva Lucinda, no menos laſtimada de ſu ſentimiento, que admirada de ſu mucha diſcrecion, y hermoſura; y aunque quiſièra llegarſe à ella, y dezirle algunas palabras de conſuelo, no la dexàvan los braços de Don Fernando, que apretada la tenian: El qual, lleno de confuſion y eſpanto, al cabo de un buen eſpacio, que atentamente eſtùvo mirando à Dorotea, abriò los braços, y dexando libre à Lucinda, dixo: Venciſte, hermoſa Dorotea, venciſte, porque no es poſſible tener animo para negar tantas verdades juntas.

Con el deſmàyo que Lucinda avia tenido (aſſi como la dexò Don Fernando) iva à caer en el ſuelo; mas hallàndoſe Cardenio alli junto, que à las eſpaldas de Don Fernando ſe avia pueſto porque no le conocièſſe; poſpueſto todo temor, y aventurando à todo rieſgo, acudiò à ſoſtener à Lucinda, y cogièndola entre ſus braços, le dixo: Si el piadoſo cielo

guſta,

guſta, y quiere, que ya tengas algun deſcanſo, leal, firme, y hermoſa ſeñora mia, en ninguna parte creo yo, que le tendràs mas ſeguro, que en eſtos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibièron, quando la fortuna quiſo que pudièſſe llamarte mia. A eſtas razones puſo Lucinda en Cardenio los ojos, y aviendo començado à conocerle, primero por la voz, y aſſeguràndoſe que èl era con la viſta; caſi fuera de ſentido, y ſin tener cuenta à ningun honeſto reſpeto, le echò los braços al cuello, y juntando ſu roſtro con el de Cardenio, le dixo: Vos ſi, ſeñor mio, ſoys el verdadero dueño deſta vueſtra cautiva, aunque mas lo impida la contraria ſuerte, y aunque mas amenaças le hagan à eſta vida, que en la vueſtra ſe ſuſtenta.

ESTRAÑO eſpectaculo fuè eſte para Don Fernando, y para todos los circunſtantes, admiràndoſe de tan no viſto ſuceſſo. Pareciòle à Dorotea, que Don Fernando avia perdido la color del roſtro, y que hazìa ademan de querer vengarſe de Cardenio, porque le viò encaminar la mano à ponella en la eſpada: Y aſſi como lo pensò, con no viſta preſteza ſe abraçò con èl por las rodillas, besàndoſelas, y tenièndole apretado, que no le dexàva mover; y ſin ceſſar un punto de ſus lagrimas, le dezia: Que es lo que pienſas hazer, unico refugio mio, en eſte tan impenſado trance? Tu tienes à tus pies à tu eſpoſa, y la que quieres que lo ſea, eſtà en los braços de ſu marido: Mira ſi te eſtarà bien, ò te serà poſſible deshazer lo que el Cielo ha hecho? O ſi te convendrà querer levantar à igualar à ti miſmo à la que, poſpueſto todo inconveniente, confirmada en ſu verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los ſuyos bañados de licor

amoroſo el roſtro, y pecho de ſu verdadero eſpoſo? Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres, te ſuplico, que eſte tan notorio deſengaño, no ſolo no acreciente tu ira, ſino que la mengue en tal manera, que con quietud y ſoſſiego permitas, que eſtos dos amantes le tengan ſin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quiſière concederſeles; y en eſto moſtraràs la generoſidad de tu Iluſtre y noble pecho, y verà el mundo, que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito.

En tanto que eſto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Lucinda, no quitàva los ojos de Don Fernando con determinacion de que ſi le vièſſe hazer algun movimiento en ſu perjuyzio, procurar defenderſe, y ofender, como mejor pudièſſe, a el y à todos aquellos que en ſu daño ſe moſtràſſen, aunque le coſtàſſe la vida: Pero à eſta ſazon acudièron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el barbero, que à todo avìan eſtàdo preſentes, ſin que faltàſſe el bueno de Sancho Pança; y todos rodeavan à Don Fernando, ſuplicàndole tuvièſſe por bien de mirar las lagrimas de Dorotea; y que ſiendo verdad, como ſin duda ellos creỳan que lo era, lo que en ſus razones avia dicho, que no permitièſſe, quedàſſe defraudada en ſus tan juſtas eſperanças. Que conſideràſſe, que no à caſo, como parecia, ſino con particular providencia del Cielo, ſe avìan todos juntado en lugar, donde menos ninguno pensàva: Y que advertièſſe, dixo el Cura, que ſola la muerte podia apartar à Lucinda de Cardenio; y aunque los dividièſſen filos de alguna eſpada, ellos tendrìan por feliciſſima ſu muerte: Y que en los caſos irremediables era ſuma cordura, forçàndoſe, y vencièndoſe

vencièndoſe à ſi miſmo, moſtrar un generoſo pecho, permitiendo, que por ſola ſu voluntad, los dos gozàſſen el bien, que el cielo ya les avìa concedido. Que puſièſſe los ojos aſſi meſmo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas, ò ninguna ſe le podian igualar, quanto mas hazerle ventaja; que juntàſſe à ſu hermoſura ſu humildad, y el eſtremo del amor que le tenia: Y ſobre todo advirtièſſe, que ſi ſe preciava de cavallero y de Chriſtiano, que no podia hazer otra coſa, que cumplille la palabra dada, y que cumplièndoſela, cumpliria con Dios, y ſatisfaria à las gentes diſcretas, las quales ſaben, y conocen, que es prerogativa de la hermoſura (aunque eſtè en ſujeto humilde como ſe acompañe con la honeſtidad) poder levantarſe, è igualarſe à qualquiera alteza ſin nota de Menoſcabo del que la levanta, è iguala à sì miſmo: Y quando ſe cumplen las fuertes leyes del guſto, como en ello no intervenga pecado, no deve de ſer culpado el que las ſigue. En efeto à eſtas razones añadièron todos otras tales, y tantas, que el valeroſo pecho de Don Fernando (en fin como alimentado con iluſtre ſangre) ſe ablandò y ſe dexò vencer de la verdad, que èl no pudièra negar, aunque quiſièra: Y la ſeñal que diò de averſe rendido y entregado al buen parecer que ſe le avia propueſto, fuè abaxarſe y abraçar à Dorotea, diziendole: Levantàos, Señora mia, que no es juſto que eſtè arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma; y ſi haſta aqui no he dado mueſtras de lo que digo, quiçà ha ſido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fè con que me amàys, os ſepa eſtimar en lo que merecèys. Lo que os ruego es, que no me reprehendàys mi mal termino, y mi mucho deſcuydo;

deſcuydo; pues la miſma ocaſion y fuerça que me moviò para acetaros por mia, eſſa miſma me impeliò para procurar no ſer vueſtro: Y que eſto ſea verdad, bolved y mirad los ojos de la ya contenta Lucinda, y en ellos hallarèys diſculpa de todos mis hierros; y pues ella hallò y alcançò lo que deſsèava, y yo hè hallado en vos lo que me cumple, viva ella ſegura y contenta luengos y felizes años con ſu Cardenio; que yo rogarè al cielo, que me los dexe vivir con mi Dorotea: Y diziendo eſto, la tornò à abraçar, y à juntar ſu roſtro con el ſuyo con tan tierno ſentimiento, que le fuè neceſſario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabàſſen de dar indubitables ſeñales de ſu amor, y arrepentimiento. No lo hizièron aſſi las de Lucinda, y Cardenio, y aun las de caſi todos los que alli preſentes eſtàvan, porque començàron à derramar tantas los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia, ſino que algun grave, y mal caſo à todos avìa ſucedido. Haſta Sancho Pança llorava, aunque deſpues dixo, que no llorava èl, ſino por ver que Dorotea no era, como èl pensàva, la Reyna Micomicona, de quien èl tantas mercedes eſperàva. Durò algun eſpacio, junto con el llanto, la admiracion en todos; y luego Cardenio y Lucinda ſe fuèron à poner de rodillas ante Don Fernando, dandole Gracias de la merced que les avia hecho, con tan corteſes razones, que Don Fernando no ſabia que reſponderles; y aſſi los levantò, y abraçò con mueſtras de mucho amor, y de mucha corteſia. Preguntò luego à Dorotea, le dixèſſe, como avia venido à aquel lugar tan lexos del ſuyo? Ella con breves, y diſcretas razones contò todo lo que antes avia contado à Cardenio,

denio, de lo qual guſtò tanto Don Fernando, y los que con èl venian, que quiſièran que duràra el cuento mas tiempo: Tanta era la gracia con que Dorotea contàva ſus deſventuras. Y aſſi como hùvo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le avia àcontecido deſpues que hallò el papel en el ſeno de Lucinda, donde declaràva ſer eſpoſa de Cardenio, y no poderlo ſer ſuya: Dixo que la quiſo matar, y lo hizièra, ſi de ſus padres no fuèra impedido; y que aſſi ſe ſaliò de ſu caſa deſpechado, y corrido, con determinacion de vengarſe con mas comodidad; y que otro dia ſupo como Lucinda avìa faltado de caſa de ſus padres, ſin que nadie ſupièſſe dezir donde ſe avia ido; y que en reſolucion al cabo de algunos meſes vìno à ſaber, como eſtàva en un monaſterio con voluntad de quedarſe en èl toda la vida, ſino la pudièſſe paſſar con Cardenio: Y que aſſi como lo ſupo, eſcogiendo para ſu compañia aquellos tres Cavalleros, vìno al lugar donde eſtàva, à la qual no avia querido hablar, temeroſo que, en ſabiendo que èl eſtàva alli, avia de aver mas guarda en el monaſterio; y aſſi aguardando un dia, à que la porteria eſtuvièſſe abierta, dexò à los dos à la guarda de la puerta, y èl con otro avia entrado en el monaſterio buſcando à Lucinda, la qual hallàron en el clauſtro hablando con una Monja; y arrebatàndola ſin darle lugar à otra coſa, ſe avian venido con ella à un lugar, donde ſe acomodàron de aquello que huvièron meneſter para traella. Todo lo qual avian podido hazer bien à ſu ſalvo, por eſtar el monaſterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que aſſi como Lucinda ſe viò en ſu poder, perdiò todos los ſentidos, y que deſpues de

buelta

buelta en ſi, no avia hecho otra coſa ſino llorar, y ſuſpirar ſin hablar palabra alguna: Y que aſſi acompañados de ſilencio y de lagrimas avian llegado à aquella venta, que para èl era aver llegado al Cielo, donde ſe rematan, y tienen fin todas las deſventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde ſe proſigue la hiſtoria de la famoſa Infanta Micomicona, con otras gracioſas aventuras.

TODO eſto eſcuchava Sancho no con poco dolor de ſu anima, viendo que ſe le deſparecian, è ivan en humo las eſperanças de ſu ditado; y que la linda Princeſa Micomicona ſe le avia buelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando; y ſu amo ſe eſtàva durmiendo à ſueño ſuelto, bien deſcuydado de todo lo ſucedido. No ſe podìa aſegurar Dorotea, ſi era ſoñado el bien que poſſeỳa. Cardenio eſtàva en el miſmo penſamiento; y el de Lucinda corrìa por la miſma cuenta. Don Fernando dava gracias al Cielo por la merced recebida de averle ſacado de aquel intrincado Laberinto, donde ſe hallava tan à pique de perder el credito y el alma: Y finalmente quantos en la venta eſtàvan, eſtàvan contentos, y gozoſos del buen ſuceſſo que avian tenido tan travados, y deſeſperados negocios. Todo lo ponia en ſu punto el Cura como diſcreto; y à cada uno dava el parabien del bien alcançado; pero quien mas ſe jubilava, y ſe contentàva èra la ventera por la promeſſa que Cardenio y el Cura le avìan hecho de pagalle todos los daños, è interèſſes, que por cuenta de Don Quixote le huvièſſen

èſſen venido. Solo Sancho, como ya ſe ha dicho, era el Afligido, el deſventurado, y el triſte: Y aſſi con melancolico ſemblante entrò à ſu amo (el qual acabàva de deſpertar) a quien dixo: Bien puede vueſtra merced, ſeñor triſte figura, dormir todo lo que quiſière ſin cuydado de matar à ningun Gigante, ni de bolver à la princeſa ſu reyno, que ya todo eſtà hecho, y concluỳdo. Eſſo creo yo bien, reſpondiò Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas deſcomunal, y deſaforada batalla, que pienſo tener en todos los dias de mi vida; y de un revès, zàs, le derribè la cabeça en el ſuelo, y fuè tanta la ſangre, que le ſaliò, que los arroyos corrìan por la tierra como ſi fuèran de agua. Como ſi fuèran de vìno tinto, pudièra vueſtra merced dezir mejor, reſpondiò Sancho; porque quiero que ſepa vueſtra merced, ſi es que no lo ſabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la ſangre ſeys arrobas de vìno tinto, que encerràva en ſu vientre, y la cabeça cortada es la puta que me pariò, y llèvelo todo ſatanas. Que es lo que dizes loco? replicò Don Quixote: eſtàs en tu ſeſo? Levànteſe vueſtra merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenèmos que pagar, y verà à la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros Sucèſſos, que ſi cae en ellos, le han de admirar. No me maravillarìa de nada deſſo, replicò Don Quixote, porque ſi bien te acuerdas, la otra vez que aqui eſtuvìmos, te dixe yo, que todo quanto aqui ſucedia, eran coſas de encantamiento; y no ſerìa mucho, que aora fuèſſe lo meſmo. Todo lo creyèra yo, reſpondiò Sancho, ſi tambien mi manteamiento fuèra coſa deſſe jaèz; Mas no lo fuè, ſino

real y verdaderamente; y vì yo que el ventero, que aqui eſtà oy Dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujava hàzia el Cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta riſa, como fuerça; y donde interviène conocerſe las perſonas, tengo para mi, aunque ſimple y pecador, que no ay encantamiento alguno, ſino mucho molimiento, y mucha malaventura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo Don Quixote; dame de veſtir, y dèxame ſalir allà fuera, que quiero ver los ſuceſſos y transformaciones, que dizes.

DIÒLE de veſtir Sancho; y en el entretanto que ſe veſtia, contò el Cura à Don Fernando y à los demas las locuras de Don Quixote, y del artificio que avian uſado para ſacarle de la peña pobre, donde èl ſe imaginava eſtàr por deſdènes de ſu ſeñora. Contòles aſſimiſmo caſi todas las aventuras que Sancho avia contado, de que no poco ſe admiràron y rièron, por parecerles lo que à todos parecia, ſer el mas eſtraño genero de locura, que podia caber en penſamiento diſparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen ſuceſſo de la Señora Dorotea impedia paſſar con ſu deſignio adelante, que era meneſter inventar y hallar otro para poderle llevar à ſu caſa. Ofreciòse Cardenio de proſeguir lo començado, y que Lucinda harìa, y repreſentarìa la perſona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ſer aſſi; que yo quiero, que Dorotea proſiga ſu invencion, que como no sèa muy lexos de aqui el lugar deſte buen Cavallero, yo holgarè de que ſe procure ſu remedio. No eſtà mas de dos Jornadas de aqui, dixo el Cura. Pues aunque eſtuvièra mas, dixo Don Fernando, guſtàra yo de caminallas à trueco de hazer tan buena obra.

SALIÒ

SALIÒ en eſto Don Quixote armado de todos ſus pertrechos, con el Yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeça, embraçado de ſu rodela, y arrimado à ſu tronco, ò lançon. Suſpendiò à Don Fernando y à los demas la eſtraña preſencia de Don Quixote, viendo ſu roſtro de media legua de andadura, ſeco, y amarillo, la deſigualdad de ſus armas, y ſu meſurado continente; y eſtuvièron callando haſta ver lo que èl dezia: El qual con mucha gravedad, y repoſo, pueſtos los ojos en la hermoſa Dorotea, dixo:

ESTOY informado, hermoſa ſeñora, deſte mi eſcudero, que la vueſtra grandeza ſe ha aniquilado, y vueſtro Ser ſe ha deſhecho; porque de Reyna y gran ſeñora que ſoliades ſer, os avèys buelto en una particular donzella. Si eſto ha ſido por orden del Rey Nigromante vueſtro padre, temeroſo de que yo no os dièſſe la neceſſaria, y devida ayuda; digo, que no ſupo, ni ſabe de la Miſſa la media, y que fuè poco verſado en las hiſtorias cavallereſcas; porque ſi èl las huvièra leydo, y paſſado tan atentamente, y con tanto eſpacio, como yo las paſsè, y leỳ, hallàra à cada paſſo, como otros Cavalleros de menor fama que la mia, avian acabado coſas mas dificultoſas, no ſièndolo mucho matar à un Gigantillo por arrogante que ſea; porque no hà muchas horas que yo me vì con èl, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, Deſcubridor de todas las coſas, lo dirà quando menos lo penſèmos. Viſtes os vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à eſta ſazon el ventero, al qual mandò Don Fernando, que callàſſe, y no interrumpièſſe la platica de Don Quixote en ninguna manera; y Don Quixote proſiguiò, diziendo: Digo en fin,

alta, y deſheredada ſeñora, que ſi por la cauſa, que he dicho, vueſtro padre ha hecho eſte metamorfòſeos en vueſtra perſona, que no le deys credito alguno; porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no ſe abra camino mi eſpada, con la qual, poniendo la cabeça de vueſtro enemigo en tierra, os pondrè a vos la corona de la vueſtra en la cabeça en breves dias.

No dixo mas Don Quixote, y eſperò à que la Princeſa le reſpondièſſe, la qual como ya ſabia la determinacion de Don Fernando, de que ſe proſiguièſſe adelante en el engaño haſta llevar à ſu tierra à Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le reſpondiò: Quien quièra que os dixo, Valeroſo Cavallero de la triſte figura, que yo me avia mudado, y trocado de mi ſer, no os dixo lo cierto; porque la miſma que ayer fuỳ, me ſoy òy: Verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dada la mejor que yo pudièra deſſeàrme; pero no por eſſo hè dexado de ſer la que antes, y de tener los meſmos penſamientos de valerme del valor de vueſtro valeroſo, è invincible braço, que ſiempre hè tenido: Aſſi que, ſeñor mio, vueſtra bondad buelva la honra al padre que me engendrò, y tèngale por hombre advertido, y prudente, pues con ſu ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi deſgracia; que yo creo, que ſi por vos, ſeñor, no fuèra, jamas acertàra à tener la ventura, que tengo; y en eſto digo tanta verdad, como ſon buenos teſtigos della los mas deſtos ſeñores, que eſtàn preſentes. Lo que reſta es, que mañana nos pongàmos en camino, porque ya oy ſe podrà hazer poca jornada, y en lo demas

del

del buen ſuceſſo, que eſpero, lo dexarè à Dios, y al valor de vueſtro pecho.

ESTO dixo la diſcreta Dorotea, y en oyèndolo Don Quixote; ſe bolviò à Sancho, y con mueſtras de mucho enojo, le dixo: Aora te digō, Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo, que ày en Eſpaña. Dime, ladron vagamundo, no me acabaſte de dezir aora, que eſta Princeſa ſe avia buelto en una donzella, que ſe llamava Dorotea? Y que la cabeça, que entiendo que cortè à un Gigante, era la puta que te pariò? Con otros diſparates que me puſièron en la mayor confuſion que jamas he eſtado en todos los dias de mi vida? Vòto (y mirò al Cielo, y apretò los dientes) que eſtoy por hazer un eſtrago en ti, que ponga ſal en la mollèra a todos quantos mentiroſos eſcuderos huvière de Cavallèros andantes de aqui adelante en el mundo. Vueſtra merced ſe ſoſſiègue, Señor mio, reſpondiò Sancho, que bien podrìa ſer, que yo me huvièſſe engañado en lo que toca à la mutacion de la Señora Princeſa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeça del Gigante, ò alomenos à la horadacion de los cueros, y à lo de ſer vino tinto la ſangre, no me engaño, vive Dios; porque los cueros alli eſtàn heridos à la cabecera del lecho de vueſtra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el apoſento; y ſino, al freyr de los huevos lo verà: Quiero dezir, que lo verà quando aqui ſu merced del Señor ventero le pida el menoſcabo de todo. De lo demàs, de que la Señora Reyna ſe eſtè como ſe eſtàva, me regozijo en el alma, porque me và mi parte, como à cada hijo de vezino. Aora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdòname, y baſta. Baſta, dixo

dixo Don Fernando, y no ſe hable mas en eſto. Y pues la Señora Princeſa dize, que ſe camine mañana, porque yà oy es tarde, hagàſſe aſſi, y eſta noche la podrèmos paſſar en buena converſacion haſta el venidero dia, donde todos acompañarèmos al Señor Don Quixote, porque querèmos ſer teſtigos de las valeroſas, è inauditas hazañas, que ha de hazer en el diſcurſo deſta grande empreſa, que à ſu cargo lleva. Yo ſoy el que tengo de ſerviros, y acompañaros reſpondiò Don Quixote; y agradezco mucho la merced, que ſe me haze, y la buena opinion que de mi ſe tiene, la qual procurarè que ſalga verdadera, ò me coſtarà la vida, y aun mas, ſi mas coſtarme puede.

MUCHAS palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos paſsàron entre Don Quixote, y Don Fernando; pero à todo puſo ſilencio un paſſagero, que en aquella ſazòn entrò en la venta, el qual en ſu trage moſtrava ſer Chriſtiano rezien venido de tierra de moros, porque venia veſtido con una caſaca de paño azùl, corta de faldas, con medias mangas, y ſin cuello. Los calçones eran aſſi miſmo de lienço azùl, con bonete de la miſma color. Traỳa unos borzeguìes datilados, y un alfange Moriſco pueſto en un Tahalì, que le atraveſsàva el pecho. Entrò luego tras èl encima de un jumento una muger à la Moriſca veſtida, cubierto el roſtro, con una toca en la cabeça. Traỳa un bonetillo de brocado, y veſtida una almalafa, que deſde los ombros à los pies la cubria. Era el hombre de robuſto, y agradable talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de roſtro, largo de vigotes, y la barba muy bien pueſta. En reſolucion el moſtràva en ſu apoſtura,

que

que ſi eſtuvièra bien veſtido, le juzgàran por perſona de calidad, y bien nacida. Pidiò en entrando un apoſento; y como le dixèron, que en la venta no le avia, moſtrò recebir peſadumbre, y llegàndoſe à la que en el trage parecia Mora, la apeò en ſus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, ſu hija, y maritornes, llevadas del nuevo, y para ellas nunca viſto trage, rodeàron à la Mora; y Dorotea que ſiempre fuè agraciada, comedida, y diſcreta, parecièndole, que aſſi ella como el que la traỳa ſe congoxàvan por la falta del apoſento, le dixo: No os dè mucha pena, Señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarſe en ellas: Pero con todo eſto, ſi guſtàredes de paſſar con noſotras (ſeñalando à Lucinda) quiçà en el diſcurſo deſte camino, avrèys hallado otros no tan buenos acogimientos? No reſpondiò nada à eſto la emboçada, ni hizo otra coſa, que levantarſe de donde ſentado ſe avia, y pueſtas entrambas manos cruzadas ſobre el pecho, inclinada la cabeça, doblò el cuerpo en ſeñal de que lo agradecia. Por ſu ſilencio imaginàron, que ſin duda alguna devia de ſer Mora, y que no ſabia hablar Chriſtiano.

Llegò en eſto el cautivo, que entendiendo en otra coſa haſta entonces avia eſtado; y viendo que todas tenian cercada à la que con èl venia, y que ella à quanto le dezian, callava, dixo: Señoras mias, eſta donzella apenas entiende mi lengua, ni ſabe hablar otra ninguna ſino conforme à ſu tierra, y por eſto no deve de aver reſpondido, ni reſponde à lo que ſe le hà preguntado. No ſe le pregunta otra coſa ninguna, reſpondiò Lucinda, ſino ofrecelle por eſta noche nueſtra compañia, y parte del lugar donde nos aco-

acomodàremos, donde ſe lè harà el regalo que la comodidad ofrecière, con la voluntad que obliga à ſervir à todos los eſtrangeros, que dello tuvièren neceſſidad, eſpecialmente ſiendo muger à quien ſe ſirve. Por ella y por mi, reſpondiò el cautivo, os beſo, ſeñora mia las manos, y eſtimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocaſion, y de tales perſonas, como vueſtro parecer mueſtra, bien ſe echa de ver, que ha de ſer muy grande. Dezidme, Señor, dixo Dorotea, eſta Señora es Chriſtiana, ò Mora? porque el trage, y el ſilencio nos haze penſar, que es lo que no querrìamos que fuèſſe. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande Chriſtiana, reſpondiò el cautivo, porque tiene grandiſſimos deſsèos de ſerlo. Luego no es bautizada? replicò Lucinda. No ha avido lugar para ello, reſpondiò el cautivo, deſpues que ſaliò de Argel ſu patria y tierra; y haſta agora no ſe ha viſto en peligro de muerte tan cercana, que obligàſſe à bautizarla, ſin que ſupièſſe primero todas las ceremonias que nueſtra madre la Santa Igleſia manda: Pero Dios ſerà ſervido, que preſto ſe bautize con la decencia que la calidad de ſu perſona merece, que es mas de lo que mueſtra ſu habito, y el mio. Eſtas razones puſo gana en todos los que eſcuchàndole eſtàvan, de ſaber quien fuèſſe la Mora y el cautivo; pero nadie ſe lo quiſo preguntar por entonces por ver que aquella ſazon era mas para procurarles deſcanſo, que para preguntarles ſus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llevò à ſentar junto à ſi, y le rogò, que ſe quitàſſe el emboço. Ella mirò al cautivo, como ſi le preguntàra, le dixèſſe lo que dezian, y lo que ella harìa. El, en lengua

Arabiga

Arabiga le dixo, que le pedian, ſe quitàſſe el emboço, y que lo hizièſſe; y aſſi ſe lo quitò, y deſcubriò un roſtro tan hermoſo, que Dorotea la tùvo por mas hermoſa que à Lucinda, y Lucinda por mas hermoſa que à Dorotea; y todos los circunſtantes conocièron, que ſi alguno ſe podia igualar al de las dos, era el de la mora; y aun hùvo algunos que la aventajàron en alguna coſa. Y como la hermoſura tenga prerogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego ſe rindièron todos al deſsèo de ſervir, y acariciar à la hermoſa Mora. Preguntò Don Fernando al cautivo, como ſe llamava la Mora? El qual reſpondiò que *Lela Zorayda*; y aſſi como eſto oyò ella, entendiò lo que le avian preguntado al Chriſtiano, y dixo con mucha prièſſa, llena de congoja y donayre: No, no *Zorayda*; *Maria*, *Maria*, dando à entender, que ſe llamava *Maria*, y no *Zorayda*. Eſtas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hizièron derramar mas de una lagrima à algunos de los que la eſcuchàron, eſpecialmente à las mugeres, que de ſu naturaleza ſon tiernas, y compaſsìvas. Abraçòla Lucinda con mucho amor, dizièndole: Si, Si Maria, Maria: A lo qual reſpondiò la Mora: Si, Si Maria, Zorayda *macange*, que quiere dezir, No.

Y A en eſto ſerìan las quatro de la tarde, y por orden de los que venian con Don Fernando, avia el ventero pueſto diligencia, y cuydado en adereçarles de merendar lo mejor que à èl le fuè poſſible. Llegada pues la hora, ſentàronſe todos à una larga meſa, como de Tinèlo, porque no la avia redonda, ni quadrada en la venta: Y dièron la cabecera y principal aſiento (aunque èl lo rehusàva) à Don Quixote, el

BIBLIOTECA DE FILOSOFIA Y LETRAS

qual quiſo que eſtuvièſſe à ſu lado la Señora Micomicona, pues el era ſu guardador. Luego ſe ſentàron Lucinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas Cavalleros; y al lado de las Señoras el Cura y el Barbero. Y aſſi merendàron con mucho contento; y acrecentòſeles mas, viendo, que dexando de comer Don Quixote, movido de otro ſemejante eſpiritu, que èl que le moviò à hablar tanto como hablò, quando cenò con los cabreros, començò à dezir.

VERDADERAMENTE ſi bien ſe conſidera, Señores mios, grandes, è inauditas coſas ven los que profeſſan la orden de la andante cavalleria: Sino, qual de los vivientes avrà en el mundo, que aora por la puerta deſte caſtillo entràra, y de la ſuerte que eſtàmos, nos vièra, que juzgue, y crea, que noſotros ſomos, quien ſomos? Quien podrà dezir, que eſta Señora, que eſtà à mi lado, es la gran Reyna, que todos ſabemos, y que yo ſoy aquel cavallero de la triſte Figura, que anda por aỳ en boca de la fama? Aora no ay que dudar, ſino que eſta arte y exercicio excede à todas aquellas y aquellos, que los hombres inventàron; y tanto mas ſe ha de tener en eſtima, quanto à mas peligros eſtà ſugeto. Quìtenſeme de delante los que dixèren, que las letras hazen ventaja à las armas; que les dirè (y ſean quien ſe fuèren) que no ſaben lo que dizen: Porque la razon que los tales ſuelen dezir, y à lo que ellos mas ſe atienen es, que los trabajos del eſpiritu exceden à los del cuerpo, y que las armas ſolo con el cuerpo ſe exercitan, como ſi fuèſſe ſu exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es meneſter mas de buenas fuerças; ò como ſi en

eſto

eſto que llamàmos armas los que las profeſsàmos, no ſe encerràſſen los actos de la fortaleza, los quales piden, para executallos, mucho entendimiento; ò como ſi no trabajàſſe el animo del guerrero, que tiene à ſu cargo un exercito, ò la defenſa de una ciudad ſitiada, aſſi con el eſpiritu, como con el cuerpo. Sino vèaſe, ſi ſe alcança con las fuerças corporales à ſaber y conjeturar el intento del enemigo, los deſignios, las eſtratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que ſe temen: Que todas eſtas coſas, ſon acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, anſi, que las armas requièren eſpiritu como las letras, veàmos aora, qual de los dos eſpiritus, el del Letrado, ò el del guerrero trabaja mas? Y eſto ſe vendrà à conocer por el fin y paradero à que cada uno ſe encamina; porque aquella intencion ſe ha de eſtimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco, llevar y encaminar las almas al Cielo; que à un fin tan ſin fin como eſte, ninguno otro ſe le puede igualar:) Hablo de las letras humanas, que es ſu fin, poner en ſu punto la juſticia diſtributiva, y dar à cada uno lo que es ſuyo, y entender y hazer que las buenas leyes ſe guarden: Fin por cierto generoſo y alto, y digno de grande alabança; pero no de tanta, como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden deſsèar en eſta vida. Y aſſi las prìmeras buenas nuevas, que tùvo el mundo y tuvièron los hombres, fuèron las que dièron los Angeles la noche que fuè nueſtro dia, quando cantàron

en los ayres: *Gloria ſea en las Alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad.* Y la ſalutacion, que el mejor maeſtro de la tierra, y del Cielo enſeñò à ſus allegados, y favorecidos, fuè dezirles, que quando entràſſen en alguna caſa, dixèſſen: *Paz ſea en eſta Caſa.* Y otras muchas vezes les dixo: *Mi Paz os doy: mi paz os dexo: Paz ſea con voſotros:* Bien como joya y prenda dada, y dexada de tal mano: Joya que ſin ella en la tierra, ni en el Cielo puede aver bien alguno. Eſta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo meſmo es dezir armas que guerra. Preſupueſta, pues, eſta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en efeto haze ventaja al fin de las letras: vengàmos aora à los trabajos del cuerpo del letrado, y al del profeſſor de las armas; y vèaſe quales ſon mayores.

De tal manera, y por tan buenos terminos iva proſiguiendo en ſu platica Don Quixote, que obligò à que por entonces ninguno de los que eſcuchàndole eſtàvan, le tuvièſſe por loco: Antes como todos los mas eran Cavalleros, à quien ſon anexas las armas, le eſcuchàvan de muy buena gana, y èl proſiguiò diziendo.

Digo, pues, que los trabajos del eſtudiante ſon eſtos: principalmente pobreza (no porque todos ſean pobres, ſino por poner eſte caſo en todo el eſtremo que pueda ſer) y en aver dicho que padece pobreza, me parece que no avia que dezir mas de ſu mala ventura; porque quien es pobre, no tiene coſa buena: Eſta pobreza la padece por ſus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en deſnudez, ya en todo junto. Pero con todo eſſo no es tanta, que no coma, aunque ſea un poco mas tarde de lo que ſe ùſa, aunque sèa

de

de las ſobras de los ricos; que es la mayor miſeria del eſtudiante eſto que llaman entre ellos, andar à la ſopa. Y no les falta algun ageno braſero, ò chiminea, que ſino calienta, alomenos entibie ſu frio; y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar à otras menudencias, conviene à ſaber, de la falta de camiſas, y no ſobra de zapatos, la raridad y poco pelo del veſtido, ni aquel ahitarſe con tanto guſto, quando la buena ſuerte les depara algun banquete. Por eſte camino, que he pintado aſpero, y dificultoſo, tropeçando aqui, cayendo alli, levantàndoſe acullà, tornando à caer acà, llegan al grado que deſsèan: El qual alcançado, à muchos hemos viſto, que (aviendo paſſado por eſtas Sirtes, y por eſtas Scilas, y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos viſto mandar y governar el mundo deſde una ſilla, trocada ſu hambre en hartura, ſu frio en refrigerio, ſu deſnudez en galas, y ſu dormir en una eſtera, en repoſar en olandas y damaſcos: Premio juſtamente merecido de ſu virtud: Pero contrapueſtos y comparados ſus trabajos con los del mìlite guerrèro, ſe quedan muy atràs en todo, como aora dirè.

CAPITULO XXXVIII.

Que trata del curioſo diſcurſo que hizo Don Quixote de las armas y de las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dixo: Pues començàmos en el eſtudiante por la pobreze y ſus partes, veàmos, ſi es mas rico el ſoldado: Y verèmos que no ay ninguno

ninguno mas pobre en la miſma pobreza, porque eſtà atenido à la miſeria de ſu paga, que viene tarde, ò nunca; ò à lo que garbeàre con ſus manos con notable peligro de ſu vida y de ſu conciencia. Y à vezes ſuele ſer ſu deſnudez tanta, que un colèto acuchillado le ſirve de gala, y de camiſa; y en la mitad del invierno ſe ſuele reparar de las inclemencias del Cielo (eſtando en la campaña raſa) con ſolo el aliento de ſu boca, que como ſale de lugar vazìo, tengo por averiguado, que deve de ſalir frio contra toda naturaleza. Pues eſperad, que llegue la noche para reſtaurarſe de todas eſtas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual, ſino es por ſu culpa, jamas pecarà de eſtrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quiſière, y rebolverſe en ella à ſu ſabòr, ſin temor que ſe le encojan las sàbanas. Llègueſe, pues, à todo eſto el dia y la hora de recibir el grado de ſu exercicio: Llègueſe un dia de batalla, que alli le pondràn la borla en la cabeça, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiçà le avrà paſſado las ſienes, ò le dexarà eſtropeado de braço, ò pierna. Y quando eſto no ſuceda, ſino que el Cielo piadoſo le guarde, y conſerve ſano y vivo, podrà ſer que ſe quede en la meſma pobreza que antes eſtàva, y que sèa meneſter que ſuceda uno, y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas ſalga vencedor, para medrar en algo: Mas eſtos milagros venſe raras vezes. Pero dezidme, ſeñores, ſi avèys mirado en ello: Quan menos ſon los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda avèys de reſponder, que no tienen comparacion, ni ſe pueden reduzir à cuenta los muertos, y que ſe podràn contar los premiados

premiados vivos con tres letras de guariſmo. Todo eſto es al revès en los letrados, porque de faldas (que no quiero dezir de mangas) todos tienen en que entretenerſe. Aſſi que aunque es mayor el trabajo del ſoldado, es mucho menor el premio. Pero à eſto ſe puede reſponder, que es mas facil premiar à dos mil letrados, que à treynta mil ſoldados; porque aquellos ſe premian con darles oficios, que por fuerça ſe han de dar à los de ſu profeſſion; y à eſtos no ſe puede premiar ſino con la meſma hazienda del ſeñor à quien ſirven: Y eſta impoſſibilidad fortifica mas la razon que tengo.

PERO dexèmos eſto à parte, que es Laberinto de muy dificultoſa ſalida, y bolvàmos à la preeminencia de las armas contra las letras: Materia que haſta aora eſtà por averiguar, ſegun ſon las razones, que cada uno de ſu parte alega; y entre las que he dicho, dizen las letras, que ſin ellas no ſe podrìan ſuſtentar las armas; porque la guerra tambien tiene ſus leyes, y eſtà ſugeta à ellas; y que las leyes caen debaxo de lo que ſon letras, y letrados. A eſto reſponden las armas, que las leyes no ſe podràn ſuſtentar ſin ellas; porque con las armas ſe defienden las republicas, ſe consèrvan los Reynos, ſe guardan las ciudades, ſe aſſeguran los caminos, ſe deſpojan los mares de Coſarios: Y finalmente ſi por ellas no fuèſſe, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los cominos de mar y tierra eſtarìan ſugetos al rigor y à la confuſion que trae conſigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de uſar de ſus privilegios y de ſus fuerças. Y es razon averiguada, que aquello que mas cueſta, ſe eſtima y deve de

de eſtimar en mas. Alcançar alguno à ſer eminente en Letras, le cueſta tiempo, vigilias, hambre, deſnudez, vaguidos de cabeça, indigeſtiones de eſtòmago, y otras coſas à eſtas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por ſus terminos à ſer buen ſoldado, le cueſta todo lo que al eſtudiante en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque à cada paſſo eſtà à pique de perder la vida: Y que temor de neceſſidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al eſtudiante, que llegue al que tiene un ſoldado, que hallàndoſe cercado en alguna fuerça, y eſtàndo de poſta, ò guarda en algun Rebellin, ò cavallero, ſiente que los enemigos eſtàn minando hàzia la parte donde èl eſtà, y no puede apartarſe de alli por ningun caſo, ni huir el peligro, que de tan cerca le amenaça: Solo lo que puede hazer es, dar noticia à ſu capitan de lo que paſſa, para que lo remedie con alguna contramina, y el eſtarſe quedo, temiendo y eſperando, quando improviſamente ha de ſubir à las nuves ſin alas, y baxar al profundo ſin ſu voluntad? Y ſi eſte parece pequeño peligro, veàmos ſi le iguala, ò haze ventaja el de embeſtirſe dos galeras por las Proas en mitad del mar eſpacioſo, las quales enclavijadas y travadas, no le queda al ſoldado mas eſpacio del que conceden dos pies de tabla del eſpòlon: Y con todo eſto, viendo que tiene delante de ſi tantos miniſtros de la muerte, que le amenaçan, quantos cañones de artilleria ſe aſſeſtan de la parte contraria, que no diſtan de ſu cuerpo una lança; y viendo que al primer deſcuydo de los pies irà à viſitar los profundos ſenos de Neptuno: Con todo eſto con intrepido coraçon, llevado de la honra que le incita, ſe pone

à

à ſer blanco de tanta arcabuzerìa, y procura paſſar por tan eſtrecho paſſo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caydo donde no ſe podrà levantar haſta la fin del mundo, quando otro ocupa ſu meſmo lugar; y ſi eſte tambien cae en el mar, que como à enemigo le aguarda, otro y otro le ſucède, ſin dar tiempo, al tiempo de ſus muertes: valentia y atrevimiento, el mayor que ſe puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos ſiglos, que carecièron de la eſpantable furia de aqueſtos endemoniados inſtrumentos de la artilleria, à cuyo inventor, tengo para mi, que en el infierno ſe le eſtà dando el premio de ſu diabolica invencion, con la qual diò cauſa, que un infame y cobarde braço quite la vida à un valeroſo cavallero, y que ſin ſaber como, ò por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anìma à los valientes pechos, llega una deſmandada bala (diſparada de quien quiçà huyò, y ſe eſpantò del reſplandor que hizo el fuego al diſparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en un inſtante los penſamientos, y vida de quien la merecia gozar luengos ſiglos. Y aſſi conſiderando eſto, eſtòy por dezir, que en el alma me peſa de aver tomado eſte exercicio de cavallero andante en edad tan deteſtable, como es eſta en que aora vivìmos; porque aunque à mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo penſar, ſi la polvora y el eſtaño me han de quitar la ocaſion de hazerme famoſo, y conocido por el valor de mi braçò, y filos de mi eſpada por todo lo deſcubìerto de la tierra. Pero haga el Cielo todo lo que fuère ſervido, que tanto ſerè mas eſtimado, ſi ſalgo con lo que pretendo,

quanto à mayores peligros me hè pueſto, que ſe puſièron los cavalleros andantes de los paſſados ſiglos.

TODO eſte largo preambulo dixo Don Quixote en tanto que los demas merendavan, olvidandoſe de llevar bocado à la boca, pueſto que algunas vezes le avia dicho Sancho Pança, que comièſſe, que deſpues avrìa lugar para dezir todo lo que quiſièſſe. En los que eſcuchado le avian ſobrevino nueva laſtima de ver, que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen diſcurſo en todas las coſas que tratàva, le huvièſſe perdido tan rematadamente en tratàndole de ſu negra, y pizmienta cavalleria. El Cura le dixo que tenia mucha razon en todo quanto avia dicho en favor de las armas, y que el, (aunque letrado, y graduado,) eſtàva de ſu meſmo parecer.

ACABÀRON de merendar: Levantàron los Manteles, y en tanto que la ventera, ſu hija, y Maritornes adereçàvan el Camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde ayìan determinado, que aquella noche las mugeres ſolas en èl ſe recogièſſen; Don Fernando rogò al cautivo les contàſſe el diſcurſo de ſu vida, porque no podia ſer, ſino que fuèſſe peregrino y guſtoſo, ſegun las mueſtras que avia començado à dar viniendo en compañia de Zorayda: A lo qual reſpondiò el cautivo, que de muy buena gana harìa lo que ſe le mandava; y que ſolo temia, que el cuento no avia de ſer tal, que les dièſſe el guſto que el deſsèava: Pero con todo eſſo por no faltar en obedecelle, le contarìa. El Cura y todos los demas ſe lo agradecièron, y de nuevo ſe lo rogàron: Y el viendoſe rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos à donde el mandar tenia tanta fuerça; y

aſſi

aſſi eſtèn vueſtras mercedes atentos, y oyràn un diſcurſo verdadero, à quien podrìa ſer que no legàſſen los mentirosos, que con curioſo, y penſado artificio ſuelen componerſe. Con eſto que dixo, hizo que todos ſe acomodàſſen, y le preſtàſſen un grande ſilencio; y el, viendo que ya callàvan y eſperàvan lo que dezir quiſièſſe, con voz agradable y repoſada començò à dezir deſta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta ſu vida y ſuceſſos.

EN un lugar de las montañas de Leon tùvo principio mi linage, con quien fuè mas agradecida y liberal la naturaleza, que la fortuna: Aunque en la eſtrecheza de aquellos pueblos toda via alcançàva mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuèra, ſi aſſi ſe dièra maña à conſervar ſu hazienda, como ſe la dava en gaſtalla: Y la condicion que tenia de ſer liberal, y gaſtador, le procediò de aver ſido ſoldado los años de ſu juventud: Que es eſcuela la ſoldadeſca, donde el mezquino ſe haze franco, y el franco pròdigo; y ſi algunos ſoldados ſe hallan miſerables, ſon como monſtruos, que ſe ven raras vezes. Paſſava mi padre los terminos de la liberalidad, y rayàva en los de ſer pròdigo: Coſa que no le es de ningun provecho al hombre caſado, y que tiene hijos, que le han de ſuceder en el nombre, y en el ſer. Los que mi padre tenìa eran tres, todos varònes, y todos de edad de poder elegir eſtado. Viendo, pues, mi padre, que ſegun el dezia, no podia irſe à la mano contra ſu condicion, quiſo privarſe del inſtru-

mento, y cauſa, que le hazia gaſtador y dadivoſo, que fuè privarſe de la hazienda, ſin la qual el miſmo Alexandro parecerìa eſtrecho. Y aſſi llamàndonos un dia à todos tres à ſolas en un apoſento, nos dixo unas razones ſemejantes à las que aora dirè.

HIJOS, para deziros que os quiero bien, baſta ſaber y dezir, que ſoys mis hijos; y para entender que os quiero mal, baſta ſaber que no me voy à la mano en lo que toca à conſervar vueſtra hazienda. Pues para que entendays de aqui adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero deſtruir como padraſtro; quiero hazer una coſa con voſotros, que ha muchos dias que la tengo penſada, y con madura conſideracion diſpueſta. Voſotros eſtàys ya en edad de tomar eſtado, ò alomenos de elegir exercicio tal, que quando mayores os honre y aproveche. Y lo que hè penſado es, hazer de mi hazienda quatro partes: Las tres os darè à voſotros, à cada uno lo que le tocàre, ſin exceder en coſa alguna; y con la otra me quedarè yo para vivir, y ſuſtentarme los dias que el cielo fuère ſervido de darme de vida. Pero querria, que deſpues que cada uno tuvièſſe en ſu poder la parte que le toca de ſu hazienda, ſiguièſſe uno de los caminos que le dirè. Ay un refran en nueſtra Eſpaña, à mi parecer, muy verdadero, como todos lo ſon, por ſer ſentencias breves ſacadas de la luenga, y diſcreta experiencia; y es eſte que yo os dirè: *Igleſia, ò Mar, ò caſa Real.* Como ſi mas claramente dixèra: Quien quiſière valer y ſer rico, ſiga, ò la Igleſia, ò navegue, exercitando el arte de la mercancia, ò entre à ſervir à los Reyes en ſus caſas; porque dizen: Mas vale migaja de Rey,

Rey, que merced de Señor. Digo eſto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de voſotros ſiguièſſe las letras, el otro la mercancia, y el otro ſirvièſſe al Rey en la guerra, pues es dificultoſo entrar à ſervirle en ſu caſa; que ya que la guerra no dè muchas riquèzas, ſuele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vueſtra parte en dineros, ſin defraudaros en un ardite, como lo verèys por la obra. Dezidme aora, ſi quereys ſeguir mi parecer y conſejo en lo que os he propueſto.

Y mandàndome à mi, por ſer el mayor, que reſpondièſſe, deſpues de averle dicho, que no ſe deſhizièſſe de la hazienda, ſino que gaſtàſſe todo lo que fuèſſe ſu voluntad; que noſotros èramos moços para ſaber ganarla, vine à concluyir en que cumpliria ſu guſto, y que el mio era, ſeguir el exercicio de las armas, ſirviendo en èl à dios, y à mi Rey. El ſegundo hermano hizo los meſmos ofrecimientos, y eſcogiò el irſe à las Indias, llevando empleada la hazienda que le cupièſſe. El menor, y à lo que yo creo, el mas diſcreto, dixo, que queria ſeguir la Igleſia, ò irſe à acabar ſus començados eſtudios à Salamanca.

Assi como acabàmos de concordàrnos, y eſcoger nueſtros exercicios, mi padre nos abraçò à todos, y con la brevedad que dixo, puſo por obra quanto nos avia prometido; y diò à cada uno ſu parte, que, à lo que ſe me acuerda, fuèron cada tres mil ducados en dineros; porque un tio nueſtro comprò toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no ſalièſſe del tronco de la caſa. En un meſmo dia nos deſpidìmos todos tres de nueſtro buen padre, y en aquel meſmo, parecièndome à mi ſer inhumanidad, que

mi

mi padre quedàſſe viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomàſſe los dos mil ducados, porque à mi me baſtàva el reſto para acomodarme de lo que avia meneſter un ſoldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le diò mil ducados, de modo que à mi padre le quedàron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que, à lo que me parece, valia la hazienda que le cupo; que no quiſo vender, ſino quedarſe con ella en rayzes. Digo en fin, que nos deſpidìmos dèl, y de aquel nueſtro tio que he dicho, no ſin mucho ſentimiento y lagrimas de todos, encargàndonos, que le hizièſſemos ſaber, todas las vezes que huvièſſe comodidad para ello, de nueſtros ſuceſſos proſperos, ò adverſos. Prometimoſſelo, y abrazàndonos, y echàndonos ſu bendicion, el uno tomò el viage de Salamanca,el otro el de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tùve nuevas que avia una nave Genoveſa, que cargava alli lana para Gènova. Eſte harà veynte y dos años que ſalì de caſa de mi padre, y en todos ellos, pueſto que he eſcrito algunas cartas, no hè ſabido dèl, ni de mis hermanos nueva alguna. Y lo que en eſte diſcurſo de tiempo me ha paſſado, lo dirè brevemente.

Embarquème en Alicante; lleguè con proſpero viage à Genova; fuỳ deſde alli à Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de ſoldado, de donde quiſe ir à aſſentar mi plaça al Piamonte; y eſtando yà de camino para Alexandria de la Palla, tùve nuevas, que el gran Duque de Alva paſsàva à Flandes. Mudè propoſito; fuỳme con el; ſervìle en las Jornadas que hizo; hallème en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos: Alcancè à

ſer

ſer alferez de un famoſo Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina: Y al cabo de algun tiempo que lleguè à Flandes, ſe tùvo nuevas de la liga que la ſantidad del Papa Pio V. de felice recordacion avia hecho con Venecia y con Eſpaña contra el enemigo comun que es el Turco: El qual en aquel meſmo tiempo avia ganado con ſu armada la famoſa Iſla de Chypre, que eſtàva debaxo del Dominio de Venecianos (Pèrdida lamentable y deſdichada.) Sùpoſe cierto, que venia por General deſta liga el Sereniſſimo Don Juan de Auſtria, hermano natural de nueſtro buen Rey Don Felipe. Divulgòſe el grandiſſimo aparato de guerra, que ſe hazia. Todo lo qual me incitò, y comoviò el animo, y el deſsèo de verme en la Jornada que ſe eſperava: Y aunque tenia barruntos, y caſi promeſſas ciertas de que en la primera ocaſion que ſe ofrecièſſe, ſeria promovido à Capitan, lo quiſe dexar todo, y venirme, como me vine, à Italia. Y quiſo mi buena ſuerte, que el Señor Don Juan de Auſtria acabava de llegar à Genova, que paſsàva à Napoles à juntarſe con la armada de Venecia, como deſpues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella feliciſſima Jornada, ya hecho Capitan de Infanteria, à cuyo honroſo cargo me ſubiò mi buena ſuerte mas que mis merecimientos. Y aquel dia (que fuè para la Chriſtiandad tan dichoſo, porque en èl ſe deſengañò el Mundo, y todas las naciones del error en que eſtàvan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar) En aquel dia, digo, donde quedò el orgullo y ſobervia Otomana quebrantada, entre tantos venturoſos, como alli hùvo (porque mas ventura tuvièron los Chriſtianos, que alli murièron

rièron, que los que vivos, y vencedores quedàron) Yo ſolo ſùy el deſdichado; pues en cambio de que pudièra eſperar ſi fuèra en los Romanos ſiglos, alguna naval corona, me vì aquella noche, que ſiguiò à tan famoſo dia, con cadenas à los pies, y eſpoſas à las manos. Y fuè deſta ſuerte, que aviendo el Uchali Rey de Argel (atrevido y venturoſo Coſario) embeſtido, y rendido la capitana de Malta (que ſolos tres Cavalleros quedàron vivos en ella, y eſtos mal heridos) acudiò la capitana de Juan Andrea à ſocorrella, en la qual yo iva con mi compañia; y haziendo lo que devia en ocaſion ſemejante, ſaltè en la Galera contraria, la qual deſviàndoſe de la que le avia embeſtido, eſtorvò que mis ſoldados me ſiguièſſen, y aſſi me hallè ſolo entre mis enemigos, à quien no pude reſiſtir por ſer tantos: En fin me rindièron lleno de heridas. Y como ya avèys, ſeñores, oydo dezir, que el Uchalì ſe ſalvò con toda ſu eſquadra, vine yo à quedar cautivo en ſu poder; y ſolo fuỳ el triſte entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fuèron quinze mil Chriſtianos los que aquel dia alcançàron la deſsèada libertad, que todos venian al remo en la Turqueſca armada. Llevàronme à Conſtantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar à mi amo, porque avia hecho ſu dever en la batalla, aviendo llevado por mueſtra de ſu valor el eſtandarte de la Religion de Malta. Hallème el ſegundo año, que fuè el de ſetenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanàles. Vì, y notè la ocaſion que alli ſe perdiò de no coger en el puerto toda la armada Turqueſca; porque todos los Leventes, y Genizaros, que en ella venian, tuvièron por cierto, que

les

les avian de embeſtir dentro del meſmo puerto; y tenian à punto ſu ropa, y paſſamaques, que ſon ſus Zapatos, para huirſe luego por tierra, ſin eſperar ſer combatidos: Tanto era el miedo que avian cobrado à nueſtra armada. Pero el Cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa ni deſcuydo del general que à los nueſtros regìa, ſino por los pecados de la Chriſtiandad; y porque quiere, y permite Dios, que tengàmos ſiempre verdugos que nos caſtiguen. En efeto el Uchalì ſe recogiò à Modon, que es una Iſla que eſtà junto à Navarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y eſtùvoſe quedo haſta que el Señor Don Juan ſe bolviò. En eſte viage ſe tomò la Galera, que ſe llamava la Preſa, de quien era capitan un Hijo de aquel famoſo Coſario Barba Roja: Tomòla la capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel Rayo de la guerra, por el padre de los ſoldados, por aquel venturoſo, y jamas vencido capitan Don Alvaro de Baçan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que ſucediò en la preſa de la preſa.

ERA tan cruel el hijo de Barba Roja, y tratàva tan mal à ſus cautivos, que aſſi como los que venian al remo, vièron que la Galera Loba les iva entrando, y que los alcançava, ſoltàron todos à un tiempo los remos, y aſièron de ſu capitan, que eſtàva ſobre el eſtanterol gritando que bogàſſen aprieſſa; y paſsàndole de banco en banco de popa à proa, le dièron tantos bocados, que à poco mas, que paſsò del arbol, ya avia paſſado ſu anima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los tratàva, y el odio que ellos le tenian.

Bolvìmos à Conſtantinopla, y el año ſiguiente, que fuè el de ſetenta y tres, ſe ſupo en ella, como el Señor Don Juan avia ganado à Tunez, y quitado aquel Reyno à los Turcos, y pueſto en poſſeſſion dèl à Huley Hamet, cortando las eſperanças, que de bolver à reynar en èl tenia Huley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tùvo el mundo. Sintiò mucho eſta perdida el gran Turco, y uſando de la ſagacidad que todos los de ſu caſa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que èl la deſsèavan: Y el año ſiguiente de ſetenta y quatro acometiò à la Golèta, y al fuerte, que junto à Tunez avia dexado medio levantado el Señor Don Juan. En todos eſtos trances andava yo al remo ſin eſperança de libertad alguna; alomenos no eſperàva tenerla por reſcate, porque tenia determinado de no eſcrivir las nuevas de mi deſgracia à mi padre. Perdiòſe en fin la Golèta; perdiòſe el fuerte, ſobre las quales plaças hùvo de ſoldados Turcos pagados ſetenta y cinco mil: y de Moros y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado eſte tan gran numero de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gaſtadores, que con las manos, y à puñados de tierra, pudièran cubrir la goleta, y el fuerte. Perdiòſe primero la goleta, tenida haſta entonces por inexpugnable; y no ſe perdiò por culpa de ſus defenſores, los quales hizièron en ſu defenſa todo aquello que devian y podian; ſino porque la experiencia moſtrò la facilidad con que ſe podian levantar trincheras en aquella deſierta arena, porque à dos palmos ſe hallava agua, y los Turcos no la hallàron à dos varas; y aſſi con muchos ſacos de arena levantàron las trincheras

cheras tan altas, que ſobrepujavan las murallas de la fuerça, y tiràndoles à cavallero, ninguno podia parar, ni aſiſtir à la defenſa. Fuè comun opinion, que no ſe avian de encerrar los nueſtros en la goleta, ſino eſperar en campaña al deſembarcadero; y los que eſto dizen, hablan de lexos, y con poca experiencia de caſos ſemejantes; porque ſi en la goleta y en el fuerte apenas avia ſiete mil ſoldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuèſſen) ſalir à la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como el de los enemigos era? Y como es poſſible dexar de perderſe fuerça, que no es ſocorrida; y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en ſu meſma tierra? Pero à muchos les pareciò, y aſſi me pareciò à mi, que fuè particular gracia, y merced que el Cielo hizo à Eſpaña, en permitir, que ſe aſſolàſſe aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ò eſponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli ſin provecho ſe gaſtàvan, ſin ſervir de otra coſa que de conſervar la memoria de averla ganado la feliciſſima del inviƈtiſſimo Carlos V. como ſi fuèra meneſter para hazerla eterna (como lo es, y ſerà) que aquellas piedras la ſuſtentàran? Perdiòſe tambien el fuerte, pero fuèronle ganando los Turcos palmo à palmo, porque los ſoldados que lo defendian, peleàron tan valeroſa, y fuertemente, que paſsàron de veynte y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos aſſaltos generales que les dièron. Ninguno cautivàron ſano de trecientos que quedaron vivos. (Senal cierta y clara de ſu esfuerço y valor, y de lo bien que ſe avian defendido, y guardado ſus plaças.) Rindiòſe à partido un pequeño fuerte, ò torre que eſtàva en mitad

del eſtaño à cargo de Don Juan Zanoguera, Cavallero Valenciano, y famoſo ſoldado. Cautivàron à Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el qual hizo quanto fuè poſſible por defender ſu fuerça, y ſintio tanto el averla perdido, que de peſar muriò en el camino de Conſtantinopla, donde le llevàvan cautivo. Cautivàron aſſi meſmo al general del fuerte, que ſe llamava Gabrio Cerbellon, Cavallero Milanès, grande ingeniero, y valentiſſimo ſoldado. Murièron en eſtas dos fuerças muchas perſonas de cuenta, de las quales fuè una, pagan de Oria Cavallero del habito de ſan Juan, de condicion generoſo como lo moſtrò la ſuma liberalidad que usò con ſu hermano el famoſo Juan Andres de Oria: Y lo que mas hizo laſtimoſa ſu muerte fuè, aver muerto à manos de unos Alarabes, de quien ſe fiò (viendo yà perdido el fuerte) que ſe ofrecièron de llevarle en habito de Moro à Tabarca, que es un puertezuelo, ò caſa, que en aquellas riberas tienen los Genoveſes, que ſe exercitan en la peſqueria del Coral: Los quales Alarabes le cortàron la cabeça, y ſe la truxèron al General de la armada Turqueſca, el qual cumpliò con ellos nueſtro Refran caſtellano: Que aunque la traycion aplaze, el traydor ſe aborrece: Y aſſi ſe dize, que mandò el General ahorcar à los que le truxèron el preſente, porque no ſe le avian traydo vivo. Entre los Chriſtianos, que en el fuerte ſe perdièron, fuè uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sè de que lugar de Andaluzia, el qual avia ſido alferez en el fuerte, ſoldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: Eſpecialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poëſia. Digolo, porque ſu fuerte lo truxo à mi Galera, y à mi banco, y à

ſer

ſèr eſclavo de mi meſmo patron, y antes que nos partièſſemos de aquel puerto hizo eſte Cavallero dos ſonetos a manera de Epitafios, el uno à la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdàd que los tengo de dezir, porque los sè de memoria, y creo que antes cauſaràn guſto que peſadumbre.

En el punto que el cautivo nombrò à Don Pedro de Aguilar, Don Fernando mirò à ſus camaradas, y todos tres ſe ſonrièron: Y quando llegò à dezir de los ſonetos, dixo el uno de los tres: Antes que vueſtra merced paſſe adelante, le ſuplico me diga, que ſe hizo eſſe Don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que sè es, reſpondiò el cautivo, que al cabo de dos años que eſtùvo en Conſtantinopla, ſe huyò en trage de Arnaute con un Griego eſpia, y no sè ſi vino en libertàd, pueſto que creo que ſi, porque de alli à un año vì yo al Griego en Conſtantinopla, y no le pude preguntàr el ſuceſſo de aquel viage. Pues vino à Eſpaña, reſpondiò el Cavallero, porque eſſe Don Pedro es mi hermano, y eſtà aora en nueſtro lugar, bueno y rico, caſado y con tres hijos. Gracias sèan dadas à Dios, dixo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo; porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que ſe iguale à alcançàr la libertàd perdìda. Y mas replicò el cavallero, que yo sè los ſonetos, que mi hermano hizo. Digalos, pues, vueſtra mercèd, dixo el cautivo, que los ſabrà dezir mejor que yo. Que me plaze, reſpondiò el Cavallero, y el de la Goleta dezia aſſi.

CAPITULO XL.

Donde ſe proſigue la hiſtoria del cautivo.

SONETO.

ALMAS dichoſas, que del mortal velo
Libres y eſſentas por el bien que obraſtes,
Deſde la baxa tierra os levantaſtes
A lo mas alto, y lo mejor del Cielo.
Y ardiendo en ira, y en honròſo zelo,
De los cuerpos la fuerça exercitaſtes,
Que en propia, y ſangre agena coloraſtes
El mar vezino, y arenoſo ſuelo.
Primero que el valor, faltò la vida
En los canſados braços, que murièndo,
Con ſer vencidos llevan la victoria.
Y eſta vueſtra mortal, triſte caỳda,
Entre el muro, y el hierro os và adquirièndo
Fama, que el mundo os dà, y el Cielo gloria.

Deſſa meſma manera le sè yo, dixo el cautivo. Pues el del fuerte, ſi mal no me acuerdo, dixo el Cavallero, dize aſſi.

De entre eſta tierra eſteril derribàda,
Deſtos terrones por el ſuelo echàdos,
Las almas ſantas de tres mil ſoldados
Subièron vivas à mejor moràda.
Siendo primero en vano exercitàda

La

La fuerça de ſus braços esforçados,
Haſta que al fin de pocos y canſados,
Dièron la vida al filo de la eſpada,
Y eſte es el ſuelo que continuo ha ſido
De mil memorias lamentables lleno
En los paſſados ſiglos y preſentes.
Mas no mas juſtas de ſu duro ſeno
Avràn al claro Cielo almas ſubido,
Ni aun èl ſoſtùvo cuerpos tan valientes.

No parecièron mal los ſonetos, y el cautivo ſe alegrò con las nuevas que de ſu camarada le dièron; y proſiguiendo ſu cuento, dixo:

RENDIDOS, pues, la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dièron orden en deſmantelar la Goleta, porque el fuerte quedò tal, que no hùvo que poner por tierra; y para hazerlo con mas brevedad, y menos trabajo, la minàron por tres partes, pero con ninguna ſe pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que avia quedado en pie de la fortificacion nueva, que avia hecho el fratin, con mucha facilidad vino à tierra. En reſolucion la armada bolviò à Conſtantinopla, triunfante, y vencedora, y de alli à pocos meſes muriò mi amo el Uchali, al qual llamavan Uchali Fartax, que quiere dezir en Lengua Turqueſca. El Renegado Tiñoſo, porque lo era; y es coſtumbre entre los Turcos ponerſe nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos aya. Y eſto es, porque no ay entre ellos ſino quatro apellidos de linages, que contienden en nobleza con la caſa Otomana; y los demas,

mas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, ò ya de las virtudes del animo: Y eſte Tiñoſo bogò al remo, ſiendo eſclàvo del gran Señor, catorze años, y à mas de los treynta y quatro de ſu edad renegò de deſpecho de que un Turco, eſtando al remo, le diò un bofetòn, y por poderſe vengar, dexò ſu fè; y fuè tanto ſu valor, que ſin ſubir por los torpes medios, y caminos que los privados del gran Turco ſuben, vino à ſer Rey de Argel, y deſpues à ſer General de la mar, que es el tercero cargo, que ay en aquel Señorio. Era calabrès de nacion, y moralmente fuè hombre de bien, y tratava con mucha humanidad à ſus cautivos, que llegò à tener tres mil, los quales deſpues de ſu muerte ſe repartièron, como el lo dexò en ſu teſtamento, entre el gran Señor (que tambien es hijo Heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre ſus Renegados; y yo cupe à un renegado Veneciano, que ſiendo grumete de una nave, le cautivò el Uchali, y le quiſo tanto, que fuè uno de los mas regalados Garçones ſuyos; y el vino à ſer el mas cruel renegado, que jamas ſe ha viſto. Llamàvaſe Azanaga, y llegò à ſer muy rico, y à ſer Rey de Argel, con el qual yo vine de Conſtantinopla, algo contento por eſtar tan cerca de Eſpaña, no porque pensàſſe eſcrivir à nadie el deſdichado ſuceſſo mio, ſino por ver ſi me era mas favorable la ſuerte en Argel, que en Conſtantinopla, donde ya avia provado mil maneras de huirme, y ninguna tùvo ſazon, ni ventura: Y penſava en Argel buſcar otros medios de alcançar lo que tanto deſsèava, porque jamas me deſamparò la eſperança de tener libertad; y quando

quando en lo que fabricava, pensàva, y ponia por obra, no correſpondìa el ſuceſſo à la invencion, luego ſin abandonàrme, fingia y buſcàva otra eſperança que me ſuſtentàſſe, aunque fuèſſe debil y flaca. Con eſto entretenia la vida, encerrado en una priſion, ò caſa, que los Turcos llaman, *Baño*, donde encièrran los cautivos Chriſtianos, aſſi los que ſon del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almazen, que es como dezir, cautivos del conſejo, que ſirven à la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros oficios: Y eſtos tales cautivos tienen muy dificultoſa ſu libertad, que como ſon del comun, y no tienen amo particular, no ay con quien tratar ſu reſcate, aunque le tengan. En eſtos Baños, como tengo dicho, ſuelen llevar à ſus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando ſon de reſcate; porque alli los tienen holgados, y ſeguros, haſta que venga ſu reſcate. Tambien los cautivos del Rey, que ſon de reſcate, no ſalen al trabajo con la demas chuſma, ſino es quando ſe tarda ſu reſcate; que entonces por hazerles que eſcrìvan por èl con mas ahinco, les hazen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de reſcate, que como ſe ſupo que era capitan, pueſto que les dixe mi poca poſſibilidad, y falta de hazienda, no aprovechò nada para que no me puſièſſen en el numero de los Cavalleros, y gente de reſcate. Puſièronme una cadena, mas por ſeñal de reſcate, que por guardarme con ella; y aſſi paſſava la vida en aquel Baño con otros muchos Cavalleros, y gente principal, ſeñalados y tenidos por de reſcate. Y aunque la hambre, y deſnudez pudièra fati-

gàrnos à vezes, y aun caſi ſiempre, ninguna coſa nos fatigava tanto, como oỳr, y ver à cada paſſo, las jamas viſtas, ni oydas crueldades, que mi amo usàva con los Chriſtianos. Cada dia ahorcava el ſuyo; empalàva à eſte, y deſorejàva à aquel: Y eſto por tan poca ocaſion, y tan ſin ella, que los Turcos conocìan, que lo hazìa, no mas de por hazerlo, y por ſer natural condicion ſuya ſer homicida de todo el genero humano. Solo librò bien con èl un ſoldado Eſpañol, llamado tal de Saavedra, al qual (con aver hecho coſas, que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcançar libertad) jamas le diò palo, ni ſe lo mandò dar, ni le dixo mala palabra; y por la menor coſa de muchas que hizo, temìamos todos, que avia de ſer empalado, y aſſi lo temiò el mas de una vez: Y ſino fuèra porque el tiempo no da lugar, yo dixèra aora algo de lo que eſte ſoldado hizo, que fuèra parte para entreteneros, y admiraros harto mejor, que con el cuento de mi hiſtoria.

DIGO, pues, que encima del patio de nueſtra priſion caỳan las ventanas de la caſa de un moro rico, y principal, las quales, como de ordinario ſon las de los moros, mas eran agujeros que ventanas; y aun eſtas ſe cubrìan con Zeloſias muy eſpeſſas, y apretadas. Acaeciò, pues, que un dia eſtando en un terrado de nueſtra priſion con otros tres compañeros, haziendo pruevas de ſaltar con las cadenas por entretener el tiempo, eſtàndo ſolos (porque todos los demas Chriſtianos avian ſalido à trabajar) alcè à caſo los ojos, y vi, que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate della pueſto un lienço atado,

y

y la caña ſe eſtàva blandeando, y moviendoſe, caſi como ſi hizièra ſeñas que llegàſſemos à tomarla. Miràmos en ello, y uno de los que conmigo eſtàvan, fuè à ponerſe debaxo de la caña por ver ſi la ſoltàvan, ò lo que hazian; pero aſſi como llegò, alçàron la caña, y la movièron à los dos lados, como ſi dixèran, *No*, con la cabeça. Bolviòſe el Chriſtiano, y tornàronla à baxar, y hazer los meſmos movimientos, que primero. Fuè otro de mis compañeros, y ſucediòle lo meſmo, que al primero. Finalmente fuè el tercero, y avìnole lo que al primero, y al ſegundo. Viendo yo eſto, no quiſe dexar de provar la ſuerte, y aſſi como lleguè à ponerme debaxo de la caña, la dexàron caer, y diò à mis pies dentro del Baño. Acudì luego à deſatar el licenço, en el qual vì un ñudo, y dentro dèl venian diez Zianiys, que ſon unas monedas de oro baxo, que ùſan los moros, que cada una vale diez reales de los nueſtros. Si me holguè con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fuè tanto el contento, como la admiracion de penſar, de donde podia venirnos aquel bien, eſpecialmente à mi, pues las mueſtras de no aver querido ſoltar la caña ſino à mi, claro dezian, que à mi ſe hazia la merced. Tomè mi buen dinero; quebrè la caña; bolvìme al terradillo; mirè la ventana, y vì que por ella ſalia una muy blanca mano, que la abrian y cerravan muy aprièſſa. Con eſto entendimos, ò imaginàmos, que alguna muger, que en aquella caſa vivia, nos devia de aver hecho aquel beneficio; y en ſeñal de que lo agradecìamos, hizimos Zalemas à ùſo de moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços ſobre el pecho. De alli à poco ſacàron por la meſma ventana

tana una pequeña Cruz hecha de cañas, y luego la bolviè-ron à entrar. Eſta ſeñal nos confirmò en que alguna Chriſ-tiana devia de eſtar cautiva en aquella caſa, y era la que el bien nos hazia: Pero la blancura de la mano, y las Axor-cas, que en ella vìmos, nos deſhizo eſte penſamiento; pueſto que imaginàmos, que devia de ſer Chriſtiana renegada, à quien de ordinario ſuelen tomar por legitimas mugeres ſus meſmos amos; y aun lo tienen à ventura, porque las eſtì-man en mas que las de ſu nacion. En todos nueſtros diſ-curſos dìmos muy lexos de la verdad del caſo; y aſſi todo nueſtro entretenimiento deſde alli adelante era mirar, y tener por norte à la ventana donde nos avia aparecido la Eſtrella de la caña: Pero bien ſe paſsàron quinze dias en que no la vìmos, ni la mano tampoco, ni otra ſeñal alguna. Y aun-que en eſte tiempo procuràmos con toda ſolicitud ſaber, quien en aquella caſa vivia, y ſi avia en ella alguna Chriſ-tiana renegada, jamas hùvo quien nos dixèſſe otra coſa, ſino que alli vivia un moro principal y rico, llamado Agi-morato. Alcayde que avia ſido de la Pata, que es oficìo entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas deſcuyda-dos eſtàvamos de que por alli avìan de llover mas Zianiys, vìmos à deſhora parecer la caña, y otro lienço en ella con otro ñudo mas crecido; y eſto fuè à tiempo que eſtàva el baño como la vez primera, ſolo, y ſin gente. Hizìmos la acoſtumbrada prueva, yendo cada uno primero que yo, de los miſmos tres que eſtàvamos, pero à ninguno ſe rindiò la caña ſino à mi, porque en llegando yo, la dexàron caer. Deſatè el ñudo, y hallè quarenta eſcudos de oro Eſpañoles, y un papel eſcrito en Aràbigo, y al cabo de lo eſcrito, he-

cha

cha una grande Cruz. Besè la Cruz; tomè los eſcudos; bolvíme al terrado; hizìmos todos nueſtras Zalemas; tornò à parecer la mano; hize ſeñas que leerìa el papel; cerràron la ventana; y quedàmos todos confuſos, y alegres con lo ſucedido: Y como ninguno de noſotros entendia el Arabigo, era grande el deſsèo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buſcar quien lo leyèſſe. En fin yo me determinè de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que ſe avia dado por grande amigo mio, y pueſto prendas entre los dos, que le obligàvan à guardar el ſecreto que le encargàſſe: Porque ſuelen algunos renegados, quando tienen intencion de bolverſe à tierra de Chriſtianos, traer conſigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fè, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que ſiempre ha hecho bien à Chriſtianos, y que lleva deſsèo de huirſe en la primera ocaſion que ſe le ofrezca. Algunos ay que procuran eſtas fees con buena intencion: Otros ſe ſirven dellas à caſo, y de induſtria; que viniendo à robar à tierra de Chriſtianos, ſi à dicha ſe pierden, ò los cautivan, ſacan ſus firmas, y dizen, que por aquellos papeles ſe verà el propoſito con que venian, el qual era de quedàrſe en tierra de Chriſtianos, y que por eſſo venian en corſo con los demas Turcos. Con eſto ſe eſcapan de aquel primer impetu, y ſe reconcilian con la Igleſia ſin que ſe les haga daño; y quando ven la ſuya, ſe buelven à berberia à ſer lo que antes eran. Otros ay que ùſan deſtos papeles, y los procuran con buen intento, y ſe quedan en tierra de Chriſtianos. Pues uno de los renegados que he dicho, era eſte amigo, el qual tenia firmas

de

de todos nueſtros camaradas, donde le acreditàvamos quanto era poſſible; y ſi los Moros le hallàran eſtos papeles, le quemàran vivo. Sùpe, que ſabia muy bien Arabigo, y no ſolamente hablarlo, ſino eſcrivirlo: Pero antes que del todo me declaràſſe con el, le dixe, que me leyèſſe aquel papel, que à caſo avia hallado en un agujero de mi rancho. Abriòle, y eſtùvo un buen eſpacio miràndole, y conſtruyèndole, murmurando entre los dientes. Preguntèle, ſi lo entendia? Dixome, que muy bien; y que ſi queria que me lo declaràſſe palabra por palabra, que le dièſſe tinta y pluma porque mejor lo hizièſſe. Dimoſle luego lo que pedia, y el poco à poco lo fuè traduziendo, y en acabando, dixo: Todo lo que và aqui en Romance, ſin faltar letra, es lo que contiene eſte papel Moriſco; y haſe de advertir, que adonde dize *Lela Marien*, quiere dezir *Nueſtra Señora la Virgen Maria.* Leymos el papel y dezia aſſi.

QUANDO yo era niña, tenia mi padre una eſclava, la qual en mi lengua me moſtrò la Zala Chriſtianeſca, y me dixo muchas coſas de *Lela Marien.* La Chriſtiana murìo, y yo sè, que no fuè al fuègo, ſino con Alà, porque deſpues la vì dos vezes, y me dixo, que me fuèſſe à tierra de Chriſtianos à ver à *Lela Marien*, que me queria mucho. No sè yo como vaya: Muchos Chriſtianos he viſto por eſta ventana, y ninguno me ha parecido Cavallero ſino tu. Yo ſoy muy hermoſa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu, ſi puedes hazer como nos vamos, y ſeràs alli mi marido, ſi quiſières; y ſino quiſières, no ſe me darà nada, que *Lela Marien* me darà con quien me caſe. Yo eſcrivì eſto: Mira à quien lo das à leer:

leer: No te fies de ningun Moro porque ſon todos Marfuzes. Deſto tengo mucha pena, que quiſièra que no te deſcubrièras à nadie, porque ſi mi padre lo ſabe, me echarà luego en un poço, y me cubrirà de piedras. En la caña pondrè un hilo, àta alli la reſpueſta, y ſino tienes quien te eſcriva Arabigo, dìmelo por ſeñas, que *Lela Marien* harà, que te entienda. Ella, y Ala te guarden, y eſſa Cruz que yo beſo muchas vezes, que aſſi me lo mandò la cautiva.

MIRAD, ſeñores, ſi era razon, que las razones deſte papel nos admiràſſen; y alegraſſen y aſſi lo uno y lo otro fuè de manera, que el Renegado entendiò, que no à caſo ſe avia hallado aquel papel, ſino que realmente à alguno de noſotros ſe avia eſcrito: Y aſſi nos rogò, que ſi era verdad lo que ſoſpechàva, que nos fiàſſemos dèl, y ſe lo dixèſſemos; que el aventurarìa ſu vida por nueſtra libertad: Y diziendo eſto, ſacò del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen repreſentava, en quien el, aunque pecador, y malo, bien y fielmente creỳa, de guardarnos lealtad y ſecreto en todo quanto quiſieſsèmos deſcubrirle; porque le parecia, y caſi adivinava, que por medio de aquella, que aquel papel avia eſcrito, avia el y todos noſotros de tener libertad, y verſe el en lo que tanto deſsèava, que era reduzirſe al gremio de la Santa Igleſia ſu madre, de quien como miembro podrido eſtàva divi-dido, y apartado por ſu Ignorancia y pecado. Con tantas lagrimas, y con mueſtras de tanto arrepentimiento dixo eſto el Renegado, que todos de un meſmo parecer conſentìmos, y venimos en declararle la verdad del caſo; y aſſi le dìmos cuenta de todo, ſin encubrirle nada. Moſtrà-

moſſe

moſſe la ventanilla por donde parecia la caña; y el marcò deſde alli la caſa, y quedò de tener eſpecial, y gran cuydado de informarſe, quien en ella vivia. Acordàmos aſſi meſmo, que ſeria bien reſponder al billete de la Mora, y como tenìamos quien lo ſupièſſe hazer, luego al momento el renegado eſcriviò las razones, que yo le fuỳ notando, que puntualmente fuèron las que dirè; porque de todos los puntos ſuſtanciales, que en eſte ſuceſſo me acontecièron, ninguno ſe me hà ido de la memoria, ni aun ſe me irà en tanto que tuvière vida. En efeto lo que à la Mora ſe le reſpondiò, fuè eſto.

El verdadero Alà te guarde, Señora mia, y aquella bendita *Marien*, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha pueſto en coraçon, que te vayas à tierra de Chriſtianos, porque te quiere bien. Ruègale tu, que ſe ſirva de darte à entender, como podràs poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que ſi harà. De mi parte y de la de todos eſtos Chriſtianos, que eſtàn conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudièremos haſta morir. No dexes de eſcrivirme, y aviſarme lo que penſares hazer, que yo te reſponderè ſiempre; que el grande Ala nos ha dado un Chriſtiano cautivo, que ſabe hablar y eſcrivir tu lengua tan bien, como lo veràs por eſte papel: Aſſi que ſin tener miedo, nos puedes aviſar de todo lo que quiſières. A lo que dizes, que ſi fuères à tierra de Chriſtianos, que has de ſer mi muger, yo te lo prometo como buen Chriſtiano; y ſabe, que los Chriſtianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Ala y *Marien* ſu madre sèan en tu guarda, Señora mia.

Escrito

ESCRITO y cerrado eſte papel, aguardè dos dias à que eſtuvièſſe el baño ſolo, como ſolia, y luego ſalì al paſſo acoſtumbrado del Terradillo, por ver ſi la caña parecia, que no tardò mucho en aſſomar. Aſſi como la vì, aunque no podia ver quien la ponia, moſtrè èl papel, como dando à entender, que puſièſſen el hilo ; pero ya venia pueſto en la caña, al qual atè el papel, y de alli à poco tornò à parecer nueſtra eſtrella con la blanca vandera de paz del atadillo. Dexàronla caer, y alcèla yo, y hallè en el paño en toda ſuerte de moneda de plata y de oro mas de cinquenta eſcudos, los quales cinquenta vezes mas doblaron nueſtro contento, y confirmàron la eſperança de tener libertad. Aquella miſma noche bolviò nueſtro Renegado, y nos dixo, que avia ſabido, que en aquella caſa vivia el meſmo Moro, que à noſotros nos avian dicho, que ſe llamava Aguimorato, riquiſſimo por todo eſtremo, el qual tenia una ſola hija heredera de toda ſu hazienda ; y que era comun opinion en toda la ciudad, ſer la mas hermoſa muger de la Berberia ; y que muchos de los virreyes que alli venian, la avian pedido por muger, y que ella nunca ſe avia querido caſar : Y que tambien sùpo, que tùvo una chriſtiana cautiva, que ya ſe avia muerto. Todo lo qual concertàva con lo que venia en el papel. Entràmos luego en conſejo con el Renegado en que orden ſe tendrìa para ſacar à la Mora, y venìrnos todos à tierra de chriſtianos ; y en fin ſe acordò por entonces, que eſperàſſemos el aviſo ſegundo de Zorayda, que aſſi ſe llamàva la que aora quiere llamàrſe Maria : Porque bien vìmos, que ella, y no otra alguna era la que avia de dar medio à todas aquellas dificultades. Deſpues

que quedàmos en eſto, dixo el Renegado, que no tuvièſſemos pena, que el perderìa la vida, ò nos pondrìa en libertad. Quatro dias eſtùvo el baño con Gente, que fuè ocaſion, que quatro dias tardàſſe en parecer la caña; al cabo de los quales en la acoſtumbrada ſoledad del baño pareciò con el lienço tan preñado, que un felicìſſimo parto prometia. Inclinòſe à mi la caña y el lienço: Hallè en èl otro papel, y cien eſcudos de oro ſin otra moneda alguna: Eſtàva alli el Renegado: Dìmoſle à leer el papel dentro de nueſtro Rancho, el qual dixo, que aſſi dezia.

Yo no sè, mi ſeñor, como dar orden que nos vàmos à Eſpaña, ni *Lela Marien* me lo ha dicho, aunque yo ſe lo he preguntado. Lo que ſe podrà hazer es, que yo os darè por eſta ventana muchiſſimos dineros de oro: Reſcatàos vos con ellos, y vueſtros amigos, y vaya uno en tierra de chriſtianos, y compre allà una barca, y buelva por los demas, y à mi me hallaràn en el Jardin de mi padre, que eſtà à la puerta de babazon, junto à la marina, donde tengo de eſtar todo eſte verano con mi padre, y con mis criados. De alli de noche me podrèys ſaçar ſin miedo, y llevarme à la barca. Y mira que has de ſer mi marido, porque ſino yo pedirè à Marien que te caſtigue. Sino te fias de nadie que vaya por la barca, reſcàtate tu, y vè, que yo sè, que bolveràs mejor que otro, pues eres cavallero y Chriſtiano. Procùra ſaber el Jardin: y quando te paſsèes por ay̆, ſabrè que eſtà ſolo el baño, y te darè mucho dinero. Alà te guarde, ſeñor mio.

Esto dezia y contenia el ſegundo papel; lo qual viſto por todos, cada uno ſe ofreciò à querer ſer el reſcatado, y prometiò

prometiò de ir y bolver con toda puntualidad; y tambien yo me ofrecì à lo miſmo: A todo lo qual ſe opùſo el Renegado, diziendo, que en ninguna manera conſentiria que ninguno ſalièſſe de libertad haſta que fuèſſen todos juntos; porque la experiencia le avia moſtrado, quan mal cumplian los libres las palabras que davan en el cautiverio; porque muchas vezes avian ùſado de aquel remedio algunos Principales cautivos, reſcatando à uno que fuèſſe à Valencia, ò Mallorca con dineros para poder armar una barca, y bolver por los que le avian reſcatado, y nunca avian buelto; porque la libertad alcançàda, y el temor de bolver à perderla, les borràva de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos contò brevemènte un caſo, que caſi en aquella meſma ſazon avia acaecido à unos Cavalleros Chriſtianos, el mas eſtraño, que jamas ſucediò en aquellas partes, donde à cada paſſo ſucèden coſas de grande eſpanto y de admiracion. En efeto el vino à dezir, que lo que ſe podìa, y devìa hazer era, que el dinero que ſe avìa de dar para reſcatar al Chriſtiano, que ſe le dièſſe à el para comprar alli en Argel una barca con achaque de hazerſe Mercader, y tratante en tetuan, y en aquella coſta; y que ſiendo el ſeñor de la barca, facilmente ſe darìa traça para ſacarlos del baño, y embarcarlos à todos. Quanto mas que ſi la Mora, como ella dezia, dava dineros para reſcatarlos à todos; que eſtando libres, dixo el, era faciliſſima coſa aun embarcarſe en la mitad del dia; y que la dificultad que ſe ofrecìa mayor era, que los Moros no conſièntèn, que Renegado alguno compre, ni tenga barca, ſino es baxel grande para ir en corſo; por-

que ſe temen, que el que compra barca, principalmente ſi es Eſpañol, no la quiere ſino para irſe à tierra dè Chriſtianos: Pero que èl facilitarìa eſte inconveniente con hazer, que un Moro Tagarino fuèſe à la parte con el en la compra de la barca, y en la ganancia de las mercancias; y con eſta ſombra el vendrìa à ſer ſeñor de la barca, con que dava por acabado todo lo demas. Y pueſto que à mi y à mis camaradas nos avia parecido mejor lo de embiar por la barca à Mallorca, como la Mora dezia, no osàmos contradezirle, temeroſos, que ſino hazìamos lo que dezia, nos avia de deſcubrir, y poner à peligro de perder las vidas, ſi deſcubrièſſe el trato de Zorayda, por cuya vida dièramos todos las nueſtras; y aſſi determinàmos de ponèrnos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel meſmo punto ſe le reſpondiò à Zorayda, dizièndole, que harìamos todo quanto nos aconſejàva, porque lo avia advertido tan bien, como ſi *Lela Marien* ſe lo huvière dicho; y que en ella ſola eſtàva dilatar aquel negocio, ò ponello luego por obra. Ofrecìmele de nuevo de ſer ſu eſpoſo, y con eſto otro dia, que acaeciò eſtar ſolo el baño, en diverſas vezes, con la caña y el paño nos diò dos mil eſcudos de oro, y un papel, donde dezia, que el primer Juma, que es el Viernes, ſe iva al Jardin de ſu padre, y que antes que ſe fuèſſe nos darìa mas dinero: Y que ſi aquello no baſtàſſe, que ſe lo avisàſſemos, que nos darìa quanto le pidièſſemos; que ſu padre tenia tantos, que no lo echarìa menos, quanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos eſcudos al Renegado para comprar la barca. Con ochocientos me reſcatè yo, dando el dinero à un mercader

Valen-

Valenciano, que à la ſazon ſe hallava en Argel, el qual me reſcatò del Rey, tomàndome ſobre ſu palabra, dàndola, de que con el primer baxel, que vinièſſe de Valencia, pagaria mi reſcate; porque ſi luego dièra el dinero, fuèra dar ſoſpechas al Rey, que avia muchos dias que mi reſcate eſtàva en Argel, y que el mercader por ſus grangerias lo avia callado. Finalmènte mi amo era tan caviloſo, que en ninguna manera me atrevì à que luego ſe deſembolsàſſe el dinero. El Jueves antes del viernes, que la hermoſa Zorayda ſe avia de ir al Jardin, nos diò otros mil eſcudos, y nos avisò de ſu partida, rogàndome, que ſi me reſcatàſſe, ſupièſſe luego el Jardin de ſu padre, y que en todo caſo buſcàſſe ocaſion de ir allà, y vèrla. Reſpondile en breves palabras, que aſſi lo harìa, y que tuvièſſe cuydado de encomendàrnos à *Lela Marien* con todas aquellas oraciones, que la cautiva la avia enſeñado. Hecho eſto, dièron orden en que los tres compañeros nueſtros ſe reſcatàſſen, por ſolicitàr la ſalida del baño; y porque vièndome à mi reſcatado, y à ellos no (pues avia dinero) no ſe alborotàſſen, y les perſuadièſſe el Diablo, que hizièſſen alguna coſa en perjuyzio de Zorayda: que pueſto que el ſer ellos quien eran, me podìa aſſeguràr deſte temor, con todo eſſo no quiſe poner el negocio en aventura, y aſſi los hize reſcatàr por la miſma orden que yo me reſcatè, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza, y ſeguridàd pudièſſe hazèr la fianza; al qual nunca deſcubrìmos nueſtro trato y ſecreto por el peligro que avia.

CAPI-

CAPITULO XLI.

Donde toda via proſigue el cautivo ſu ſuceſſo.

NO ſe paſsàron quinze dias, quando yà nueſtro Renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treynta perſonas; y para aſſeguràr ſu hecho, y dalle color, quiſo hazèr, como hizo, un viage à un lugar, que ſe llamava Sargel, que eſtà treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ày mucha contratacion de higos paſſos. Dos ò tres vezes hizo eſte viage en compañia del Tagarino que avia dicho. Tagarinos llaman en Berberia à los Moros de Aragon; y à los de Granada Mudajares; y en el Reyno de Fez llaman à los Mudajares, Elches, los quales ſon la gente de quien aquel Rey mas ſe ſirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que paſsàva con ſu barca, dava fondo en una caleta, que eſtàva no dos tiros de balleſta del Jardin donde Zorayda eſperàva; y alli muy de propoſito ſe ponia el Renegado con los Morillos que bogavan el remo, ò ya à hazèr la Zalà, ò à como por enſayàrſe de burlas à lo que penſava hazèr de veras; y aſſi ſe iva al Jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y ſu padre ſe la dava ſin conocelle: Y aunque el quiſièra hablàr à Zorayda, como el deſpues me dixo, y dezille, que el era el que por orden mia la avia de llevàr à tierra de Chriſtianos; que eſtuvièſſe contenta y ſegura; nunca le fuè poſſible porque las Moras no ſe dexan ver de ningun Moro ni Turco, ſino es que ſu marido, ò padre ſe lo manden. De Chriſtianos cautivos ſe dexan tratàr, y comunicàr, aun mas de aquello

aquello que ſeria razonable; y à mi me huviera peſado, que el la huviera hablado; que quiçà la alborotàra, viendo que ſu negocio andava en boca de Renegados. Pero Dios, que lo ordenàva de otra manera, no diò lugar al buen deſsèo que nueſtro Renegado tenia, el qual, viendo quan ſeguramente iva y venia à Sargel, y que dava fondo quando, como, y adonde queria, y que el Tagarino ſu compañero no tenia mas voluntad de lo que la ſuya ordenàva, y que yo eſtàva ya reſcatado, y que ſolo faltàva buſcar algunos Chriſtianos que bogàſſen al Remo; me dixo, que miràſſe yo quales queria tener conmigo, fuèra de los reſcatados, y que los tuvièſſe hablados para el primer viernes, donde tenia determinado, que fuèſſe nueſtra partida. Viendo eſto, hablè à doze Eſpañoles, todos valientes, hombres de remo y de aquellos que mas libremente podian ſalir de la ciudad; y no fuè poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque eſtàvan veynte baxeles en corſo, y ſe avìan llevado toda la gente de remo; y eſtos no ſe hallàran, ſino fuèra que ſu amo ſe quedò aquel verano ſin ir en corſo à acabar una Galeota, que tenia en aſtillero: A los quales no les dixe otra coſa, ſino que el primer viernes en la tarde ſe ſalièſſen uno à uno diſimuladamente, y ſe fuèſſen la buelta del jardin de Aguimoràto, y que alli me aguardàſſen, haſta que yo fuèſſe. A cada uno dì eſte aviſo de por ſi, con orden, que aunque alli vièſſen otros Chriſtianos, no les dixèſſen ſino que yo les avia mandado eſperar en aquel lugar. Hecha eſta diligencia, me faltàva hazer otra, que era la que mas me convenia, y era la de aviſar à Zorayda en el punto que eſtàvan los negocios para que eſtuvièſſe apercebida, y

ſobre

ſobre aviſo, que no ſe ſobreſaltàſſe, ſi de improviſo la aſſaltàſſemos antes del tièmpo que ella podia imaginar, que la barca de Chriſtianos podia bolver. Y aſſi determinè de ir al Jardin, y ver ſi podrìa hablarla; y con ocaſion de coger algunas yervas, un dia antes de mi partida fuỳ allà, y la primera perſona con quien encontrè, fuè con ſu padre, el qual me dixo en lengua, que en toda la Berberia, y aun en Conſtantinopla ſe habla entre cautivos y Moros, que ni es Moriſca, ni Caſtellana, ni de otra nacion alguna, ſino una Mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendèmos. Digo, pues, que en eſta manera de lenguage me preguntò, que que buſcava en aquel ſu Jardin, y de quien era? Reſpondile, que eſclavo de Arnaute Mami (y eſto porque ſabia yo por muy cierto, que era un grandiſſimo amigo ſuyo) y que buſcàva de todas yervas para hazer enſalada. Preguntòme por el conſiguiènte, ſi era hombre de reſcate, ò no? Y que quanto pedia mi amo por mi? Eſtàndo en eſtas preguntas y reſpueſtas ſaliò de la caſa del Jardin la bella Zorayda, la qual ya avia mucho, que me avia viſto: Y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de moſtrarſe à los Chriſtianos, ni tampoco ſe eſquivan (como ya he dicho) no ſe le diò nada de venir à donde ſu padre conmigo eſtàva; antes luego, quando ſu padre viò que venia de eſpaciò, la llamò, y mandò, que llegàſſe. Demaſiada coſa ſerìa dezir yo aora la mucha hermoſura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda ſe moſtrò à mis ojos: Solo dirè, que mas perlas pendian de ſu hermoſiſimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de ſus pies,

que

que deſcubièrtas à ſu uſança traỳa, traỳa dos carcaxes (que aſſi ſe llaman las manillas, ò axorcas de los pies en Moriſco) de puriſſimo oro con tantos diamantes engaſtados, que ella me dixo deſpues, que ſu padre los eſtimàva en diez mil doblas; y las que traỳa en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas; porque la mayor gala, y bizarria de las Moras es, adornarſe de ricas perlas y aljòfar: Y aſſi ay mas perlas y aljòfar entre moros, que entre todas las demas naciones; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel avia; y de tener aſſi miſmo mas de dozientos mil eſcudos Eſpañoles, de todo lo qual era Señora eſta, que aora lo es mia. Si con todo eſte adorno podia venir entonces hermoſa, ò no, por las reliquias, que le han quedado en tantos trabajos, ſe podrà conjeturar, qual devia de ſer en las proſperidades: Porque ya ſe ſabe, que la hermoſura de algunas mugeres tiene dias y ſazones, y requiere accidentes para diſminuìrſe, y acrecentàrſe; y es natural coſa, que las paſſiones del animo la levanten, ò baxen, pueſto que las mas vezes la deſtrùyen. Digo en fin, que entonces llegò en todo eſtremo adereçada, y en todo eſtremo hermoſa, ò à lo menos à mi me pareciò ſerlo la mas que haſta entonces avia viſto. Con eſto viendo las obligaciones en que me avia pueſto, me parecia que tenia delante de mi una deidad del Cielo, venida à la tierra para mi guſto, y para mi remedio. Aſſi como ella llegò, le dixo ſu padre en ſu lengua, como yo era cautivo de ſu amigo Arnaute Mami, y que venia à buſcar enſalada. Ella tomò la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo

dicho, me preguntò, ſi era Cavallero, y que era la cauſa que no me reſcatàva? Yo le reſpondì, que ya eſtàva reſcatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me eſtimàva, pues avia dado por mi, mil y quinientos Zoltamis: A lo qual ella reſpondiò: En verdad que ſi fuèras de mi padre, que yo hizièra que no te dièra por otros dos tantos; porque voſotros Chriſtianos ſiempre mentis en quanto dezis, y os hazèys pobres por engañar à los Moros. Bien podrìa ſer eſſo, ſeñora, le reſpondì, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratarè con quantas perſonas ay en el mundo. Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana, creo yo, dixe; porque eſtà aqui un baxel de Francia, que ſe haze mañana à la vela, y pienſo irme con èl. No es mejor, replicò Zorayda, eſperar à que vengan baxeles de Eſpaña, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no ſon vueſtros amigos? No, reſpondì yo, aunque ſi como ay nuevas, que viene ya un baxel de Eſpaña, es verdad, toda via yo le aguardarè, pueſto que es mas cierto el partirme mañana; porque el deſsèo que tengo de verme en mi tierra, y con las perſonas que bien quiero, es tanto, que no me dexarà eſperar otra comodidad, ſi ſe tarda, por mejor que ſea. Deves de ſer ſin duda caſado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eſſo deſſèas ir à verte con tu muger? No ſoy, reſpondì yo, caſado, mas tengo dada la palabra de caſarme en llegando allà. Y es hermoſa la dama à quien ſe la diſte? dixo Zorayda. Tan hormoſa es, reſpondì yo, que para encarecello, y dezirte la verdad, ſe parece à ti mucho. Deſto ſe riò muy de veras ſu padre, y dixo: *Guala* Chriſtiano, que deve ſer muy

hermoſa

hermoſa ſi ſe parece à mi hija, que es la mas hermoſa de todo eſte Reyno: Sino mìrala bien, y veràs como te digo verdad. Servìanos de interprete à las mas deſtas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino; que aunque ella hablava la baſtarda lengua, que, como he dicho, alli ſe ùſa, mas declarava ſu intencion, por ſeñas, que por palabras.

ESTANDO en eſtas, y otras muchas razones, llegò un Moro corriendo, y dixo à grandes vozes, que por las bardas, ò paredes del Jardin avian ſaltado quatro Turcos, y andavan cogiendo la fruta, aunque no eſtàva madura. Sobreſaltòſe el viejo, y lo meſmo hizo Zorayda; porque es comun y caſi natural el miedo que los Moros à los Turcos tienen, eſpecialmente à los ſoldados, los quales ſon tan inſolentes, y tienen tanto imperio ſobre los Moros, que à ellos eſtàn ſugetos, que los tratan peor que ſi fuèſſen eſclavos ſuyos. Digo, pues, que dixo ſu padre à Zorayda: hija, retìrate à la caſa, y encièrrate en tanto que yo voy a hablar à eſtos canes; y tu, Chriſtiano, buſca tus yervas, y vete en buen hora, y llèvete Alà con bien à tu tierra. Yo me inclinè, y el ſe fuè à buſcar los Turcos, dexàndome ſolo con Zorayda, que començò à dar mueſtras de irſe à donde ſu padre le avia mandado. Pero à penas el ſe encubriò con los arboles del Jardin, quando ella ſe bolviò à mi, llenos los ojos de lagrimas, y me dixo: *Amexi* Chriſtiano, *Amexi*, que quiere dezir: Vaſte, Chriſtiano, vaſte? Yo le reſpondì, ſeñora ſi, pero no, en ninguna manera ſin ti. El primero Juma me aguarda, y no te ſobreſaltes quando nos veas, que ſin duda alguna irèmos à tierra de Chriſtianos.

anos. Yo le dixe eſto de manera, que ella me entendiò muy bien à todas las razones que entrambos paſsàmos: Y echàndome un braço al cuello, con deſmayados paſſos començò à caminar hàzia la caſa: Y quiſo la ſuerte (que pudièra ſer muy mala ſi el Cielo no lo ordenàra de otra manera) que yendo los dos de la manera y poſtura que os he contado, con un braço al cuello, ſu padre, que ya bolvia de hazer ir à los Turcos, nos viò de la ſuerte y manera, que ivamos, y noſotros vìmos, que el nos avia viſto. Pero Zorayda advertida, y diſcreta no quiſo quitar el braço de mi cuello, antes ſe llegò mas à mi, y puſo ſu cabeça ſobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras ſeñales, y mueſtras, que ſe deſmayàva: Y yo anſimiſmo dì à entender, que la ſoſtenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo à donde eſtàvamos, y viendo à ſu hija de aquella manera, le preguntò, que que tenia? Pero como ella no le reſpondièſſe, dixo ſu padre: Sin duda alguna que con el ſobreſalto de la entrada deſtos canes ſe ha deſmayado; y quitàndola del mio, la arrimò à ſu pecho: Y ella dando un ſuſpiro, y aun no enjutos los ojos de lagrimas, bolviò à dezir: *Amexi* Chriſtiano, *Amexi*. Vete Chriſtiano, vete. A lo que ſu padre reſpondiò. No importa, hija, que el Chriſtiano ſe vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos yà ſon idos: No te ſobreſalte coſa alguna, pues ninguna ay que pueda darte peſadumbre; pues como ya te he dicho, Los Turcos à mi ruego ſe bolvièron por donde entràron. Ellos, Señor, la ſobreſaltàron, como has dicho, dixe yo à ſu padre: Mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar peſadumbre. Quèdate en paz, y con tu licencia

licencia bolverè, ſi fuère meneſter, por yervas à eſte Jardin; que ſegun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para enſalada, que en èl. Todas las que quiſières, podràs bolver, reſpondiò Aguimorato, que mi hija no dize eſto porque tu, ni ninguno de los Chriſtianos la enojavan, ſino que por dezir, que los Turcos ſe fuèſſen, dixo que tu te fuèſſes; ò porque ya era hora que buſcàſſes tus yervas. Con eſto me deſpedì al punto de entrambos, y ella arrancàndoſele el alma, al parecer, ſe fuè con ſu padre. Y yo con achaque de buſcar las yervas, rodeè muy bien, y à mi plazer todo el Jardin. Mirè bien las entradas, y ſalidas, y la fortaleza de la caſa, y la comodidad que ſe podia ofrecer, para facilitar todo nueſtro negocio.

HECHO eſto, me vine, y dì cuenta de quanto avia paſſado al Renegado, y à mis compañeros: Y yà no veỳa la hora de verme gozar ſin ſobreſalto del bien, que en la hermoſa, y bella Zorayda la ſuerte me ofrecia. En fin el tiempo ſe paſsò, y ſe llegò el dia, y plazo de noſotros tan deſsèado: Y ſiguiendo todos el orden, y parecer, que con diſcreta conſideracion, y largo diſcurſo muchas vezes avìamos dado, tuvìmos el buen ſuceſſo que deſſeàvamos: Porque el viernes que ſe ſiguiò al dia que yo con Zorayda hablè en el Jardin, Morrenago (que aſſi ſe llamàva el renegado) al anocherer diò fondo con la barca caſi frontero de donde la hermoſiſſima Zorayda eſtàva. Yà los Chriſtianos que avian de bogar el remo, eſtàvan prevenidos, y eſcondidos por diverſas partes de todos aquellos alrrededores. Todos eſtàvan ſuſpenſos, y alboroçados aguardàndome, deſsèoſos ya de embeſtir con el baxel, que à los ojos tenian; porque ellos no ſabian el concierto

del

del Renegado, ſino que pensàvan, que à fuerça de braços avian de aver, y ganar la libertad, quitando la vida à los Moros, que dentro de la barca eſtàvan. Sucediò, pues, que aſſi como yo me moſtrè, y mis compañeros, todos los demas eſcondidos que nos vièron, ſe vinièron llegando à noſotros. Eſto era ya à tiempo que la ciudad eſtàva ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna perſona parecia. Como eſtuvìmos juntos, dudamos, ſi ſerìa mejor ir primero por Zorayda, ò rendir primero à los Moros vagarinos, que bogavan al remo en la barca. Y eſtando en eſta duda, llegò à noſotros nueſtro Renegado, dizièndonos, que en que nos detenìamos, que ya era hora, y que todos ſus Moros eſtàvan deſcuydados, y los mas dellos durmiendo. Dixìmoſle en lo que reparàvamos, y el dixo, que lo que mas importava era, rendir primero el baxel, que ſe podia hazer con grandiſſima facilidad, y ſin peligro alguno, y que luego podìamos ir por Zorayda. Pareciònos bien à todos lo que dezia; y aſſi ſin detenèrnos mas, haziendo el la guìa, llegàmos al baxel, y ſaltando el dentro primero, metiò mano a un alfanje, y dixo en Moriſco: Ninguno de voſotros ſe mueva de aqui, ſi no quiere que le cueſte la vida. Ya à eſte tiempo avian entrado dentro caſi todos los Chriſtianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera à ſu Arraez, quedàronſe eſpantados, y ſin ninguno de todos ellos echar mano à las armas (que pocas, ò caſi ningunas tenian) ſe dexàron, ſin hablar alguna palabra, maniatar de los Chriſtianos, los quales con mucha preſteza lo hizièron, amenazando à los Moros, que ſi alçàvàn por alguna via, ò manera la voz, que luego al punto los paſſarìan todos à cuchillo.

Hecho

Hecho ya eſto, quedàndoſe en guarda dellos la mitad de los nueſtros, los que quedàvamos, haziéndonos aſſimiſmo el Renegado la guia, fuỳmos al Jardin de Aguimorato; y quiſo la buena ſuerte, que llegando à abrir la puerta, ſe abriò con tanta facilidad, como ſi cerrada no eſtuvièra; y aſſi con gran quietud, y ſilencio llegàmos à la caſa ſin ſer ſentidos de nadie. Eſtàva la belliſſima Zorayda aguardàndonos à una ventana; y aſſi como ſintiò gente, preguntò con voz baxa, ſi eramos *Nazarani*, como ſi dixèra, ò preguntàra, ſi eramos Chriſtianos? Yo le reſpondì, que ſi, y que baxàſſe. Quando ella me conociò, no ſe detùvo un punto, porque ſin reſpondèrme palabra, baxò en un inſtante, abriò la puerta, y moſtròſe à todos tan hermoſa, y ricamente veſtida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la vì, le tomè una mano, y la comencè à beſar, y el Renegado hizo lo miſmo, y mis dos camaradas; y los demas que el caſo no ſabian, hizièron lo que vièron que noſotros hazìamos; que no parecia, ſino que le dàvamos las gracias, y la reconocìamos por ſeñora de nueſtra libertad. El Renegado le dixo en lengua moriſca, ſi eſtàva ſu padre en el Jardin? Ella reſpondiò que ſi, y que dormia. Pues ſerà meneſter deſpertarle, replicò el Renegado, y llevarnoſle con noſotros, y todo aquello que tiene de valor en eſte hermoſo Jardin. No, dixo ella, à mi padre no ſe ha de tocar en ningun modo; y en eſta caſa no ay otra coſa que lo que yo llèvo, que es tanto, que bien avrà para que todos quedeys ricos, y contentos; y eſperàos un poco y lo verèys. Y diziendo eſto ſe bolviò à entrar, diziendo, que muy preſto bolverìa, que nos eſtuvièſſemos quedos ſin hazer ningun ruydo.

ruydo. Preguntèle al Renegado lo que con ella avia paſsà-do: El qual me lo contò; à quien yo dixe, que en ninguna coſa ſe avia de hazer mas de lo que Zorayda quiſièſſe: La qual ya bolvìa cargada con un cofrecillo lleno de eſcudos de oro, tantos que à penas los podia ſuſtentar. Quiſo la mala ſuerte, que ſu padre deſpertàſſe en el interin, y ſintièſſe el ruydo que andava en el Jardin, y aſſomàndoſe à la ventana luego conociò, que todos los que en èl eſtàvan, eran Chriſtianos; y dando muchas, grandes, y deſaforadas vozes, començò à dezir en Aràbigo: Chriſtianos, Chriſtianos, Ladrones, Ladrones; por los quales gritos nos vìmos todos pueſtos en grandiſſima, y temeroſa confuſion. Pero el Renegado, viendo el peligro en que eſtàvamos, y lo mucho que le importava ſalir con aquella empreſa antes de ſer ſentido, con grandiſſima preſteza ſubiò donde Aguimorato eſtàva, y juntamente con el fuèron algunos de noſotros; que yo no osè deſamparar à Zorayda, que como deſmayàda ſe avia dexado caer en mis braços. En reſolucion los que ſubièron, ſe dièron tan buena maña, que en un momento baxàron con Aguimorato, trayèndole atadas las manos, y pueſto un pañizuelo en la boca, que no le dexava hablar palabra, amenazàndole, que el hablarla le avia de coſtar la vida. Quando ſu hija le viò, ſe cubriò los ojos por no verle, y ſu padre quedò eſpantado, ignorando quan de ſu voluntad ſe avia pueſto en nueſtras manos: Mas entonces ſiendo mas neceſſarios los pies, con diligencia, y preſteza nos pusìmos en la barca, que ya los que en ella avian quedado, nos eſperàvan temeroſos de algun mal ſuceſſo nueſtro. A penas ſerìan dos horas paſſadas de la noche, quando ya eſtàvamos

eſtàvamos todos en la barca, en la qual ſe le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca; pero tornòle à dezir el Renegado, que no hablàſſe palabra; que le quitarìan la vida. El como viò alli à ſu hija, començò à ſuſpirar terniſſimamènte; y mas quando viò, que yo eſtrechamente la tenia abraçada, y que ella ſin defenderſe, quexarſe, ni eſquivarſe, ſe eſtàva queda: Pero con todo eſto callava, porque no puſièſſen en efeto las muchas amenaças, que el Renegado le hazia. Vièndoſe, pues, Zorayda ya en la barca, y que querìamos dar los remos al agua; y viendo alli à ſu padre, y à los demas moros que atados eſtàvan, le dixo al Renegado, que me dixièſſe, le hizièſſe merced de ſoltar à aquellos Moros, y dar libertad à ſu pàdre; porque antes ſe arrojarìa en la mar, que ver delante de ſus ojos y por cauſa ſuya llevar cautivo à un padre, que tanto la avia querido. El Renegado me lo dixo, y yo reſpondì, que era muy contento; pero el reſpondiò, que no convenia, à cauſa que ſi alli los dexavan, apellidarìan luego la tierra, y alborotarìan la ciudad, y ſerìan cauſa que ſalièſſen à buſcarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomàſſen la tierra y la mar de manera, que no pudièſſemos eſcaparnos: Que lo que ſe podrìa hazer era, darles libertad en llegando à la primera tierra de Chriſtianos. En eſte parecer venìmos todos, y Zorayda (à quien ſe le diò cuenta de las cauſas que nos movìan à no hazer luego lo que queria) tambien ſe ſatisfizo; y luego con regozijado ſilencio, y alegre diligencia cada uno de nueſtros valientes remeros tomò ſu remo, y començàmos, encomendàndonos à Dios de todo coraçon, à navegar la buelta de las Iſlas de Mallorca,

que es la tierra de Chriſtianos mas cercana: pero a cauſa de ſoplar un poco el viento tramontana, y eſtar la mar algo picada, no fuè poſſible ſeguir la derrota de Mallorca, y fuènos forçoſo dexarnos ir tierra à tierra la buelta de oran, no ſin mucha peſadumbre nueſtra, por no ſer deſcubiertos del lugar de Sargel, que en aquella coſta cae ſeſenta millas de Argel: Y aſſi miſmo temìamos encontrar por aquel parage alguna Galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por ſi, y por todos juntos prefumìamos, de que ſi ſe encontrava Galeota de mercancia, como no fuèſſen de las que andan en Corſo, que no ſolo no nos perderìamos, mas que tomarìamos baxel, donde con mas ſeguridad pudièſſemos acabar nueſtro viage. Iva Zorayda, en tanto que ſe navegava, pueſta la cabeça entre mis manos por no ver à ſu padre, y ſentia yo que iva llamando à *Lela Marien*, que nos ayudàſſe.

Bien avrìamos navegado treynta millas, quando nos amaneciò como tres tiros de arcabuz deſviadòs de tierra, toda la qual vimos deſierta, y ſin nadie que nos deſcubrièſſe; pero con todo eſſo nos fuymos à fuerça de braços entrando un poco en la mar, que ya eſtàva algo mas ſoſſegada; y aviendo entràdo caſi dos leguas, diòſe orden, que ſe bogàſſe à quarteles en tanto que comìamos algo, que iva bien proveyda la barca; pueſto que los que bogàvan, dixèron, que no era aquel tiempo de tomar repoſo alguno: Que les dièſſen de comer los que no bogàvan, que ellos no querìan ſoltar los remos de las manos en manera alguna. Hizoſe aſſi, y en eſto comencò à ſoplar un viento largo, que nos obligò à hazer luego vela, y à dexar el remo, y endereçar à Oran, por no

ſer

ſer poſſible hazer otro viage. Todo ſe hizo con mucha preſteza, y aſſi à la vela navegàmos por mas de ocho millas por hora ſin llevar otro temor alguno, ſino el de encontrar con baxel que de Corſo fuèſſe. Dimos de comer à los moros vagarinos, y el Renegado los conſolò, dizièndoles, como no ivan cautivos, que en la primera ocaſion les darìan libertad; y lo miſmo dixo al padre de Zorayda, el qual reſpondiò: Qualquiera otra coſa pudièra yo creer y eſperar de vueſtra liberalidad y buen termino, ô Chriſtianos; mas el darme libertad, no me tengays por tan ſimple, que lo imagine; que nunca os pufiſtes voſotros al peligro de quitàrmela, para bolvèrmela tan liberalmente, eſpecialmente ſabiendo quien ſoy yo, y el intereſſe que ſe os puede ſeguir de dàrmela, el qual intereſſe, ſi le quereys poner nombre, deſde aqui os ofrezco todo aquello que quifièredes por mi, y por eſſa deſdichada hija mia, ò ſino por ella ſola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo eſto, començò à llorar tan amargamente, que à todos nos moviò à compaſſion, y forçò à Zorayda, que le miràſſe, la qual, vièndole llorar, aſſi ſe enterneciò, que ſe levantò de mis pies, y fuè à abraçar à ſu padre, y juntando ſu roſtro con el ſuyo, començàron los dos tan tierno Llanto, que muchos de los que alli ivamos, le acompañamos en el: Pero quando ſu padre la viò adornada de fieſta, y con tantas Joyas ſobre ſi, le dixo en ſu lengua: Que es eſto hija, que ayer al anochecer, antes que nos ſucedièſſe eſta terrible deſgracia en que nos vèmos, te vì con tus ordinarios, y caſeros veſtidos; y aora ſin que ayas tenido tiempo de veſtirte, y ſin averte dado alguna nueva alegre de ſolenizarla con adornarte, y pulirte, te veo

compueſta con los mejores veſtidos, que yo ſupe, y pude darte quando nos fuè la ventura mas favorable? Reſpòndeme à eſto, que me tiene mas ſuſpenſo y admirado, que la miſma deſgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro dezia à ſu hija, nos lo declaràva el Renegado; y ella no le reſpondia palabra: Pero quando el viò à un lado de la barca el cofrecillo donde ella ſolia tener ſus Joyas, el qual ſabia el bien, que le avia dexado en Argel, y no traỳdole al Jardin, quedò mas confuſo, y preguntòle, que como aquel cofre avia venido à nueſtras manos? Y que era lo que venia dentro? A lo qual el Renegado, ſin aguardar que Zorayda le reſpondièſſe, le reſpondiò: No te canſes, Señor, en preguntar à Zorayda tu hija tantas coſas, porque con una que yo te reſponda, te ſatisfarè a todas; y aſſi quiero que ſepas, que ella es Chriſtiana, y es la que ha ſido la lima de nueſtras cadenas, y la libertad de nueſtro cautiverio. Ella va aqui de ſu voluntad tan contenta, à lo que yo imagino, de verſe en eſte eſtado, como el que ſale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena à la gloria. Es verdad lo que eſte dize, hija? dixo el Moro. Aſſi es, reſpondiò Zorayda. Que en efeto, replicò el viejo, tu eres Chriſtiana, y la que ha pueſto à ſu padre en poder de ſus enemigos? A lo qual reſpondiò Zorayda: La que es Chriſtiana yo ſoy, pero no la que te ha pueſto en eſte punto; porque nunca mi deſsèo ſe eſtendiò à dexarte, ni à hazerte mal, ſino à hazerme à mi bien. Y que bien es el que te has hecho, hija? replicò el padre. Eſto, reſpondiò ella, pregùntaſelo tu à *Lela Marien*, que ella te lo ſabrà dezir mejor, que no yo.

APENAS

APENAS hùvo oydo eſto el Moro, quando con una increyble preſteza ſe arrojò de cabeça en la mar, donde ſin ninguna duda ſe ahogàra, ſi el veſtido largo, y embarazoſo que traỳa, no le entretuvièra un poco ſobre el agua. Diò vozes Zarayda, que le ſacàſſen, y aſſi acudimos luego todos, y aſièndole de la Almalafa, le ſacàmos medio ahogado, y ſin ſentido, de que recibiò tanta pena Zorayda que como ſi fuèra yà muerto, hazia ſobre el un tierno y doloroſo llanto. Bolvìmoſle boca à baxo; bolviò mucha agua; tornò en ſi al cabo de dos horas, en las quales, avièndoſe trocado el viento, nos convìno bolver hazia tierra, y hazer fuerça de remos por no enbeſtir en ella: Mas quiſo nueſtra buena ſuerte, que llegàmos à una cala, que ſe haze al lado de un pequeño promontorio, ò cabo, que de los Moros es llamado, *el de la Cava Rumia*, que en nueſtra lengua quiere dezir, la *mala Muger Chriſtiana*; y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar eſtà enterrada la cava por quien ſe perdiò Eſpaña; porque *Cava* en ſu lengua quiere dezir *muger mala*; y *Rumia, Chriſtiana:* Y aun tienen por mal aguero llegar alli à dar fondo quando la neceſſidad les fuerça à ello, porque nunca le dan ſin ella; pueſto que para noſotros no fuè abrigo de mala muger, ſino puerto ſeguro de nueſtro remedio ſegun andava alterada la mar. Pusìmos nueſtras centinelas en tierra, y no dexàmos jamas los remos de las Manos: Comimos de lo que el Renegado avia proveydo, y rogàmos à Dios, y à nueſtra Señora de todo nueſtro coraçon, que nos ayudàſſen y favorecièſſen, para que facilmente dièſſemos fin à tan dichoſo principio. Diòſe orden a ſuplicacion de Zorayda, como

echàſſe-

echàſſemos en tierra à ſu padre y à todos los demas Moros, que alli atados venian, porque no le baſtàva el animo, ni lo podian ſufrir ſus blandas entrañas, ver delante de ſus ojos atado à ſu padre, y à aquellos de ſu tierra preſos. Prometìmoſle de hazerlo al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar, que era deſpoblado. No fuèron tan vanas nueſtras oraciones, que no fuèſſen oydas del Cielo, que en nueſtro favor luego bolviò el viento, tranquilo el mar, combidàndonos à que tornàſſemos alegres à proſeguir nueſtro començado viage. Viendo eſto, deſatàmos à los Moros, y uno à uno los pusìmos en tierra, de lo que ellos ſe quedàron admirados; pero llegando à deſembarcar al padre de Zorayda, que ya eſtàva en todo ſu acuerdo, dixo: Porque penſays, Chriſtianos, que eſta mala hembra huelga de que me deys libertad? Penſays que es por piedad que de mi tiene? No por cierto, ſino que lo haze por el eſtorvo que le darà mi preſencia, quando quiera poner en execucion ſus malos deſsèos: Ni penſeys, que la ha movido à mudar Religion, entender ella, que la vueſtra à la nueſtra ſe aventaja, ſino el ſaber, que en vueſtra tierra ſe ùſa la dehoneſtidad mas libremente, que en la nueſtra: Y bolvièndoſe à Zorayda (tenièndole yo, y otro Chriſtiano de entrambos braços aſido, porque algun deſatino no hizièſſe) le dixo: O infame moça, y mal aconſejada Muchacha! A donde vas ciega y deſatinada en poder deſtos Perros, naturales enemigos nueſtros? Maldita ſea la hora en que yo te engendrè, y malditos ſean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevava termino de no acabar tan preſto, dì prieſſa à ponelle

en

en tierra, y deſde alli à vozes proſiguiò en ſus maldiciones, y lamentos, rogando à Mahoma, rogàſſe à Alà, que nos deſtruyèſſe, confundièſſe, y acabàſſe: Y quando por avèrnos hecho à la vela, no pudimos oir ſus palabras, vimos ſus obras, que eran arrancarſe las barbas, meſsàrſe los cabellos, y arraſtrarſe por el ſuelo: Mas una vez esforçò la voz de tal manera, que pudimos entender que dezia: Buelve, amada hija: Buelve à tierra, que todo te lo perdòno: Entrega à eſſos hombres eſſe dinero que ya es ſuyo, y buelve à conſolar à eſte triſte padre tuyo, que en eſta deſierta arena dexarà la vida, ſi tu le dexas. Todo lo qual eſcuchava Zorayda, y todo lo ſentia, y llorava, y no ſupo dezille, ni reſpondelle palabra, ſino: Plega à Ala, padre mio, que *Lela Marien*, que ha ſido la cauſa de que yo sèa Chriſtiana, ella te conſuele en tu triſteza. Alà ſabe bien, que no pude hazer otra coſa de la que he hecho, y que eſtos Chriſtianos no deven nada à mi voluntad, pues aunque quiſièra no venir con ellos, y quedarme en mi caſa, me fuèra impoſſible, ſegun la prièſſa que me dava mi alma à poner por obra eſta, que à mi me parece tan buena, como tu, padre amado, la juzgas por mala. Eſto dixo à tiempo, que ni ſu padre la oỳa, ni noſotros ya le veỳamos: Y aſſi conſolando yo à Zorayda, atendìmos todos à nueſtro viage, el qual nos facilitàva el propio viento de tal manera que bien tuvìmos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de Eſpaña: Mas como pocas vezes, ò nunca viene el bien puro, y ſenzillo, ſin ſer acompañado, ò ſeguido de algun mal que le turbe, ò ſobreſalte, quiſo nueſtra ventura, ò quiçà las maldiciones que el Moro à ſu

hija

hija avia echado (que ſiempre ſe han de temer de qualquier padre que ſean:) quiſo, digo, que eſtando yà engolfados, y ſiendo yà caſi paſſadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto à baxo, frenillados los remos, porque el proſpero viento nos quitàva del trabajo de averlos meneſter; con la luz de la Luna, que claramente reſplandecìa, vimos cerca de noſotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco à orça el timon, delante de noſotros atraveſsàva, y eſto tan cerca, que nos fuè forçoſo amaynar por no embeſtirle; y ellos aſſi meſmo hizièron fuerça de timon para darnos lugar que paſſàſſemos. Avìanſe pueſto à bordo del baxel à preguntàrnos, quien èramos, adonde navegàvamos, y de donde venìamos? Pero por preguntàrnos eſto en lengua franceſa, dixo nueſtro renegado: Ninguno reſponda; porque eſtos ſin duda ſon Coſarios franceſes, que hazen à toda ropa. Por eſte advertimiento, ninguno reſpondiò palabra; y aviendo paſſado ùn poco delante, que ya el baxel quedava ſotavento, de improviſo ſoltàron dos pieças de artilleria, y à lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortàron nueſtro arbol por medio, y dièron con èl, y con la vela en la mar; y al momento diſparando otra pieça, vino à dar la bala en mitad de nueſtra barca, de modo que la obriò toda ſin hazer otro mal alguno; pero como noſotros nos vìmos ir à fondo, començàmos todos à grandes vozes à pedir ſocorro, y à rogar à los del baxel, que nos acogièſſen, porque nos anegàvamos. Amaynàron entonces, y echando el eſquiſe, ò barca à la mar, entràron en èl haſta doze Franceſes bien armados con ſus arcabuzes y cuerdas encendidas, y aſſi

llegàron

llegàron junto al nueſtro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel ſe hundia, nos recogièron, diziendo, que por aver ùſado de la deſcorteſia de no reſpondelles, nos avia ſucedido aquello. Nueſtro Renegado tomò el cofre de las riquezas de Zoraỳda, y diò con èl en la mar ſin que ninguno echàſſe de ver lo que hazia. En reſolucion todos paſsàmos con los Franceſes, los quales, deſpues de averſe informado de todo aquello que de noſotros ſaber quiſièron, como ſi fuèran nueſtros capitales enemigos, nos deſpojàron de todo quanto teniàmos, y à Zorayda le quitàron haſta los Carcaxes que traỳa en los pies; pero no me dava à mi tanta peſadumbre la que à Zorayda davan, como me la dava el temor que tenia, de que avian de paſſar del quitar de las riquiſſimas, y precioſiſſimas Joyas, al quitar de la Joya que mas valia, y ella mas eſtimàva: Pero los deſsèos de aquella gente no ſe eſtendièron à mas que al dinero, y deſto jamas ſe vè harta ſu codicia; la qual entonces llegò à tanto, que aun haſta los veſtidos de cautivos nos quitàran, ſi de algun provecho les fuèran. Hùvo parecer entre ellos de que à todos nos echàran à la mar embueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de Eſpaña con nombre de que eran bretones; y ſi nos llevavan vivos, ſerìan caſtigados, ſiendo deſcubierto ſu hurto: Mas el Capitan, que era el que avia deſpojado à mi querida Zorayda, dixo, que el ſe contentàva con la preſa que tenian, y que no queria tocar en ningun puerto de Eſpaña, ſino paſſar el eſtrecho de Gibraltar de noche, ò como pudièſſe, y irſe à la Rochela de donde avia ſalido; y aſſi tomàron por acuerdo de darnos el Eſquife de ſu navio, y todo lo ne-

ceſsàrio, para la corta navegacion, que nos quedava, como lo hizièron otro dia yà à viſta de tierra de Eſpaña, con la qual viſta todas nueſtras peſadumbres y pobrezas ſe nos olvidàron de todo punto, como ſi no huvièran paſſado por noſotros (tanto es el guſto de alcançar la libertad perdida.) Cerca de medio dia podrìa ſer, quando nos echàron en la barca, dàndonos dos barriles de agua, y algun bizcocho; y el Capitan, movido no sè de que Miſericordia, al embarcarſe la hermoſſiſſima Zorayda, le diò haſta quarenta eſcudos de oro, y no conſintiò, que le quitàſſen ſus ſoldados eſtos meſmos veſtidos, que aora tiene pueſtos. Entràmos en el baxel; dìmoſles las gracias por el bien que nos hazian, moſtràndonos mas agradecidos, que quexoſos. Ellos ſe hizièron à lo largo, ſiguiendo la derrota del eſtrecho. Noſotros ſin mirar à otro norte, que à la tierra que ſe nos moſtrava delante, nos dimos tanta prieſſa à bogar, que al poner del ſol eſtàvamos tan cerca, que bien pudièramos, à nueſtro parecer, llegar antes que fuèra muy noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el Cielo moſtrarſe eſcuro, y por ignorar el parage en que eſtàvamos, no nos pareciò coſa ſegura embeſtir en tierra, como à muchos de los nueſtros les parecia, diziendo, que dièſſemos en ella, aunque fuèſſe en unas peñas, y lexos de poblado, porque aſſi aſſegurarìamos el temor, que de razon ſe devia tener, que por alli anduvièſſen baxeles de Coſarios de Tetuan, los quales anochecìan en Berberia, y amanecìan en las coſtas de Eſpaña; y hazen de ordinario preſa, y ſe buelven à dormir à ſus caſas; pero de los contrarios pareceres, el que ſe tomò fuè, que nos llegàſſemos poco à poco, y que ſi el ſoſſiego

ſiègo del mar lo concedièſſe, deſembarcàſſemos donde pudièſſemos. Hìzoſe aſſi, y poco antes de la media noche ſerìa, quando llegàmos al pie de una disformiſſima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concedièſſe un poco de eſpacio para poder deſembarcar comodamente. Embeſtìmos en la arena, ſalìmos todos à tierra, y besàmos el ſuelo; y con lagrimas de muy alegriſſimo contento, dimos todos gracias à Dios nueſtro Señor por el bien tan incomparable que nos avia hecho en nueſtro viage. Sacàmos de la barca los baſtimentos que tenia: Tiràmoſla en tierra, y ſubìmos un grandiſſimo trecho en la montaña; porque aun alli eſtàvamos, y aun no podiamos aſſegurar el pecho, ni acabavàmos de creer, que era tierra de Chriſtianos la que ya nos ſoſtenia. Amaneciò mas tarde, à mi parecer, de lo que quiſièramos: Acabamos de ſubir toda la montaña, por ver ſi deſde alli algun poblado ſe deſcubria, ò algunas cabañas de paſtores; pero aunque mas tendìamos la viſta, ni poblado, ni perſona, ni ſenda, ni camino deſcubrimos. Con todo eſto determinàmos de entràrnos la tierra adentro, pues no podrìa ſer menos, ſino que preſto deſcubrièſſemos quien nos dieſſe Noticia della: Pero lo que à mi mas me fatigàva era, el ver ir à pie à Zorayda por aquellàs aſperezas; que pueſto que alguna vez la puſe ſobre mis ombros, mas le cansàva à ella mi Canſancio que la repoſava ſu repoſo; y aſſi nunca mas quiſo que tomàſſe yo aquel trabajo, y con mucha paciencia, y mueſtras de alegria, llevàndola yo ſiempre de la mano, poco menos de un quarto de legua devìamos de aver andado, quando à nueſtros oydos llegò el ſon de una pequeña eſquila, ſeñal

clara de que por alli cerca avìa ganado; y mirando todos con atencion ſi alguno parecia, vimos al pie de un Alcornoque un paſtor moço, que con grande repoſo, y deſcuydo eſtàva labrando un palo con un cuchillo. Dimos vozes, y el alçando la cabeça, ſe puſo ligeramente en pie, y à lo que deſpues ſupimos, los primeros que à la viſta ſe le ofrecièron, fuèron el Renegado y Zorayda; y como el los viò en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia eſtàvan ſobre el, y metièndoſe con eſtraña ligereza por el boſque adelante, començò à dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra. Moros, Moros, Arma, Arma. Con eſtas vozes quedàmos todos confuſos, y no ſabìamos que hazernos; pero conſiderando que las vozes del paſtor avian de alborotar la tierra, y que la Cavalleria de la coſta avia de venir luego à ver lo que era, acordàmos que el Renegado ſe deſnudàſſe las ropas de Turco, y ſe viſtièſſe un gilequelco, ò caſaca de cautivo, que uno de noſotros le diò luego, aunque ſe quedò en camiſa: Y aſſi encomendàndonos à Dios, fuỳmos por el meſmo camino que vìmos, que el paſtor llevàva, eſperando ſiempre quando avia de dar ſobre noſotros la Cavalleria de la coſta; y no nos engañò nueſtro penſamiento, porque aun no avrìan paſſado dos horas, quando aviendo ya ſalido de aquellas malezas à un llano, deſcubrìmos haſta cinquenta Cavalleros, que con gran ligereza, corriendo à media rienda, à noſotros ſe venìan; y aſſi como los vìmos, nos eſtuvìmos quedos aguardàndolos: Pero como ellos llegàron, y vièron en lugar de los Moros que buſcàvan, tanto pobre Chriſtiano cautivo; quedàron confùſos, y uno dellos

nos

nos preguntò, ſi èramos noſotros à caſo la ocaſion, porque un paſtor avia apellidado al arma? Si, dixe yo, y querièndo començàr a dezirle mi ſuceſſo, y de donde veniàmos, y quien èramos; uno de los Chriſtianos que con noſotros venian, conociò al ginète, que nos avia hecho la pregunta, y dixo, ſin dexàrme à mi dezir mas palabra: Gracias sèan dadas à Dios, ſeñores, que à tan buena parte nos ha conduzido, porque, ſi yo no me engaño, la tierra que piſamos es la de Velez Malaga, ſi ya los años de mi cautivèrio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos, ſeñor, que nos preguntàys, quien ſomos, ſoys Pedrò de Buſtamante, tio mio. Apenas hùvo dicho eſto el Chriſtiano cautivo, quando el ginète ſe arrojò del Cavallo, y vino à abraçàr al moço, dizièndole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana, tu madre, y todos los tuyos, que aun viven; y Dios ha ſido ſervido de darles vida, para que gozen el plazer de verte. Ya ſabìamos que eſtàvas en Argel, y por las ſeñales, y mueſtras de tus veſtidos, y la de todos los deſta compañia comprehendo, que aveys tenido milagroſa libertad. Aſſi es, reſpondiò el moço, y tiempo nos quedarà para contàroſlo todo. Luego que los ginetes entendièron, que èramos Chriſtianos cautivos, ſe apeàron de ſus Cavallos, y cada uno nos combidava con el ſuyo para llevarnos à la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli eſtàva. Algunos dellos bolvièron à llevar la barca à la ciudad, dizièndoles donde la aviamos dexado: Otros nos ſubièron à las ancas, y Zorayda fuè en las del cavallo del tio del Chriſtiano. Saliònos à recebir todo el pueblo, que

ya

ya de alguno que ſe avia adelantàdo, ſabian la nueva de nueſtra venida. No ſe admiravan de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella coſta eſtà hecha à ver à los unos, y à los otros; pero admiràvanſe de la hermoſura de Zorayda, la qual en aquel inſtante, y ſazon eſtàva en ſu punto, aſſi con el Canſancio del camino, como con la alegria de vèrſe ya en tierra de Chriſtianos ſin ſobreſalto de perdèrſe; y eſto le avia ſacado al roſtro tales colores, que ſino es que la aficion entonces me engañava, osàra dezir, que mas hermoſa criatura no avia en el mundo, alomènos que yo la huvièſſe viſto. Fuỳmos derechos à la Igleſia à dàr gracias à Dios por la mercèd recebida, y aſſi como en ella entrò Zorayda, dixo, que alli avia roſtros que ſe parecian à los de *Lela Marien*. Dixìmoſle que eran Imagines ſuyas, y como mejor ſe pudo, le diò el renegado à entendèr lo que ſignificavan, para que ella las adoràſſe, como ſi verdaderamènte fuèran cada una dellas la miſma *Lela Marien*, que la avia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural facil y claro, entendiò luego quanto acerca de las imàgenes ſe le dixo. Deſde alli nos llevàron, y repartièron à todos en diferentes caſas del pueblo; pero al Renegado, Zorayda, y à mi nos llevò el Chriſtiano, que vino con noſotros, en caſa de ſus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalàron con tanto amor, como à ſu meſmo hijo. Seys dias eſtuvìmos en Velez, al cabo de los quales, el Renegado, hecha ſu informacion de quanto le convenia, ſe fuè à la ciudad de Granada à reduzirſe por medio de la Santa Inquiſicion al gremio ſantiſſimo de la Igleſia.

Iglêſia. Los demas Chriſtianos libertados ſe fuèron cada uno donde mejor le pareciò: Solos quedamos Zorayda y yo con ſolos los eſcudos que la corteſia del Frances le diò à Zorayda, de los quales comprè eſte animal en que ella viene: y ſirviendola yo haſta aora de padre y eſcudero, y no de eſpoſo, vamos con intencion de ver ſi mi padre es vivo, ò ſi alguno de mis hermanos ha tenido mas proſpera ventura, que la mia. Pueſto que por averme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra ſuerte me pudièra venir, por buena que fuèra, que mas la eſtimàra. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae conſigo, y el deſsèo que mueſtra tener de verſe ya Chriſtiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve à ſervirla todo el tiempo de mi vida. Pueſto que, el guſto que tengo de verme ſuyo, y de que ella ſea mia, me le turba, y deſhaze no ſaber, ſi hallarè en mi tierra algun rincon donde recogella; y ſi avràn hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hazienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, ſi ellos faltan. No tengo mas Señores, que deziros de mi hiſtoria; la qual ſi es agradable y peregrina, jùzguenlo vueſtros buenos entendimientos; que de mi sè dezir, que quiſièra avèroſla contado mas brevemente, pueſto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunſtancias me ha quitado de la lengua.

CAPI-

CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas ſucediò en la venta, y de otras muchas coſas dignas de ſaberſe.

CALLÒ en diziendo eſto el cautivo, à quien Don Fernando dixo: Por cierto, ſeñor Capitan, el modo con que avèys contado eſte eſtraño ſuceſſo, ha ſido tal, que iguala à la novedad y eſtrañeza del meſmo caſo. Todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes, que marravillan y ſuſpenden à quien los oye: Y es de tal manera el guſto que hèmos recibido en eſcuchalle, que aunque nos hallàra el dia de mañana entretenidos en el meſmo cuento, holgàramos que de nuevo ſe començàra. Y en diziendo eſto, Cardenio, y todos los demas ſe le ofrecièron con todo lo à ellos poſſible, para ſervirle con palabras y razones tan amoroſas, y tan verdaderas, que el Capitan ſe tùvo por bien ſatisfecho de ſus voluntades. Eſpecialmente le ofreciò Don Fernando, que ſi querìa bolvèrſe con el, que el harìa que el Marques ſu hermano fuèſſe padrino del bautiſmo de Zorayda; y que el por ſu parte le acomodarìa de manera, que pudièſſe entrar en ſu tierra con la autoridad y comodo, que à ſu perſona ſe devia. Todo lo agradeciò corteſiſſimamente el cautivo, pero no quiſo acetar ninguno de ſus liberales ofrecimientos.

EN eſto llegava ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta un coche con algunos hombres de à Cavallo. Pidièron poſado; à quien la ventera reſpondiò, que no avia en toda la venta un palmo deſocupado. Pues aunque eſſo ſea, dixo

dixo uno de los de à Cavallo que avian entrado, no ha de faltar para el ſeñor Oydor, que aqui viene. A eſte nombre ſe turbò la hueſpeda, y dixo: Señor, lo que en ello ay es, que no tengo camas: Si es que ſu merced del ſeñor Oydor la trae (que ſi deve de traer) entre en buen hora; que yo y mi marido nos ſaldrèmos de nueſtro apoſento por acomodar à ſu merced. Sea en buen hora, dixo el eſcudero; pero à eſte tiempo ya avia ſalido del coche un hombre, que en el trage moſtrò luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que veſtìa, moſtràron ſer oydòr, como ſu criado avia dicho. Traỳa de la mano à una donzella, al parecer, de haſta diez y ſeys años, veſtida de camino, tan bizarra, tan hermoſa, y tan gallarda, que à todos puſo en admiracion ſu viſta: De ſuerte que, à no aver viſto à Dorotea, à Lucinda, y à Zorayda que en la venta eſtàvan, creyèran, que otra tal Hermoſura como la deſta donzella dificilmente pudièra hallarſe. Hallòſe Don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella; y aſſi como le viò, dixo: Seguramente puede vueſtra merced entrar, y eſpaciarſe en eſte caſtillo, que aunque es eſtrecho, y mal acomodado, no ay eſtrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dè lugar à las armas, y à las letras, y mas ſi las armas, y letras traen por guia y Adalid à la fermoſura, como la traen las letras de vueſtra merced en eſſa fermoſa donzella à quien deven no ſolo abrirſe, y manifeſtarſe los caſtillos, ſino apartarſe los riſcos, y dividirſe, y abaxarſe las montañas para dalle acogida. Entre vueſtra merced; digo, en eſte Parayſo, que aqui hallarà eſtrellas y ſoles, que acompañen el Cielo que vueſtra

merced trae conſigo. Aqui hallarà las armas en ſu punto, y la hermoſura en ſu eſtremo. Admirado quedò el Oydor del razonamiento de Don Quixote, à quien ſe puſo à mirar muy de propoſito; y no menos le admirava ſu talle, que ſus palabras; y ſin hallar ningunas con que reſpondelle, ſe tornò à admirar de nuevo quando viò delante de ſi à Lucinda, Dorotea, y Zorayda, que à las nuevas de los nuevos hueſpedes, y à las que la ventera les avia dado de la hermoſura de la donzella, avian venido à verla, y à recebirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hizièron mas llanos, y mas corteſanos ofrecimientos. En efeto el ſeñor Oydor entrò confuſo aſſi de lo que veỳa como de lo que eſcuchàva; y las hermoſas de la venta dièron la bien llegada à la hermoſa donzella. En reſolucion bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli eſtàva. Pero el talle, viſage, y la apoſtura de Don Quixote le deſatinàva: Y aviendo paſſado entre todos corteſes ofrecimientos, y tanteàdo la comodidad de la venta, ſe ordenò lo que antes eſtàva ordenado, que todas las mugeres ſe entràſſen en el camaranchon ya referido, y que los hombres ſe quedàſſen fuera, como en ſu guarda: Y aſſi fuè contento el Oydor, que ſu hija, que era la donzella, ſe fuèſſe con aquellas ſeñoras, lo que ella hizo de muy buena gana: Y con parte de la eſtrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor traỳa, ſe acomodàron aquella noche mejor de lo que penſàvan.

El cautivo, que deſde el punto que viò al Oydor, le diò ſaltos el coraçon, y barruntos de que aquel era ſu hermano, preguntò à uno de los criados que con el venian, que

que como ſe llamava? Y ſi ſabia, de que tierra era? El criado le reſpondiò, que ſe llamava el Licenciado Juan Perez de Viedma; y que avia oydo dezir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con eſta relacion, y con lo que el avia viſto, ſe acabò de confirmar de que aquel era ſu hermano que avia ſeguido las letras por conſejo de ſu padre. Y alboroçado y contento, llamando à parte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura, les contò lo que paſsàva, certificàndoles, que aquel Oydor era ſu hermano. Avìale dicho tambien el criado, como iva proveydo por Oydor à las indias en la audiencia de Mexico. Supo tambien como aquella donzella era ſu hija, de cuyo parto avia muerto ſu madre, y que el avia quedado muy rico con el dote, que con la hija ſe le quedò en caſa. Pidìoles conſejo, que modo tendrìa para deſcubrirſe, ò para conocer primero, ſi deſpues de deſcubierto, ſu hermano, por verle pobre, ſe afrentava, ò le recebia con buenas entrañas. Dèxeſeme à mi el hazer eſſa experiencia, dixo el Cura; quanto mas que no ay penſar, ſino que vos, ſeñor Capitan, ſerèys muy bien recibido; porque el valor y prudencia, que en ſu buen parecer deſcubre vueſtro hermano, no dà indicios de ſer arrogante, ni deſconocido, ni que no ha de ſaber poner los caſos de la fortuna en ſu punto. Con todo eſſo, dixo el Capitan, yo querrìa no de improviſo, ſino por rodeos dàrmele à conocer. Ya os digo, reſpondiò el Cura, que yo lo traçarè de modo, que todos quedèmos ſatisfechos.

Ya en eſto eſtàva adereçada la cena, y todos ſe ſentàron à la meſa, excepto el cautivo, y las Señoras, que cenàron de por ſi en ſu apoſento: Y en la mitad de la cena dixo

el Cura: Del meſmo nombre de vueſtra merced, ſeñor Oydor, tùve yo un camarada en Conſtantinopla, donde eſtùve cautivo algunos años; el qual camarada era uno de los valientes ſoldados, y capitanes, que avia en toda la infanteria Eſpañola; pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroſo, tenia de deſdichado. Y como ſe llamava eſſe Capitan, Señor mio? preguntò el Oydor. Llamàvaſſe, reſpondiò el Cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon: El qual me contò un caſo, que à ſu padre con ſus hermanos le avìa ſucedido, que à no contarmelo un hombre tan verdadero como el, lo tuvièra por conſeja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego: Porque me dixo, que ſu padre avia dividido ſu hazienda entre tres hijos que tenia, y les avia dado ciertos conſejos, mejores que los de Caton. Y sè yo dezir, que el eſcogiò el de la guerra; y le avia ſucedido tan bien, que en pocos años por ſu valor y esfuerço, ſin otro braço que el de ſu mucha virtud, ſubiò à ſer capitan de infanteria, y à verſe en camino y predicamento de ſer preſto maeſtro de campo. Pero fuèle la fortuna contraria, pues donde la pudièra eſperar y tener buena, alli la perdiò con perder la libertad en la feliciſſima Jornada, donde tantos la cobràron, que fuè en la batalla de Lepanto. Yo la perdì en la Goleta, y deſpues por diferentes ſuceſſos nos hallàmos camaradas en Conſtantinopla. Deſde alli vino à Argel, donde sè, que le ſucediò uno de los mas eſtraños caſos que en el mundo han ſucedido. De aqui fuè proſiguiendo el Cura, y con brevedad ſuccinta contò lo que con Zorayda à ſu hermano avia ſucedido. A todo lo qual eſtàva tan atento

el

el oydor, que ninguna vez avia ſido tan oydor como entonces. Solo llegò el Cura al punto, de quando los Franceſes deſpojàron à los Chriſtianos que en la barca venian, y la pobreza, y neceſſidad en que ſu camarada y la hermoſa Mora avian quedado; de los quales no avia ſabido en que avian parado, ni ſi avian llegado à Eſpaña, ò llevàdolos los Franceſes à Francia.

TODO lo que el Cura dezia, eſtàva eſcuchàndo algo de allì deſviàdo el capitan, y notàva todos los movimientos que ſu hermano hazìa: El qual, viendo que ya el Cura avia llegado al fin de ſu cuento, dando un grande ſuſpiro, y llenàndoſele los ojos de agua, dixo: O Señor, ſi ſupièſſedes las nuevas que me avèys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoſo dar mueſtras dello con eſtas làgrimas, que contra toda mi diſcrecion, y recato me ſalen por los ojos. Eſſe Capitan tan valeroſo, que dezis, es mi mayor hermano, el qual, como mas fuerte, y de mas altos penſamientos que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogiò el honroſo y digno exercicio de la guerra, que fuè uno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtro camarada en la conſeja, que à vueſtro parecer le oyſtes. Yo ſeguì el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han pueſto en el grado que me veys. Mi hermano menor eſtà en el Pirù tan rico, que con lo que ha embiado à mi padre, y à mi, ha ſatisfecho bien la parte que el ſe llevò, y aun dado à las manos de mi padre con que poder hartar ſu liberalidad natural. Y yo anſi miſmo hè podido con mas decencia y autoridad tratàrme en mis eſtudios, y llegar al pueſto en que me

me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deſsèo de ſaber de ſu hijo mayor; y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte ſus ojos, haſta que el vea con vida à los de ſu hijo; del qual me maravillo, ſiendo tan diſcreto, como en tantos trabajos, y afliciones, ò proſperos ſuceſſos ſe aya deſcuydado de dar noticia de ſi à ſu padre; que ſi el lo ſupièra, ò alguno de noſotros, no tuvièra neceſſidad de aguardàr al milagro de la Caña para alcançar ſu reſcàte. Pero de lo que yo aora me temo es, de pensàr, ſi aquellos Franceſes le avràn dado libertad, ò le avràn muerto por encubrir ſu hurto. Eſto todo ſerà que yo proſiga mi viage, no con aquel contento con que le comencè, ſino con toda melancolia y triſteza. O buen hermano mio, y quien ſupièra aora adonde eſtàvas, que yo te fuèra à buſcàr, y à libràr de tus trabajos, aunque fuèra à coſta de los mios! O quien llevàra nuevas à nueſtro viejo padre, de que tenias vida, aunque eſtuvièras en las mazmorras mas eſcondidas de Berberia, que de alli te ſacàran ſus riquezas, las de mi hermano y las mias? O Zorayda hermoſa y liberal, quien pudièra pagarte el bien, que à mi hermano hiziſte! Quien pudièra hallarſe al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto guſto à todos nos dièran! Eſtas y otras ſemejantes palabras dezia el oydor lleno de tanta compaſſion con las nuevas que de ſu hermano le avian dado, que todos los que le oỳan, le acompañavan en dar mueſtras del ſentimiento, que tenìan de ſu làſtima.

VIENDO, pues, el Cura, que tan bien avia ſalido con ſu intencion, y con lo que deſsèava el capitan, no quiſo tenerlos à todos mas tiempo triſtes; y aſſi ſe levantò de la meſa,

meſa, y entrando donde eſtàva Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella ſe vinièron Lucinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Eſtàva eſperando el capitan à ver lo que el Cura queria hazer; que fuè, que tomàndole à el aſſimeſmo de la otra mano, con entrambos à dos ſe fuè donde el Oydor y los demas Cavalleros eſtàvan, y dixo: Ceſſen, Señor Oydor, vueſtras làgrimas, y còlmeſe vueſtro deſsèo de todo el bien que acertàre à deſſear, pues tenèys delante à vueſtro buen hermano, y à vueſtra buena cuñada. Eſte que aqui vèys, es el Capitan Viedma, y eſta la hermoſa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceſes que os dixe, los puſièron en la eſtrecheza que veys, para que vos moſtrèys la liberalidad de vueſtro buen pecho. Acudiò el capitan à abraçar à ſu hermano, y el le puſo ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: Mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan eſtrechamente, derramando tan tiernas làgrimas de contento, que los mas que preſentes eſtàvan, le huvièron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos ſe dixèron, los ſentimientos que moſtràron, apenas, creo que pueden penſarſe, quanto mas eſcrivirſe. Alli en breves razones ſe dièron cuenta de ſus ſuceſſos: Alli moſtràron pueſta en ſu punto la buena amiſtad de dos hermanos: Alli abraçò el Oydor à Zorayda: Alli la ofreciò ſu hazienda: Alli hizo que la abraçàſſe ſu hija: Alli la Chriſtiana hermoſa, y la Mora hermoſiſſima renovàron las làgrimas de todos: Alli Don Quixote eſtàva atento ſin hablar palabra, conſiderando eſtos tan eſtraños ſuceſſos, atribuyèndolos todos à quimeras de la andante cavalleria. Alli concertàron, que el capitan y

Zorayda

Zorayda ſe bolvièſſen con ſu hermano à Sevilla, y aviſàſſen à ſu padre de ſu hallazgo y libertad, para que como pudièſſe, vinièſſe à hallarſe en las bodas, y bautiſmo de Zorayda, por no le ſer al Oydor poſſible dexar el camino que llevàva, à cauſa de tener nuevas, que de alli à un mes partia flota de Sevilla à la nueva Eſpaña; y fuèrale de grande incomodidad perder el viage. En reſolucion todos quedàron contentos y alegres del buen ſuceſſo del cautivo; y como ya la noche iva caſi en las dos partes de ſu Jornada, acordàron de recogerſe, y repoſar lo que della les quedàva. Don Quixote ſe ofreciò à hazer la guarda del caſtillo, porque de algun Gigante, ò otro mal andante Follon no fuèſſen acometidos, codicioſos del gran teſoro de hermoſura, que en aquel caſtillo ſe encerràva. Agradecièronſelo los que le conocian, y dièron al Oydor cuenta del humor eſtraño de Don Quixote, de que no poco guſto recibiò. Solo Sancho Pança ſe deſeſperàva con la tardança del recogimiento, y ſolo el ſe acomodò mejor que todos, echàndoſe ſobre los aparejos de ſu Jumento, que le coſtàron tan caros, como adelante ſe dirà. Recogidas, pues, las damas en ſu eſtancia, y los demàs acomodàndoſe como menos mal pudièron, Don Quixote ſe ſaliò fuera de la venta à hazer la centinela del caſtillo, como lo avia prometido.

Sucediò, pues, que faltando poco por venir el Alva, llegò à los oydos de las damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le preſtàſſen atento oydo, eſpecialmente Dorotea, que deſpièrta eſtàva, à cuyo lado dormìa doña Clara de Viedma (que aſſi ſe llamava la hija del Oydor.) Nadie podia imaginar, quien era la perſona

ſona que tan bien cantava, y era una voz ſola ſin que la acompañaſſe inſtrumento alguno. Unas vezes les parecia que cantàvan en el patio; otras, que en la cavalleriza. Y eſtando en eſta confuſion muy atentas, llegò à la puerta del apoſento Cardenio, y dixo: Quien no duerme eſcuche, que oyràn una voz de un moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya la oỳmos, Señor, reſpondiò Dorotea. Y con eſto ſe fuè Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion poſſible, entendiò, que lo que ſe cantàva era eſto.

CAPITULO XLIII.

Donde ſe cuenta la agradable hiſtoria del moço de mulas, con otros eſtraños acaecimientos en la vente ſucedidos.

MARINERO ſoy de amor,
Y en ſu pielago profundo
Navego ſin eſperança
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à una eſtrella,
Que deſde lexos deſcubro,
Mas bella y reſplandeciente,
Que quantas viò Palinuro.
Yo no sè adonde me guia,
Y aſſi navègo confuſo,
El alma à mirarla atenta,
Cuydadoſa, y con deſcuydo.
Recatos impertinentes,
Honeſtidad contra el uſo,
Son nubes que me la encùbren

Quando mas verla procuro.
O *Clara*, y luziente eſtrella,
En cuya lumbre me apuro;
Al punto que te me encubras,
Serà de mi muerte el punto.

Llegando el que cantàva à eſte punto, le pareciò à Dorotea, que no ſeria bien, que dexàſſe Clara de oyr una tan buena voz; y aſſi movièndola à una y otra parte, la deſpertò, dizièndole: Perdòname, niña, que te deſpièrto, pues lo hago, porque guſtes de oyr la mejor voz, que quiçà avràs oydo en toda tu vida. Clara deſpertò toda ſoñolienta, y de la primera vez no entendiò lo que Dorotea le dezia; y bolvièndoſelo à preguntar, ella ſe lo bolviò à dezir, por lo qual eſtùvo atenta Clara. Pero apenas hùvo oydo dos verſos, que el que cantava iva proſiguiendo, quando le tomò un temblor tan eſtraño, como ſi de algun grave accidente de quartana eſtuvièra enferma; y abraçàndoſe eſtrechamente con Dorotea, le dixo: Ay Señora de mi alma, y de mi vida, para que me deſpertàſtes? Que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora era, tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr à eſſe deſdichado muſico. Que es lo que dizes, niña? Mira, que dizen, que el que canta es un moço de mulas. No es ſino ſeñor de lugares, reſpondiò Clara, y el que el tiene en mi alma es con tanta ſeguridad, que ſi el no quiere dexalle, no le ſerà quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea de las ſentidas razones de la muchacha, parecièndole, que ſe aventajàvan en mucho à la diſcrecion que ſus pocos años prometian:

metian: Y aſſi le dixo: Hablays de modo, ſeñora Clara que no puedo entendèros: Declaràos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma y de lugares, y deſte muſico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder, por acudir à vueſtro ſobreſalto, el guſto que recibo de oyr al que canta, que me parece, que con nuevos verſos, y nuevo tono torna à ſu canto. Sea en buen hora, reſpondiò Clara; y por no oylle, ſe tapò con las manos entrambos oydos, de lo que tambien ſe admirò Dorotea; La qual eſtando atenta à lo que ſe cantàva, oyò que proſeguian en eſta manera.

Dulce eſperança mia
Que rompiendo impoſſibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu meſma te finges y aderezas,
No te deſmaye el verte
A cada paſſo junto al de tu muerte.
No alcançan Pereçoſos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ſer dichoſos
Los que no contraſtando à la fortuna,
Entregan deſvalidos
Al Ocio blando todos los ſentidos.
Que amor ſus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato juſto,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que ſe quilata por ſu guſto,
Y es coſa manifeſta,

Que no es de eſtima lo que poco cueſta.
Amoroſas porfias
Tal vez alcançan impoſſibles coſas
Y anſi aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultoſas,
No por eſſo rezelo
De no alcançar deſde la tierra el cielo.

Aqui diò fin la voz, y principio à nuevos ſollozos Clara: Todo lo qual encendia el deſsèo de Dorotea, que deſsèava ſaber la cauſa de tan ſuave canto, y de tan triſte lloro. Y aſſi le bolviò à preguntar, que era lo que le querìa dezir denantes? Entonces Clara, temeroſa de que Lucinda la oyèſſe, abraçando eſtrechamente à Dorotea, puſo ſu boca tan junto del oydo de Dorotea, que ſeguramente podìa hablar ſin ſer de otro ſentida; y aſſi le dixo: Eſte que canta, Señora mia, es un hijo de un Cavallero, natural del reyno de Aragon, Señor de dos lugares, el qual vivia frontero de la caſa de mi padre en la corte: Y aunque mi padre tenia las ventanas de ſu caſa con lienços en el invierno, y zeloſias en el verano, yo no sè lo que fuè, ni lo que no, que eſte cavallero, que andava al eſtudio, me viò, ni sè ſi en la Igleſia, ò en otra parte. Finalmente el ſe enamorò de mi, y me lo diò à entender deſde las ventanas de ſu caſa con tantas ſeñas, y con tantas làgrimas, que yo le hùve de creer, y aun querer ſin ſaber lo que me queria. Entre las ſeñas que me hazia era una, de juntarſe la una mano con la otra, dandome à entender, que ſe caſſarìa conmigo; y aunque yo me holgarìa mucho de que aſſi fuèra, como ſola

y

y ſin madre, no ſabia con quien comunicallo; y aſſi lo dexè eſtar ſin dalle otro favor, ſino era, quando eſtàva mi padre fuera de caſa, y el ſuyo tambien, alçar un poco el lienço, ò la zeloſia, y dexarme ver toda; de lo que el hazìa tanta fieſta, que dava ſeñales de bolvèrſe loco. Llegòſe en eſto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el ſupo, y no de mi, pues nunca pude dezirſelo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de peſadumbre; y aſſi el dia que nos partìmos, nunca pude verle para deſpedirme dèl, ſi quièra con los ojos. Pero à cabo de dos dias, que caminàvamos, al entrar de una poſada en un lugar una Jornada de aqui, le vì à la puerta del meſon pueſto en habito de moço de mulas, tan al natural, que ſi yo no le traxèra tan retratado en mi alma, fuèra impoſſible conocelle. Conocìle, admirème, y alegrème: El me mirò à hurto de mi padre, de quien el ſiempre ſe eſconde quando atravièſſa por delante de mi en los caminos, y en las poſadas do llegàmos. Y como yo sè quien es, y conſidero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muèrome de peſadumbre, y à donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No sè con que intencion viene, ni como ha podido eſcaparſe de ſu padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merèce, como lo verà vueſtra merced quando le vea. Y mas le sè dezir, que todo aquello que canta, lo ſaca de ſu cabeça; que he oydo dezir, que es muy gran eſtudiante y Poëta. Y ay mas, que cada vez que le veo, ò le oygo cantar, tiemblo toda, y me ſobreſalto, temeroſa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nueſtros deſsèos. En mi vida le hè hablado palabra,

bra, y con todo eſſo le quiero de manera, que no he de poder vivir ſin el. Eſto es, ſeñora mia, todo lo que os puedo dezir deſte muſico, cuya voz tanto os ha contentado, que en ſola ella echarèys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, ſino ſeñor de almas, y lugares, como yo os he dicho.

No digàys mas, ſeñora Doña Clara, dixo à eſta ſazon Dorotea, y eſto besàndola mil vezes. No digàys mas, digo, y eſperad que venga el nuevo dia, que yo eſpero en Dios de encaminar de manera vueſtros negocios, que tengan el felice fin, que tan honeſtos principios merecen. Ay ſeñora, dixo Doña Clara! que fin ſe puede eſperar, ſi ſu padre es tan principal, y tan rico, que le parecerà, que aun yo no puedo ſer criada de ſu hijo, quanto mas eſpoſa? Pues caſarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto ay en el mundo. No querria ſino que eſte moço ſe bolvièſſe, y me dexàſſe, que con no velle, y con la gran diſtancia del camino que llevàmos, ſe me aliviarìa la pena que aora llevo; aunque sè dezir, que eſte remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No sè que diablos ha ſido eſto, ni por donde ſe ha entrado eſte amor que le tengo, ſiendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, que en verdad que creo, que ſomos de una meſma edad, y que yo no tengo cumplidos diez y ſeys años, que para el dia de San Miguel que vendrà, dize mi padre, que los cumplo. No pudo dexar de reyrſe Dorotea oyendo quan como niña hablava Doña Clara, à quien dixo: Reposèmos, ſeñora, lo poco, que creo, que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos, ò mal me andaràn las manos.

SOSSEGÀRONSE con eſto, y en toda la venta ſe guardava un grande ſilencio; ſolamente no dormia la hija de la ventera, y Maritornes ſu criada: Las quales, como yà ſabìan el humor de que pecava Don Quixote, y que eſtàva fuera de la venta armado y à cavallo haziendo la guarda, determinàron las dos de hazerle alguna burla, ò alomenos de paſſar un poco el tiempo, oyèndole ſus diſparates.

Es, pues, el caſo, que en toda la venta no avia ventana que ſalièſſe al campo, ſino un agujero de un pajar por donde echàvan la paja por de fuera. A eſte agujero ſe puſièron las dos ſemidonzellas, y vièron que Don Quixote eſtàva à cavallo, recoſtado ſobre ſu lançon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos ſuſpiros, que parecìa, que con cada uno ſe le arrancàva el alma: Y aſſi meſmo oyèron, que dezia con voz blanda, regalada y amoroſa: O mi ſeñora Dulcinea del Toboſo, eſtremo de toda hermoſura, fin y remate de la diſcrecion, archivo del mejor donayre, depoſito de la honeſtidad, y ultimamente idea de todo lo provechoſo, honeſto y deleytable que ay en el mundo! y que farà agora la tu merced? Si tendràs por ventura las mientes en tu cautivo cavallero, que à tantos peligros, por ſolo ſervirte, de ſu voluntad ha querido ponerſe? Dame tu nuevas della, ò luminaria de las tres caras! quiçà con envidia de la ſuya, la eſtas aora mirando, que, ò paſſeàndoſe por alguna galeria de ſus ſumptuoſos palacios, ò ya pueſta de pechos ſobre algun balcon, eſtà conſiderando, como (ſalva ſu honeſtidad y grandeza) ha de amanſar la tormenta, que por ella eſte mi cuytado coraçon padece? que gloria ha de dar à mis penas? Que ſoſſiego à mi cuydado?

dado? Y finalmente, que vida à mi muerte y que premio à mis ſervicios? Y tu Sol, que ya deves de eſtar aprieſſa enſillando tus cavallos por madrugar, y ſalir à ver à mi ſeñora; aſſi como la veas, ſuplìcote, que de mi parte la ſaludes; pero guàrdate que al verla y ſaludarla, no le dès paz en el roſtro; que tendrè mas Zelos de ti, que tu los tuvìſtes de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo ſudar, y correr por los campos de Teſalia, ò por las riberas de Peneo (que no me acuerdo bien por donde corriſte entonces) Zeloſo y enamorado.

A eſte punto llegàva entonces Don Quixote en ſu tan laſtimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò à cecear, y à dezirle: Señor mio, llègueſe acà la vueſtra merced, ſi es ſervido. A cuyas ſeñas y voz bolviò Don Quixote la cabeça, y viò à la luz de la Luna, que entonces eſtàva en toda ſu claridad, como le llamàvan del agujero, que à el le pareciò ventana, y aun con rejas doradas, como conviène que las tengan tan ricos caſtillos como el ſe imaginàva, que era aquella venta; y luego al inſtante ſe le repreſentò en ſu loca imaginacion, que otra vez como la paſſada, la donzella fermoſa, hija del ſeñor de aquel caſtillo, vencida de ſu amor, tornàva à ſolicitarle: Y con eſte penſamiento, por no moſtràrſe deſcortès y deſagradecìdo, bolviò las riendas à Rozinante, y ſe llegò al agujero; y aſſi como viò à las dos moças, dixo: Làſtima os tengo fermoſa ſeñora, de que ayàdes puеſto vueſtras amoroſas mientes en parte donde no es poſſible correſpondèros conforme merece vueſtro gran valor, y gentileza; de lo que no devèys dar culpa à eſte miſerable amante cavallero,

ero, à quien tiene amor impoſſibilitado de poder entregar ſu voluntad à otra, que à aquella, que en el punto que ſus ojos la vièron, la hizo ſeñora abſoluta de ſu alma. Perdonadme, buena Señora, y recogèos en vueſtro apoſento, y no queràys con ſignificarme mas vueſtros deſsèos, que yo me mueſtre mas deſagradecido; y ſi del amor que me tenèys, hallàys en mi otra coſa con que ſatisfazèros, que el miſmo amor no ſea, pedìdmela, que yo os juro por aquella auſente enemiga dulce mia, de dàroſla en continente, ſi bien me pidièſſedes una guedeja de los cabellos de Meduſa, que eran todos culebras; ò ya los meſmos rayos del Sol encerrados en una redoma. No ha meneſter nada deſso mi ſeñora, ſeñor cavallero, dixo à eſte punto Maritornes. Pues que ha meneſter, diſcreta dueña, vueſtra ſeñora? preguntò Don Quixote. Sola una de vueſtras hermoſas manos, dixo Maritornes, por poder deſahogar con ella el gran deſsèo que à eſte agujero la ha traydo tan à peligro de ſu honor, que ſi ſu Señor padre la huvièra ſentido, la menor tajada della, fuèra la oreja. Ya quiſièra yo ver eſſo, reſpondiò Don Quixote; pero el ſe guardarà bien deſso, ſi ya no quière hazer el mas deſaſtrado fin que padre hizo en el mundo, por aver pueſto las manos en los delicados miembros de ſu enamorada hija. Pareciòle à Maritornes, que ſin duda Don Quixote darìa la mano que le avia pedido, y proponiendo en ſu penſamiento lo que avia de hazer, ſe baxò del agujero, y ſe fuè à la cavalleriza donde tomò el cabeſtro del jumento de Sancho Pança, y con mucha preſteza ſe bolviò à ſu agujero à tiempo que Don Quixote ſe avia pueſto de pies ſobre la ſilla de rozinante por alcançar à la ventana

enrejada donde ſe imaginàva eſtàr la ferida donzella ; y al darle la mano dixo : Tomad, ſeñora, eſſa mano, ò por mejor dezir, eſſe verdugo de los malhechores del mundo : Tomad eſſa mano, digo, à quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera poſſeſſion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beſèys, ſino para que mirèys la conteſtura de ſus nervios, la trabazon, de ſus muſculos, la anchura y eſpacioſidad de ſus venas, de donde ſacarèys, que tal deve ſer la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo verèmos, dixo Maritornes, y haziendo una lazada correditza al cabeſtro, ſe la hechò à la muñeca ; y baxàndoſe del agujero, atò lo que quedava al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemènte. Don Quixote, que ſintiò la aſpereza del cordel en ſu muñeca, dixo : Mas parece que vueſtra merced me ralla, que no que me regala la mano : No la tratèys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze ; ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vueſtro enojo. Mirad que quien quiere bien, no ſe venga tan mal. Pero todas eſtas razones de Don Quixote ya no las eſcuchàva nadie, porque aſſi como Maritornes le atò, ella y la otra ſe fuèron muertas de riſa, y le dexàron aſido de manera, que fuè impoſſible ſoltàrſe.

Estàva, pues, como ſe ha dicho, de pies ſobre rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandiſſimo temor y cuydado, que ſi Rozinante ſe deſviàva à un cabo, ò à otro, avia de quedar colgado del braço ; y aſſi no osàva hazer movimiento alguno ; pueſto que de la paciencia y quietud de rozinante, bien ſe podia eſperàr, que eſtarìa ſin movèrſe

vèrſe un ſiglo entero. En reſolucion vièndoſe Don Quixote atado, y que ya las damas ſe avian ido, ſe diò à imaginar, que todo aquello ſe hazìa por via de encantamiento como la vez paſſada, quando en aquel meſmo caſtillo le moliò aquel moro encantado del arriero; y maldezia entre ſi ſu poca diſcrecion, y diſcurſo; pues aviendo ſalido tan mal la vez primera de aquel caſtillo, ſe avia aventuràdo à entrar en èl la ſegunda; ſiendo advertimiento de cavalleros andantes, que quando han provado una aventura, y no ſalido bien con ella, es ſeñal, que no eſtà para ellos guardada, ſino para otros, y aſſi no tienen neceſſidad de provarla ſegunda vez. Con todo eſto tiràva de ſu braço, por ver ſi podia ſoltarſe, mas eſtàva tan bien aſido, que todas ſus pruevas fuèron en vano. Bien es verdad, que tiràva con tiento, porque rozinante no ſe movièſſe; y aunque el quiſièra ſentàrſe, y ponerſe en la ſilla, no podia, ſino eſtar en pie, ò arrancarſe la mano. Alli fuè el deſsèar de la eſpada de Amadis contra quien no tenia fuerça encantamiento alguno. Alli fuè el maldezir de ſu fortuna. Alli fuè el exagerar la falta que hazìa en el mundo ſu preſencia el tiempo que alli eſtuvièſſe encantado, que ſin duda alguna ſe avia creydo que lo eſtàva. Alli el acordarſe de nuevo de ſu querida Dulcinea del Toboſo. Alli fuè el llamar à ſu buen eſcudero Sancho Pança, que ſepultado en ſueño, y tendido ſobre el albarda de ſu jumento no ſe acordàva en aquel inſtante de la madre que lo avia parido. Alli llamò à los ſabios Lirgandeo, y Alquiſe, que le ayudàſſen. Alli invocò à ſu buena amiga Urganda, que le ſocorrièſſe. Y finalmente alli le tomò la mañana tan deſeſperado

rado y confuſo, que bramàva como un toro, porque no eſperava el, que con el dia ſe remediarìa ſu cuyta, porque la tenia por eterna, tenièndoſe por encantado: Y hazìale creer eſto, ver que rozinante poco, ni mucho ſe movia, y creỳa, que de aquella fuerte ſin comer, ni beber, ni dormir avìan de eſtar el y ſu cavallo haſta que aquel mal influxo de las eſtrellas ſe paſsàſſe, ò haſta que otro mas ſabio encantador le deſencantàſſe. Pero engañòſe mucho en ſu creencia, porque à penas començò à amanecer, quando llegàron à la venta quatro hombres de à cavallo muy bien pueſtos y adereçados, con ſus eſcopetas ſobre los arzones. Llamàron à la puerta de la venta, que aun eſtàva cerrada, con grandes golpes: Lo qual viſto por Don Quixote deſde donde aun no dexàva de hazer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: Cavalleros, ò eſcuderos, ò quien quièra que ſeàys, no teneys para que llamar à las puertas deſte caſtillo, que aſaz de claro eſtà, que à tales horas, ò los que eſtàn dentro duèrmen, ò no tienen por coſtumbre de abrirſe las fortalezas haſta que el Sol eſtè tendido por todo el ſuelo. Deſviàos à fuera, y eſperad que aclare el dia, y entonces verèmos, ſi ſerà juſto, ò no, que os abran. Que diablos de fortaleza, ò caſtillo es eſte, dixo uno, para obligarnos à guardar eſſas ceremonias? Si ſoys el ventero, mandad que nos abran, que ſomos caminantes, que no querèmos mas que dar cevada à nueſtras cavalgaduras, y paſſar adelante, porque vamos de prièſſa. Parèceos, cavalleros, que tengo yo talle de ventero? reſpondiò Don Quixote. No sè de que teneys talle, reſpondiò el otro, pero sè que dezys diſparates en llamar caſtillo à eſta venta. Caſtillo es, replicò

Don

Don Quixote, y aun de los mejores deſta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeça. Mejor fuèra al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano; y ſerà, ſi à mano viene, que deve de eſtar dentro alguna compañia de repreſentantes, de los quales es tener à menudo eſſas coronas, y cetros que dezis; porque en una venta tan pequeña, y à donde ſe guarda tanto ſilencio, como eſta, no creo yo, que ſe alojan perſonas dignas de corona y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò Don Quixote, pues ignorays los caſos que ſuelen ſuceder y acontecer en la cavalleria andante. Cansàvanſe los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote paſsàva, y aſſi tornàron à llamar con grande furia; y fuè de modo, que el ventero deſpertò, y aun todos quantos en la venta eſtàvan, y aſſi ſe levantò à preguntar quien llamava?

Sucedió en eſte tiempo, que una de las cavalgaduras, en que venian los quatro que llamàvan, ſe llegò à oler à Rozinante, que melancolico y triſte con las orejas caydas ſoſtenia ſin moverſe à ſu eſtirado ſeñor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de reſentirſe, y tornar à oler à quien le llegava à hazer caricias; y aſſi no ſe hùvo movido tanto quanto, quando ſe deſviàron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la ſilla, dièran con el en el ſuelo, à no quedar colgado del braçò: Coſa que le causò tanto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortàvan, ò que el braço ſe le arrancàva, porque el quedò tan cerca del ſuelo, que con los eſtremos de las puntas de los pies beſava la tierra, que era en ſu perjuyzio; porque

porque como ſentìa lo poco que le faltàva para poner las plantas en la tierra, fatigàvaſe, y eſtiràvaſe quanto podia por alcançar al ſuelo: Bien aſſi como los que eſtàn en el tormento de la garrucha, pueſtos à toca no toca, que ellos meſmos ſon cauſa de acrecentar ſu dolor con el ahinco que ponen en eſtiràrſe, engañados de la eſperança que ſe les repreſenta, que con poco mas que ſe eſtìren, llegaràn al ſuelo.

CAPITULO XLIV.

Donde ſe proſiguen los inauditos ſuceſſos de la venta.

EN efeto fuèron tantas las vozes que Don Quixote diò, que abriendo de preſto las puertas de la venta, ſaliò el ventero deſpavorìdo à ver quien tales gritos dava, y los que eſtàvan fuera hizièron lo miſmo. Maritornes que ya avia deſpertado à las miſmas vozes, imaginando lo que podia ſer, ſe fuè al pajar, y deſatò, ſin que nadie lo vièſſe, el cabeſtro que à Don Quixote ſoſtenìa, y el diò luego en el ſuelo à viſta del ventero, y de los caminantes, que, llegàndoſe à el, le preguntàron: Que tenia, que tales vozes dava? El, ſin reſponder palabra, ſe quitò el cordel de la muñeca, y levantàndoſe en pie, ſubiò ſobre Rozinante, embraçò ſu adarga, enriſtrò el lançon, y tomando buena parte del campo, bolviò à medio galope, diziendo: Qualquiera que dixère, que yo he ſido con juſto titulo encantado (como mi ſeñora la Princeſa Micomicona me dè licencia para ello) yo le deſmiento, reto y deſafìo à ſingular batalla. Admirados ſe quedàron los nuevos Caminantes de las

las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitò de aquella admiracion, dizièndoles, que era Don Quixote, y que no avia que hazer caſo dèl, porque eſtàva fuera de juyzio. Preguntàronle al ventero, ſi à caſo avia llegado à aquella venta un muchacho de haſta edad de quinze años, que venia veſtido como moço de mulas, de tales y tales ſeñas, dando las meſmas que traỳa el amante de Doña Clara. El ventero reſpondiò, que avia tanta gente en la venta, que no avia echado de ver en el que preguntàvan. Pero aviendo viſto uno dellos el coche, donde avia venido el Oydor, dixo: Aqui deve de eſtar ſin duda, porque eſte es el coche que el, dizen, que ſigue. Quèdeſe uno de noſotros à la puerta, y entren los demas à buſcarle; y aun ſerìa bien, que uno de noſotros rodeàſſe toda la venta, porque no ſe fuèſſe por las bardas de los corrales. Aſſi ſe harà, reſpondiò uno dellos, y entràndoſe los dos dentro, uno ſe quedò à la puerta, y el otro ſe fuè à rodear la venta: Todo lo qual veỳa el ventero, y no ſabia atinar para que ſe hazian aquellas diligencias, pueſto que bien creyò, que buſcàvan aquel moço, cuyas ſeñas le avian dado. Ya à eſta ſazon aclaràva el dia, y aſſi por eſto, como por el ruydo que Don Quixote avia hecho, eſtàvan todos deſpièrtos, y ſe levantàvan, eſpecialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con el Sobreſalto de tener tan cerca à ſu amante, y la otra con el deſsèo de verle, avian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que viò, que ninguno de los quatro caminantes hazia caſo dèl, ni le reſpondìan à ſu demanda, morìa y rabiàva de deſpecho, y ſaña; y ſi el hallàra en las Ordenanças de ſu cavalleria, que licitamente podia el cavallero

vallero andante tomar armas, y emprender otra empreſa, aviendo dado ſu palabra y fè de no ponerſe en ninguna, haſta acabar la que avia prometido, el embiſtièra con todos, y les hizièra reſponder mal de ſu grado. Pero por parecerle no convenirle, ni eſtarle bièn començar nueva empreſa, haſta poner à Micomicona en ſu Reyno, hùvo de callar y eſtàrſe quedo, eſperàndo à ver en que paràvan las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales hallò al mancebo, que buſcàva, durmiendo al lado de un moço de mulas, bien deſcuydàdo de que nadie, ni le buſcàſſe, ni menos de que le hallàſſe. El hombre le travò del braço, y le dixo: Por cierto, Señor Don Luys, que reſponde bien à quien vos ſoys el habito que tenèys; y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vueſtra madre os criò. Limpiòſe el moço los ſoñolientos ojos, y mirò de eſpacio al que le tenia aſido, y luego conociò que era criado de ſu padre, de que recibiò tal ſobreſalto, que no acertò, ò no pudo hablarle palabra por un buen eſpacio; y el criado proſiguiò, diziendo: Aqui no ay que hazer otra coſa, Señor Don Luys, ſino preſtar paciencia, y dar la buelta à caſa, ſi ya vueſtra merced no guſta, que ſu padre y mi ſeñor la dè al otro mundo, porque no ſe puede eſperar otra coſa de la pena con que queda por vueſtra auſencia. Pues como ſupo mi padre, dixo Don Luys, que yo venìa eſte camino, y en eſte trage? Un eſtudiante, reſpondiò el criado, à quien diſtes cuenta de vueſtros penſamientos, fuè el que lo deſcubriò, movido à laſtima de las que viò que hazia vueſtro padre, al punto que os echò menos; y aſſi deſpachò à quatro de ſus criados en vueſtra buſca, y todos eſtàmos

tàmos aqui à vueſtro ſervicio mas contentos de lo que imaginàrſe puede, por el buen deſpacho con que tornarèmos, llevàndoos à los ojos que tanto os quieren. Eſſo ſerà como yo quiſière, ò como el Cielo lo ordenàre, reſpondiò Don Luys. Que avèys de querer, ò que ha de ordenar el Cielo, fuera de conſentìr en bolvèros, dixo el criado, porque no ha de ſer poſſible otra coſa?

TODAS eſtas razones que entre los dos paſsàvan, oyò el moço de mulas, junto à quien Don Luys eſtàva; y levantàndoſe de alli, fuè à dezir lo que paſsàva à Don Fernando y à Cardenio, y à los demàs que ya veſtido ſe avian; à los quales dixo, como aquel hombre llamàva de Don à aquel muchacho, y las razones que paſsàvan, y como le querìa bolver à caſa de ſu padre, y el moço no queria: Y con eſto, y con lo que dèl ſabìan de la buena voz que el Cielo le avia dado, vinièron todos en gran deſsèo de ſaber mas particularmente, quien era, y aun de ayudarle, ſi alguna fuerça le quiſièſſen hazer; y aſſi ſe fuèron hàzia la parte donde aun eſtàva hablando, y porfiando con ſu criado. Salìa en eſto Dorotea de ſu apoſento, y tras ella Doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea à Cardenio à parte, le contò en breves razones la hiſtoria del muſico, y de doña Clara, à quien el tambien dixo lo que paſsàva de la venida à buſcarle los criados de ſu padre; y no ſe lo dixo tan callando, que lo dexàſſe de oyr Clara, de lo que quedò tan fuera de ſi, que ſi Dorotea no llegàra à tenerla, dièra conſigo en el ſuelo. Cardenio dixo à Dorotea, que ſe bolvièſſen al apoſento, que el procurarìa poner remedio en todo, y ellas lo hizièron. Ya eſtàvan todos los quatro, que

venìan à buſcar à Don Luys, dentro de la venta, y rodeàdos dèl, perſuadièndole, que luego ſin detenerſe un punto, bolvièſſe à conſolar à ſu padre. El reſpondiò, que en ninguna manera lo podia hazer, haſta dar fin à un negocio en que le iva la vida, la honra y el alma. Apretàronle entonces los criados, dizièndole, que en ningun modo bolverìan ſin el, y que lo llevarìan, quiſièſſe, ò no quiſièſſe. Eſſo no harèys voſotros, replicò Don Luys, ſino es llevàndome muerto; aunque de qualquiera manera que me llevèys, ſerà llevàrme ſin vida. Ya à eſta ſazon avìan acudido à la porfia todos los mas que en la venta eſtàvan, eſpecialmente Cardenio, Don Fernando, ſus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que ya le pareciò que no avia neceſſidad de guardar mas el caſtillo. Cardenio, como aquel que ya ſabia la hiſtoria del moço, preguntò à los que llevàrle querìan, que que les movia à querer llevar contra ſu voluntad aquel muchacho? Muèvenos, reſpondiò uno de los quatro, dar la vida à ſu padre, que por la auſencia deſte Cavallero queda à peligro de perdella. A eſto dixo Don Luys: No ay para que ſe dè cuenta aqui de mis coſas: Yo ſoy libre, y bolverè ſi quiero, y me dière guſto; y ſino ninguno de voſotros me ha de hazer fuerça. Haràſela à vueſtra merced la razon, reſpondiò el hombre, y quando ella no baſtàre con vueſtra merced, baſtarà con noſotros para hazer à lo que venìmos, y lo que ſomos obligados. Sepàmos, que es eſto, de rayz, dixo à eſte tiempo el Oydor. Pero el hombre, que le conociò como vezino de ſu caſa, reſpondiò: No conoce vueſtra merced, ſeñor Oydòr à eſte cavallero, que es el hijo de ſu vezino,

vezino, el qual ſe ha auſentado de caſa de ſu padre en el habito tan indecente à ſu calidad como vueſtra merced puede ver? Miròle entonces el Oydor mas atentamente, y conociòle, y abraçàndole, dixo: Que niñerias ſon eſtas, Señor Don Luys? O que cauſas tan poderoſas, que os ayan movido à venir deſta manera, y en eſte trage, que dize tan mal con la calidad vueſtra? Al moço ſe le vinièron las lagrimas à los ojos, y no pudo reſponder palabra al Oydor: El qual dixo à los quatro, que ſe ſoſſegàſſen, que todo ſe harìa bien; y tomando por la mano à Don Luys, le apartò à una parte, y le preguntò, que venida avia ſido aquella? En tanto que le hazìa eſtas y otras preguntas, oyèron grandes vozes à la puerta de la venta, y era la cauſa dellas, que dos hueſpedes, que aquella noche avian alojado en ella, viendo à toda la gente ocupada en ſaber lo que los quatro buſcàvan, avian intentado irſe ſin pagar lo que devìan: Mas el ventero, que atendia mas à ſu negocio, que à los agenos, les aſio al ſalir de la puerta, y pidiò ſu paga, y les afeò ſu mala intencion con tales palabras, que les moviò à que le reſpondièſſen con los puños; y aſſi le començàron à dar tal mano, que el pobre ventero tùvo neceſſidad de dar vozes, y pedir ſocorro. La ventera y ſu hija no vièron à otro mas deſocupado para poder ſocorrerle que à Don Quixote, à quien la hija de la ventera dixo: Socorra vueſtra merced, ſeñor cavallero, por la virtud que Dios le diò, à mi pobre padre, que dos malos hombres le eſtan moliendo como à cibera. A lo qual le reſpondiò Don Quixote muy de eſpacio y con mucha flema: fermoſa donzella, no hà lugar por aora vueſtra peticion,

porque eſtoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no dière cima à una en que mi palabra me ha pueſto: Mas lo que yo podrè hazer por ſerviros, es lo que aora dirè: Corred y dezid à vueſtro padre que ſe entretenga en eſſa batalla lo mejor que pudière, y que no ſe dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princeſa Micomicona para poder ſocorrerle en ſu cuyta; que ſi ella me la dà, tened por cierto, que yo le ſacarè della. Pecadora de mi, dixo à eſto Maritornes que eſtàva delante, primero que vueſtra merced alcance eſſa licencia que dize, eſtarà ya mi ſeñor en el otro mundo. Dadme vos, ſeñora, que yo alcance la licencia que digo, reſpondiò Don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caſo, que eſtè en el otro mundo, que de alli le ſacarè à peſar del miſmo mundo que lo contradiga; ò por lo menos os darè tal vengança de los que allà le huvièren embiàdo, que quedèys mas que medianamente ſatisfechas. Y ſin dezir mas ſe fuè à poner de hinojos ante Dorotea, pidièndole con palabras cavalleroſas, y andanteſcas, que la ſu grandeza fuèſſe ſervida, de darle licencia de acorrer y ſocorrer al caſtellano de aquel caſtillo, que eſtàva pueſto en una grave mengua. La Princeſa ſe la diò de buen talante; y el luego, embraçando ſu adarga, y poniendo mano à ſu eſpada, acudiò à la puerta de la venta, à donde aun toda via trayan los dos hueſpedes à mal traer al ventero; pero aſſi como llegò, embaçò, y ſe eſtùvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le dezian, que en que ſe detenia, que ſocorrièſſe à ſu ſeñor y marido. Detèngome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano à la eſpada contra gente eſcuderil; pero llamadme

madme aqui à mi eſcudero Sancho, que à el toca y atañe eſta defenſa y vengança. Eſto paſsàva en la puerta de la venta, y en ella andavan las puñadas y moxicones muy en ſu punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y ſu hija, que ſe deſeſperàvan de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo paſsàva ſu marido, ſeñor, y padre. Pero dexèmoſle aqui, que no faltarà quien le ſocòrra, ò ſino, ſufra, y calle el que ſe atreve à mas de lo que ſus fuerças le prometen; y bolvàmonos atràs cinquenta paſſos à ver, que fuè lo que Don Luys reſpondiò al Oydor, que le dexàmos à parte, preguntàndole la cauſa de ſu venida à pie, y de tan vil trage veſtido.

A lo qual el moço, aſièndole fuertemente de las manos, como en ſeñal de que algun gran dolor le apretàva el coraçon, y derramando làgrimas en abundancia, le dixo: ſeñor mio, yo no sè dezìros otra coſa, ſino que deſde el punto que quiſo el cielo, y facilitò nueſtra vezindad, que yo vièſſe à mi ſeñora Doña Clara, hija vueſtra, y ſeñora mia, deſde aquel inſtante la hize dueño de mì voluntad; y ſi la vueſtra, verdadero ſeñor, y padre mio, no lo impide, en eſte miſmo dia ha de ſer mi eſpoſa. Por ella dexè la caſa de mi padre, y por ella me puſe en eſte trage, para ſeguirla donde quièra que fuèſſe, como la ſaëta al blanco, ò como el marinero al norte. Ella no ſabe de mis deſsèos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que deſde lexos ha viſto llorar mis ojos. Ya, ſeñor, ſabèys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo ſoy ſu ùnico heredero: Si os parece que eſtas ſon partes para que os aventurèys à hazèrme en todo venturoſo, recibidme luego

por

por vueſtro hijo; que ſi mi padre, llevado de otros deſignios ſuyos, no guſtàre deſte bien que yo ſupe buſcarme, mas fuerça tiene el tiempo para deſhazer y mudar las coſas, que las humanas voluntades. Callò, en diziendo eſto el enamorado mancebo; y el Oydor quedò en oyrle ſuſpenſo, confuſo, y admirado, aſſi de aver oydo el modo y la diſcrecion con que Don Luys le avia deſcubièrto ſu penſamiento, como de verſe en punto, que no ſabia el que poder tomar en tan repentino, y no eſperado negocio; y aſſi no reſpondiò otra coſa, ſino que ſe ſoſſegàſſe por entonces, y entretuvièſſe à ſus criados, que por aquel dia no le bolvièſſen, porque ſe tuvièſſe tiempo para conſiderar lo que mejor à todos eſtuvièſſe. Besòle las manos por fuerça Don Luys, y aun ſe las bañò con làgrimas: Coſa que pudièra enternecer un coraçon de marmol, no ſolo el del Oydor, que como diſcreto ya avia conocido, quan bien le eſtàva à ſu hija aquel matrimonio: Pueſto que ſi fuèra poſſible, lo quiſièra efectuar con voluntad del padre de Don Luys, del qual ſabia, que pretendia hazer de tìtulo à ſu hijo.

Ya à eſta ſazon eſtàvan en paz los hueſpedes con el ventero, pues por perſuaſion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le avian pagado todo lo que el quiſo; y los criados de Don Luys aguardàvan el fin de la platica del Oydor, y la reſolucion de ſu amo: Quando el demonio, que no duerme, ordenò, que en aquel meſmo punto entrò en la venta el barbero, à quien Don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del aſno, que trocò con los del ſuyo: El qual barbero,

barbero, llevando ſu jumento à la cavalleriza, viò à Sancho Pança, que eſtàva adereçando no sè que de la albarda, y aſſi como la viò, la conociò, y ſe atreviò à arremeter à Sancho, diziendo: A Don Ladron, que aqui os tengo! Venga mi bazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robaſtes. Sancho, que ſe viò acometer tan de improviſo, y oyò los vituperios que le dezian, con la una mano aſiò de la albarda, y con la otra diò un moxicòn al barbero, que le bañò los dientes en ſangre: Pero no por eſto dexò el barbero la preſa que tenia hecho en la albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudièron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la juſticia, que ſobre cobrar mi hazienda, me quiere matar eſte ladron ſalteador de caminos. Mentis, reſpondiò Sancho, que yo no ſoy ſalteador de caminos, que en buena guerra ganò mi ſeñor Don Quixote eſtos deſpojos. Ya eſtàva Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien ſe defendia y ofendia ſu eſcudero, y tùvole deſde alli adelante por hombre de pro; y propùſo en ſu coraçon de armarle cavallero en la primera ocaſion que ſe le ofrecièſſe, por parecerle, que ſerìa en el bien empleada la orden de la cavalleria. Entre otras coſas que el barbero dezia en el diſcurſo de la pendencia, vino à dezir: Señores, aſſi eſta albarda es mia, como la muerte que devo à Dios, y aſſi la conozco, como ſi la huvièra parido, y ayà eſtà mi aſno en el eſtablo, que no me dexarà mentir; ſino pruèvenſela, y ſino le vinière pintiparada, yo quedarè por infame: Y ay mas; que el miſmo dia que ella ſe me quitò, me quitàron tambien una bazìa de açòfar nueva, que no ſe avia eſtrenado,

que

que era ſeñora de un eſcudo. Aqui no ſe pudo contener Don Quixote, ſin reſponder; y ponièndoſe entre los dos, y apartàndolos, depoſitando la albarda en el ſuelo, que la tuvièſſe de manifieſto haſta que la verdad ſe declaràſſe, dixo: Porque vèan vueſtras mercedes clara y manifieſtamente el error en que eſtà eſte buen eſcudero, pues llama bazìa à lo que fuè, es, y ſerà yelmo de Mambrino, al qual ſe le quitè yo en buena guerra, y me hize ſeñor dèl con legìtima, y lìcita poſſeſſion. En lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello ſabrè dezir es, que mi eſcudero Sancho me pidiò licencia para quitar los jaezes del cavallo deſte vencido cobarde, y con ellos adornar el ſuyo: Yo ſe la dì, y el los tomò, y de averſe convertido de Jaez en albarda, no ſabrè dar otra razon ſino es la ordinaria, que como eſſas transformaciones ſe vèen en los ſuceſſos de la cavalleria: Para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y ſaca aqui el yelmo, que eſte buen hombre dize ſer bazìa. Par diez, ſeñor, dixo Sancho, ſino tenèmos otra prueva de nueſtra intencion, que la que vueſtra merced dize, tan bazìa es el yelmo de Mambrino, como el jaez deſte buen hombre, albarda. Haz lo que te mando, replicò Don Quixote, que no todas las coſas deſte caſtillo han de ſer guiadas por encantamiento. Sancho fuè à dò eſtàva la bazìa, ò yelmo de Mambrino, como ſu amo dezia, y la trùxo: Y aſſi como Don Quixote la viò, la tomò en las manos, y dixo: Miren vueſtras mercedes, con que cara podrà dezir eſte eſcudero, que eſta es bazìa, y no el yelmo que yo he dicho? Y juro por la orden de cavalleria que profeſſo, que eſte yelmo fuè el miſmo que yo le quitè, ſin aver

añadido

dome ſiempre al mejor entendimiento) que eſta pieça que eſtà aqui delante, y que eſte buen ſeñor tiene en las manos, no ſolo no es bazia de barbero, pero eſtà tan lexos de ſerlo, como eſtà lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. Tambien digo, que eſte, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babèra. Aſſi es dixo el Cura, que ya avia entendido la intencion de ſu amigo el barbero, y lo miſmo confirmò Cardenio, Don Fernando y ſus camaradas; y aun el Oydor, ſino eſtuvièra tan penſatìvo con el negocio de Don Luys, ayudàra por ſu parte à la burla: Pero las veras de lo que pensàva le tenian tan ſuſpenſo, que poco ò nada atendia à aquellos donayres. Vàlame Dios, dixo à eſta ſazon el barbero burlado; Que es poſſible que tanta gente honrada diga, que eſta no es bazìa, ſino yelmo? Coſa parece eſta, que puede poner en admiracion à toda una univerſidad por diſcreta que ſea: Baſta; ſi es que eſta bazìa es yelmo, tambien deve de ſer eſta albarda jaèz de cavallo, como eſte ſeñor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en eſſo no me entremeto de que ſea albarda ò jaez. No eſtà en mas, dixo el Cura, que en dezirlo el ſeñor Don Quixote; que en eſtas coſas de la cavalleria, todos eſtos ſeñores y yo le dàmos la ventaja. Por Dios, ſeñores mios, dixo Don Quixote, que ſon tantas, y tan eſtrañas las coſas, que en eſte caſtillo, en dos vezes que en èl he alojado, me han ſucedido, que no me atrèva à dezir afirmativamènte ninguna coſa de lo que, acerca de lo que en èl ſe contiene, ſe me preguntàre; porque imagino que quanto en

el

el ſe trata và por via de encantamiento. La primera vez me fatigò mucho un Moro encantado, que en èl àv, y à Sancho no le fuè muy bien con otros ſus ſequazes; y à noche eſtùve colgado deſte braço caſi dos horas, ſin ſaber como ni como no, vine à caer en aquella deſgracia. Aſſi que ponerme yo aora en coſa de tanta confuſion à dar mi parecer, ſerà caer en juyzio temerario. En lo que toca, à lo que dizen, que eſta es bazìa, y no yelmo, yà yo tengo reſpondido: Pero en lo de declarar, ſi eſſa es albarda ò jaez, no me atrevo à dar ſentencia difinitiva; ſolo lo dexo al buen parecer de vueſtras mercedes; quiçà por no ſer armados cavalleros, como yò lo ſoy, no tendràn que ver con vueſtras mercedes los encantamientos deſte lugar, y tendràn los entendimientos libres, y podràn juzgar de las coſas deſte caſtillo como ellas ſon real, y verdaderamènte, y no como à mi me parecen. No ay duda, reſpondiò à eſto Don Fernando, ſino que el Señor Don Quixote ha dicho muy bien, que à noſotros toca la definicion deſte caſo: Y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en ſecreto los votos deſtos ſeñores, y de lo que reſultàre, darè entera, y clara noticia. Para aquellos, que la tenian del humor de Don Quixote, era todo eſto materia de grandiſſima riſa, pero para los que lo ignoràvan les parecia el mayor diſparate del mundo, eſpecialmente à los quatro criados de Don Luys, y à Don Luys ni mas ni menos, y à otros tres paſſageros, que à caſo avian llegado à la venta, que tenian parecer de ſer Quadrilleros, como en efeto lo eran: Pero el que mas ſe deſeſperàva, era el barbero, cuya bazìa alli delante de ſus ojos ſe le avia buelto en yelmo de Mambrino;

y cuya albarda pensàva ſin duda alguna, que ſe le avia de bolver en jaez rico de cavallo; y los unos y los otros ſe reỳan de ver como andava Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablàndoles al oỳdo, para que en ſecreto declaràſſen, ſi era albardà, ò jaez aquella Joya ſobre quien tanto ſe avia peleado: Y deſpues que hùvo tomado los votos de aquellos que à Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caſo es, buen hombre, que ya yo eſtoy canſado de tomar tantos parecères, porque vèo, que à ninguno pregunto lo que deſsèo ſaber, que no me diga, que es diſparate dezir, que eſta ſea albarda de jumento, ſino jaez de cavallo, y aun de cavallo caſtizo: Y aſſi avèys de tener paciencia, pòrque à vueſtro peſar, y al de vueſtro aſno, eſte es jaez, y no albarda; y vos avèys alegado y provado muy mal de vueſtra parte. No la tenga yo en el Cielo, dixo el burlado barbero, ſi todos vueſtras mercedes no ſe engañan, y que aſſi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece à mi albarda, y no jaez: Pero allà van Leyes &c. y no digo mas; y en verdad que no eſtòy borracho, que no me he deſayunado, ſi de pecar no. No menos causàvan riſa las necedades que dezia el barbero, que los diſparates de Don Quixote, el qual à eſta ſazon dixo: Aqui no ay mas que hazer, ſino que cada uno tome lo que es ſuyo; y à quien Dios ſe la diò, San Pedro ſe la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si yà no es que eſto ſea burla penſada, no me puedo perſuadir, que hombres de tan buen entendimiento, como ſon, ò parecen todos los que aqui eſtan, ſe atrevan à dezir y afirmar, que eſta no es bazìa, ni aquella albarda: Mas como veo, que lo afirman, y lo dizen,

dizen, me doy à entender, que no carece de miſterio el porfiar una coſa tan contrària de lo que nos mueſtra la miſma verdad, y la miſma experiencia; porque voto à tal (y arrojòle redondo) que no me den à mi à entender quantos oy viven en el mundo al revès, de que eſta no ſea bazia de barbero, y eſta albarda de aſno. Bien podrìa ſer de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado; que el caſo no conſiſte en eſſo, ſino en ſi es, ò no albarda, como vueſtras mercedes dizen. Oyendo eſto uno de los Quadrilleros, que avian entrado, que avia oỳdo la pendencia, y queſtion, lleno de còlera y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra coſa ha dicho, ò dixère, deve de eſtar hecho uba. Mentis como vellaco, villano, reſpondiò Don Quixote; y alçando el lançon (que nunca lo dexàva de las manos) le iva à deſcargar tal golpe ſobre la cabeça, que à no deſviàrſe el quadrillero, ſe le dexàra alli tendido. El lançon ſe hizo pedacos en el ſuelo; y los demas quadrilleros, que vièron tratar mal à ſu compañero, alçàron la voz, pidiendo favor à la ſanta hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entrò al punto por ſu varilla, y por ſu eſpada, y ſe puſo al lado de ſus compañeros. Los criados de Don Luys rodeàron à Don Luys, porque con el alboroto no ſe les fuèſſe. El barbero, viendo la caſa rebuelta, tornò à aſir de ſu albarda, y lo miſmo hizo Sancho. Don Quixote puſo mano à ſu eſpada, y arremetiò à los quadrilleros. Don Luys dava vozes à ſus criados, que le dexàſſen à el y acorrièſſen à Don Quixote, y à Cardenio, y à Don Fernando, que todos favorecìan à Don Quixote. El cura dava vozes, la ventera gritàva,

gritàva, ſu hija ſe afligìa, Maritornes lloràva, Dorotea eſtàva confuſa, Lucinda ſuſpenſa, y Doña Clara deſmayada. El Barbero aporreàva à Sancho, Sancho molìa al barbero: Don Luys, à quien un criado ſuyo ſe atreviò à aſirle del braço porque no ſe fuèſſe, le diò una puñada, que le bañò los dientes en ſangre; el Oydor le defendia; Don Fernando tenia debaxo de ſus pies à un quadrillero, midièndole el cuerpo con ellos muy à ſu ſabor. El ventero tornò à reforçar la voz, pidiendo favor à la ſanta hermandad, de modo que toda la venta era llantos, vozes, gritos, confuſiones, temores, ſobreſaltos, deſgracias, cuchilladas, moxicones, palos, cozes, y efuſion de ſangre: Y en la mitad deſte caos, maquina y laberinto de coſas, ſe le repreſentò en la memoria de Don Quixote, que ſe veỳa metido de hoz, y de coz en la diſcordia del campo de Agramante; y aſſi dixo con voz que atronàva la venta: Tènganſe todos; todos embàynen; todos ſe ſoſſièguen: oyganme todos, ſi todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos ſe paràron; y el proſiguiò diziendo: No os dixe yo, ſeñores, que eſte caſtillo era encantado, y que alguna region de demonios deve de habitar en èl? En confirmacion de lo qual quiero que veàys por vueſtros ojos, como ſe ha paſſado aqui, y traſladado entre noſotros la diſcordia del campo de agramante. Mirad, como allì ſe pelèa por la eſpada, aqui por el cavallo, acullà por el aguila, acà por el yelmo; y todos peleàmos, y todos no nos entendèmos. Venga, pues, vueſtra merced, ſeñor Oydor, y vueſtra merced, Señor Cura, y el uno ſirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pònganos en paz; porque

porquè por Dios todo poderoſo, que es gran vellaqueria, que tanta gente principal como aqui eſtàmos, ſe mate por cauſas tan livianas. Los quadrilleros, que no entendian el fraſis de Don Quixote, y ſe veỳan mal parados de Don Fernando, Cardenio, y ſus camaradas, no querìan ſoſſegarſe: El barbero ſi, porque en la pendencia tenia deſhechas las barbas, y el albarda. Sancho à la mas minima voz de ſu amo obedeciò como buen criado. Los quatro criados de Don Luys, tambien ſe eſtuvièron quedos, viendo quan poco les iva en no eſtarlo: Solo el ventero porfiàva, que ſe avian de caſtigar las inſolencias de aquel loco, que à cada paſſo le alborotàva la venta. Finalmente el rumor ſe apaziguò por entonces: La albarda ſe quedò por jaez haſta el dia del Juyzio, y la bazìa por yelmo, y la venta por caſtillo en la imaginacion de Don Quixote.

PUESTOS, pues, ya en ſoſſiego, y hechos amigos todos à perſuaſion del Oydor y del Cura, bolvièron los criados de Don Luys à porfiarle, que al momento ſe vinièſſe con ellos; y en tanto que el con ellos ſe avenia, el Oydor comunicò con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, que devia hazer en aquel caſo? Contàndoſeles con las razones que Don Luys le avia dicho. En fin fuè acordado, que Don Fernando dixèſſe à los criados de Don Luys, quien el era, y como era ſu guſto, que Don Luys ſe fuèſſe con el al Andaluzia, donde de ſu hermano el Marques ſerìa eſtimado, como el valor de Don Luys merecìa; porque deſta manera ſe ſabìa de la intencion de Don Luys, que no bolverìa por aquella vez à los ojos de ſu padre, ſi le hizièſſen pedaços. Entendida, pues, de los quatro la calidad de Don

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Don Fernando, y la intencion de Don Luys, determinàron entre ellos, que los tres ſe bolvièſſen à contar lo que paſsàva à ſu padre, y el otro ſe quedàſſe à ſervir à Don Luys, y à no dexalle haſta que ellos bolvièſſen por el, ò vièſſen lo que ſu padre les ordenàva. Deſta manera ſe apaziguò aquella maquina de pendencias por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino. Pero vièndoſe el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menoſpreciado, y burlado, y el poco fruto, que avia grangeado de averlos pueſto à todos en tan confuſo laberinto, acordò de provar otra vez la mano, reſucitando nuevas pendencias y deſaſſoſſiegos.

Es, pues, el caſo, que los quadrilleros ſe ſoſſegàron por aver entreoydo la calidad de los que con ellos ſe avian combatido, y ſe retiràron de la pendencia, por parecerles, que de qualquier manera, que ſucedièſſe, avian de llevar lo peor de la batalla: Pero à uno dellos, que fuè el que fuè molido, y pateado por Don Fernando, le vìno à la memoria, que entre algunos mandamientos que tray̆a para prender à algunos delinquentes, tray̆a uno contra Don Quixote, à quien la ſanta hermandad avia mandado prender por la libertad que diò à los galeotes, como Sancho con mucha razon avia temido. Imaginando, pues, eſto, quiſo certificàrſe, ſi las ſeñas, que de Don Quixote tray̆a, venian bien: Y ſacando del ſeno un pergamìno, topò con el que buſcàva; y ponièndoſele à leer de eſpacio (porque no era buen letor) à cada palabra que ley̆a, ponia los ojos en Don Quixote, y iva cotejando las ſeñas del mandamiento con el roſtro de Don Quixote; y hallò, que ſin duda alguna

era

era el que el mandamiento rezàva; y apenas ſe hùvo certificàdo, quando, recogièndo ſu pergamino teniendo en la mano yzquierda el mandamiento, con la derecha aſiò à Don Quixote del cuello tan fuertemènte, que no le dexàva alentar, y à grandes vozes dezia: Favor à la ſanta hermandad; y para que ſe vea, que lo pido de veras, lèaſe eſte mandamiento, donde ſe contiene, que ſe prenda à eſte ſalteador de caminos. Tomò el mandamiento el Cura, y viò como era verdad quanto el quadrillero dezia, y como convenian las ſeñas con Don Quixote: El qual, vièndoſe tratar mal de aquel villano malandrin, pueſta la còlera en ſu punto y cruxièndole los hueſſos de ſu cuerpo, como mejor pudo, aſiò al quadrillero con entrambas manos de la garganta, que à no ſer ſocorrido de ſus compañeros, allì dexàra la vida, antes que Don Quixote la preſa. El ventero, que por fuerça avia de favorecer à los de ſu oficio, acudiò luego à dalle favor. La ventera, que viò de nuevo à ſu marido en pendencia, de nuevo alçò la voz, cuyo tenor le llevàron luego Maritornes, y ſu hija, pidiendo favor al Cielo, y à los que alli eſtàvan. Sancho dixo, viendo lo que paſsàva: Vive el ſeñor, que es verdad quanto mi amo dize de los encantos deſte caſtillo, pues no es poſſible vivir una hora con quietud en el. Don Fernando deſpartio al quadrillero, y à Don Quixote, y con guſto de entrambos les deſenclavijò las manos, que el uno en el collar del ſayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien aſidas tenian: Pero no por eſſo ceſàvan los quadrilleros de pedir ſu preſo, y que les ayudàſſen à darſele atado, y entregado à toda ſu voluntad, porque aſſi convènia al

ſervicio del Rey, y de la ſanta hermandad, de cuya parte de nuevo les pedìan ſocorro, y favor para hazer aquella priſion de aquel robador, y ſalteador de ſendas, y de carreras. Reỳaſe de oyr dezir eſtas razones Don Quixote, y con mucho ſoſſiègo, dixo: Venid acà, gente ſoèz, y mal nacida, ſaltear de caminos llamàys al dar libertad à los encadenados, ſoltar los preſos, acorrer à los miſerables, alçar los caydos, y remediar los meneſteroſos? A gente infame, digna por vueſtro baxo y vil entendimiento, que el Cielo no os comunique el valor que ſe encierra en la cavalleria andante, ni os dè à entender el pecado, è ignorancia en que eſtàys, en no reverenciar la ſombra, quanto mas la aſiſtencia de qualquier cavallero andante! Venid acà ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, ſalteadores de caminos con licencia de la ſanta hermandad; dezidme, quien fuè el ignorante que firmò mandamiento de priſion contra un tal cavallero como yo ſoy? Quien el que ignorò, que ſon eſſentos de todo judicial fuero los cavalleros andantes? Y que ſu ley es ſu eſpada, ſus fueros ſus brios, y ſus premàticas ſu voluntad? Quien fuè el mentecato, buelvo à dezir, que no ſabe, que no ay executoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni eſſenciones, como la que adquière un cavallero andante el dia que ſe arma cavallero, y ſe entrega al duro exercicio de la cavalleria? Que cavallero andante pagò pecho, alcavàla, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que ſaſtre le llevò hechura de veſtido que le hizièſſe? Que caſtellano le acogiò en ſu caſtillo, que le hizièſſe pagar el eſcote? Que Rey no le aſſento à ſu meſa? Que donzella no ſe le aficionò

y

y ſe le entregò rendida à todo ſu talante, y voluntad? Y finalmènte, que cavallero andante ha avido, ày, ni avrà en el mundo, que no tenga brios para dar el ſolo quatrocientos palos à quatrocientos quadrilleros que ſe le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

En que ſe da fin, a la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nueſtro buen Cavallero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote eſto dezia, eſtàva perſuadiendo el Cura à los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juyzio, como lo veỳan por ſus obras, y por ſus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendièſſen y llevàſſen, luego le avian de dexar por loco: A lo que reſpondiò el del mandamiento; que à el no tocava juzgar de la locura de Don Quixote, ſino hazèr lo que por ſu mayor le era mandado; y que una vez preſo, ſi quièra lo ſoltàſſen trezientas. Con todo eſſo, dixo el Cura, por eſta vez no le avèys de llevàr; ni aun el dexarà llevàrſe, à lo que yo entiendo. En efeto tanto les sùpo el Cura dezir, y tantas locuras sùpo Don Quixote hazèr, que mas locos fuèran que no el, los quadrilleros, ſino conocièran la falta de Don Quixote; y aſſi tuvièron por bien de apaziguàrſe, y aun de ſer medianeros de hazèr las pazes entre el barbero y Sancho Pança, que toda via inſiſtian con gran rancor en ſu pendencia. Finalmente ellos, como miembros de juſticìa, mediàron la cauſa, y fuèron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedàron, ſino del todo contentas, alomenos en algo ſatisfechas,

porque ſe trocàron las albardas, y no las cinchas y xaquimas. Y en lo que tocàva à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à ſocapa y ſin que Don Quixote lo entendièſſe, le diò por la bazìa ocho reales; y el barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarſe à engaño por entonces, ni por ſiempre jamas Amen.

Sossegadas, pues, eſtas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, reſtàva que los criados de Don Luys ſe contentàſſen de bolver los tres, y que el uno quedàſſe para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar. Y como ya la buena ſuerte, y mejor fortuna avia començado à rompèr lanças, y à facilitàr dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiſo llevàrlo al cabo, y dar à todo felice ſuceſſo, porque los criados ſe contentàron de quanto Don Luys queria; de que recibiò tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella ſazon la miràra al roſtro, que no conocièra el regocijo de ſu alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los ſuceſſos que avia viſto, ſe entriſtecia, y alegràva à bulto, conforme veỳa y notàva los ſemblantes à cada uno, eſpecialmènte el de ſu eſpañol en quien tenia ſiempre pueſtos los ojos, y traỳa ſiempre colgada el alma. El ventero (a quien ſe le paſsò por alto la dàdiva, y recompenſa, que el Cura avia hecho al barbero) pidiò el eſcòte de Don Quixote, con el menoſcabo de ſus cueros, y falta de vino, jurando que no ſaldrìa de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, ſin que ſe le pagàſſe primero haſta el ultimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò Don Fernando, pueſto que èl Oydor de muy buena voluntad avia tambien ofrecido la paga; y de tal

manera

manera quedàron todos en paz, y ſoſſiego, que ya no parecia la venta la diſcordia del campo de Agramante, como Don Quixote avia dicho, ſino la miſma paz, y quietud del tiempo de Otaviano: De todo lo qual fuè comun opinion, que ſe devian dar las gracias à la buena intencion, y mucha eloquencia del ſeñor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando.

VIENDOSE, pues, Don Quixote libre, y deſembaraçado de tantas pendencias, aſſi de ſu eſcudero, como ſuyas, le pareciò que ſerìa bien ſeguir ſu començado viage, y dar fin à aquella grande aventura, para que avia ſido llamado y eſcogido: Y aſſi con reſoluta determinacion ſe fuè à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le conſintiò, que hablàſſe palabra haſta que ſe levantàſſe, y el por obedecella ſe puſo en pie, y le dixo: Es comun proverbio, fermoſa ſeñora, que la diligencia es madre de la buena ventura; y en muchas y graves coſas ha moſtrado la experiencia, que la ſolicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoſo: Pero en ningunas coſas ſe mueſtra mas eſta verdad, que en las de la guerra, à donde la celeridad, y preſteza previene los deſignios del enemigo, y alcança la vitoria antes que el contrario ſe ponga en defenſa. Todo eſto digo, alta, y precioſa ſeñora, porque me parece, que la eſtada nueſtra en eſte caſtillo yà es ſin provecho, y podrìa ſernos de tanto daño, que le echàſſemos de ver algun dia; porque quien ſabe, ſi por ocultas y diligentes eſpias avrà ſabido ya vueſtro enemigo el Gigante, de que yo voy à deſtruyrle, y dàndole lugar el tiempo, ſe fortificàſſe en algun inexpugnable caſtillo, ò fortaleza contra quien valièſſen

poco

poco mis diligencias, y la fuerça de mi incanſable braço? Aſſi que, Señora mia, prevengàmos, como tengo dicho, con nueſtra diligencia ſus deſignios, y partàmonos luego à la buena ventura, que no eſtà en mas de tenerla vueſtra grandeza, como deſsèa, de quanto yo tarde à verme con vueſtro contrario. Callò, y no dixo mas Don Quixote, y eſperò con mucho ſoſſiègo la reſpueſta de la fermoſa Infanta; la qual con ademan ſeñoril, y acomodado al eſtilo de Don Quixote, le reſpondiò deſta manera: Yo os agradezco, Señor Cavallero, el deſsèo, que moſtràys tener de favorezerme en mi gran cuyta, bien aſſi como cavallero, à quien es anexo y concerniente el favorecer los huerfanos, y meneſteroſos; y quiera el Cielo, que el vueſtro y mi deſsèo ſe cumpla, para que veàys, que ay agradecidas mugeres en el mundo: Y en lo de mi partida, ſea luego; que yo no tengo mas voluntad que la vueſtra: Diſponed vos de mi à toda vueſtra guiſa y talante, que la que una vez os entregò la defenſa de ſu perſona, y puſo en vueſtras manos la reſtauracion de ſus ſeñorios, no ha de querer ir contra lo que la vueſtra prudencia ordenàre. A la mano de Dios, dixo Don Quixote; pues aſſi es, que una ſeñora ſe me humilla, no quiero yo perder la ocaſion de levantalla, y ponella en ſu heredado trono. La partida sèa luego, porque me và poniendo eſpuelas el deſsèo, y el camino; porque ſuele dezirſe, que en la tardanza eſtà el peligro: Y pues no ha criado el Cielo, ni viſto el Infierno ninguno que me eſpante, ni acobarde, enſilla Sancho à Rozinante, y apareja tu jumento, y el Palafren de la Reyna, y deſpidàmonos del caſtellano, y deſtos Señores, y vamos de aqui luego al punto.

punto. Sancho, que à todo eſtàva preſente, dixo meneando la cabeça à una y otra parte: Ay Señor, Señor, y como ay mas mal en el aldeguela, que ſe ſuena (con Perdon ſea dicho de las tocas honradas) Que mal puede aver en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, dixo Don Quixote que pueda ſonarſe en menoſcabo mio, villano? Si vueſtra merced ſe enoja, reſpondiò Sancho, yo callarè y dexarè de dezir lo que ſoy obligado como buen eſcudero, y como deve un buen criado dezir à ſu Señor. Dì lo que quiſières, replicò Don Quixote, como tus palabras no ſe encaminen à ponerme miedo; que ſi tu le tienes, hazes como quien eres; y ſi yo no le tengo, hago como quien ſoy. No es eſſo, pecador ſoy yo à Dios, reſpondiò Sancho, ſino que yo tengo por cierto y por averiguado, que eſta Señora, que ſe dize ſer Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ſer lo que ella dize, no ſe anduvièra hoçicando con alguno de los que eſtàn en la rueda à buelta de cabeça, y à cada traſpueſta. Paròſe colorada con las razones de Sancho Dorotea; porque era verdad que ſu eſpoſo Don Fernando alguna vez à hurto de otros ojos, avia cogido con los labios parte del premio que merecian ſus deſsèos: Lo qual avia viſto Sancho, à quien le pareciò, que aquella deſemboltura mas era de dama corteſana, que de Reyna de tan gran Reyno: Pero Dorotea no pudo, ni quiſo reſponder palabra à Sancho, ſino dexòle proſeguir en ſu plàtica; y el fuè diziendo: Eſto digo, Señor, porque ſi al cabo de aver andado caminos y carreras, y paſſado malas noches, y peores dias, ha de venir à coger el fruto de nueſtros trabajos el que ſe eſtà holgando en eſta venta, no ay

para

para que darme prieſſa à que enſille à Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues ſerà mejor, que nos eſtèmos quedos; y cada puta hile, y comàmos. O vàlame Dios, y quan grande fuè el enojo que recibiò Don Quixote, oyèndo las deſcompueſtas palabras de ſu eſcudero! Digo, que fuè tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lançando vivo fuego por los ojos, dixo: O vellaco, villano, mal mirado, deſcompueſto, è ignorante, infacundo, deſlenguado, atrevido, murmurador, y maldiziente! Tales palabras has oſado dezir en mi preſencia, y en la deſtas inclitas ſeñoras? Y tales deſhoneſtidades, y atrevimientos oſaſte poner en tu confuſa imaginacion? Vete de mi preſencia, monſtruo de naturaleza, depoſitario de mentiras, almario de embuſtes, filo de vellaquerias, inventor de maldades, publicador de ſandezes, enemigo del Decoro que ſe deve à las reales perſonas. Vete, no parezcas delante de mi, ſo pena de mi ira; y diziendo eſto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò à todas partes, y diò con el pie derecho una gran patada en el ſuelo: Señales todas de la ira que encerràva en ſus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedò Sancho tan encogido y medroſo, que ſe holgàra, que en aquel inſtante ſe abrièra debaxo de ſus pies la tierra, y le tragàra. Y no sùpo que hazerſe, ſino bolver las eſpaldas, y quitarſe de la enojada preſencia de ſu ſeñor. Pero la diſcreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: No os deſpechèys, ſeñor cavallero de la triſte figura, de las ſandezes que vueſtro buen eſcudero ha dicho; porque quizà no las deve de dezir ſin ocaſion; ni de ſu buen entendi-

entendimiento, y Chriſtiana conciencia ſe puede ſoſpechar, que levante teſtimonio à nadie, y aſſi ſe ha de creèr, ſin poner duda en ello; que como en eſte caſtillo, ſegun vos, ſeñor Cavallero, dezis, todas las coſas van, y ſucèden por modo de encantamiento: Podrìa ſer, digo, que Sancho huvièſſe viſto por eſta diabolica via, lo que el dize, que viò tan en ofenſa de mi honeſtidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo à eſta ſazon Don Quixote, que la vueſtra grandeza ha dado en el punto; y que alguna mala viſion ſe le pùſo delante à eſte pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuèra impoſſible verſe de otro modo, que por el de encantos no fuèra; que sè yo bien de la bondad, è inocencia deſte deſdichado, que no ſabe levantar teſtimonios à nadie. Aſſi es, y aſſi ſerà, dixo Don Fernando, por lo qual deve vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de ſu gracia *ſicut erat in Principio*, antes que las tales viſiones le ſacàſſen de Juyzio. Don Quixote reſpondiò, que el le perdonàva; y el Cura fuè por Sancho, el qual vino muy humilde; y hincàndoſe de rodillas, pidiò la mano à ſu amo, y el ſe la diò, y deſpues de avèrſela dexado beſar, le echò la bendicion, diziendo: Agora acabaràs de conocer, Sancho hijo, ſer verdad lo que ya otras muchas vezes te he dicho, de que todas las coſas deſte caſtillo ſon hechas pòr via de encantamiento. Aſſi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente ſucediò por via ordinaria. No lo creas, reſpondiò Don Quixote, que ſi aſſi fuèra, yo te vengàra entonces, y aun agora: Pero ni entonces, ni agora pude, ni vì en quien tomar vengança de tu agravio. Deſſeàron ſaber to-

dos, que era aquello de la manta; y el ventero les contò punto por punto la volateria de Sancho Pança, de que no poco ſe rièron todos; y de que no menos ſe corrièra Sancho, ſi de nuevo no le aſeguràra ſu amo, que era encantamiento; pueſto que jamas llegò la ſandez de Sancho à tanto, que creyèſſe no ſer verdad pura y averiguada ſin mezcla de engaño alguno lo de aver ſido manteado por perſonas de carne y hueſſo, y no por fantaſmas ſoñadas, ni imaginadas, como ſu ſeñor lo creỳa, y lo afirmàva.

Dos dias eran ya paſſados los que avia, que toda aquella iluſtre compañia eſtàva en la venta, y parecièndoles que ya era tiempo de partirſe, dièron orden para que ſin ponerſe al trabajo de bolver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote à ſu aldea con la invencìon de la libertad de la Reyna Micomicona, pudièſſen el cura y el barbero llevàrſele como deſsèavan, y procurar la cura de ſu locura en ſu tierra. En tanto que eſto ſe tratàva, Don Quixote ſe fuè à repoſar de las paſſadas fatigas ſobre la cama; y aſſi lo que ordenàron fuè, que ſe concertàron con un carretero de bueyes (que à caſo acertò à paſſar por alli) para que lo llevàſſe en eſta forma. Hizièron una como Jaula de palos enrejados, capaz que pudièſſe en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego Don Fernando y ſus camaradas con los criados de Don Luys, y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura ſe cubrièron los roſtros y ſe disfraçàron, quien de una manera, y quien de otra, de modo que à Don Quixote le parecièſſe ſer otra gente de la que en aquel caſtillo avia viſto. Hecho eſto, con grandiſſimo ſilencio ſe entràron à donde el

eſtàva

eſtàva durmiendo, y deſcanſando de las paſſadas refriegas. Llegàronſe à el (que libre y ſeguro de tal acontecimiento dormìa) y aſièndole fuertemènte, le atàron muy bien las manos, y los pies de modo, que quando el deſpertò con ſobreſalto, no pudo meneàrſe, ni hazer otra coſa mas, que admiràrſe, y ſuſpendèrſe de ver delante de ſi tan eſtraños viſages. Y luego diò en la cuenta de lo que ſu continua, y deſvariada imaginacion le repreſentàva, y ſe creyò, que todas aquellas figuras eran fantaſmas de aquel encantado caſtillo, y que ſin duda alguno ya eſtàva encantado, pues no ſe podia meneàr, ni defender. Todo apunto como avia penſado, que ſucederìa, el Cura traçador deſta maquina: Solo Sancho de todos los preſentes eſtàva en ſu juyzio y en ſu meſma figura, el qual, aunque le faltàva bien poco para tener la meſma enfermedad de ſu amo, no dexò de conocer quienes eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osò deſcoſer ſu boca, haſta ver en que paràva aquel aſſalto, y priſion de ſu amo, el qual tampoco hablava palabra, atendiendo à ver el paradero de ſu deſgracia, que fuè; que trayendo alli la Jaula, le encerràron dentro, y le clavàron los maderos tan fuertemènte, que no ſe pudièran romper à dos tirones. Tomàronle luego en ombros, y al ſalir del apoſento ſe oyò una voz temeroſa, todo quanto la ſupo formar el barbero (no el del albarda, ſino el otro) que dezia. O Cavallero de la triſte figura! no te dè afincamiento la priſion en que vas, porque aſſi conviene para acabar mas preſto la aventura, en que tu gran esfuerço te ha pueſto, la qual ſe acabarà, quando el furibundo Leon manchego con la blanca paloma tobofina ſe unièren en uno,

ya deſpues de humilladas las altas cervizes al blando yugo matrimoñeſco: De cuyo inaudito conſorcio ſaldràn à la luz del orbe los bravos cachorros, que imitaràn las rumpantes garras del valeroſo padre: Y eſto ſerà antes que el ſeguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas à la viſita de las luzientes imagines con ſu ràpido y natural curſo. Y tu, ó el mas noble y obediente eſcudero, que tùvo eſpada en cinta, barbas en roſtro, y olfato en las narizes, no te deſmaye, ni deſcontente ver llevar aſſi delante de tus ojos meſmos à la flor de la Cavalleria andante; que preſto, ſi al Plaſmador del mundo le plaze, te veràs tan alto, y tan ſublimado, que no te conozcas; y no ſaldràn defraudadas las promeſſas que te ha fecho tu buen Señor. Y aſſegùrote de parte de la sàbia Mentiromiana, que tu Salario te ſerà pagado, como lo veràs por la obra; y ſigue las piſadas del valeroſo y encantado cavallero, que conviene que vayas donde pareys entrambos: Y porque no me es licito dezir otra coſa, à Dios quedad, que yo me buelvo à donde yo me sè. Y al acabar de la profecia alçò la voz de punto, y diſminuyòla deſpues con tan tierno acento, que aun los ſabidores de la burla eſtuvièron por creèr, que era verdad lo que oyan.

Quedò Don Quixote conſolado con la eſcuchada profecia, porque luego coligiò de todo en todo la ſignificacion della; y viò que le prometian el verſe ayuntado en ſanto y devido matrimonio con ſu querida Dulcinea del Toboſo, de cuyo feliz vientre ſaldrìan los cachorros, que eran ſus hijos, para gloria perpetua de la mancha. Y creyendo eſto bien y firmemente, alçò la voz, y dando un gran ſuſpiro, dixo:

dixo: O tu quien quiera que ſeas, que tanto bien me has pronoſticado, ruègote, que pidas de mi parte al ſabio encantador, que mis coſas tiene à cargo, que no me dexe perecer en eſta priſion, donde agora me llevan, haſta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promeſſas, como ſon las que aqui ſe me han hecho: Que como eſto ſea, tendrè por gloria las penas de mi carcel, y por alivio eſtas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla eſte lecho en que me acueſtan, ſino por cama blanda, y tàlamo dichoſo. Y en lo que toca à la conſolacion de Sancho Pança mi eſcudero, yo confio de ſu bondad, y buen proceder, que no me dexarà en buena, ni en mala ſuerte: Porque quando no ſuceda por la ſuya, ò por mi corta ventura el poderle yo dar la inſula, ò otra coſa equivalente, que le tengo prometido, por lo menos ſu ſalario no podrà perderſe; que en mi teſtamento, que ya eſtà hecho, dexo declarado lo que ſe le ha de dar, no conforme à ſus muchos y buenos ſervicios, ſino à la poſſibilidad mia. Sancho Pança ſe le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque la una no pudièra, por eſtar atadas entrambas. Luego tomàron la jaula en ombros aquellas viſiones, y la acomodàron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del eſtraño modo con que fuè encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famoſos ſuceſſos.

QUANDO Don Quixote ſe viò de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graves hiſtorias he yo leydo de cavalleros andantes, pero jamas he leydo, ni viſto, ni oydo, que à los cavalleros encantados los lleven deſta manera, y con el eſpacio que prometen eſtos pereçoſos, y tardìos animales, porque ſiempre los ſuelen llevar por los ayres con eſtraña ligereza encerrados en alguna parda, y eſcura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya ſobre algun Hipogrifo, ò otra beſtia ſemejante: Pero que me lleven à mi agora ſobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confuſion. Pero quiçà la cavalleria y los encantos deſtos nueſtros tiempos deven de ſeguir otro camino del que ſiguièron los antiguos: Y tambien podrìa ſer, que como yo ſoy nuevo cavallero en el mundo, y el primero que ha reſucitado el ya olvidado exercicio de la cavalleria aventurèra, tambien nuevamente ſe ayan inventado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar à los encantados. Que te parece deſto, Sancho hijo? No sè yo lo que me parece, reſpondiò Sancho, por no ſer tan leydo como vueſtra merced en las eſcrituras andantes: Pero con todo eſſo oſarìa affirmàr, y juràr, que eſtas viſiones que por aqui andan, que no ſon del todo catòlicas. Catòlicas, mi padre, reſpondiò Don Quixote, como han de ſer catòlicas, ſi ſon todos demonios, que

que han tomado cuerpos fantaſticos, para venir à hazer eſto, y à ponerme en eſte eſtado. Y ſi quieres ver eſta verdad, tòcalos, y pàlpalos, y veràs como no tienen cuerpo ſino de ayre, y como no conſiſte en mas de en la apariencia. Par Dios, Señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado; y eſte diablo, que aqui anda tan ſolìcito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oydo dezir que tienen los demonios; porque ſegun ſe dize, todos huelen à piedra azùfre, y à otros malos olores; pero eſte huele à ambar de media legua. Dezia eſto Sancho por Don Fernando, que como tan ſeñor, devia de oler à lo que Sancho dezìa. No te maravilles deſſo, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, porque te hago ſaber, que los diablos ſaben mucho, y pueſto que traygan olores conſigo, ellos no huelen nada, porque ſon eſpiritus, y ſi huelen, no pueden oler à coſas buenas, ſino malas, y hediondas: Y la razon es, que como ellos, donde quièra que eſtàn, traen el infierno conſigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en ſus tormentos, y el buen olor ſea coſa, que deleyta y contenta, no es poſſible que ellos huelan à coſa buena. Y ſi à ti te parece, que eſſe Demonio, que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte con hazer que no le tengas por Demonio. Todos eſtos coloquios paſsàron entre amo y criado; y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no vinièſſe à caer del todo en la cuenta de ſu invencion, à quien andava ya muy en los alcances, determinàron de abreviar con la partida; y llamando à parte al ventero, le ordenàron, que enſillàſſe à Rozinante, y enalbardàſſe el Jumento de Sancho el qual lo hizo con mucha preſteza. Y A

YA en eſto el cura ſe avia concertado con los quadrilleros, que lo acompañàſſen haſta ſu lugar, dàndoles un tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la ſilla de Rozinante, del un cabo la adarga, y del otro la bazìa, y por Señas mandò à Sancho, que ſubièſſe en ſu aſno, y tomàſſe de las riendas à Rozinante, y puſo à los dos lados del carro à los quadrilleros con ſus eſcopetas. Pero antes que ſe movièſſe el carro, ſaliò la ventera, ſu hija y Maritornes à deſpedirſe de Don Quixote, fingièndo que lloràvan de dolor de ſu deſgracia, à quien Don Quixote dixo: No lloreys, mis buenas Señoras, que todas eſtas deſdichas ſon anexas à los que profeſſan lo que yo profeſſo; y ſi eſtas calamidades no me acontecièran, no me tuvièra yo por famoſo cavallero andante, porque à los cavalleros de poco nombre y fama nunca les ſuceden ſemejantes caſos, porque no ay en el mundo quien ſe acuerde dellos. A los valeroſos ſi, que tienen envidioſos de ſu virtud y valentia à muchos Principes, y à muchos otros cavalleros, que procuran por malas vias deſtruỳr à los buenos. Pero con todo eſſo la virtud es tan poderoſa, que por ſi ſola, à peſar de toda la Nigromancia que ſupo ſu primer inventor Zoroaſtes, ſaldrà vencedora de todo trance, y darà de ſi luz en el mundo, como la dà el Sol en el Cielo. Perdonàdme, fermoſas damas, ſi algun deſaguiſado por deſcuydo mio os he fecho; que de voluntad y à ſabiendas jamas le dì à nadie: Y rogad à Dios me ſaque deſtas priſiones, donde algun mal intencionado encantador me ha pueſto; que ſi dellas me veo libre, no ſe me caerà de la memoria las mercedes que en eſte caſtillo me avèdes fecho, para gratificarlas, ſervillas, y recompenſallas, como ellas merecen. EN

En tanto que las damas del caſtillo eſto paſsàvan con Don Quixote, el Cura y el Barbero ſe deſpidièron de Don Fernando y ſus camaradas, y del capitan y de ſu hermano el Oydor, y de todas aquellas contentas ſeñoras, eſpecialmente de Dorotea, y Lucinda. Todos ſe abraçàron, y quedàron, de darſe noticia de ſus ſuceſſos, diziendo Don Fernando al Cura donde avia de eſcrivìrle, para avisàrle en lo que paràva Don Quixote, aſſeguràndole, que no avrìa coſa, que mas guſto le dièſſe, que ſabèrlo: Y que el aſſi meſmo le aviſarìa de todo aquello que el vièſſe, que podrìa darle guſto, aſſi de ſu caſamiento, como del bautiſmo de Zorayda, y Sucèſſo de Don Luys, y buelta de Lucinda à ſu caſa. El Cura ofreciò de hazer quanto ſe le mandàva con toda puntualidad. Tornàron à abraçàrſe otra vez, y otra vez tornàron à nuevos ofrecimientos. El ventero ſe llegò al cura, y le diò unos papeles, dizièndole, que los avia hallado en un aforro de la maleta, donde ſe hallò la novela del curioſo impertinente; y que, pues ſu dueño no avia buelto mas por alli, que ſe los llevàſſe todos, que pues el no ſabia leer, no los querìa. El Cura ſe lo agradeciò; y abrièndolos luego, viò que al principio de lo eſcrito dezia: Novela de Rinconete, y Cortadillo; por donde entendiò ſer alguna novela; y coligiò, que pues la del curioſo impertinente avia ſido buena, que tambien lo ſerìa aquella, pues podrìa ſer, ſuèſſen todas de un miſmo autor; y aſſi la guardò con preſupueſto de leerla, quando tuvièſſe comodidad. Subiò à cavallo, y tambien ſu amigo el Barbero con ſus antifazes, porque no fuèſſen luego conocidos de Don Qui-

xote; y puſièronſe à caminar tras el carro; y la orden que llevàvan era eſta.

Iva primero el carro, guiàndole ſu dueño: A los dos lados ivan los quadrilleros, como ſe ha dicho, con ſus eſcopetas: Seguia luego Sancho Pança ſobre ſu aſno, llevàndo de la rienda à Rozinante: detràs de todo eſto ivan el Cura y el Barbero ſobre ſus poderoſas mulas, cubiertos los roſtros, como ſe ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paſſo tardo de los bueyes. Don Quixote iva ſentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado à las verjas con tanto ſilencio, y tanta paciencia como ſi no fuèra hombre de carne, ſino eſtatua de piedra. Y aſſi con aquel eſpacio, y ſilencio caminàron haſta dos Leguas, y llegàron à un valle, donde le pareciò al boyero ſer lugar acomodado para repoſar, y dar paſto à los bueyes: Y comunicàndolo con el Cura, fuè de parecer el Barbero, que caminàſſen un poco mas; porque el ſabìa detras de un recueſto, que cerca de alli eſtàva, avia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querìan. Tomòſe el parecer del barbero, y aſſi tornàron à proſeguir ſu camino.

En eſto bolviò el Cura el roſtro y viò, que à ſus eſpaldas venian haſta ſeys, ò ſiete hombres de à cavallo, bien pueſtos y adereçados, de los quales fuèron preſto alcançados, porque caminàvan no con la ſlema y repoſo de los bueyes, ſino como quien iva ſobre mulas de canònigos, y con deſsèo de llegar preſto à feſteàr à la venta, que menos de

una

una legua de alli ſe parecia. Llegàron los diligentes à los perezoſos, y ſaludàronſe corteſmente, y uno de los que venian (que en reſolucion era canònigo de Toledo, y Señor de los demas que le acompañavan) viendo la concertada proceſſion del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura y Barbero, y mas à Don Quixote enjaulado, y apriſionado, no pùdo dexar de preguntar, que ſignificàva llevar aquel hombre de aquella manera? Aunque ya ſe avia dado à entender, viendo las inſignias de los quadrilleros, que devia de ſer algun facinoroſo ſalteador, ò otro delinquente, cuyo caſtigo tocàſſe à la ſanta hermandad. Uno de los quadrilleros, à quien fuè hecha la pregunta, reſpondiò aſſi: Señor, lo que ſignifica ir eſte cavallero deſta manera, dìgalo el, porque noſotros no lo ſabèmos. Oyò Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vueſtras mercedes, Señores cavalleros, ſon verſados y peritos en eſto de la cavalleria andante? Porque ſi lo ſon, comunicarè con ellos mis deſgracias, y ſino, no ay para que me canſe en dezillas. Ya à eſte tiempo avian llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes eſtàvan en plàticas con Don Quixote de la mancha, para reſponder de modo, que no fuèſſe deſcubierto ſu artificio. El Canònigo, à lo que Don Quixote dixo, reſpondiò: En verdad, hermano, que sè mas de libros de cavallerias, que de las ſumulas de Villalpando: Aſſi que ſino eſtà en mas que en eſto, ſeguramente podèys comunicar conmigo, lo que quiſièredes. A la mano de Dios, replicò Don Quixote: Pues aſſi es, quiero, Señor Cavallero, que ſepàys, que yo voy encantado en eſta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud,

mas es perſeguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallero andante ſoy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama ſe acordò para eternizarlos en ſu memoria, ſino de aquellos que à deſpecho, y peſar de la miſma envidia, y de quantos magos criò perſia, bracmanes, la India, y Ginoſofiſtas la Etiopia, ha de poner ſu nombre en el templo de la inmortalidad para que ſirva de exemplo, y dechado en los venideros ſiglos, donde los Cavalleros andantes vèan los paſſos, que han de ſeguir, ſi quiſièren llegar à la cumbre, y alteza honroſa de las armas. Dize verdad el Senor Don Quixote de la Mancha, dixo à eſta ſazon el Cura, que el va encantado en eſta carreta, no por ſus culpas y pecados, ſino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Eſte es, Señor, *El Cavallero de la triſte figura*, ſi ya le oyſtes nombrar en algun tiempo, cuyas valeroſas hazañas, y grandes hechos, ſeràn eſcritos en bronces duros, y en eternos màrmoles, por mas que ſe canſe la envidia en eſcurecerlos y la malicia en ocultarlos. Quando el canònigo oyò hablar al preſo, y al libre en ſemejante eſtilo, eſtùvo por hazerſe la Cruz de admirado, y no podia ſaber lo que le avia acontecido; y en la meſma admiracion cayèron todos los que con el venian.

En eſto Sancho Pança, que ſe avia acercado à oyr la plàtica, para adobarlo todo, dixo: Aora, Señores quièranme bien, ò quièranme mal por lo que dixère, el caſo dello es, que aſſi và encantado mi Senor Don Quixote, como mi madre: El tiene ſu entero juyzio, el come, y bebe, y haze ſus neceſſidades como los demas hombres, y como las

hazìa

hazìa ayer antes que le enjaulàſſen. Siendo eſto aſſi, como quièren hazerme à mi entender, que và encantado? Pues yo he oydo dezir à muchas perſonas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, ſino le van à la mano, hablarà mas que treynta procuradores. Y bolvièndoſe à mirar al Cura, proſiguiò, diziendo: A Señor Cura, Señor Cura! pensàva vueſtra merced, que no le conozco? Y penſarà, que yo no calo, y adivino adonde ſe encaminan eſtos nuevos encantamientos? Pues ſepa que le conozco, por mas que ſe encùbra el roſtro; y ſepa que le entiendo, por mas que diſimule ſus embuſtes. En fin donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni à donde ay eſcaſeza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que ſi por ſu reverencia no fuèra, eſta fuèra ya la hora, que mi Señor eſtuvièra caſado con la Infanta Micomicona, y yo fuèra conde por lo menos, pues no ſe podìa eſperar otra coſa aſſi de la bondad de mi ſeñor *El de la triſte Figura*, como de la grandeza de mis ſevicios. Pero ya veo, que es verdad lo que ſe dize por ayè: Que la rueda de la fortuna anda mas liſta, que una rueda de molino; y que los que ayer eſtàvan en pinganitos, oy eſtàn por el ſuelo. De mis hijos y de mi muger me peſa, pues quando podìan y devìan eſperar ver entrar à ſu padre por ſus puertas hecho governador, ò viſorrey de alguna inſula ò Reyno, le verán entrar hecho moço de cavallos. Todo eſto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecer à ſu paternidad, haga conciencia del mal tratamiento, que à mi ſeñor le haze; y mire bien, no le pida Dios en la otra vida eſta priſion de mi amo, y ſe le haga cargo de todos aquellos

ſocorros,

ſocorros, y bienes, que mi Señor Don Quixote dexa de hazer en eſte tiempo que eſtà preſo. Adòbame eſſos candiles, dixo à eſte punto el Barbero: Tambien vos, Sancho, ſoys de la cofradia de vueſtro amo? Vive el ſeñor, que voy viendo, que le avèys de tener compañia en la jaula, y que avèys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de ſu humor, y de ſu cavalleria. En mal punto os empreñaſtes de ſus promeſſas, y en mal hora ſe os entrò en los caſcos la inſula que tanto deſsèays. Yo no eſtoy preñado de nadie, reſpondiò Sancho, ni ſoy hombre que me dexarìa empreñar del Rey que fuèſſe; y aunque pobre, ſoy Chriſtiano viejo, y no devo nada à nadie; y ſi inſulas deſsèo, otros deſsèan otras coſas peores; y cada uno es hijo de ſus obras; y debaxo de ſer hombre, puedo venir à ſer papa, quanto mas governador de una inſula; y mas pudiendo ganar tantas mi Señor, que le falte à quien darlas. Vueſtra merced mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro à Pedro. Dìgolo, porque todos nos conocèmos, y à mi no ſe me ha de echar dado falſo: Y en eſto del encanto de mi amo, Dios ſabe la verdad, y quèdeſe aqui, porque es peor menearlo. No quiſo reſponder el Barbero à Sancho, porque no deſcubrièſſe con ſus ſimplicidades lo que el y el cura tanto procuràvan encubrìr: Y por eſte meſmo temor avia el Cura dicho al canònigo, que caminàſſe un poco delante, que el le dirìa el miſterio del enjaulado, con otras coſas, que le dièſſen guſto. Hizolo aſſi el canònigo, y adelantòſe con ſus criados, y con el, eſtùvo atento à todo aquello que el cura dezirle quiſo de la condicion, vida, locura, y coſtum-

coſtumbres de Don Quixote, contàndole brevemente el principio y cauſa de ſu deſvario, y todo el progreſo de ſus ſuceſſos haſta averlo pueſto en aquella Jaula ; y el deſignio que llevàvan de llevarle à ſu tierra, para ver ſi por algun medio hallavan remedio à ſu locura.

ADMIRARONSE de nuevo los criados y el canònigo de oyr la peregrina hiſtoria de Don Quixote, y en acabàndola de oyr, dixo: Verdaderamente, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que ſon perjudiciales en la republica eſtos, que llaman libros de cavallerias: Y aunque he leydo, llevado de un ocioſo y falſo guſto, caſi el principio de todos los mas que ay impreſſos, jamas me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo; porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos ſon una meſma coſa, y no tiene mas eſte, que aquel, ni eſtotro, que el otro. Y ſegun à mi me parece, eſte genero de eſcritura y compoſicion càe debaxo de aquel de las fàbulas, que llaman Mileſias, que ſon cuentos diſparatados, que atienden ſolamente à deleytar, y no à enſeñar: Al contrario de lo que hazen las fabulas apòlogas, que deleytan, y enſeñan juntamente. Y pueſto que el principal intento de ſemejantes libros sèa el deleytar, no sè yo como puedan conſeguirle, yendo llenos de tantos y tan deſaforados diſparates; porque el deleyte que en el alma ſe concibe, ha de ſer de la hermoſura, y concordancia que vèe, ò contempla en las coſas, que la viſta, ò la imaginacion le ponen delante: Y toda coſa que tiene en ſi fealdad, y deſcompoſtura, no nos puede cauſar contento alguno. Pues que hermoſura puede aver, ò que proporcion de las partes con el todo, y del

todo

todo con las partes en un libro, ò fabula donde un moço de diez y ſeys años dà una cuchillada à un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades como ſi fuèra de alfeñique? Y que, quando nos quièren pintar una batalla, deſpues de aver dicho, que ay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sèa contra ellos el Señor del libro, forçoſamente, mal que nos peſe, avèmos de entender, que el tal cavallero alcançò la victoria por ſolo el valor de ſu fuerte braçò? Pues que dirèmos de la facilidad con que una Reyna, ò Emperatriz heredera ſe conduze en los braços de un andante, y no conocido cavallero? Que ingenio fino es del todo barbaro, è inculto podrà contentarſe leyendo, que una gran torre llena de cavalleros và por la mar adelante, como nave con proſpero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del Preſte Juan de las Indias, ò en otras, que ni las deſcubriò Tolomeo, ni las viò Marco Polo? Y ſi à eſto ſe me reſpondièſſe, que los que tales libros componen, los eſcriven como coſas de mentira, y que aſſi no eſtan obligados à mirar en delicadezas, ni verdades. Reſponderìales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadèra, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoſo, y poſſible. Hanſe de caſar las fabulas mentiroſas con el entendimiento de los que las leyèren, eſcrivièndoſe de ſuerte, que facilitando los impoſſibles, allanando las grandezas, ſuſpendiendo los animos, admiren, ſuſpendan, alboroçen, y entretengan de modo, que anden à un miſmo paſſo la admiracion y la alegria juntas; y todas eſtas coſas no podrà hazer el que huyère de la veriſimilitud, y de la imitacion,

imitacion, en quien conſiſte la perfeccion de lo que ſe eſcrìve. No he viſto ningun libro de Cavallerias que haga un cuerpo de fabula entèro con todos ſus miembros de manera, que el medio correſpònda al principio, y el fin, al principio y al medio; ſino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion à formar una quimera, ò un monſtruo, que à hazer una figura proporcionada. Fuera deſto, ſon en el eſtilo, duros, en las hazañas, increybles, en los amores, laſcivos, en las corteſìas, mal-mirados, largos, en las batallas, necios, en las razones, diſparatados, en los viages, y finalmente agenos de todo diſcreto artificio, y por eſto dignos de ſer deſterrados de la republica Chriſtiana, como à gente inutil.

El Cura le eſtùvo eſcuchando con grande atencion, y pareciòle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto dezia; y aſſi le dixo, que por ſer el de ſu meſma opinion, y tener ojeriza à los libros de cavallerias, avia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos. Y contòle el eſcrutinio que dellos avia hecho, y los que avia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco ſe riò el canònigo, y dixò, que con todo quanto mal avia dicho de tales libros, hallava en ellos una coſa buena, que era el ſujeto que ofrecìan, para que un buen entendimiento pudièſſe moſtrarſe en ellos; porque davan largo y eſpacioſo campo, por donde ſin empacho alguno pudièſſe correr la pluma, deſcriviendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas; pintando un capitan valeroſo con todas las partes, que para ſer tal ſe requièren, moſtràndoſe prudente previniendo las aſtùcias de ſus enemigos; y eloquente ora-

dor, perſuadiendo, ò diſuadiendo à ſus ſoldados: maduro en el conſejo, preſto en lo determinado, tan valiente en el eſperar, como en el acometer. Pintando aora un lamentable y tràgico Suceſſo, aora un alegre, y no penſado Acontecimiento: Alli una hermoſiſſima dama; honeſta, diſcreta, y recatada: aqui un cavallero Chriſtiano, valiente y comedido: Acullà un deſaforado barbaro fanfarron: acà un Principe cortes, valeroſo, y bienmirado. Repreſentando bondad, y lealtad de vaſallos, grandezas y mercedes de ſeñores: Ya puede moſtrarſe Aſtròlogo, ya Coſmògrafo excelente, ya Mùſico, ya inteligente en las materias de eſtado; y tal vez le vendrà ocaſion de moſtrarſe Nigromante ſi quiſière. Puede moſtrar las aſtucias de Uliſes, La piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las deſgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amiſtad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Ceſar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfeto à un varon iluſtre, ora ponièndolas en uno ſolo, ora dividièndolas en muchos; y ſiendo eſto hecho con apazibilidad de eſtilo, y con ingenioſa invencion, que tire lo mas que fuère poſſible à la verdad, ſin duda compondrà una tela de varios y hermoſos lazos texida, que deſpues de acabada, tal perfeccion y hermoſura muèſtre, que conſiga el fin mejor que ſe pretende en los eſcritos; que es, enſeñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho: Porque la eſcritura deſatada deſtos libros dà lugar à que el autor pueda moſtrarſe Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes, que encièrran en ſi las dulciſſimas,

ciſſimas, y agradables ciencias de la Poëſia, y de la oratoria: que la Epica tambien puede eſcrivìrſe en Proſa, como en verſo.

CAPITULO XLVIII.

Donde proſigue el canonigo la materia de los libros de cavallerias y otras coſas dignas de ſu ingenio.

ASSI es como vueſtra merced dize, Señor canonigo, dixo el Cura, y por eſta cauſa ſon mas dignos de reprehenſion los que haſta aqui han compueſto ſemejantes libros, ſin tener advertencia à ningun buen diſcurſo, ni al arte, y reglas por donde pudièran guiàrſe, y hazèrſe famoſos en Proſa, como lo ſon en Verſo los dos principes de la Poëſia Griega, y Latina. Yo à lo menos, replicò el canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer un libro de cavallerias, guardando en èl todos los puntos que he ſignificado; y ſi he de confeſſar la verdad, tengo eſcritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia de ſi correſpondian à mi eſtimacion, las he comunicado con hombres apaſionados deſta leyenda, doctos y diſcretos, y con otros ignorantes, que ſolo atienden al guſto de oir diſparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo eſto no he proſeguido adelante, aſſi por parecerme, que hago coſa agena de mi profeſſion, como por ver, que es mas el numero de los ſimples, que de los prudentes; y que pueſto que es mejor ſer loado de los pocos ſabios, que burlado de los muchos necios, no quiero ſugetàrme al confuſo Juyzio del deſvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leer

ſemejantes libros; pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del penſamiento de acabarle, fuè un argumento que hize conmigo meſmo, ſacado de las comedias, que agora ſe represèntan, diziendo: Si eſtas que aora ſe ùſan, aſſi las imaginadas, como las de hiſtoria, todas, ò las mas ſon conocidos diſparates, y coſas que no llevan pies, ni cabeça, y con todo eſſo el vulgo las oye con guſto, y las tiene y las aprueva por buenas, eſtando tan lexos de ſerlo; y los autores que las componen, y los actores que las represèntan, dizen, que aſſi han de ſer, porque aſſi las quière el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traça, y ſiguen la fabula como el arte pide, no sìrven ſino para quatro diſcretos que las entiènden, y todos los demas ſe quedan ayunos de entender ſu artificio, y que à ellos les eſtà mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: Deſte modo vendrià à ſer mi libro al cabo de averme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendrìa yo à ſer el ſaſtre del cantillo. Y aun algunas vezes he procurado perſuadir à los actores, que ſe engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeràn, y mas fama cobraràn, repreſentando comedias, que hagan el arte, que no con las diſparatadas; y eſtàn tan afidos è incorporados en ſu parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los ſaque. Acuèrdome, que un dia dixe à uno deſtos pertinazes: Dezidme; no os acordàys, que ha pocos años, que repreſentàron en Eſpaña tres tragedias, que compuſo un famoſo Poëta deſte Reyno, las quales fuèron tales, que admiràron, alegràron, y ſuſpendièron à todos quantos las oyèron, aſſi ſimples, como prudentes, aſſi del vulgo,

vulgo, como de los eſcogidos; y dièron mas dineros à los repreſentàntes ellas tres ſolas, que treynta de las mejores, que deſpues acà ſe han hecho? Sin duda, reſpondiò el actor (que digo) que deve de dezir vueſtra merced, por la Iſabela, la Filis, y la Alexandra? Por eſſas digo, le repliquè yo; y mirad, ſi guardàvan bien los preceptos del arte, y ſi por guardarlos, dexàron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo. Aſſi que no eſtà la falta en el vulgo, que pide diſparates, ſino en aquellos que no ſaben repreſentar otra coſa. Si, que no fuè diſparate la ingratitud vengada; ni le tùvo la numancia; ni ſe le hallò en la del mercader amante; ni menos en la enemiga favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos Poëtas han ſido compueſtas para fama, y renombre ſuyo, y para ganancia de los que las han repreſentàdo. Y otras coſas añadì à eſtas, con que, à mi parecer, le dexè algo confuſo, pero no ſatisfecho, ni convencido, para ſacarle de ſu errado penſamiento.

En materia ha tocado vueſtra merced, Señor Canonigo, dixo à eſta ſazon el Cura, que ha deſpertado en mi un antiguo rencor que tengo con las comedias, que aora ſe ùſan, tal que iguala al que tengo con los libros de cavallerias; porque aviendo de ſer la comedia, ſegun le parece à Tulio, eſpejo de la vida humana, exemplo de las Coſtumbres, è imagen de la verdad; las que aora ſe repreſèntan, ſon eſpejos de diſparates, exemplos de necedades, è imagenes de laſcivia. Porque, que mayor diſparate puede ſer en el ſujeto que tratamos, que ſalir un niño en mantillas en la primera ſcena del primer acto, y en la ſegunda ſalir ya hecho hombre

hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un moço cobarde, un lacayo retorico, un page conſejero, un Rey ganapàn, y una Princeſa fregona? Que dirè, pues, de la obſervancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ò podian ſuceder las acciones, que represèntan? Sino que he viſto comedia, que la primera Jornada començò en Europa, la ſegùnda en Aſia, la tercera ſe acabò en Africa; y aun ſi fuèra de quatro Jornadas, la quarta acabàra en Amèrica: Y aſſi ſe huvièra hecho en todas las quatro partes del mundo. Y ſi es que la imitacion es lo principal, que ha de tener la comedia, como es poſſible que ſatisfaga à ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion, que paſsò en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, al miſmo que en ella haze la perſona principal, le atribùyan que fuè el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Jeruſalen; y el que ganò la caſa Santa, como Godofre de Bullon, aviendo infinitos años de lo uno à lo otro? Y fundàndoſe la comedia ſobre coſa fingida, atribùyrle verdades de hiſtoria, y mezclarle pedazos de otras ſucedidas à diferentes perſonas, y tiempos, y eſto no con traças veriſimiles, ſino con patentes errores de todo punto inexcuſables. Y es lo malo que ay ignorantes que dizen, que eſto es lo perfecto, y que lo demas es buſcar gullurias. Pues què ſi venìmos à las comedias divinas? Que de milagros falſos fingen en èllas? Que de coſas apocrifas y mal entendidas, atribuyendo à un ſanto los milagros de otro? Y aun en las humanas ſe atreven à hazer milagros ſin mas reſpeto ni conſideracion, que parecerles que alli eſtarà bien el tal milagro, y apariencia,

como

como ellos llaman, para que la gente ìgnorante ſe admire, y venga à la comedia: Que todo eſto es en perjuyzio de la verdad, y en menoſcabo de las hiſtorias, y aun en oprobrio de los ingenios Eſpañoles; porque los eſtrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los abſurdos y diſparates de las que hazèmos. Y no ſerìa baſtante diſculpa deſto dezir, que el principal intento, que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que ſe hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honeſta recreacion, y divertirla à vezes de los malos humores, que ſuele engendrar la ocioſidad; y que pues eſte ſe conſigue con qualquier comedia buena, ò mala, no ay para que poner leyes, ni eſtrechar à los que las componen, y repreſentan, à que las hagan, como devìan hazerſe; pues como he dicho, con qualquiera ſe conſigue lo que con ellas ſe pretende. A lo qual reſponderìa yo, que eſte fin ſe conſeguirìa mucho mejor ſin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales; porque de aver oydo la comedia artificioſa, y bien ordenada, ſaldrìa el oyente, alegre con las burlas, enſeñado con las veras, admirado de los ſuceſſos, diſcreto con las razones, advertido con los embuſtes, ſagaz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: Que todos eſtos afectos ha de deſpertar la buena comedia en el animo del que la eſcuchàre por ruſtico y torpe que sèa. Y de toda impoſſibilidad es impoſſible dexar de alegrar, y entretener, ſatisfazer, y contentar la comedia, que todas eſtas partes tuvière, mucho mas que aquella que carecière dellas, como

por

por la mayor parte carècen eſtas, que de ordinàrio agora ſe represèntan: Y no tienen la culpa deſto los poëtas que las componen; porque algunos ay dellos, que conocen muy bien en lo que yèrran, y ſaben eſtremadamènte lo que deven hazer: Pero como las comedias ſe han hecho mercaduria vendible, dizen, y dizen verdad, que los repreſentantes no ſe las compràran, ſino fuèſſen de aquel Jaez; y aſſi el Poëta procùra acomodarſe con lo que el repreſentante, que le ha de pagar ſu obra, le pide. Y que eſto sèa verdad, vèaſe por muchas, è infinitas comedias, que ha compueſto un feliciſſimo ingenio deſtos Reynos con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verſo, con tan buenas razones, con tan graves ſentencias, y finalmente tan llenas de elocucion, y alteza de eſtilo, que tiene lleno el mundo de ſu fama: Y por querer acomodàrſe al guſto de los repreſentantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfeccion que requièren. Otros las componen tan ſin mirar lo que hazen, que deſpues de repreſentadas tienen neceſſidad los recitantes de huỳrſe, y auſentàrſe, temeroſos de ſer caſtigados, como lo han ſido muchas vezes, por aver repreſentado coſas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deſhonra de algunos linages: Y todos eſtos inconvenientes ceſſarìan, y aun otros muchos mas que no digo, con que huvièſſe en la corte una perſona inteligente, y diſcreta, que examinàſſe todas las comedias antes que ſe repreſentàſſen; no ſolo aquellas que ſe hizièſſen en la corte, ſino todas las que ſe quiſſièſſen repreſentar en Eſpaña, ſin la qual aprobacion, ſello y firma, ninguna Juſticia en ſu lugar dexàſſe repreſentar comedia alguna; y deſta manera

los

los comediantes tendrìan cuydado de embiar las comedias à la corte, y con ſeguridad podrìan repreſentàrlas; y aquellos que las componen, mirarìan con mas cuydado y eſtudio lo que hazian, temeroſos de aver de paſſar ſus obras por el riguroſo examen de quien lo entiende; y deſta manera ſe harìan buenas comedias, y ſe conſeguirìa feliciſſimamènte lo que en ellas ſe pretende, aſſi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de Eſpaña, el interes, y ſeguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de caſtigarlos. Y ſi ſe dièſſe cargo à otro, ò à eſte miſmo, que examinàſſe los libros de cavallerias que de nuèvo ſe compuſièſſen, ſin duda podrìan ſalir algunos con la perfeccion que vueſtra merced ha dicho, enriqueziendo nueſtra lengua del agradable, y precioſo teſoro de la eloquencia, dando ocaſion, que los libros viejos ſe eſcurecièſſen à la luz de los nuevos que ſalièſſen para honeſto paſſatiempo no ſolamente de los ocioſos, ſino de los mas ocupados: Pues no es poſſible, que eſtè continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana ſe pueda ſuſtentàr ſin alguna licita recreacion.

A eſte punto de ſu coloquio llegàvan el Canonigo, y el Cura, quando adelantàndoſe el Barbero, llegò à ellos, y dixo al Cura: Aqui, Señor licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que feſteàndo noſotros tuvièſſen los bueyes freſco y abundoſo paſto. Aſſi me lo parece à mi, reſpondiò el Cura; y dizièndole al Canonigo lo que pensàva hazer, El tambien quiſo quedarſe con ellos, combidado del ſitio de un hermoſo valle que à la viſta ſe les ofrecìa: Y aſſi por gozar dèl, como de la converſacion del

cura, de quien ya ſe iva aficionando; y por ſaber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandò à uno de ſus criados, que ſe fuèſſe à la venta, que no lexos de alli eſtàva, y truxèſſe della lo que huvièſſe de comer para todos; porque el determinava de feſteàr en aquel lugar aquella tarde: A lo qual uno de ſus criados reſpondiò, que el azemila del repueſto, que ya devia de eſtar en la venta, traỳa recado baſtante para no obligar à tomar de la venta mas que cevada. Pues aſſi es, dixo el canonigo, llèvenſe allà todas las cavalgaduras, y hazed bolver la azemila.

En tanto que eſto paſsàva, viendo Sancho, que podìa hablar à ſu amo ſin la continua aſſiſtencia del Cura y el barbero, que tenia por ſoſpechoſos, ſe llegò à la Jaula donde iva ſu amo, y le dixo: Señor, para deſcargo de mi conciencia le quièro dezir lo que paſſa acerca de ſu encantamiento; y es, que aqueſtos dos, que vienen aqui encubiertos los roſtros, ſon el Cura de nueſtro lugar, y el Barbero; y imagino, han dado eſta traça de llevarle deſta manera, de pura envidia que tienen, como vueſtra merced ſe les adelanta en hazer famoſos hechos. Preſupueſta, pues, eſta verdad, sìguèſſe, que no và encantado, ſino embaydo, y tonto. Para prueva de lo qual le quièro preguntar una coſa, y ſi me reſpònde, como creo que me ha de reſpònder, tocarà con la mano eſte engaño, y verà como no và encantado, ſino traſtornado el juyzio. Pregunta lo que quiſières, hijo Sancho, reſpondiò Don Quixote, que yo te ſatisfarè, y reſponderè à toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos, que alli vàn, y vièn con noſotros, ſon el Cura, y el Barbero nueſtros compatriotas y conocidos, bien

podrà

podrà ſer, que parezca que ſon ellos meſmos; pero que lo sèan realmente, y en efecto, eſſo no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que ſi ellos ſe les parècen, como dizes, deve de ſer, que los que me han encantado, avràn tomado eſſa apariencia y ſemejança; porque es facil à los encantadores tomar la figura, que ſe les antoja, y avràn tomado las deſtos nueſtros amigos, para darte à ti ocaſion de que pienſes lo que pienſas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à ſalir dèl, aunque tuvièſſes la ſoga de Teſeo; y tambien lo avràn hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no ſepa atinar de donde me viene eſte daño; porque ſi por una parte tu me dizes, que me acompañan el Cura y el Barbero de nueſtro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sè de mi, que fuerças humanas, como no fuèran Sobrenaturales, no fuèran baſtantes para enjaularme; que quières que diga, ò pienſe, ſino que la manera de mi encantamiento excede à quantas yo he leydo en todas las hiſtorias que tratan de cavalleros andantes, que han ſido encantados. Aſſi que bien puedes darte paz y ſoſſiego en eſto de creer que ſon los que dizes, porque aſſi ſon ellos como yo ſoy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, dì, que yo te reſponderè aunque me preguntes de aqui à mañana. Vàlame nueſtra ſeñora, reſpondiò Sancho, dando una grande voz; y es poſſible que sèa vueſtra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en eſta ſu priſion y deſgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto? Pero pues aſſi es, yo le quiero provar evidentemente

como no và encantado. Sino, digame, aſſi Dios le ſaque deſta tormenta, y aſſi ſe vèa en los braços de mi Señora Dulcinea, quando menos ſe pienſe. Acaba de conjuràrme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quiſières, que ya te he dicho, que te reſponderè con toda puntualidad. Eſſo pido, replicò Sancho, y lo que quiero ſaber es, que me diga ſin añadir, ni quitar Coſa ninguna, ſino con toda verdad, como ſe eſpèra que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que profeſſan las armas, como vueſtra merced las profeſſa debaxo del titulo de Cavalleros andantes. Digo que no mentirè en coſa alguna, reſpondiò Don Quixote: Acaba ya de preguntar, que en verdad, que me canſas con tantas ſalvas, plegàrias, y prevenciònes, Sancho. Digo, que yo eſtòy ſeguro de la bondad, y verdad de mi amo; y aſſi porque haze al caſo de nueſtro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si à caſo deſpues que vueſtra merced và enjaulado, y à ſu parecer encantado en eſta jaula, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas mayores, ò menores, como ſuele dezirſe? No entiendo eſſo de hazer aguas, Sancho; declàrate mas, ſi quières que te reſpònda derechamente. Es poſſible que no entiende vueſtra merced de hazer aguas mayores, ò menores! Pues en la eſcuela deſtetan à los muchachos con ello. Pues ſepa, que quièro dezir, ſi le ha venido gana de hazer lo que no ſe eſcuſa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas vezes, y aun agora la tengo: Sàcame deſte peligro, que no ando todo limpio.

CAPI-

CAPITULO XLIX.

Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Pança tùvo con ſu ſeñor Don Quixote.

HA', dixo Sancho, cogìdo le tengo: Eſto es lo que yo deſsèava ſaber como al alma y como à la vida. Venga acà, Señor; podrìa negar lo que comunmente ſuele dezirſe por ay, quando una perſona eſtà de mala voluntad: No sè, que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni reſpònde à propoſito à lo que le preguntan; que no parece, ſino que eſtà encantado. De donde ſe viene à ſacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, eſtos tales eſtàn encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vueſtra merced tiene, y que bebe, quando ſe lo dàn, y come quando lo tiene, y reſpònde à todo aquello que le pregùntan. Verdad dizes, Sancho, reſpondiò Don Quixote; pero ya te he dicho, que ay muchas maneras de encantamientos, y podrìa ſer, que con el tiempo ſe huvièſſen mudado de unos en otros; y que agora ſe ùſe, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazìan: De manera que contra el uſo de los tiempos no ay que arguỳr, ni de que hazer conſequencias. Yo se, y tengo para mi, que voy encantado; y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia; que la formarìa muy grande, ſi yo penſàſſe, que no eſtàva encantado, y me dexàſſe eſtar en eſta Jaula pereçoſo, y cobarde, defraudàndo el ſocorro, que podrìa dar à muchos meneſteroſos, y neceſſitados, que de mi ayuda,

ayuda, y amparo deven tener à la hora de aora preciſa y eſtrema neceſſidad. Pues con todo eſſo, replicò Sancho, digo que para mayor abundancia, y ſatisfaccion, ſerìa bien que vueſtra merced provàſſe à ſalir deſta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitàrlo, y aun ſacàrle della; y provàſſe de nuevo à ſubir ſobre ſu buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, ſegun và melancolico, y triſte: Y hecho eſto, provàſſemos otra vez la ſuerte de buſcar mas aventuras; y ſino nos ſucedièſſe bien, tiempo nos queda para bolvèrnos à la Jaula, en la qual prometo à ley de buen y leal eſcudero de encerrarme juntamente con vueſtra merced, ſi à caſo fuère vueſtra merced tan deſdichado, ò yo tan ſimple, que no acierte à ſalir con lo que digo. Yo ſoy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò Don Quixote, y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecerè en todo y por todo; pero tu, Sancho, veràs como te engañas en el conocimiento de mi deſgracia.

En eſtas platicas ſe entretuvièron el Cavallero andante, y el mal andante eſcudero haſta que llegàron donde, ya apeàdos, los eſperàvan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deſhunciò luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexòlos andar à ſus anchuras por aquel verde y apazible ſitio, cuya freſcùra combidàva à quererla gozar, no à las perſonas tan encantadas como Don Quixote, ſino à los tan advertidos, y diſcretos como ſu eſcudero; el qual rogò al Cura, que permitièſſe que ſu ſeñor ſalièſſe por un rato de la Jaula; porque ſino le dexàvan ſalìr, no irìa tan limpia aquella priſion, como requerìa la decencia de un tal cavallero

vallero como ſu amo. Entendiòle el Cura y dixo, que de muy buena gana harìa lo que le pedìa, ſino temièra, que en vièndoſe ſu ſeñor en libertad, avia de hazer de las ſuyas, y irſe donde jamas gentes le vièſſen. Yo le fio de la fuga, reſpondiò Sancho: Y yo tambien, dixo el Canonigo, y mas ſi el me dà la palabra como Cavallero, de no apartàrſe de noſotros haſta que sèa nueſtra voluntad. Si dòy, reſpondiò Don Quixote (que todo lo eſtàva eſcuchando;) quanto mas, que el que eſtà encantado como yo, no tiene libertad para hazer de ſu perſona lo que quiſière; porque el que le encantò, le puede hazer que no ſe muèva de un lugar en tres ſiglos; y ſi huvière huydo, le harà bolver en volandas; y que pues eſto era aſſi, bien podìan ſoltàrle, y mas ſiendo tan en provecho de todos.; y de no ſoltàrle, les proteſtàva, que no podia dexar de fatigarles el olfato, ſi de alli no ſe deſviàvan. Tomòle la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de ſu buena fè, y palabra le deſenjaulàron, de que el ſe alegrò infinito y en grande manera de vèrſe fuèra de la Jaula: Y lo primero que hizo fuè, eſtiràrſe todo el cuerpo, y luego ſe fuè donde eſtàva Rozinante, y dàndole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun eſpero en Dios, y en ſu bendita madre, flor y eſpejo de los cavallos, que preſto nos hèmos de ver los dos qual deſèamos; tu con tu Señor à cueſtas, y Yo encima de ti exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo eſto Don Quixote, ſe apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deſèos de poner en obra lo que ſu eſcudero ordenàſſe. Miràvalo el Canonigo, y admiràvaſe de ver la eſtrañeza de ſu grande locura, y de

que

que en quanto hablàva, y reſpondìa, moſtràva tener boniſſimo entendimiento: Solamente venia à perder los eſtribos, como otras vezes ſe ha dicho, en tratàndole de Cavalleria. Y aſſi movido de compaſſion, deſpues de averſe ſentado todos en la verde yerva para eſperar el repueſto del Canonigo, le dixo.

Es poſſible, Señor hidalgo, que aya podido tanto con vueſtra merced la amarga, y ocioſa letura de los libros de cavallerias, que le ayan buelto el juyzio de modo, que venga à creer, que và encantado, con otras coſas deſte jaez, tan lexos de ſer verdadèras, como lo eſtà la meſma mentira de la verdad? Y como es poſſible que aya entendimiento humano, que ſe dè à entender, que ha avido en el mundo aquella infinidad de Amadiſes, y aquella turbamulta de tanto famoſo Cavallero, tanto Emperador de Trapiſonda, tanto Felixmarte de Ircania, tanto palafren, tanta donzella andante, tantas ſierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamientos, tantas batallas, tantos deſaforados encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princeſas enamoradas, tantos eſcuderos condes, tantos enanos gracioſos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes; y finalmente tantos, y tan diſpara tados caſos como los libros de cavellerias contièn̂en? De mi sè dezir, que quando los leo, en tanto que no ponga la imaginacion en penſar, que ſon todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que ſon, doy con el mejor dellos en la pared; y aun dièra con èl en el fuego, ſi cerca, ò preſente le tuvièra, bien como à merecedores de tal pena por ſer falſos, y embuſtèros,

buſteros, y fuera del trato, que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas ſectas, y de nuevo modo de vida; y como à quien dà ocaſion, que el vulgo ignorante venga à creer, y tener por verdadèras tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que ſe atreven à turbar los ingenios de los diſcretos y bien nacidos hidalgos, como ſe echa bien de ver por lo que con vueſtra merced han hecho, pues le han traydo à terminos, que sèa forçoſo encerràrle en una jaula, y traèrle ſobre un carro de bueyes, como quien trae, ò lleva algun leon, ò algun tigre de lugar en lugar, para ganar con èl dexando que le vean. Ea Señor Don Quixote, duèlaſe de ſi miſmo, y reduzgaſe al gremio de la diſcrecion, y ſepa ùſar de la mucha que el cielo fuè ſervido de darle, empleando el feliziſſimo talento de ſu ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamièntо de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi toda via llevado de ſu natural inclinacion quiſière leèr libros de hazañas, y de Cavallerias, lea en la Sacra Eſcritura el de los Juezes, que alli hallarà verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos, como valientes. Un viriato tùvo Luſitania, un Ceſar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Caſtilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andaluzia, un Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garcilaſo Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos puede entretenèr, enſeñàr, deleytàr, y admiràr à los mas altos ingenios que los leyèren. Eſta ſi ſerà letura digna del buen entendimiento de vueſtra merced, Señor Don Quixote mio,

de la qual ſaldrà erudito en la hiſtoria, enamorado de la virtud, enſeñado en la bondad, mejorado en las coſtumbres, valiente ſin temeridad, oſado ſin covardia, y todo eſto para honra de Dios, provecho ſuyo, fama de la mancha, dò, ſegun he ſabido, trae vueſtra merced ſu principio, y origen.

ATENTISSIMAMENTE eſtùvo Don Quixote eſcuchando las razones del Canonigo, y quando viò, que ya avia pueſto fin à ellas, deſpues de averle eſtado un buen eſpacio mirando, le dixo: Parecème, Señor hidalgo, que la platica de vueſtra merced la hà encaminado à querer darme à entender, que no ha avido Cavalleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cavallerias ſon falſos, mentiroſos, dañadores, è inutiles para la republica; y que yo he hecho mal en leèrlos, y peor en creèrlos, y mas mal en imitàrlos,avièndome pueſto à ſeguir la duriſſima profeſſion de la cavalleria andante que ellos enſeñan; negàndome, que no ha avido en el mundo Amadiſes, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros cavalleros, de què las eſcrituras eſtàn llenas. Todo es al pie de la letra como vueſtra merced lo và relatando, dixo à eſta ſazon el Canonigo. A lo qual reſpondiò Don Quixote: Añadiò tambien vueſtra merced, que me avian hecho mucho daño tales libros, pues me avian buelto el Juyzio, y puèſtome en una Jaula; y que me ſerìa mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enſeñan. Aſſi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el ſin Juyzio y el encantado es vueſtra merced, pues ſe ha pueſto à dezir tantas blaſfemias contra

contra una coſa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera; que el que la negàſſe, como vueſtra merced la niega, merecia la meſma pena que vueſtra merced dize, que dà à los libros, quando los lee, y le enfadan: Porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fuè en el mundo, ni todos los otros cavalleros aventureros, de que eſtàn colmadas las hiſtorias, ſerà querer perſuàdir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra ſuſtenta. Porque, que ingenio puede aver en el mundo, que pueda perſuadir à otro, que no fuè verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que ſucediò en el tiempo de Carlo Magno, que (voto à tal) es tanta verdad como aora es de dia? Y ſi es mentira, tambien lo deve de ſer, que no hùvo Hector, ni Aquiles, ni la Guerra de Troya, ni los doze pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda haſta aora convertido en cuervo, y le eſpèran en ſu reyno por momentos. Y tambien ſe atreveràn à dezir, que es mentiroſa la hiſtoria de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del ſanto Grial, y que ſon apocrifos los amores de Don Triſtan, y la Reyna Iſeo, como los de Ginebra, y Lançarote, aviendo perſonas, que caſi ſe acuerdan de aver viſto à la Dueña Quintañona, que fuè la mejor eſcanciadora de vino, que tùvo la gran Bretaña? Y es eſto tan aſſi, que me acuerdo yo, que me dezia una mi aguela de parte de mi padre, quando veỳa alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, ſe parece à la dueña Quintañona: De donde arguyo yo, que la deviò de conocer ella, ò por lo menos, deviò de alcançar à ver algun retrato ſuyo. Pues quien podrà negar,

no ſer verdadera la hiſtoria de Pierres, y la linda Magalona, pues aun haſta òy dia ſe vee en la armeria de los Reyes la clavija con que bolvia el cavallo de madera, ſobre quien iva el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de Carreta, y junto à la clavija eſtà la ſilla de Babieca. Y en Roncesvalles eſtà el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga, de donde ſe infiere, que hùvo doze Pares, que hùvo Pierres, que hùvo Cides, y otros Cavalleros ſemejantes, deſtos que dizen las gentes, que à ſus aventuras van. Sino dìgame tambien, que no es verdad, que fuè cavallero andante el valiente Luſitano Juan de Merlo, que fuè à Borgoña, y ſe combatiò en la Ciudad de Ras con el famoſo Señor de Charni, llamado Moſen Pierres; y deſpues en la ciudad de Baſilea con Moſen Enrique de Remeſtan, ſaliendo de entrambas empreſas vencedor, y lleno de honroſa fama: Y las aventuras y deſafios que tambien acabàron en Borgoña los valientes Eſpañoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya Alcurnia yo deſciendo por linea recta de varon) venciendo à los hijos del conde de San Polo. Nièguеme aſſimeſmo, que no fuè a buſcar las aventuras à Alemania Don Fernando de Guevara, donde ſe combatiò con Micer Jorge, Cavallero de la caſa del Duque de Auſtria. Digan, que fuèron burla las Juſtas de Suero de Quiñones, del paſſo: Las empreſas de Moſen Luys de Falſes contra Don Gonçalo de Guzman, Cavallero Caſtellano, con otras muchas hazañas hechas por cavalleros Chriſtianos, deſtos, y de los Reynos eſtrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno à dezir, que el que las negàſſe, careceria de toda razon, y buen diſcurſo.

ADMI-

ADMIRADO quedò el Canonigo de oyr la mezcla que Don Quixote hazia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas coſas tocantes, y concernientes à los hechos de ſu andante cavalleria; y aſſi le reſpondiò: No puedo yo negar, Señor Don Quixote, que no sèa verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmènte en lo que toca à los cavalleros andantes Eſpañoles; y aſſi meſmo quiero concedèr, que hùvo doze Pares de Francia; pero no quiero creer, que hizièron todas aquellas coſas, que el Arçobiſpo Turpin dellos eſcrive; porque la verdad dello es, que fuèron cavalleros eſcogidos por los Reyes de Francia, à quien llamàron Pares, por ſer todos iguales en valor, en calidad y en valentia: Alomenos ſino lo eran, era razon que lo fuèſſen; y era como una religion de las que aora ſe ùſan de Santiago, ò de Calatrava, que ſe preſupòne, que los que las profeſſan, han de ſer, ò deven ſer cavalleros valeroſos, valientes, y bien nacidos; y como aora dizen cavallero de ſan Juan, ò de Alcantara, dezian en aquel tiempo, cavallero de los doze Pares, porque fuèron doze iguales los que para eſta religion militar ſe eſcogièron. En lo de que hùvo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hizièron las hazañas, que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clavija, que vueſtra merced dize del conde Pierres, y que eſtà junto à la filla de Babieca en la Armeria de los Reyes, confièſſo mi pecado, que ſoy tan ignorante, ò tan corto de viſta, que aunque he viſto la filla, no he echado de ver la clavija, y mas ſiendo tan grande como vueſtra merced ha dicho. Pues alli eſtà ſin duda alguna, replicò Don Quixote, y por mas

ſeñor

ſeñas dizen, que eſtà metida en una funda de vaqueta, porque no ſe tome de mòho. Todo puede ſer, reſpondiò el Canonigo; pero por las ordenes que recibì, que no me acuerdo averla viſto: Mas pueſto que conceda que eſtà alli, no por eſſo me obligo à creer las hiſtorias de tantos Amadiſes, ni las de tanta turbamulta de cavalleros, como por aỳ nos cuentan; ni es razon, que un hombre como vueſtra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, sè dè à entender que ſon verdaderas tantas y tan eſtrañas locuras, como las que eſtàn eſcritas en los diſparatados libros de cavallerias.

CAPITULO L.

De las diſcretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvièron, con otros ſuceſſos.

BUENO eſtà eſſo, reſpondiò Don Quixote: Los libros que eſtàn impreſſos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos, à quien ſe remitièron, y que con guſto general ſon leydos, y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres, y de los ricos, de los letrados, è ignorantes, de los plebeyos, y cavalleros, finalmente de todo genero de perſonas de qualquier eſtado, y condicion que sèan, avian de ſer mentira? Y llevando tanta apariencia de verdad; pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia, que el tal cavallero hizo, ò cavalleros hizièron. Calle vueſtra merced, no diga tal blasfemia, y crèame, que le aconſejo en eſto, lo que deve de hazer como diſcreto; ſino lèalos, y verà el guſto

que

que recibe de ſu leyènda. Sino dìgame: Ay mayor contento que ver, como ſi dixèſſemos, aqui aora ſe mueſtra delante de noſotros un gran lago de pez hirvièndo à borvollones, y que andan nadando, y cruzando por èl muchas ſerpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y eſpantables; y que del medio del lago ſale una voz triſtiſſima, que dize: Tu Cavallero, quien quiera que sèas, que el temoroſo lago eſtàs mirando, ſi quières alcançàr el bien, que debaxo deſtas negras aguas ſe encubre, mueſtra el valor de tu fuerte pecho, y arròjate en mitad de ſu negro y encendido licor, porque ſi aſſi no lo hazes, no ſeràs digno de ver las altas maravillas que en ſi encièrran y contièнen los ſiete caſtillos de las ſiete Fadas, que debaxo deſta negregura yazen; y que à penas el Cavallero no ha acabado aun de oyr la voz temeroſa, quando, ſin entrar mas en cuentas conſigo, ſin ponerſe à conſideràr el peligro, à que ſe pone; y aun ſin deſpojàrſe de la peſadumbre de ſus fuertes armas (encomendàndoſe à Dios, y à ſu Señora) ſe arroja en mitad del bullente lago; y quando no ſe cata, ni ſabe donde ha de parar, ſe halla entre unos floridos campos, con quien los Eliſeos no tienen que ver en ninguna coſa. Alli le parece, que el Cielo es mas tranſparente, y que el Sol luze con claridad mas nueva. Acullà ofrèceſele à los ojos una apacible floreſta de tan verdes y frondoſos arboles compueſta, que alegra à la viſta ſu verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aqui deſcubre un arroyuelo, cuyas freſcas aguas, que liquidos criſtales parecen, corren

ſobre

ſobre menudas arenas, y blancas piedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas ſemejan. Acullà vè una artificioſa fuente de Jaſpe variado, y de liſo marmol compueſta: Acà vee otra à lo bruteſco ordenada, à donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas caſas blancas, y amarillas del Caracol pueſtas con orden deſordenada, mezclados entre ellas pedazos de criſtal luziente, y de contrahechas eſmeraldas, hazen una variada labor de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullà de improviſo ſe le deſcùbre un fuerte caſtillo, ò viſtoſo alcaçar, cuyas murallas ſon de mazizo oro, las almenas de Diamantes, las puertas de Jacintos; finalmente èl es de tan admirable compoſtura, que con ſer la materia de que eſtà formado, no menos que de Diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de eſmeraldas, es de mas eſtimacion ſu hechura. Y ay mas que ver, deſpues de aver viſto eſto, que ver ſalir por la puerta del caſtillo un buen numero de donzellas (cuyos galanos y viſtoſos trages ſi yo me puſièſſe aora à dezirlos, como las hiſtorias nos los cuentan, ſerìa nunca acabar) y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido cavallero, que ſe arrojò en el ferviente lago, y llevàrle, ſin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar ò caſtillo, y hazerle deſnudar como ſu madre le pariò, y bañarle con templadas aguas; y luego untarle todo con oloroſos unguentos, y veſtirle una camiſa de cendal delgadiſſimo, toda oloroſa y perfumada; y acudir otra donzella, y echarle un manton ſobre los ombros, que por lo menos menos, dizen que ſuele valer una ciudad, y aun mas? Que es ver, pues, quando nos cuentan,

tan, que tras todo eſto, le llevan à otra ſala, donde hàlla pueſtas las meſas con tanto concièrto, que queda ſuſpenſo y admirado? Que, el verle echàr agua à manos, toda de ambar, y de oloroſas flores diſtilada? Que, el hazèrle ſentàr ſobre una ſilla de marfil? Que, verle ſervìr todas las donzellas, guardando un maravilloſo ſilencio? Que, el traèrle tanta diferencia de manjàres, tan ſabroſamente guiſados, que no ſabe el apetito à qual deva de alargàr la mano? Que ſerà oyr la muſica, que en tanto que come, ſuena? Sin ſabèrſe quien la canta, ni a donde ſuèna? Y deſpues de la comida acabada, y las meſas alçadas, quedàrſe el cavallero recoſtado ſobre la ſilla, y quiçà mondàndoſe los dientes (como es coſtumbre) entràr à deſhora por la puerta de la ſala otra mucho mas hermoſa donzella, que ninguna de las primeras, y ſentàrſe al lado del cavallerò, y començàr à dàrle cuenta, de que caſtillo es aquel, y de como ella eſtà encantada en èl, con otras coſas, que ſuſpènden al cavallero, y admìran à los leyèntes, que van leyèndo ſu hiſtoria? No quiero alargàrme mas en eſto, pues dello ſe puede colegìr, que qualquièra parte, que ſe lea de qualquièr hiſtoria de cavalleria andante, ha de causàr guſto y maravilla à qualquièra que la leyère. Y vueſtra merced crèame, y como otra vez le he dicho, lèa eſtos libros, y verà como le deſtièrran la melancolia que tuvière, y le mejòran la condicion, ſi à caſo la tuvière mala. De mi sè dezir, que deſpues que ſoy cavallero andante, ſoy valiente, comedido, liberal, bien-criado, generoſo, cortès, atrevido, blando, paciente, ſufridor de trabajos, de priſiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vì encerrado en una jaula como loco, pienſo por el

valor de mi braço (favorecièndome el cielo, y no me fiendo contraria la fortuna) en pocos dias verme Rey de algun Reyno, à donde pueda moſtràr el agradecimiento, y liberalidad, que mi pecho encierra: Que, mia fè, Señor, el pobre eſtà inhabilitado de podèr moſtràr la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en ſumo grado la poſſea: Y el agradecimiento, que ſolo conſiſte en el deſsèo, es coſa muerta, como es muerta la fè ſin obras. Por eſto querrìa, que la fortuna me ofrecièſſe preſto alguna ocaſion, donde me hizièſſe Emperador, por moſtràr mi pecho, haziendo bien à mis amigos, eſpecialmente à eſte pobre de Sancho Pança mi eſcudero, que es el mejor hombre del mundo, y querrìa darle un condado, que le tengo muchos dias hà prometido; ſino que temo, que no ha de tener habilidad para governàr ſu eſtado.

CASI eſtas ultimas palabras oyò Sancho à ſu amo, à quien dixo: Trabaje vueſtra merced, Señor Don Quixote, en dàrme eſſe condado, tan prometido de vueſtra merced, como de mi eſperado; que yo le promèto, que no me falte à mi habilidad para governàrle; y quando me faltàre, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamièntо los eſtados de los ſeñores, y les dan un tanto cada año, y ellos ſe tienen cuydado del govièrno; y el ſeñor ſe eſtà à pierna tendida gozando la renta que le dan, ſin curàrſe de otra coſa: Y aſſi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, ſino que luego me deſiſtirè de todo, y me gozarè mi renta, como un Duque, y allà ſe lo ayan. Eſſo, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entièndeſe en quanto al gozar la renta; empero al adminiſtràr Juſticia ha de

de entendèr el Señor del eſtado, y aqui entra la habilidad, y buen Juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar; que ſi eſta falta en los principios, ſiempre iràn errados los medios, y los fines: Y aſſi ſuele Dios ayudàr al buen deſsèo del ſimple, como desfavorecèr al malo del diſcreto. No sè eſſas filoſofìas, reſpondiò Sancho, mas ſolo sè, que tan preſto tuvièſſe yo el Condado, como ſabrìa regìrle, que tanta alma tengo yo, como otro, y tanto cuerpo, como el que mas, y tan Rey ſerìa yo de mi eſtado, como cada uno del ſuyo; y ſièndolo, harìa lo que quiſièſſe; y haziendo lo que quiſièſſe, harìa mi guſto; y haziendo mi guſto, eſtarìa contento; y en eſtando uno contento, no tiene mas que deſsèar; y no teniendo mas que deſsèar acabòſe; y el eſtado venga, y à Dios, y veàmonos, como dixo un ciego à otro. No ſon malas Filoſofìas eſſas, como tu dizes, Sancho, dixo el Canonigo; pero con todo eſſo ay mucho que dezir ſobre eſta materia de condados. A lo qual replicò Don Quixote: Yo no sè que aya mas que dezir; ſolo me guìo por el exemplo, que me dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à ſu eſcudero Conde de la Inſula firme; y aſſi puedo yo ſin eſcrupulo de conciencia hazèr Conde à Sancho Pança, que es uno de los mejores eſcuderos, que cavallero andante ha tenido.

ADMIRADO quedò el Canonigo de los concertados diſparates, que Don Quixote avia dicho; del modo con que avia pintado la aventura del cavallero del lago; de la impreſſion que en el avian hecho las penſadas mentiras de los libros que avia leìdo; y finalmente le admiràva la necedad

de Sancho, que con tanto ahinco deſsèava alcançàr el Condado que ſu amo le avia prometido.

YA en eſto bolvìan los criados del Canonigo, que à la venta avian ido por la azemila del repueſto; y haziendo meſa de un Alfombra, y de la verde yerva del prado, à la ſombra de unos arboles ſe ſentàron, y comièron alli, porque el boyèro no perdièſſe la comodidad de aquel ſitio, como queda dicho. Y eſtàndo comièndo, à deſhora oyèron un rezio eſtruendo, y un ſon de eſquila, que por entre unas Zarças, y eſpeſſas matas, que alli junto eſtàvan, ſonàva; y al miſmo inſtante vièron ſalìr de entre aquellas malezas una hermoſa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venia un cabrero dàndole vozes, y dizièndole palabras à ſu uſo, para que ſe detuvièſſe, ò al rebaño bolvièſſe. La fugitiva cabra temeroſa, y deſpavorìda ſe vìno à la gente, como à favorecèrſe della, y alli ſe detùvo. Llegò el cabrero, y aſſièndola de los cuernos, como ſi fuèra capaz de diſcurſo, y entendimiento, le dixo: Ha cerrèra, cerrèra, manchada, manchada, y como andàys vos eſtos dias de pie coxo! Que lobos os eſpàntan, hija? No me dirèys, que es eſto, hermoſa? Mas que puede ſer, ſino que ſoys hembra, y no podèys eſtàr ſoſſegàda: Que mal aya vueſtra condicion, y la de todas aquellas à quien imitàys. Bolved, amiga, bolved, que ſino tan contenta, alomenos eſtarèys mas ſegura en vueſtro apriſco con vueſtras compañeras; que ſi vos, que las avèys de guardàr, y encaminàr, andàys tan ſin guia, y tan deſcaminada, en que podràn parar ellas? Con-

tento

tento dièron las palabras del cabrero à los que las oyèron, eſpecialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vueſtra, hermano, que os ſoſſeguèys un poco, y no os acucièys en bolvèr tan preſto eſſa cabra à ſu rebaño; que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de ſeguir ſu natural diſtinto, por mas que vos os pongàys à eſtorvàrlo. Tomad eſte bocado, y bebed una vez, con que templarèys la còlera, y en tanto deſcanſarà la cabra. Y el dezir eſto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo ſiambre, todo fuè uno. Tomòlo, y agradeciòlo el cabrero: Bebiò, y ſoſſegòſe, y luego dixo: No querria, que por aver yo hablado con eſta alimaña tan en ſeſo, me tuvièſſen vueſtras mercedes por hombre ſimple, que en verdad, que no carècen de miſterio las palabras que le dixe. Rùſtico ſoy, pero no tanto, que no entienda, como ſe ha de tratàr con los hombres y con las beſtias. Eſſo creo yo muy bien, dixo el cura, que ya yo sè de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los paſtores encièrran Filoſofos. Alomenos, Señor, replicò el cabrero, acògen hombres eſcarmentàdos; y para que creàys eſta verdad, y la toquèys con la mano, aunque parezca, que ſin ſer rogado, me combido; ſino os enfadàys dello, y querèys, Señores, un breve eſpacio preſtàrme oydo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que eſſe Señor (ſeñalando al Cura) ha dicho. A eſto reſpondiò Don Quixote: Por ver que tiene eſte caſo un no sè que de aventura de cavalleria, yo por mi parte os oyrè, hermano, de muy buena gana, y aſſi lo haràn todos eſtos Señores por lo mucho que tienen de diſcretos, y de ſer amigos de curioſas novedades, que ſuſpendan,

pendan, alegren, y entretengan los ſentidos, como ſin duda pienſo, que lo ha de hazer vueſtro cuento. Començad, pues, amigo, que todos eſcucharèmos. Sàco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con eſta empanada, donde pienſo hartàrme por tres dias, porque hè oydo dezir à mi Señor Don Quixote, que el eſcudero de Cavallero andante ha de comèr, quando ſe le ofrecière, haſta no podèr mas, à cauſa que ſe les ſuele ofrecèr entràr à caſo por una ſelva tan intricada, que no aciertan à ſalir della en ſeys dias; y ſi el hombre no va harto, ò bien proveỳdas las alforjas, alli ſe podrà quedar, como muchas vezes ſe queda, hecho carne mòmia. Tu eſtàs en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: Vete à donde quiſières, y come lo que pudières, que yo ya eſtòy ſatisfecho, y ſolo me falta dar al alma ſu refeccion, como ſe la darè, eſcuchando el cuento deſte buen hombre. Aſſi la darèmos todos à las nueſtras, dixo el Canonigo; y luego rogò al cabrero, que dièſſe principio à lo que prometìdo avìa. El cabrero diò dos palmadas ſobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenia, dizièndole: Recuèſtate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nueſtro apèro. Parece que lo entendiò la cabra, porque en ſentàndoſe ſu dueño, ſe tendiò ella junto à el con mucho ſoſſiego; y miràndole al roſtro, dava à entender, que eſtàva atenta à lo que el cabrero iva diziendo; el qual començò ſu hiſtoria deſta manera.

CAPI-

el mundo para desfazer ſemejantes agravios, no conſentirè, que un ſolo paſſo adelante paſſe, ſin darle la deſſeada libertad, que merece. En eſtas razones cayèron todos los que las oyèron, que Don Quixote devia de ſer algun hombre loco, y tomàronſe à reỳr muy de gana, cuya riſa fuè poner pòlvora à la còlera de Don Quixote, para que ſin dezir mas palabra, ſacando la eſpada, arremetiò à las andas. Uno de aquellos, que las llevàvan, dexando la Carga a ſus Compañèros ſaliò al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla, ò baſton con que ſuſtentàva las andas en tanto que deſcansàva, y recibièndo en ella una gran cuchillada, que le tirò Don Quixote, con que ſe la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedò en la mano, diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el miſmo lado de la eſpada (que no pùdo cubrir el adarga contra villana fuerça) que el pobre Don Quixote vino al ſuèlo muy mal-parado. Sancho Pança, que hijadeando le iva a los alcances, vièndole caydo, diò vozes à ſu moledor, que no le dièſſe otro palo, porque era un pobre Cavallero encantado, que no avìa hecho mal à nadie en todos los dias de ſu vida: mas lo que detùvo al villano, no fuèron las vozes de Sancho, ſino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano: y aſſi creyèndo, que le avia muerto, con prièſſa ſe alçò la tùnica, a la cinta y diò à huir por la campaña, como un gamo. Ya en eſto llegàron todos los de la compañia de Don Quixote à donde el eſtàva; y mas los de la proceſſion, que los vièron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con ſus balleſtas, temièron algun mal ſuceſſo, y hizièronſe todos un remolino al rededor de la imagen; y alçados los capìrotes, empuñando

las diſciplinas, y los clerigos los ciriales, eſperàvan el aſſalto, con determinacion de defendèrſe, y aun ofendèr, ſi pudièſſen, à los acometedores: Pero la fortuna lo hizo mejor que ſe pensàva; porque Sancho no hizo otra coſa, que arrojàrſe ſobre el cuerpo de ſu Señor, haziendo ſobre èl el mas doloroſo, y riſueño llanto del mundo, creyèndo, que eſtàva muerto. El Cura fuè conocido de otro Cura, que en la proceſſion venia, cuyo conocimiento pùſo en Soſſiego el concebido temor de los dos eſquadrones. El primer Cura diò al ſegundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote; y aſſi el, como toda la turba de los diſciplinantes, fuèron à ver, ſi eſtàva muerto el pobre Cavallero; y oyèron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la Cavalleria, que con ſolo un garrotazo acabaſte la carrera de tus tan bien gaſtados años! O honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual, faltando tu en èl, quedarà lleno de malhechores, ſin temor de ſer caſtigados de ſus malas fechorias! O liberal ſobre todos los Alexandros, pues por ſolos ocho meſes de ſervicios, me tenias dada la mejor inſula, que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los ſobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, ſufridor de afrentas, enamorado ſin cauſa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes; En fin Cavallero andante, que es todo lo que dezirſe puede! Con las vozes y gemidos de Sancho reviviò Don Quixote, y la primera palabra que dixo, fuè: El que de vos vive auſente, dulciſſima Dulcinea, à mayores miſerias que eſtas eſtà ſugeto: Ayudame, Sancho amigo,

à ponerme ſobre el carro encantado, que no eſtòy para oprimir la ſilla de Rozinante, porque tengo todo eſte ombro hecho pedaços. Eſſo harè yo de muy buena gana, Señor mio, reſpondiò Sancho, y bolvàmos à mi aldea en compañia deſtos Señores, que ſu bien deſsèan; y alli darèmos orden de hazer otra ſalida, que nos sèa de mas provecho, y fama. Bien dizes, Sancho, reſpondiò Don Quixote, y ſerà gran prudencia dexar paſſar el mal influxo de las eſtrellas, que agora corre. El Canonigo, el cura y Barbero le dixèron, que harìa muy bien en hazer lo que dezia: Y aſſi, avièndo recibido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Pança, puſièron à Don Quixote en el carro, como antes venia. La Proceſſion bolviò à ordenàrſe, y proſeguir ſu camino. El cabrero ſe deſpidiò de todos; Los quadrilleros no quiſièron paſſar adelante, y el Cura les pagò lo que les devìa. El Canonigo pidiò al Cura, le avisàſſe el ſuceſſo de Don Quixote, ſi ſanàva de ſu locura, ò ſi proſeguia en ella: Y con eſto tomò Licencia para ſeguir ſu viage. En fin todos ſe dividièron, y apartàron, quedando ſolos el Cura, el Barbero, Don Quixote, y Sancho Pança, y el bueno de Rozinante, que à todo lo que avia viſto, eſtàva con tanta paciencia, como ſu amo. El boyèro unciò ſus bueyes, y acomodò à Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada flema ſiguiò el camino que el Cura quiſo; y à cabo de ſeys dias llegàron à la aldea de Don Quixote, adonde entràron en la mitad del dia, que acertò à ſer domingo, y la gente eſtàva toda en la plaça, por mitad de la qual atravesò el carro de Don Quixote. Acudièron todos à ver lo que en el carro venia; y quando conocièron

nocièron à ſu compatrioto, quedàron maravillàdos; y un muchacho acudiò corriendo à dar las nuevas à ſu ama, y à ſu ſobrina, de que ſu tio, y ſu Señor venia flaco, y amarillo, y tendido ſobre un monton de heno, y ſobre un carro de bueyes. Coſa de laſtima fuè oyr los gritos que las dos buenas Señoras alçàron, las bofetadas que ſe dièron, las maldiciones que de nuèvo echàron à los malditos libros de Cavallerias, todo lo qual ſe renovò, quando vièron entrar à Don Quixote por ſus puertas.

A las nuevas deſta venida de Don Quixote acudiò la muger de Sancho Pança, que ya avia ſabido, que avia ido con el sirvièndole de eſcudero; y aſſi como viò à Sancho, lo primero que le preguntò, fuè, que ſi venia bueno el aſno? Sancho reſpondiò, que venia mejor que el amo. Gracias sean dadas à Dios, replicò ella, que tanto bien me ha hecho. Pero contadme agora, amigo, que bien avèys ſacado de vueſtras eſcuredìas? Que ſaboyana me traèys à mi? Que Zapaticos à vueſtros hijos? No traygo nada deſſo, dixo Sancho, muger mia, aunque tràygo otras coſas de mas momento, y conſideracion. Deſſo recibo yo mucho guſto, reſpondiò la muger: Moſtradme eſſas coſas de mas conſideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que ſe me alegre eſte coraçon, que tan triſte, y deſcontento ha eſtado en todos los ſiglos de vueſtra auſencia. En caſa os las moſtrarè, muger, dixo Pança; y por agora eſtad contenta, que, ſiendo Dios ſervido de que otra vez ſalgàmos en viage à buſcar aventuras, vos me verèys preſto conde ò Governador de una inſula, y no de las de por ayˆ, ſino la mejor que pueda hallàrſe. Quièralo aſſi

el

el Cielo, marido mio, dixo la muger, que bien lo avèmos menester. Mas dezidme, que es eſſo de inſulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del aſno, reſpondiò Sancho; à ſu tiempo lo veràs, muger, y aun te admiraràs de oỳrte llamar Señoria de todos tus vaſallos. Que es lo que dezis, Sancho, de Señorias, inſulas, y vaſallos, replicò Tereſa Pança? (que aſſi ſe llamàva la muger de Sancho, aunque no eran parientes, ſino porque ſe uſa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de ſus maridos.) No te acucies, Tereſa, reſpondiò Sancho Pança, por ſaber todo eſto tan aprieſſa: Baſta que te digo verdad, y coſe la boca. Solo te ſabrè dezir aſſi de paſſo, que no ay coſa mas guſtoſa en el mundo, que ſer un hombre honrado, eſcudero de un Cavallero andante, buſcador de aventuras: Bien es verdad, que las mas que ſe hallan, no ſalen tan à guſto, como el hombre querrìa; porque de ciento que ſe encuentran, las noventa y nueve ſuelen ſalir avièſas, y torcìdas. Sèlo yo de experiencia, porque de algunas he ſalido manteado, y de otras molido. Pero con todo eſſo es linda coſa eſperar los ſuceſos atravesàndo montes, eſcudriñando ſelvas, piſando peñas, viſitando caſtillos, alojando en ventas à toda diſcrecion ſin pagar, ofrecido sèa al diablo, el maravedi.

TODAS eſtas platicas paſsàron entre Sancho Pança, y Tereſa Pança ſu muger, en tanto que el ama, y ſobrina de Don Quixote le recibièron, y le deſnudàron, y le tendièron en ſu antiguo lecho. Miràvalàs el con los ojos atraveſsàdos, y no acabàva de entender, en que parte eſtàva. El cura encargò à la ſobrina, tuvièſſe gran cuenta con regalar

galar à ſu tio, y que eſtuvièſſen alerta de que otra vez no ſe les eſcapàſſe, contando lo que avia ſido meneſter para traelle à ſu caſa. Aqui alçàron las dos de nuevo los gritos al Cielo; alli ſe renovàron las maldiciones de los libros de cavallerias; alli pidièron al Cielo, que confundièſſe en el centro del abiſmo à los autores de tantàs mentiras, y diſparates. Finalmente ellas quedàron confùſas, y temeroſas de que ſe avian de ver ſin ſu amo, y tio en el meſmo punto, que tuvièſſe alguna mejoria; y aſſi fuè como ellas ſe lo imaginàron. Pero el autor deſta hiſtoria (pueſto que con curioſidad, y diligencia ha buſcado los hechos que Don Quixote hizo en ſu tercera ſalida) no ha podido hallar noticia dellos, alomenos por eſcrituras autènticas: Solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha; que Don Quixote, la tercera vez que ſaliò de ſu caſa, fuè à Zaragoça, donde ſe hallò en unas famoſas Juſtas, que en aquella ciudad hizièron, y alli le paſsàron coſas dignas de ſu valor, y buen entendimiento. Ni de ſu fin y acaecimièntо pudo alcançàr coſa alguna; ni la alcançàra, ni ſupièra, ſi la buena ſuerte no le deparàra un antiguo medico, que tenia en ſu poder una Caxa de plomo, que ſegun el dixo, ſe avia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita, que ſe renovàva: En la qual Caxa ſe avian hallado unos pergaminos eſcritos con letras Goticas, pero en verſos Caſtellanos, que contenian muchas de ſus hazañas, y davan noticia de la hermoſura de Dulcinea del Toboſo; de la figura de Rozinante; de la fidelidad de Sancho Pança; y de la ſepultura del meſmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elògios de ſu Vida,

y

y coſtumbres. Y los que ſe pudièron leer, y ſacar en limpio, fuèron los que aqui pone el fidedigno autor deſta nueva, y jamas viſta hiſtoria: El qual autor no pide à los que la leyèren (en premio del inmenſo trabajo que le coſtò el inquirìr, y buſcàr todos los archivos Manchegos por ſacarla à luz) ſino que le dèn el meſmo credito, que ſuèlen dàr los diſcretos à los libros de cavallerìas, que tan validos andan en el mundo; que con eſto ſe tendrà por bien pagado, y ſatisfecho, y ſe animarà à ſacàr y buſcàr otras, ſino tan verdadèras, alomenos de tanta invencion, y paſſatiempo. Las palabras primeras que eſtàvan eſcritas en el pergamino que ſe hallò en la caxa de plomo, èran eſtas.

Los Acadèmicos de la Argamaſilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroſo Don Quixote de la Mancha, hoc ſcripſerunt.

El Monicongo Academico de la Argamaſilla, à la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

El calvatrueno, que adornò à la Mancha
De mas deſpojos, que Jaſon de Creta,
El Juyzio que tùvo la veleta
Aguda, donde fuèra mejor ancha,
El braço, que ſu fuerça tanto enſancha,
Que llegò del catày haſta Gaèta,
La Muſa mas horrenda, y mas diſcreta,
Que gravò verſos en broncinea plancha,

El que à cola dexò los Amadiſes,
Y en muy poquito à Galaores tùvo,
Eſtribando en ſu amor y bizarria:
El que hizo callar los Belianiſes,
Aquel que en Rozinante errando andùvo,
Yaze debaxo deſta Loſa fria.

Del Paniaguado Academico de la Argamaſilla, in Laudem Dulcineæ del Toboſo.

SONETO.

Eſta que vèys de Roſtro amondongàdo,
Alta de pechos, y Ademan brioſo,
Es Dulcinea, Reyna del Toboſo,
De quien fuè el gran Quixote enamorado.
Pisò por ella el uno y otro lado
De la gran ſierra negra, y el famoſo
Campo de montiel, haſta el herboſo
Llano de Aranjuez, à pie, y canſado:
(Culpa de Rozinante) O dura eſtrella!
Que eſta Manchega Dama, y eſte invìto
Amante Cavallero, en tiernos años,
Ella dexò muriendo de ſer bella,
Y El, aunque queda en màrmoles eſcrito,
No pudo huỳr de amor, iras, y engaños.

Del Caprichoſo, diſcretiſſimo Academico de la Argamaſilla, en loor de Rozinante, cavallo de Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

En el ſobèrvio tronco diamantino,
Que con ſangrientas plantas huella marte,
(Frenetico) el Manchego ſu eſtandarte
Tremòla con esfuèrço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que deſtroça, aſſuèla, raja, y parte,
(Nuevas Proëzas) pero inventa el arte
Un nuevo eſtilo al nuevo paladino.
Y ſi de ſu Amadis ſe precia Gaula,
Por Cuyos bravos deſcendientes Grecia
Triunfò mil vezes, y ſu fama enſancha.
Oy à Quixote le corona el Aula
De Belona valiente, y del ſe precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.
Nunca ſus glorias el olvido mancha,
Pues haſta Rozinante en sèr gallardo
Excede à Brilladoro, y à Bayardo.

Del Burlador Academico Argamaſilleſco à Sancho Pança.

SONETO.

Sancho Pança es aqueſte en cuerpo chico,
Pero grande en valor (milagro eſtraño!)

Eſcudèro el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tùvo el mundo, os juro, y certifico.
De ſer Conde no eſtùvo en un tantìco,
Sino ſe conjuràran en ſu daño
Inſolencias, y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdònan à un borrico.
Sòbre èl andùvo (con perdon ſe miente)
Eſte manſo eſcudèro, tras el manſo
Cavallo Rozinante, y tras ſu dueño.
⊙ vanas eſperanças de la gente!
Como paſsàys con prometèr deſcanſo,
Y al Fin paràys en ſombra, en humo, en ſueño.

Del Cachidiablo Academico de la Argamaſilla en la Sepultùra de Don Quixote.

EPITAFIO.

Aqui yaze el Çavallero
Bien molido y mal andante,
A quien llevò Rozinante
Por uno y otro Sendèro.
Sancho Pança el majadèro
Yaze tambien junto à el,
Eſcudèro el mas fiel,
Que viò el trato de eſcudèro.

Del

Del Tiquitoc Academico de la Argamaſilla en la ſepultura de Dulcinea del Toboſo.

EPITAFIO.

Repoſa aqui Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La bolviò en polvo y ceniza
La muerte eſpantable y fea.
Fuè de caſtiza ralèa,
Y tùvo Aſſomos de Dama,
Del gran Quixote fuè llama,
Y fuè Gloria de ſu aldea.

Eſtos fuèron los verſos, que ſe pudièron lèer: Los demas, por eſtàr carcomida la letra, ſe entregàron à un Academicò, para que por conjeturas los declaràſſe. Tièneſe noticia, que lo ha hecho à coſta de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de ſacallos à luz con eſperança de la tercera ſalida de Don Quixote.

Forſi altro cantarà con miglior plectro.

Fin de la Primera Parte, y Segundo Tomo.